

MARQ
MUSEO ARQUEOLÓGICO DE ALICANTE

serie mayor **4**

**Francisco Figueras Pacheco
y las excavaciones
en la necrópolis
ibérica de
La Albufereta
de Alicante
(1934-1936)**

Enrique Verdú Parra



**FRANCISCO FIGUERAS PACHECO
Y LAS EXCAVACIONES EN
LA NECRÓPOLIS IBÉRICA
DE LA ALBUFERETA DE ALICANTE (1934-1936)**

SERIE MAYOR 4

Director:

Rafael Azuar Ruiz

Responsables de la Serie:

Manuel H. Olcina Doménech

Jorge A. Soler Díaz

Edita:

Diputación de Alicante

MARQ, Museo Arqueológico de Alicante

Correspondencia e intercambios:

MARQ, Museo Arqueológico de Alicante

Pz. Gómez Ulla, s/n

03013, Alicante

**FRANCISCO FIGUERAS PACHECO
Y LAS EXCAVACIONES EN
LA NECRÓPOLIS IBÉRICA
DE LA ALBUFERETA DE ALICANTE (1934-1936)**

ENRIQUE VERDÚ PARRA

Figueras Pacheco y las excavaciones en la necrópolis ibérica de La Albufereta de Alicante (1934-1936).
MARQ. Museo Arqueológico de Alicante. Serie Mayor, núm. 4
Enrique Verdú Parra

VERDÚ PARRA, Enrique
Figueras Pacheco y las excavaciones en la necrópolis ibérica de La Albufereta de Alicante (1934-1936).
Enrique Verdú Parra.- Alicante: MARQ. Museo Arqueológico de Alicante. 2005
136 p. : il. B.n.; 29,7 cm. - (Serie Mayor, 4)
Bibliografía
D.L.: A-986-2005 - I.S.B.N.: 84-96206-65-3

902.2(460.315) "1934/1936"

Ilustración de la cubierta: Estela de piedra de la necrópolis ibérica de La Albufereta
Archivo Gráfico del MARQ

Fotocomposición e impresión: Gráficas Antar, S.L.

Dep. Legal: A-986-2005
I.S.B.N.: 84-96206-65-3

Copyright: MARQ. Museo Arqueológico de Alicante

PRESENTACIÓN

Celebramos la aparición de un libro que recupera para la memoria de la sociedad alicantina a uno de sus más ilustres hijos del siglo XX. Francisco Figueras Pacheco es ejemplo de ansia de saber, que supo plasmar con rigor en numerosas obras hoy todavía de consulta obligada para el investigador que quiera introducirse en las épocas pasadas de estas tierras, desde la antigüedad hasta prácticamente su tiempo. Pero ésta, la Historia, es sólo una de las vertientes, aunque la más conocida de este incansable polígrafo. Francisco Figueras, nacido en 1880, se licenció y doctoró en Derecho muy joven a pesar de su temprana e irreversible minusvalía. Quedó ciego a los 17 años pero tal incapacidad, que para otros hubiera sido un insalvable obstáculo para su desarrollo vital, y más en aquella época, no le impidió desplegar una intensa actividad intelectual hasta el fin de sus días. Y uno de los campos donde manifestó su enorme voluntad y capacidad de trabajo fue en la arqueología de Alicante. Como miembro de la Comisión Provincial de Monumentos dirigió varias campañas de excavación en yacimientos tan señeros como el Tossal de Manises y la Illeta dels Banyets en los que, a través de sus artículos y libros, se observa un espíritu científico y una seriedad poco habituales en aquellos momentos. Ello queda meridianamente claro en el libro que tienen en sus manos.

La Diputación de Alicante que en los últimos años ha realizado un enorme esfuerzo por la arqueología, que se manifiesta de manera palmaria precisamente en la recuperación de los dos yacimientos antes citados, se satisface en publicar el análisis actualizado de las excavaciones que llevó a cabo en la necrópolis ibérica de La Albufereta, las cuales no han quedado como una mera acumulación de objetos y elucubraciones sino como un sorprendente, por lo moderno de algunas de sus interpretaciones, ejercicio de rigor y ponderación en el tratamiento de los datos que la tierra le ofrecía. Los preciosos objetos que salieron a la luz durante los años en que estuvo al frente de las excavaciones los podemos contemplar hoy en día en el MARQ, pero el esfuerzo y la dedicación aplicados en su estudio por el insigne conciudadano quedan explícitos en esta obra, a la que seguirán sin duda otras que engrandecerán aún más la enorme aportación de este ilustre alicantino a nuestra historia.

José Joaquín Ripoll Serrano
Presidente de la Diputación de Alicante



ÍNDICE

PRÓLOGO por Dña. Feliciano Sala Sellés	11
I. INTRODUCCIÓN	15
I.1. Las primeras noticias	15
I.2. El descubrimiento	17
I.3. Historia de las excavaciones	19
I.4. La realidad geográfica de La Albufereta en los años 30	20
II. LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE LA ALBUFERETA. LA EXCAVACIÓN FIGUERAS	25
II.1. Vida y obra de Figueras Pacheco	25
II.2. Los puntos de debate	27
II.3. Las excavaciones en La Albufereta	30
II.4. Metodología y tratamiento de la información	33
II.4.1. Metodología de campo	33
II.4.2. Estratigrafía y distinción de horizontes	35
II.4.3. Almacenaje, restauración y conservación de los materiales	37
II.4.4. El sistema de registro: fichas, numeración, ordenamiento y tablas	38
II.4.5. Fotografía, dibujo y “reconstrucción gráfica”	40
II.5. Terminología Figueras	45
III. DATOS OBTENIDOS A PARTIR DE LA DOCUMENTACIÓN ANTIGUA:	
LOS MATERIALES	49
III.1. Material cerámico	50
III.1.1. Cerámica vascular	50
III.1.2. Fusayolas	60
III.1.3. “Bustos de Tanit” (<i>thymiateria</i>)	61
III.1.4. Terracotas	64
III.2. Metal	64
III.2.1. Panoplia	65
III.2.2. Fíbulas, hebillas y broches	68
III.2.3. “Braserillos rituales”	69
III.2.4. Numismática	70
III.2.5. Otros objetos metálicos	71
III.3. Orfebrería y glíptica	72
III.4. Piedra	73
III.5. Vidrio y pasta vítrea	76
III.6. Objetos de hueso	78
III.7. Otros materiales	78

IV. DATOS OBTENIDOS A PARTIR DE LA DOCUMENTACIÓN ANTIGUA:	
EL RITUAL FUNERARIO	81
IV.1. Ordenación interna del área cementerial	82
IV.2. Ceremonias fúnebres preliminares	82
IV.3. El rito de la cremación	83
IV.4. Infraestructura y superestructura	85
IV.5. Orientación	88
IV.6. Disposición y estado de los componentes materiales	88
IV.6.1. Cenizas, piedras y adobes	89
IV.6.2. Huesos	89
IV.6.3. Los elementos del “ajuar”	90
IV.7. “Género” de las sepulturas	93
V. LAS CONCLUSIONES DE FIGUERAS PACHECO	95
V.1. La “unidad fundamental”	95
V.2. El “carácter étnico”	95
V.2.1. El helenismo en La Albufereta	96
V.2.2. El predominio semita	97
V.2.3. La identidad del iberismo	98
V.3. Problemas de cronología	100
VI. LA NECRÓPOLIS DE LA ALBUFERETA HOY	101
VI.1. La necrópolis como referente bibliográfico clásico	102
VI.1.1. Los primeros estudios y los años de continuidad	103
VI.1.2. De “íbero-púnica” a “ibérica”. La aportación de Enrique Llobregat	105
VI.1.3. La reorientación de las investigaciones	106
VI.1.4. La tesis de Federico Rubio	107
VI.2. Estado de la cuestión actual y perspectivas de futuro	109
VI.2.1. Los años 80	109
VI.2.2. Nuevas aportaciones de la investigación moderna	112
VI.2.3. Perspectivas de futuro	117
VII. CONSIDERACIONES FINALES	121
VIII. BIBLIOGRAFÍA	125

PRÓLOGO

En 1931 la Comisión Provincial de Monumentos de Alicante encargaba a José Lafuente Vidal la excavación de unos restos arqueológicos que se acababan de descubrir con los trabajos de construcción de la nueva carretera entre Alicante y San Juan, justo en el punto en que el trazado de la vía cruzaba la salida de la albufereta al mar. El hallazgo no causaría excesiva extrañeza ya que dicho lugar se encontraba a los pies del Tossal de Manises, un yacimiento arqueológico alicantino de sobras conocido entre los eruditos locales y valencianos desde el s. XVIII gracias a las excavaciones de Antonio Valcárcel, conde de Lumières, y a las diversas actuaciones llevadas a cabo en el sitio por otros ilustrados como Cavanilles y Pérez Bayer.

Estas pioneras excavaciones de salvamento se prolongaron dos años más, y pusieron al descubierto alrededor de 200 enterramientos que desde el primer momento llamaron la atención por el ritual de incineración practicado en todas las sepulturas, por la presencia de ajuares, algunos de una riqueza visible, y por la escasa complejidad constructiva de sus tumbas, ninguna de ellas con una señalización monumental. Francisco Figueras Pacheco sustituyó a José Lafuente en 1934 en la dirección de las excavaciones, y ya desde un principio entrevió la importancia histórica de la necrópolis, que a partir de entonces recibió el topónimo de L'Albufereta y así entró a formar parte de la historiografía peninsular. Esta apreciación casi intuitiva del investigador le condujo a retomar las excavaciones en el hábitat, el Tossal de Manises, con otra perspectiva, convencido de que ambos yacimientos formaban un todo indisoluble, de tal forma que lo que se llegara a conocer de uno era necesario para entender del otro, y a la inversa. Esta realidad constituyó el centro de los trabajos de Figueras a lo largo de sus años dedicados a la investigación. Y así es cómo la figura de Francisco Figueras Pacheco ha llegado ligada por siempre a la historia antigua de Alicante.

En efecto, Figueras no sólo se preocupó por avanzar en ese conocimiento de la historia antigua de la ciudad de Alicante sino que, además, se esforzó por divulgarla en las publicaciones y foros científicos que en aquel momento estaban a su alcance. De entre ellos, quiero destacar ahora su participación en uno de los eventos de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, el *Congreso Internacional de Historia de España*. Allí defendió la identificación del Tossal de Manises con la *Akra Leuke* fundada por Amílcar Barca en los años precedentes a la Segunda Guerra Púnica, partiendo de las ideas de algunos estudiosos del siglo XIX, como Cortés y López, Madoz, Ibarra y principalmente Roc Chabàs, y apoyándose asimismo en la localización en el entorno de Alicante propuesta por el historiador alemán Meltzer en 1878 en su *Geschichte der Karthager*. Alicante entraba así, de la mano de Figueras, en la esfera internacional tanto de la historia como de la historiografía: en el primer caso, con la relación de la costa alicantina con los sucesos de la Segunda Guerra Púnica, uno de los episodios bélicos más trascendentes en la historia del Mediterráneo antiguo; en el segundo, porque Alicante pasaba a ser una referencia obligada para los historiadores europeos, y sirva como muestra el hecho de que el célebre arqueólogo francés Pierre Paris, quien presidía la mesa en la sesión del Congreso de Barcelona en que Figueras defendía sus tesis, estuviera de acuerdo con ellas, no sin antes aconsejarle que debía arroparlas con los datos arqueológicos. Éste es el motivo por el que la Comisión Provincial de Monumentos de Alicante aprueba y financia las excavaciones en el Tossal de Manises a partir de 1931, y en este punto hemos vuelto al inicio del presente prólogo.

Con el avance de las excavaciones en el Tossal de Manises, la presunción de Figueras -compartida asimismo por Lafuente- acerca de este sitio como "ciudad cartaginesa" fue adquiriendo una realidad arqueológica. Si esto era así, la necrópolis de L'Albufereta pasaba a ser una "necrópolis cartaginesa", atribución que Figueras defendió hasta el final. Por aquellos años se publicaban en la serie de *Memorias de la Junta Superior de*

Excavaciones y Antigüedades las excavaciones de Carlos Román Ferrer en la necrópolis púnica de Puig d'es Molins en Eivissa, lo que ofrecía un curioso universo de formas de raíz oriental al que pertenecían algunos de los objetos que Figueras encontraba en las tumbas de la necrópolis alicantina.

Sin embargo, la historiografía avanzaba, como avanzan todas las ciencias, y en el caso de la arqueología los aires de renovación procedían de las universidades anglosajonas donde, en los años 60 del siglo XX, la nueva corriente conocida como Arqueología procesual defendía el análisis histórico a partir del registro material arqueológico, entendido como la adaptación del medio del ser humano. En Alicante, el artífice del cambio fue E. Llobregat, quien en su comunicación al *I Congrès d'Història del País Valencià* de 1971 revisaba de manera muy crítica todos los argumentos de Figueras y Lafuente. Llobregat denunciaba el abuso sobre la presencia de colonias cartaginesas en la costa alicantina, para lo cual empezó rechazando la información de las fuentes escritas si se utilizaban sin ningún sentido crítico, como habían hecho los autores precedentes y, seguidamente, reivindicaba la objetividad de los datos arqueológicos como fuente de información histórica. Por esta razón, los mismos datos utilizados por Figueras y Lafuente pasaron ahora a revelar una cultura ibérica desarrollada por una población autóctona. Restó importancia la influencia de griegos y cartagineses en el transcurso de dicha cultura, y responsabilizó únicamente a los iberos de su propia historia.

Así pues, el Tossal de Manises pasó a ser un *oppidum* ibero-romano, y L'Albufereta una necrópolis ibérica. Las tesis de Figueras y Lafuente fueron rápidamente superadas pero injustamente denostadas. A partir de los años 70, otros autores se fueron ocupando de diversos aspectos de la necrópolis -el propio Llobregat, s. Nordström, A. Salvá- hasta que finalmente fue estudiada en su conjunto por F. Rubio. No obstante, tras la publicación de este último trabajo la opinión más unánime era que la necrópolis seguía careciendo de un estudio global. También era generalizada la sospecha de que mucha y trascendente información permanecía encubierta en los diarios de la excavación de Figueras y en los datos ya publicados por él mismo, o sencillamente había sido malinterpretada. Para subsanar esta situación había que empezar por algo tan básico como releer cada una de las páginas y notas de los diarios de campo de Figueras, sus cartas personales, las actas de la Comisión Provincial de Monumentos, recortes de prensa de la época y, por supuesto, sus publicaciones, pero, además, todo ello revisado con un escrupuloso orden diacrónico y con un espíritu casi detectivesco. Y en los tiempos que corren, cuando se prima el éxito fácil y rápido por encima del esfuerzo y trabajo diario, no parecía que alguien fuera a decantarse por esta farragosa tarea.

Desde hace unos años, el Área de Arqueología de la Universidad de Alicante mantiene abierta una línea de investigación fundamentada en la revisión de las excavaciones antiguas en yacimientos ibéricos alicantinos, ya que con la metodología de investigación actual es posible recuperar no poca información, a pesar de la irreparable pérdida de datos. Poblados como la Serreta d'Alcoi, Pic Negre de Cocentaina, Puntal de Salinas, o necrópolis como el Molar o el Puntal de Salinas ya han sido objeto de esta revisión, pero quedaba pendiente la necrópolis de L'Albufereta. Afortunadamente Enrique Verdú Parra aceptó nuestras sugerencias y creo que dimos con la persona adecuada, pues este joven investigador reúne las cualidades para emprender el estudio: pulcritud y orden de trabajo, tesón, una gran capacidad para asimilar nuevas ideas y contrastar información y, especialmente, mucha paciencia para releer toda la documentación escrita generada por Figueras Pacheco, transcribir sus conocimientos y entender sus obsesiones.

Pues bien, esta pesada tarea que Enrique Verdú emprendió como una obligatoria primera fase de su estudio sobre la necrópolis de L'Albufereta y los rituales funerarios ibéricos, la búsqueda de los datos en su fuente original, fue desvelando, a medida que leía los cuadernos y cuartillas conservados en la Biblioteca Gabriel Miró y en los archivos del MARQ, a un Figueras Pacheco como un arqueólogo-historiador de gran talla. Que fue tenaz y trabajador, pese a su ceguera, eran cualidades que ya se conocían, aunque lo más revelador ha sido lo que sus diarios muestran: una persona inteligente, de mente abierta, con mucha intuición hacia algunas cuestiones metodológicas y teóricas principales que otros arqueólogos posteriores han creído descubrir, en definitiva, un precursor. Figueras Pacheco entendió la importancia de valorar la secuencia estratigráfica de los yacimientos para obtener cronologías; se detuvo en describir lo mejor posible las tumbas y los ajuares, pues estaba convencido de que ahí residían las diferencias sociales entre los iberos, un principio básico que la "Arqueología de la Muerte" ha normalizado a partir de numerosas tablas con los datos arqueológicos, un precedente manual de las actuales bases de datos informatizadas, y otros muchos aspectos y cualidades que son analizados en este libro. Hasta en lo que nos pareció una obsesión personal por el "cartagenismo" del Tossal de Manises y de su necrópolis L'Albufereta, parece que Figueras tenía algo de razón, pues los trabajos del MARQ y del Servicio de Arquitectura de la Diputación de Alicante están descubriendo una notable impronta de época bárquida en la fortificación del Tossal.

Reitero, para terminar, que Figueras Pacheco hizo mucho por la historia de la ciudad de Alicante y recibió poco a cambio. Creo incluso que ha llegado el momento de recuperar su figura como arqueólogo y como historiador por encima de las historias locales. Este trabajo, redactado con mucho reconocimiento y cariño por parte de Enrique Verdú hacia la figura del arqueólogo alicantino, y la oportuna decisión del MARQ en editarlo y ponerlo al alcance de todos los lectores pueden ser un buen principio para un justo homenaje.

*Estas hogueras funerales que lanzaron al cielo columnas de humo ha miles de años,
parecían arder de nuevo ante nosotros con la luz que buscábamos
para aclarar los orígenes de nuestra historia.
(Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 8-9).*

La ciencia arqueológica ha venido realizando avances espectaculares en las últimas décadas, fenómeno que ha llevado consigo además un creciente interés por la revisión de excavaciones antiguas, forzado en ocasiones por los requerimientos de objetividad y de exhaustividad marcados por la moderna Arqueología, tendente a confeccionar modelos globales de entendimiento, con la finalidad última de servir como prototipo exportable a territorios cada vez más amplios.

En la actualidad, no faltan trabajos de Arqueología microespacial encaminados a solucionar cuestiones puntuales. Éstos necesitan, no obstante, de una serie de estudios generales para encauzar planteamientos y objetivos, en vistas a aportar novedades en la investigación. Tanto unos como otros han advertido que las fuentes documentales antiguas pueden servir como punto de partida y refuerzo básico de sus nuevas hipótesis. Así lo ha reconocido recientemente el equipo surgido desde el Centro Andaluz de Arqueología Ibérica y la Universidad de Granada en torno a la figura de Arturo Ruiz, que bajo el nombre de “Proyecto Área”, pretende realizar un inventario de archivos sobre toda la documentación ofrecida por los trabajos de campo en yacimientos ibéricos desde el siglo XIX hasta mediados del XX, sometiéndola a un estudio crítico e indagando en el contexto socio-político en que se movieron sus autores (Ruiz *et alii*, 2000).

Siendo en esta disciplina el trabajo de campo el fundamento último de la investigación posterior, las excavaciones antiguas conforman un bien documental esencial para emprender todo estudio arqueológico, si bien varían enormemente tanto en cantidad como en calidad dependiendo del caso. Resulta innegable, no obstante, que una mirada al pasado puede completar un panorama presente. Cada campaña arqueológica y cada excavador ha sido, y sigue siendo aún en la actualidad, fruto de su tiempo, si bien éste puede dejarse influir más o menos por circunstancias coyunturales diversas. Hoy en día podemos observar nuestro pasado de un modo crítico, recapacitando sobre los condicionantes y entendiendo de este modo las consecuencias de sus actuaciones. Esto nos llevará claramente a completar conocimientos sobre épocas remotas.

Humanizar el discurso científico supone tanto un interesante objetivo para la Arqueología como para todo aquél que pretenda hacer llegar a la sociedad cualquier tipo de avance en el conocimiento de su Historia. Esta doble pretensión quedará plasmada en más de una ocasión en el siguiente trabajo, que parte del recuerdo de una serie de personajes que fueron clave en la Arqueología alicantina y valenciana de su momento. Todo esto supone un intento de “Arqueología de la Arqueología”, una búsqueda de los escritos primitivos sobre temas arqueológicos, o más bien de Historia de la Arqueología. En el ámbito alicantino -e incluso peninsular- figuras tan notables como Francisco Figueras y José Lafuente lograron conformar un sistema explicativo que se mantuvo invariable, pese a sus limitaciones, durante décadas.

El trabajo que presentamos parte de la documentación proporcionada por Figueras Pacheco sobre las excavaciones que dirigió en la necrópolis de La Albufereta (Alicante) en los últimos años de la Segunda República, a la que hemos aplicado un esquema ordenado de análisis y crítica cuyo fin no ha sido otro que mostrar íntegramente todos los resultados obtenidos por este eminente investigador. A todo ello hemos añadido nuevas consideraciones y algunos dibujos propios realizados a partir de la revisión de materiales efectuada en la actua-

lidad. No existe pretensión alguna de estudiar el yacimiento en profundidad¹, pues a partir de la obra de Figueras únicamente disponemos de respuestas parciales a problemas muy concretos, sino que pretendemos sentar las bases de un moderno estudio en que se contemplen nuevas variables.

Al comenzar este proyecto advertimos que la extraordinaria cantidad de información procedente de diarios y obras antiguas de Figueras Pacheco, referencia esencial al hablar de la Historia de Alicante, aún podía dar mucho de sí. Los autores que sucedieron a éste y que trataron temas semejantes, tales como los orígenes de la ciudad, el material cerámico procedente de las sepulturas de cremación, la identificación del Tossal de Manises y su entorno con los topónimos presentados por los autores greco-latinos, etc., partieron casi exclusivamente de la obra publicada, dejando a un lado un importante volumen documental manuscrito e inédito, latente de información y que tras su lectura e interpretación se ha revelado como complemento indispensable para redescubrir tanto la figura de su hacedor como sus principales logros.

En ocasiones certero, en otras, consciente de sus limitaciones intelectuales, Figueras Pacheco significa tanto un fuerte impulso para la investigación arqueológica alicantina como el origen de una progresiva acumulación de errores que conducirán a la fatalidad. Su visión distorsionada y parcial de la Historia, ocasionada por una personal concepción del pasado y de la interpretación de sus restos, condicionada por la presión que ejercían sobre él los círculos intelectuales del momento, suponen temas tan apasionantes como contradictorios. Mas fue un apasionado por el pasado, y pese a la pérdida de visión que le afectó tanto física como psicológicamente, afrontó todo tipo de adversidades desde la templanza y la madurez. Destacamos además la preocupación por la aplicación de una metodología que no consigue dar todos sus frutos pese al esforzado intento.

Este investigador queda a medio camino entre una tradición únicamente pendiente de los restos materiales de nuestros antepasados, sobre todo de los más bellos, y una Arqueología que empezaba a despertar en estos momentos de un encierro esteticista secular, que requería de fotografías, inventarios detallados, de un sistema de registro fiable y claro, y de una serie de textos que revelasen al público el estado de los conocimientos sobre su pasado. Es por ello que pretendemos también revalorizar la figura de Figueras Pacheco, en un momento en que la Arqueología alicantina empieza a dar sus primeros pasos, terminando de una vez con la frase *tan socorrida como general, de que nuestro origen se pierde en la noche de los tiempos, demostrando por el contrario que se encuentra en la mañana de la Historia* (Figueras, 1924a, 9).

Para la realización del presente trabajo hemos contado con fuentes documentales procedentes de varios lugares. Agradecemos enormemente al personal de la biblioteca "Gabriel Miró" de Alicante el facilitarnos en todo momento la documentación inédita de Figueras Pacheco, punto de partida de esta investigación, así como a M^a Jesús de Pedro y al personal de biblioteca del Servicio de Investigaciones Prehistóricas de Valencia por su más que amable trato durante la etapa de búsqueda bibliográfica en dicha institución. Asimismo, también incluimos en este apartado a Manuel Olcina, el cual nos permitió revisar la documentación gráfica y los materiales objeto de nuestra tesis, sobre las excavaciones antiguas de La Albufereta almacenada en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante (MARQ).

Seguidamente, debemos agradecer a Lorenzo Abad Casal, director de nuestra Beca de Formación de Profesorado Universitario, cuyo primer fruto ha sido este estudio, así como a Feliciano Sala Sellés, auténtica tutela permanente de esta investigación y su principal instigadora.

También no podríamos olvidar a otras personas, que de un modo consciente o inconsciente han colaborado en algún aspecto de la configuración del trabajo, tales como José Ramón Ortega, M^a Paz de Miguel, Jesús Moratalla, Ignacio Grau, Julia Sarabia, Gabriel García, Virginia Barciela, Francisco Javier Molina, Gabriel Lara y Joaquín Martínez. Amigos y colegas de facultad, con los que hemos compartido en más de ocasión momentos buenos y no tan buenos, merecen mención especial, por su apoyo y su confianza en este aún breve camino.

Y finalmente, a Enrique, Vicenta y María, el auténtico y principal sustento moral de nuestra vida, a los cuales dedicamos abiertamente este trabajo.

A todos ellos invito a disfrutar de la Arqueología.

¹ Este trabajo está siendo desarrollado en estos momentos por el autor en forma de tesis doctoral, dirigida por la Dra. Feliciano Sala Sellés y con el título de *Ritos y usos funerarios en la necrópolis de La Albufereta (Alicante)*, en el marco de una Beca de Formación de Profesorado Universitario concedida por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte el año 2001.

I. INTRODUCCIÓN

En el entorno de La Albufereta, espacio relativamente reducido y custodiado por los montes del Tossal de Manises y de San Julián, se constata una curiosa conjunción de importantes enclaves arqueológicos, de los cuales ha habido noticias durante siglos, prestándoles atención eminentes investigadores. Pese a esto, persistía un enorme desconocimiento sobre el tema, que fue superado en parte por las excavaciones emprendidas en la década de los años 30 del siglo XX.

I.1. LAS PRIMERAS NOTICIAS

Ya desde antiguo era conocido a partir de diversos eruditos que la zona de la albufera de Alicante era rica en hallazgos arqueológicos, ocupando una extensa área difícil de precisar (Figueras, 1936a, 1; 1954a, 12; Lafuente, 1957, 7).

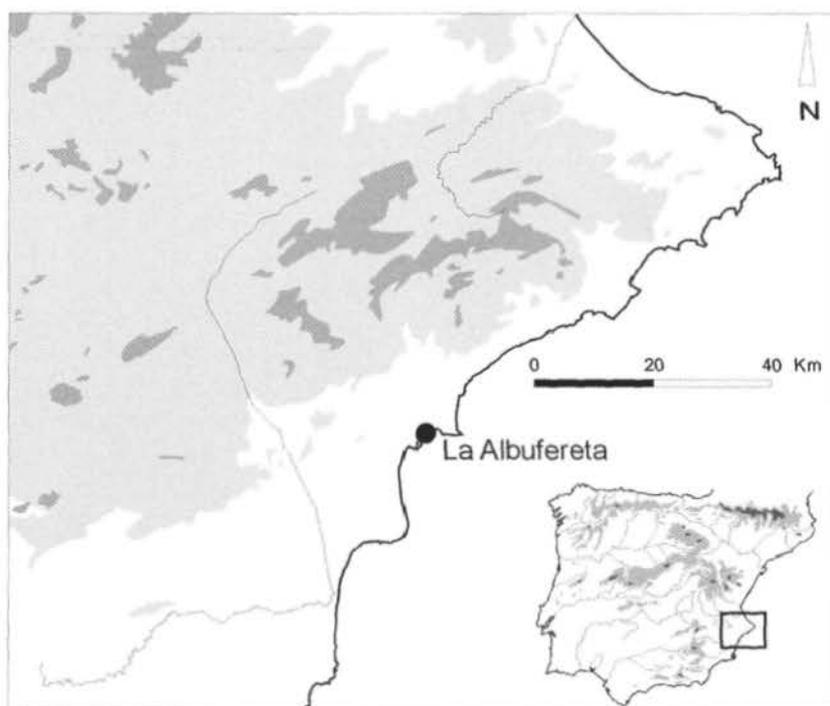


Figura 1. Localización del yacimiento de La Albufereta.

El precedente más antiguo data del siglo XVII, en que tanto Escolano en sus *Décadas*, como Vicente Bendicho en su inédita *Crónica de la muy ilustre, noble y leal ciudad de Alicante. Acabada en la misma ciudad el año del señor 1640* (Bendicho, 1960; 1991a; 1991b), describieron la zona (Abad, 1984, 56). En cuanto a ésta última, una copia fue analizada por Figueras Pacheco (Figueras, 1934-35a, 30).

Bendicho redactó esta crónica con la finalidad principal de solucionar algunos de los errores históricos existentes entre los investigadores valencianos de su época (Martínez Morellá, 1963, 1). Al igual que numerosos autores de su época, y partiendo exclusivamente de las escuetas referencias que ofrecían los autores clásicos conocidos, era partidario de la asimilación de las ruinas situadas sobre el Tossal de Manises con la *Lucencia* citada por Pomponio Mela (Bendicho, 1960, 22; 1991a, 61).

Otros historiadores locales, como los padres Maltés -defensor de la identificación de *Ilici* con Alicante- y López, señalaron ya por entonces algunas noticias puntuales, sin profundizar demasiado en la importancia del lugar y en su carácter cultural, retomando y creyendo como ciertas, como haría más tarde Viravens, muchas de las consideraciones tradicionales formuladas por los historiadores antiguos (Figueras, 1924a, 62-63; 1939a, 4º cuaderno, 3; Llobregat, 1969, 52).

A finales del siglo XVIII queda patente en la figura del Conde de Lumières y en su conocida obra *Lucentum, o la ciudad de Alicante en el Reyno de Valencia* (Valcárcel, 1780), el cada vez mayor interés que se desprendía de las ruinas del Tossal de Manises. Este autor realiza interesantes descripciones sobre el estado en que se encontraban los restos, en ocasiones con sorprendente nivel de detalle, aunque únicamente exploró las ruinas superficiales del "baluartet" o parte más elevada del cerro, convirtiéndose además en el primer excavador del yacimiento (Figueras, 1914, 459-470; 1924b, 10; 1935, 23; 1936a, 1; 1936b, 4; 1952b, 181; Llobregat, 1972, 64; Abad, 1984, 58, 169). Lumières contempló tanto los restos visibles de la urbanística de la acrópolis y alrededores -construcciones, templos, calles, etc.-, como los materiales descubiertos en estos terrenos -estatuas, monedas, cerámica, inscripciones, mosaicos, etc.-, procedentes de épocas diversas, aunque fundamentalmente centró su atención en los hallazgos romanos (Figueras, 1927, 15; 1935, 23; 1946, 310; 1948b, 142), acompañando estas descripciones con algunos grabados de gran valor documental.

Este erudito intentó dejar zanjado con su estudio un interesante debate que ya por entonces se había suscitado entre diversos intelectuales: la localización de *Ilici* y *Lucentum*, ciudades mencionadas por los autores greco-latinos clásicos (Llobregat, 1969, 52; 1982, 34). Únicamente caminó sobre las ruinas de la ciudad, pero sin embargo, con la información recogida tuvo suficiente para situar en este lugar el municipio latino de *Lucentum*, intentando terminar de una vez por todas con siglos de especulaciones y desatinos (Figueras, 1927, 15; 1936b, 4; 1939a, 4º cuaderno, 3). Aprovechó además para denunciar el expolio de diversos materiales del yacimiento que ya se producía en aquellos tiempos (Valcárcel, 1780, 30-31).

El deán Izquierdo, por su parte, se mostró interesado en emprender una campaña de excavaciones en este mismo paraje, para lo cual realizó incluso petición formal al gobierno de Floridablanca (Martínez Morellá, 1966a, 1). No obstante, se desconoce si tales trabajos se llegaron a realizar y cuáles fueron sus resultados (Abad, 1984, 58).

Cavanilles en su libro *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia*, exponía que la laguna de La Albufereta estaba cerca de *la antigua Lucentum, según se colige por los monumentos que se han descubierto* (Cavanilles, 1958, 317; Abad, 1984, 170). F. Pérez Bayer cuenta en sus notas que visitó las ruinas del Tossal de Manises el 26 de abril de 1782, ayudado por un "mapita" supuestamente realizado por Lumières (Olcina, Pérez, 1998, 27; Olcina, 2000, 109).

Alejandro de Laborde, viajero francés que recorre la Península Ibérica en el último decenio del siglo XVIII y principios del XIX, comenta en sus relatos que sobre el montículo del Tossal de Manises existía una ciudad romana en ruinas (Abad, 1984, 170; Llobregat, 1990, 89).

En esta situación de creciente curiosidad por el pasado de La Albufereta, los historiadores locales del siglo XIX no aportaron muchos más datos a los ya presentados tan brillantemente por Lumières. Sin embargo, es en este siglo cuando el tema trascendió las fronteras estatales y llegó a manos de grandes investigadores europeos, quienes junto a los principales eruditos españoles irán dando forma a una serie de interesantes teorías, destacando Meltzer en Alemania, que fue gestando la idea de que en Alicante se podría situar la sede militar del caudillo cartaginés Amílcar, citada por las fuentes clásicas, el *Akra Leuka* de Diodoro Sículo. Otros investigadores como el Padre Chabás, Emilio Hübner o Aureliano Ibarra avalaron tales deducciones, con lo que la teoría cobraría fuerza al tiempo que partidarios.

Por aquellos años se efectuaron una serie de importantes hallazgos en la partida de los Antigones, en plena ciudad de Alicante. Durante las obras de explanación desarrolladas desde 1884 para construir lo que sería el barrio de Benalúa, y en la orilla derecha de un marcado barranco natural, se localizaron los restos de un alfar cerámico que exploró y documentó parcialmente el cronista de la ciudad, Manuel Rico García (Figueras, 1949a, 258). Este personaje redactó en 1892 un trabajo en dos volúmenes que no fue publicado hasta 1958, en que

reivindicaba para Elche el nombre de *Ilici*, mientras que *Lucentum* era Benalúa, no el Tossal de Manises (Rico, 1892, 160, 165-166; 1958; Llobregat, 1969, 53; 1982, 35; Martínez Morellá, 1967a, 1; Abad, 1993, 153; Ronda, Sala, 2000, 443, 453).

Comenzaba a crearse un clima de inquietud intelectual que pronto entraría en ebullición, simultáneo a los continuos hallazgos que se iban sucediendo. En este sentido, son frecuentes las referencias a las labores agrícolas o constructivas en los terrenos de La Albufereta, todas ellas practicadas sin miras arqueológicas, que algunos particulares emprendieron para abrir cimentaciones, explanar terrenos, plantar árboles, etc. (Figueras, 1934-35a, 18). Desgraciadamente, los objetos hallados en estas obras terminaron por perderse o destruirse, aunque contamos con algunas vagas referencias².

Toda esta desidia y cada uno de los indicios más o menos reveladores de civilizaciones antiguas fueron llegando tanto a oídos de los intelectuales interesados de Alicante, así como a la Comisión Provincial de Monumentos, que renació a principios de los años 20 (Llobregat, 1989) como la encargada de velar por la conservación, estudio y divulgación de todo el patrimonio histórico-artístico de la provincia (Rosser, 1993b, 77).

Junto a las nuevas tendencias en investigación histórica, aún muy respetuosas con las fuentes textuales clásicas, la Comisión ofrecerá un impulso decisivo para la Historia local. Se iniciarán de este modo, excavaciones en El Molar, el Tossal de Manises, la Illeta de Campello o La Albufereta (Abad, 1984, 176), con el objetivo común de dar solución a problemas que venían formulándose desde hacía siglos, terminando en la medida de lo posible y de una vez por todas con el desconocimiento generalizado sobre la Historia del lugar, es decir, con la atribución popular, simplista e injustificada de "mora" para toda obra antigua (Figueras, 1959, 14).

1.2. EL DESCUBRIMIENTO

Contando con tales precedentes, y con un paraje que se suponía rico en restos arqueológicos de civilizaciones tan antiguas y enormemente atractivas como la cartaginesa, la griega o la romana, de las que se habían recogido innumerables reliquias, se hizo cada vez más urgente una actuación física en La Albufereta. Esta necesidad acuciante, queda patente en Figueras Pacheco, quien manifiesta que *treinta siglos de población, acaso sin grandes soluciones de continuidad, cuyas reliquias esperan en estos campos la piqueta del excavador y el estudio de los arqueólogos* (Figueras, 1932b, 19).

Para el caso de La Albufereta, no podemos hablar de un descubrimiento propiamente dicho, sino que, como hemos visto, las noticias se fueron acumulando con el tiempo. El hallazgo de la necrópolis sería pues un proceso muy prolongado, que tuvo que superar una serie de obstáculos de diferentes naturalezas hasta salir adelante.

Ya en el año 1912, un joven Figueras Pacheco, interesado por el pasado histórico de las tierras alicantinas, emprendía un detenido recorrido por sus costas, recogiendo noticias varias sobre diversos hallazgos arqueológicos de naturaleza esporádica, efectuados en estos lugares (Figueras, 1948a, 190). Gran parte de esta información sería incluida en su tratado geográfico-histórico de 1914. Sin embargo, no sería hasta diez años después, cuando la revitalizada Comisión Provincial de Monumentos, organismo de gestión y vigilancia en materia de Arqueología y dependiente de la Junta Superior del Tesoro Artístico, daría soporte administrativo al requerimiento de efectuar trabajos en lugares como la albufera de Alicante.

El 18 de diciembre de 1923 Figueras Pacheco pronunciaba un exitoso discurso sobre la Fundación de Alicante en el club cultural "Ateneo" de Alicante, exponiendo sus ideas acerca del origen de la ciudad, concluyendo que la *Akra Leuka* citada por los textos, en donde el mismo caudillo cartaginés Amílcar Barca estableció un importante campamento militar, debería ser la ciudad cuyas ruinas se hallaban en el vecino cerro del Tossal de Manises (Figueras, 1924a). El entusiasmo surgido a raíz de esta ponencia, llegó a oídos de la Comisión Provincial de Monumentos, donde surgió la iniciativa de que se podrían emprender excavaciones arqueológicas en los terrenos de La Albufereta.

Meses después, el 14 de junio de 1924, el presidente de la diputación de Alicante, D. Juan Grau, comunicaba en una sesión de la Comisión Provincial de Monumentos el comienzo inmediato de la construcción de un edificio para albergar a la Diputación, en el cual habría cabida para un museo (Figueras, 1940b, 5-6). El presidente de la Comisión Provincial, D. Miguel de Elizacín, comenta en una nueva reunión la necesidad de supervisar desde el punto de vista arqueológico las obras de edificación de una barriada de hoteles en la zona de La Albufereta (Figueras, 1940b, 6; Ramos Pérez, 1970, 86).

² Es el caso, por ejemplo, de un fragmento de columna, supuestamente romana, hallada en la propiedad de D. Antonio Ayús y conocida por Figueras (1927, 29-30).

Durante el año 1927 tuvo lugar un acontecimiento clave para entender la configuración final de los terrenos de La Albufereta y el inicio de las excavaciones. El ayuntamiento de Alicante decidió poner fin a largos años de peticiones, ordenando el inicio definitivo, y tras varios intentos frustrados durante los siglos XVIII y XIX, de las obras de saneamiento del llano de la albufera, zona ocupada por un pantano insalubre y que antiguamente había sido una laguna interior (Figueras, 1933b, 121). Las tareas desarrolladas, descritas por Figueras consistían básicamente en la colmatación de las principales depresiones, la plantación de árboles y la apertura de zanjas de desagüe para prevenir que el agua de lluvia no se estancase (Figueras, 1935, 13).

José Senent y el propio Figueras, recientemente investidos como académicos de la Historia, fueron nombrados el 30 de junio del mismo año vocales de la Comisión Provincial de Monumentos (Figueras, 1940b, 13; Ramos Pérez, 1970, 86). Ésta, que ya había recibido la noticia de la realización de las obras de desecación y saneamiento del marjal, encargó al segundo un informe con la misión de detectar si dichas actuaciones serían perjudiciales para los restos arqueológicos comprendidos en estos terrenos (Figueras, 1927, 5, 40; 1935, 13-14).

Figueras Pacheco recibió en noviembre la noticia de la existencia de una construcción subterránea, supuesto hipogeo, en el lado occidental de la antigua albufera, concretamente en el interior de la finca del Sr. Renato Bardín, junto con *vestigios de antiguas edades*, sobre los cuales no se precisaba su naturaleza. Figueras informó con la mayor premura a la Comisión Provincial de Monumentos. Algunos delegados de dicha institución, junto al gobernador civil de Alicante, el profesor de Historia Jiménez de Bentrosa y el propio informador, se trasladaron poco tiempo después a la misma Albufereta, para observar y reconocer la obra, a la que descendieron casi todos los presentes, debatiéndose su posible función como sepultura, silo o aljibe, aunque sin duda se había utilizado como tumba en época romana bajoimperial. En los alrededores se detectaban además cerámica ibérica, romana y árabe, y el mismo propietario indicó a los visitantes que tiempo atrás había tenido en su poder *una urna cineraria sacada del recinto*.

El 31 de enero del año siguiente Figueras Pacheco presentaba su informe, titulado *La Albufereta del término de Alicante*, a la Comisión Provincial de Monumentos, la cual debatió acerca de las obras de saneamiento que se iban a iniciar muy pronto y su implicación en el hipotético descubrimiento de nuevas reliquias, para lo cual era preciso emprender una excavación en toda regla (Figueras, 1927, 6; 1935, 14, 1940b, 15). José Lafuente expresó su opinión favorable e insistió en la importancia de una exploración científica (Figueras, 1924a, 30). Sin embargo, no se confirmaba nada ni se emprendió ninguna medida inmediata, salvo iniciar unas breves excavaciones en el castillo de Santa Bárbara (Figueras, 1927, 31-32).

La Comisión Provincial de Monumentos, acogiendo a la *Ley de Excavaciones* vigente, elevó a superioridad las solicitudes para emprender campañas arqueológicas en diversos lugares, destacando una en la sierra del Molar y otra en el monte Benacantil, para la cual el alcalde ofreció una brigada de obreros municipales (Senent, 1930, 3; Figueras, 1940b, 17). Las excavaciones en el Benacantil, por su parte, dirigidas por J. Lafuente, se efectuaron en la segunda quincena de mayo, envueltas en una oleada intelectual ansiosa por conocer el origen de la ciudad de Alicante, concentrándose en la vertiente norte del cerro. Se descubrió una amplia gama de cerámicas en cuanto a su cronología, muchas consideradas en un primer momento como púnicas (Figueras, 1933a, 20), aunque la mayoría de materiales aparecieron revueltos y descontextualizados (Martínez Morellá, 1963b, 1).

Si a todo ello sumamos el enorme interés que suscita por aquellos tiempos la civilización cartaginesa, se evidenciaba ahora más que nunca la urgencia de una excavación arqueológica. Además, como se vio en el anterior apartado, los terrenos de la albufera alicantina eran conocidos por conformar un interesante campo abierto a la investigación, comprendiendo vestigios de multitud de culturas y períodos históricos. Restos griegos, púnicos, ibéricos y romanos recubrían visiblemente todo el lugar (Figueras, 1933a, 26-27). El 22 de diciembre el gobernador de Alicante, Mariano de las Peñas, se ofreció como mediador con el presidente de la Diputación para lograr la ayuda económica requerida para la realización de las campañas arqueológicas en curso y proyectadas (Figueras, 1940b, 17).

La Comisión Provincial de Monumentos de Alicante nombró en junio de 1929 a Senent y a Figueras delegados para representarla en el Congreso Internacional de Arqueología e Historia de España, celebrado ese año en Barcelona (Figueras, 1932a, 3-4; 1940b, 20). Figueras, participó con una ponencia sobre la asimilación de la *Akra Leuka* de Amílcar con la ciudad de Alicante, en una sesión presidida por Pierre Paris, el cual llegó a ofrecerle *ayuda económica del gobierno francés para costear los trabajos necesarios*, debido a la necesidad de encontrar hallazgos arqueológicos fechables en ese momento para avalar tal hipótesis. Sin embargo, Figueras rehusó formalmente tal ofrecimiento, aludiendo a su "patriotismo" (Figueras, 1932a, 38-39; 1939a, 4º cuaderno, 6; 1947, 210-211; 1959, 21-23; Ramos Pérez, 1970, 88; Abad, 1984, 178).

Finalmente, el 21 de marzo de 1931 se dotó por medio de una Real Orden a José Guardiola de 3.000 ptas. para cubrir los gastos de las excavaciones del Molar, el Tossal de Manises y la Illeta de Campello. Para el segundo yacimiento se encargaron los trabajos arqueológicos a José Lafuente, contando éste con la ayuda del

vocal de la Comisión D. Isidro Albert. Para la Illeta del Campello fue elegido Francisco Figueras, auxiliado por José Senent. Las primeras excavaciones en Campello se iniciaron el 21 de octubre, terminando ocho días más tarde (Figueras, 1934, 12; 1940b, 27).

La Comisión Provincial de Monumentos, propuso, por todo ello y debido además a la fuerte presión de ciertos sectores de la intelectualidad alicantina y estatal, tras recibir la subvención de la Junta Superior de Excavaciones, de la Diputación y del Ayuntamiento de Alicante (Figueras, 1952b, 182), llevar a cabo dentro de sus posibilidades una actuación real en La Albufereta, fundamentalmente para descubrir en las inmediaciones de Alicante restos púnicos que ayudasen a aclarar la problemática suscitada. Comienzan así las excavaciones en este lugar, cuyos principales objetivos a cumplir eran enriquecer el conocimiento que existía sobre el poblamiento antiguo en el Tossal de Manises y corroborar o no las deducciones de los autores clásicos sobre la localización de la *Akra Leuka* cartaginesa (Figueras, 1936b, 4).

Los resultados no podrían ser objetivos cuando muchos ya daban por sentado la enorme importancia de la presencia púnico-cartaginesa en nuestras costas. Figueras, por su parte, utilizaba la expresión *reliquias púnicas de cuya existencia teníamos convencimiento casi absoluto* (Figueras, 1933a, 20), lo que suponía un importante prejuicio a la hora de abordar los trabajos y de interpretar los resultados.

Sería un profesor de Historia de instituto, José Lafuente Vidal, el encargado de cumplir todas las expectativas que en esos territorios se habían depositado durante décadas, y que la sociedad alicantina demandaba insistentemente.

1.3. HISTORIA DE LAS EXCAVACIONES

José Lafuente dejó en manos del Padre Belda Domínguez³ gran parte de los trabajos de campo (Abad, 1984, 38) y de restauración de materiales (Llobregat, 1969, 43). Éste fue su encargado dedicado a la inspección y cuidado directo de la excavación, tareas en las cuales contó con la ayuda de Félix Rebollo Casanova, en función de contra maestre, personaje que llegaría más tarde a trabajar como empleado en el Museo Arqueológico Provincial (Llobregat, 1989, 1; 1990, 94).

La excavación, pues, comenzó a fines de 1931 en unos terrenos de propiedad pública, que básicamente estaban conformados por gran parte del cerro del Tossal de Manises y sus laderas. En el cerro se operó en la ladera sureste, excavándose parte de la ciudad intramuros así como los paramentos sur y sureste de las murallas y las casas adosadas, efectuándose también algunos sondeos (Figueras, 1935, 10; Llobregat, 1990, 89; Olcina, 1990, 167).

Cuenta Figueras que cuando unos obreros estaban extrayendo arenas de la playa para culminar con la labor de saneamiento y colmatación de la antigua laguna de La Albufereta, salieron a la luz los restos del ajuar de una sepultura de cremación, lo que inmediatamente se catalogó como *las primeras huellas de las gentes ibero-púnicas del lugar* (Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 7; Ramos Pérez, 1970, 102-103). Seguidamente se emprendieron medidas para averiguar la naturaleza de aquel hallazgo y si era posible esperar otros. Muy pronto se identificaron los restos como pertenecientes a una necrópolis cartaginesa, que ocupaba la orilla oriental o izquierda de la antigua laguna o estuario que conformaba La Albufereta (Figueras, 1943c, 26; 1947, 219; 1950b, 1º cuaderno, 3; 1959, 79). La riqueza de los materiales obtenidos motivó que poco después se emprendieran excavaciones también en este sector.

El 18 de enero de 1932 Lafuente Vidal comunicó a la Comisión Provincial la necesidad de nuevos recursos económicos para continuar con la excavación (Figueras, 1940b, 29) pues las malas condiciones en que se encontraba el terreno, así como las grandes cantidades de tierra que había que trasladar requerían una subvención más cuantiosa. Meses después Figueras Pacheco, el cual se había mostrado muy interesado por las excavaciones alicantinas desde el principio, ya comenta los primeros hallazgos en la necrópolis (Figueras, 1932b, 40; 1933a, 21). En pleno verano serán ya unas 108 las fosas exploradas. Las labores se centraron, entre otros lugares, en el extremo de la necrópolis lindante con la antigua laguna (Figueras, 1935, 11). A unos 200 metros hacia el este de la necrópolis, menciona Figueras Pacheco el descubrimiento de un muro de piedra y barro que llegaba hasta muy cerca del mar. Junto a éste, se halló la planta de cuatro pequeñas viviendas que consideró como probablemente cartaginesas a partir del material que contenían, mezclado con el derrumbe de las mismas. Dicho material presentaba semejanzas con el de la necrópolis, caso de un busto incompleto de Tanit (Figueras, 1933a, 24-25).

³ Este sacerdote era conocido en la época por haber realizado interesantes hallazgos prehistóricos en el término de Torremanzanas (Belda, 1929; 1931; Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 6) que alcanzaron gran difusión, así como de otras "exploraciones" efectuadas en la provincia de Alicante, fruto de una gran inquietud por descubrir reliquias de todo tipo pertenecientes a culturas antiguas.

A partir de los materiales que se rastrearon -cerámica campaniense e ibérica básicamente, aunque Figueras tras estudiarlos los fecha en épocas ibérica y romana en su mayoría-, así como por los basamentos de espesos muros y conductos comunicados con la antigua laguna, Lafuente pensó en la posibilidad de la presencia de un poblado contemporáneo a la necrópolis o incluso anterior (Figueras, 1933a, 24; 1934-35a, 21; 1935, 12-13).

La excavación quedó suspendida a fines de diciembre de 1932, para reanudarla el 24 de enero del año siguiente. En esta nueva etapa se continuó excavando en la acrópolis, exhumando torres y murallas de la ciudad, así como detectándose importantes ruinas extramuros (Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 7), ocupando las laderas del Tossal de Manises. Semanas después los trabajos volvieron a interrumpirse de nuevo por falta de fondos.

El 3 de marzo la Comisión Provincial de Monumentos acordó *destinar exclusivamente la subvención del Ayuntamiento a las excavaciones de La Albufereta que deberán reanudarse apenas comience a cobrarse aquella subvención* (Figueras, 1940b, 32-33). De este modo, la campaña se reinició, finalizando durante los últimos días del año, habiéndose excavado una superficie de alrededor de media hectárea (Lafuente, 1934, 18; Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 7).

La campaña en La Albufereta se zanjó con un gran éxito, pues la excavación parecía proporcionar los deseados objetos púnicos que requerían los "cartagenistas", cuya autenticidad era evidente. A destacar en este sentido el hallazgo de catorce monedas cartaginesas con toro y cabiro, característicos en las emisiones ebusitanas y pertenecientes al período de los Bárquidas (Figueras, 1933a, 23). Otros objetos revelaban también claros paralelos con Ibiza. Sin embargo, una gran cantidad de materiales eran ibéricos, griegos o romanos, pues se constataba que algunas de las construcciones de la ciudad romana se erigieron sobre el área misma de la necrópolis (Figueras, 1933a, 20).

Francisco Figueras era ya consciente de que gran parte de la información se estaba perdiendo. Estaba también plenamente convencido de que al otro lado de la carretera del cabo Huertas, y bajo ella misma, continuaban las incineraciones (Figueras, 1933a, 21). Del mismo modo que ocurriría con Figueras, Lafuente se vio obligado a buscar la necrópolis bajo obras de construcción romana. No hay duda que los niveles romanos serían destruidos para alcanzar los protohistóricos. Bajo los pavimentos de hormigón -opus signinum- romano, se fueron localizando algunos sectores de la necrópolis (Figueras, 1934-35a, 36).

También cabe citar el enorme interés que suscitó en su momento, a raíz de las excavaciones en La Albufereta, el denominado "Mollet", situado no muy lejos de la vía del ferrocarril de Denia, *un macizo de cantería a modo de dique de 1'80 m. de ancho por poco más de 19 de largo, formado por grandes sillares en la parte superior y otros más pequeños en las hiladas inferiores, perfectamente careados por el lado recayente a La Albufereta donde el paramento es vertical y solo desbastados por la opuesta donde a los pocos centímetros del coronamiento se inicia en talud* (Figueras, 1933b, 123; 1934-35a, 22). Esta construcción, a la que se adosaban varios muretes, se halló a unos 300 metros del mar, y su auténtico significado fue muy debatido en la época. Figueras hace eco de este hallazgo en numerosas ocasiones, incidiendo en la necesidad de descubrir su función, si bien desde un primer momento tuvo muy claro que ésta estaba en estrecha relación con las condiciones hidrográficas del lugar. Podría servir como presa en momentos de inundación, permitiendo el paso de un margen a otro de la laguna, permitiendo al mismo tiempo, el almacenamiento y buen reparto del agua por los campos circundantes (Figueras, 1934-35a, 23-27).

Otras tareas de rastro y detección de restos arqueológicos fueron emprendidas por Lafuente y su equipo en determinados puntos de la albufera, como en la finca del Sr. Bardín e inmediaciones, en la zona de la playa, etc. De todo esto no disponemos más que vagas menciones.

1.4. LA REALIDAD GEOGRÁFICA DE LA ALBUFERETA EN LOS AÑOS 30

El nombre de Albufereta se debe a la existencia en la zona de una antigua marjal *de agua dulce y buena pesca* (Figueras, 1927, 7; 1939a, 4º cuaderno, 1; 1950c, 32), en la actualidad completamente desecada. El propio Deán Bendicho describe en su *Crónica* que en este lugar *desaguaban las aguas de los almarjales, que se habían hecho en las muchas aguas que llovían y había abundancia en el pantano...* (Bendicho, 1991a, 64-65). Sin embargo, la presencia continuada de agua estancada no había ocasionado más que problemas durante varios siglos. En este sentido, ilustrados como Cavanilles o Madoz afirmaban que esta agua se corrompía en verano por *falta de movimiento*, infectando la atmósfera y produciendo enfermedades muy malignas que se extendían por los distintos pueblos y fincas de la huerta (Cavanilles, 1958, 317; Madoz, 1982, 27).

Como hemos podido ver hasta este punto, la zona de La Albufereta era y aún hoy es considerada como una fuente de hallazgos arqueológicos de capital importancia. Las características geográficas del lugar favorecieron en gran medida la aparición de un denso poblamiento a lo largo de los siglos. La posibilidad de disponer de un clima apacible y de tierras fértiles se sumaba a la presencia de una pequeña loma de calizas bioclásticas al sureste de la albufera, donde se asentaría la acrópolis, permitían la configuración de un enclave idóneo tanto por

su situación estratégica como por las posibilidades económicas que ofrecía (Figueras, 1936b, 4). La ubicación relativamente elevada, junto a la costa y a un curso de agua recuerda el emplazamiento típico de los poblados ibéricos costeros (Figueras, Jáuregui, 1948, 217).

La necrópolis, por otro lado, fue descubierta junto al cerro del Tossal de Manises, y entre éste y la Sierra de San Julián, en un área de ligera pendiente y también muy próxima al mar, bordeando a su vez una antigua laguna, en la actualidad desecada. Esta laguna supone el tramo final del barranco de Maldo en que desaguaban las principales avenidas procedentes de la huerta alicantina (Abad, 1984, 20-22; Box, 1987, 178; Llobregat, 1990, 87; Olcina, Pérez, 1998, 20).

Originariamente, según los estudios de Francisco Figueras, una barra de tierra y algas separaba la albufera de la costa, conformando una especie de estrangulamiento, y en esta superficie de tierra se hallaron las fosas (Abad, 1984, 20-22; Box, 1987, 181). El excavador consideraba que en la Antigüedad la depresión existente en La Albufereta sería mucho más acentuada, constituyendo una faja larga y estrecha, que es precisamente la zona que estaba inundada (Figueras, Jáuregui, 1948, 212).

Figueras dividió el terreno de La Albufereta conforme a esta visión, considerando la existencia de una "orilla oriental" y otra "occidental" (Figueras, 1934-35a, 27; 1952b, 180; 1956a, 11-12). El trazado en forma de "N" muy abierta de este gran charco, que alcanzaría según Figueras hasta unos 300 metros de longitud hacia el interior, como veremos, sirvió a éste para realizar una primera división del terreno en varios tramos. A lo largo del primero, el más cercano a la playa y de mayor longitud, se hallarían las sepulturas de la necrópolis (Figueras, 1952b, 180; 1955a, 28; Figueras, Jáuregui, 1948, 210).

La realidad física en los tiempos en que Figueras emprendió la excavación de la ciudad del Tossal de Manises y de la necrópolis del llano, era evidentemente muy distinta a la que hoy podemos contemplar. La intensa antropización sufrida por estos terrenos ha desfigurado el entorno por completo. De hecho, el acceso al lugar desde la propia ciudad de Alicante era muy distinto al actual, condicionado por las peligrosas estribaciones de la Serra Grossa, lo que obligaba a realizar un gran giro por detrás de este monte, por el lado contrario a la costa (Figueras, 1953, 40). A todo esto podemos añadir que las distintas actuaciones humanas en el entorno natural de la albufera, han ido con el tiempo, y más intensamente durante el siglo XX, alterando el tipo de cubierta vegetal del lugar, así como iniciado un fenómeno de desertificación (Martín, 1993, 96).

Conocemos algunas de las propiedades y fincas edificadas en los alrededores de la zona, a través de documentos oficiales y por las referencias que nos transmite Figueras en sus textos. Del mismo modo, sabemos también que ya por aquel entonces se fueron instalando *barriadas de hotelitos* a las afueras de Alicante, *extendiéndose al E. de la ciudad*, es decir hacia La Albufereta (Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 1; 1940b, 6). En cuanto a las propiedades construidas años antes por aquellos alrededores, señala que algunas de ellas se encontraban al noreste de la antigua laguna.

Figueras Pacheco conoció la albufera alicantina antes y después de que fuera desecada, y de este modo pudo describirnos el aspecto que presentaban estos terrenos a principios de siglo, cuando se encontraba cubierta de aguas estancadas y lodazales insalubres⁴, lo que con el paso de los años motivó numerosas iniciativas para sanear el terreno. Figueras llega a llamar a la albufera como *charca hedionda*, aunque también *río, estero o estuario*, lo que sin duda sería en otros tiempos (Figueras, 1927, 7; 1934-35a, 40-41; 1934-35b, 6; 1959, 64; Figueras, Jáuregui, 1948, 214). Del mismo modo también se mostraba convencido de que los límites de la antigua laguna aún podían percibirse (Figueras, 1952b, 180). En la actualidad, estos límites se encuentran enormemente desfigurados por el trazado urbanístico de la zona, por los campos de cultivo, cada vez más escasos, y por las carreteras, solares, etc.

Todas estas cuestiones impulsaron a Francisco Figueras a preguntarse sobre cómo fue posible el florecimiento de la ciudad del Tossal, junto a una laguna pestilente, cerca de la cual era imposible vivir. Como él mismo expresaba, *el florecimiento de una urbe y la existencia a su lado de un ingrato pantano son hechos incompatibles*. Una solución al problema vendría al considerar que la única explicación posible sería que en aquellos tiempos no existía aún tal charca (Figueras, 1927, 13-14; 1933b, 122; 1934-35a, 8, 40; 1955a, 11-13). Si en la Antigüedad existió una zona húmeda, no sería en absoluto el pantano pestilente que Figueras describía para tiempos más modernos, sino un lugar mucho más agradable (Figueras, 1935, 16; Abad, 1984, 22). La Albufereta debió albergar un terreno más o menos seco, y más o menos fértil, o al menos cultivable o aprovechable, junto a ese *río, estero o estuario*, no una laguna propiamente dicha, sino una superficie permanentemente

⁴ Box Amorós establece como principales causas de esta situación la regresión del nivel marino y los continuos aportes sólidos procedentes del mar y sobre todo de tipo fluvial, provocando una colmatación de la parte final del barranco. A esto se sumaría el escaso o nulo desnivel del terreno (Box, 1984, 52).

inundada, cuya profundidad debería ser mayor a la que presentaba en el siglo XX⁵ (Figueras, 1933b, 122; 1934-35a, 41; 1959, 64).

Pero desgraciadamente, las noticias acerca de la fisonomía antigua de estas tierras son escasas al tiempo que algo contradictorias. Aquel estuario de la Antigüedad había evolucionado, con el paso de los siglos, y con los aportes continuos de agua y sedimentos, procedentes de todas las torrenteras y vertientes cercanas, así como con las inundaciones, hasta alcanzar el nivel del mar, convirtiéndose en un auténtico lodazal (Figueras, 1934-35a, 5, 42; 1950c, 31).

Contamos también con alguna referencia sobre el aspecto del paraje en cuanto a vegetación, como la mención a un campo de piteras al pie del cerro, que se extendía prácticamente desde el llano de la necrópolis hasta muy cerca de las murallas del Tossal de Manises (Figueras, 1934-35a, 12; 1935, 38). Junto a estas piteras ya comenzaron a descubrirse algunas sepulturas de la necrópolis. Tras los trabajos de saneamiento y colmatación del lodazal que ocupaba la antigua laguna, aún permaneció la depresión de aquélla, cuyos límites presentaban algunas especies de la flora propia de los almarjales (Figueras, 1939a, 4^o cuaderno, 2, 6; 1959, 34).

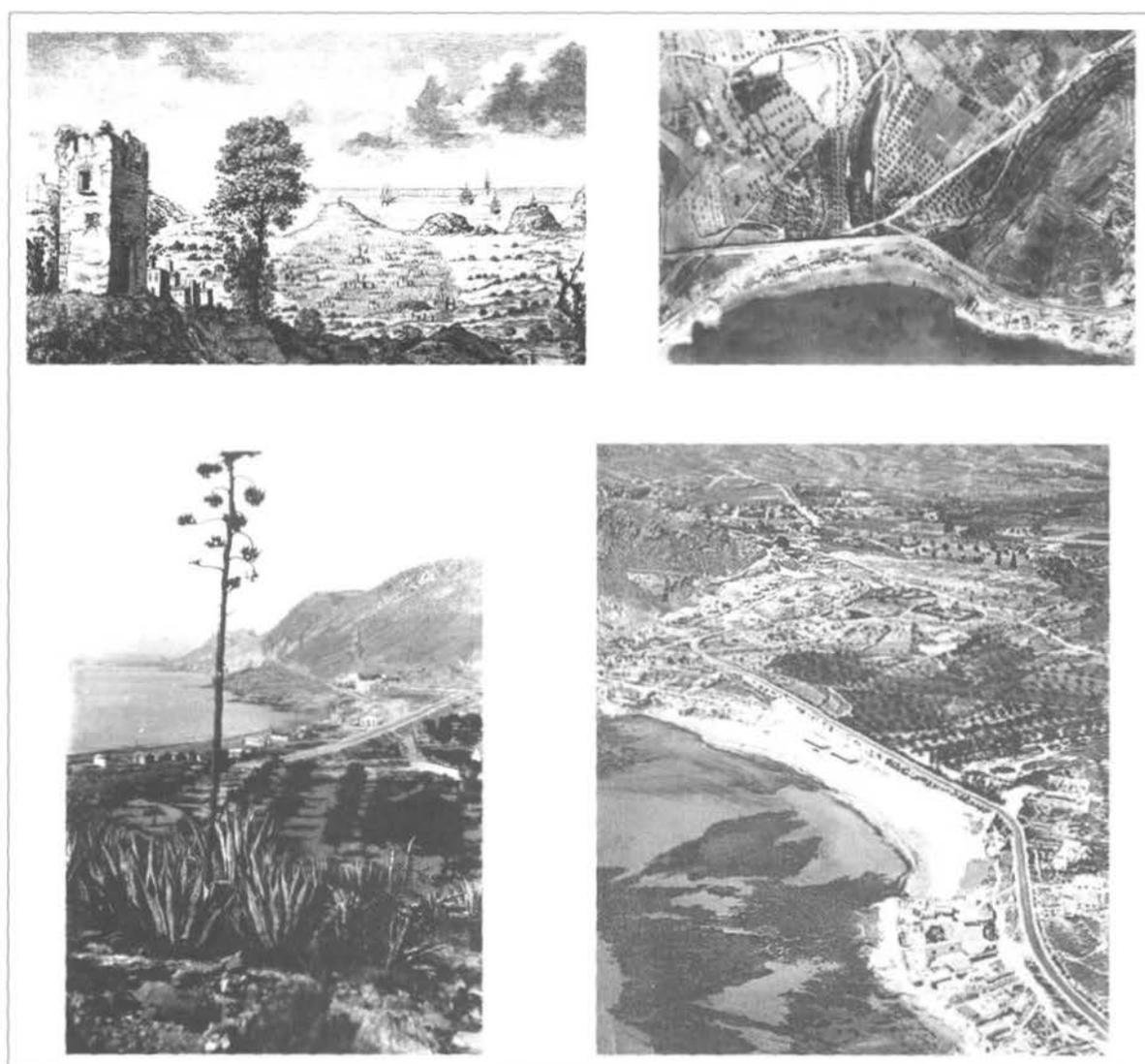


Figura 2. Diversas perspectivas de los terrenos de La Albufereta: Arriba a la izquierda, grabado del siglo XVIII en que se representa la huerta alicantina y los terrenos circundantes (Cavanilles, 1958). A su derecha, fotografía aérea de La Albufereta en los años 50 (Rosser, 1993b, 80). En la parte inferior, panorámica de la zona y detalle de la vegetación originaria (Archivo Gráfico MARQ). A la derecha, fotografía de la Albufereta en los años 60 en que se aprecian las primeras construcciones (Oliva, 2000).

⁵ Destaca en este sentido la propuesta de reconstrucción infográfica del hábitat del Tossal de Manises y La Albufereta en la Antigüedad publicada en Olcina, Pérez (1998, 44).

Lejanos quedaban los tiempos en que, como se constata por textos de época moderna, las faldas del cerro del Tossal de Manises contaban con plantaciones de cientos de álamos y chopos, especies relacionadas directamente con la condición de albufera de la zona⁶ (Figueras, 1957b, 21-22). De lo que no nos cabe la menor duda es que a partir de todas las ventajas de estos terrenos, así como de la topografía circundante, se configuró un ecosistema favorable a la agricultura. Hasta hoy ha perdurado la denominación de “huerta alicantina”, y no en vano, pues la zona circundante a la albufera, de terrenos más secos pero fértiles, fue cultivada intensamente durante siglos (Figueras, 1927, 7, 10; 1955a, 5). Bendicho nos indica que Alicante contaba con una huerta calculada en unas 28.271 tahúllas de tierra de regadío, *de las más fértiles del Reyno*, y en ellas se cultivaban albaricoques, higos, membrillos, cerezas, la vid, el olivo, legumbres, etc. (Bendicho, 1991a, 127-128), a lo que Cavanilles añade peras, higos, legumbres, etc. La fertilidad de esta huerta dependía casi exclusivamente del riego periódico (Cavanilles, 1958, 318-320).

Cultivos variados rodearían La Albufereta a principios del siglo XX, justo antes de comenzar la edificación y la explotación turística intensiva de esta zona, tal y como parece revelar un plano con fecha de 1926, levantado con motivo de la construcción de un barrio residencial denominado “Colonia Lucentum” (Pérez, Olcina, 2000, 268, fig. 2). Figueras cita la existencia de viñedos en el límite opuesto a la playa (Figueras, 1934-35a, 19), pero todo indica que hacia el interior se extenderían parcelas de mayores dimensiones.

A fines del siglo XIX ya se habían construido algunas fincas en los alrededores del cerro del Tossal de Manises. Sin embargo, el cambio se aceleraría en las primeras décadas del siglo XX, destacando las obras de desecación del marjal, finalizadas a mediados de 1928, y la construcción de la carretera a San Juan, íntimamente relacionadas con el éxito de este despegue urbanístico.

El popular ferrocarril de la Marina, en plena actividad en los años 30, se hallaba en el extremo opuesto de La Albufereta con respecto a la playa, es decir, al final del eje longitudinal que marcaba este *charco desecado* (Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 1). Otra importante vía de comunicación era la carretera del Campello, que acortaba enormemente la distancia entre la ciudad de Alicante y este lugar.

Especial mención requiere la construcción de la llamada “carretera nueva” que uniría Alicante con San Juan y que evitaría el complicado paso por detrás de la Serra Grossa o de San Julián, rodeándola por Vistahermosa, (Figueras, 1946, 309; 1959, 32). Con la nueva carretera, bordeando la costa, el paraje de La Albufereta se alcanzaría solamente tras *unos minutos de motor* (Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 1). El movimiento de tierras, las explanaciones de terrenos y el levantamiento de terraplenes que esta obra exigiría necesariamente provocó tanto la destrucción de algunas sepulturas de la necrópolis como la ocultación de otras tantas, si bien estos trabajos fueron, como hemos visto, los que revelaron la presencia de tal yacimiento (Figueras, 1946, 311; 1950b, 2º cuaderno, 11). Pese a que las obras empezaban a inicios de los años 30, tenemos referencias a que estos trabajos se prolongaron en el tiempo, interrumpidos, creemos, tanto por la necesidad de excavaciones arqueológicas, como por la culminación de los trabajos de saneamiento de los terrenos de la antigua laguna, y finalmente, por el estallido de la Guerra Civil. Por lo tanto, no es de extrañar que en 1944 se tome una fotografía del campo de La Albufereta donde aún figure la carretera inconclusa (Figueras, 1939a 2º cuaderno, 3; 1950c, 29; 1959, 34).

La Albufereta se convirtió en pocas décadas en uno de los lugares de recreo preferidos por los alicantinos y por gentes de procedencias diversas, que buscaban allí las ventajas de un clima cálido y un mar agradable, *apto como pocos para el emplazamiento de casas de recreo* (Figueras, 1927, 10; Box, 1987, 197). Partiendo de los documentos analizados de Figueras Pacheco, podemos detectar algunas referencias al proceso de urbanización, que comenzaba a despegar en La Albufereta (presencia de un bar en la playa, primeros hoteles y residencias de vacaciones, casetas de bañistas, etc.) (Figueras, 1927, 11, 24, 30; 1928, 14; 1940b, 6; 1947, 319; 1950b, 2º cuaderno, 11; 1956a, 11). El proceso urbanístico se convertiría en inminente tras la Guerra Civil y en las décadas siguientes La Albufereta cambiaría completamente todo su aspecto.

⁶ Recientemente el Servicio de Arqueología del Ayuntamiento de Alicante -COPHIAM- ha emprendido un estudio a partir de análisis polínicos y antracológicos en diversos yacimientos del término de la ciudad de Alicante, averiguando para el caso de *Lucentum* y su entorno que en la Antigüedad predominaban algunas especies de *pinus* y de *quercus*, *a priori* incompatibles con el clima semiárido de esta comarca. Estos ejemplos arbóreos de ribera, junto con la elevada humedad del lugar y la presencia también constatada de espartales y espinos en las partes de sofana conformarían una imagen de La Albufereta muy particular. Este ecosistema habría desaparecido con la desecación de la zona y la roturación de los campos circundantes al Tossal de Manises y a la antigua laguna interior (Box, 1984, 62; Martín, 1993, 96-100).

II. LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE LA ALBUFERETA. LA EXCAVACIÓN FIGUERAS

Importante figura dentro del debate historiográfico de la primera mitad del siglo XX, Figueras Pacheco fue el creador de un sistema explicativo del cual partieron muchos otros investigadores durante décadas. Su predisposición favorable a descubrir nuevos rumbos en sus estudios, la minuciosidad con que trató la materia prima de sus hipótesis, y la impecable plasmación física de sus conclusiones, le convierten hoy en referencia básica para entender los orígenes de la Arqueología moderna en la provincia de Alicante.

El importante legado manuscrito, donado a la Biblioteca "Gabriel Miró" de Alicante, creación de la Caja de Ahorros del Sureste de España, así como la obra publicada, dispersa en numerosas bibliotecas e instituciones españolas, supone un conjunto documental de gran importancia, si bien desbancado en la actualidad por estudios más modernos, pero latente de erudición y sentimiento, reflejo cristalino del estado de la investigación en su época.

II.1. VIDA Y OBRA DE FRANCISCO FIGUERAS

Nacido en diciembre de 1880 en el seno de una familia de fuerte tradición militar y aristocrática, Francisco Figueras se reveló desde muy pronto por su genio fuerte y decidido. Sin embargo, y pese a que inició la carrera de Derecho en Valencia en 1898, una ceguera repentina dificultó enormemente sus estudios y afectó profundamente a su personalidad, lo que no impidió que terminara licenciándose en 1907. Tres años más tarde alcanzaría el título de Doctor por la Universidad de Madrid.

Desde el momento en que publicó su primer artículo, en 1898, comenzó a escribir incansablemente en diversas revistas, mostrando su talento literario y siendo cada vez más conocido entre los alicantinos (Ramos Pérez, 1970, 14-20). Además, la personalidad inquieta de Figueras le llevó a formar parte de reuniones de intelectuales celebradas de forma periódica en el "Salón Senabre" de Alicante, también conocido como "Ateneo", donde comenzó a establecer contactos con otros estudiosos y literatos de la época como Gabriel Miró, llegando a ser incluso cronista de Alicante desde el año 1908 (Ramos, Pérez, 1970, 24-44). Pero su auténtica prueba de fuego sería el encargo que se le realizó para redactar el tomo correspondiente a la provincia de Alicante de la *Geografía general del Reino de Valencia*, para lo cual vio la necesidad por primera vez de recurrir a historiadores, geógrafos y arqueólogos. Este trabajo fue realizado al mismo tiempo que continuaba con su obra poética y su abundante correspondencia, así como con sus numerosos escritos históricos y geográficos, etc. Desde 1923 se fue encaminando más hacia el debate histórico, pero será el 18 de diciembre de este año, cuando pronunció en el "Ateneo" su discurso sobre *La fundación de Alicante*, el auténtico punto de partida de su posterior investigación. Poco después, en 1927, sería nombrado miembro de la Real Academia de la Historia, lo que supuso una enorme proyección de su figura a nivel nacional.

Seguidamente se iniciarían las primeras excavaciones en La Albufereta y Figueras Pacheco fue elegido secretario de la Comisión Provincial de Excavaciones Arqueológicas el 17 de enero de 1932, dirigiendo los

trabajos él mismo desde el 1934 (Figueras, 1940b, 31; Ramos Pérez, 1970, 90). Anteriormente a sus campañas en La Albufereta fue también director de las breves excavaciones en el yacimiento de la Illeta de Campello en 1931 (Figueras, 1934; 1950d).

Con el estallido de la Guerra Civil se inició un periodo nefasto en la vida del erudito, en el cual confluyeron además una serie de desgracias personales y coyunturales que fueron minando su personalidad. Figueras quedó recluido en su domicilio, convertido en un gran almacén de los objetos arqueológicos procedentes de las excavaciones de La Albufereta, los cuales protegió fuertemente y no cesó de clasificar y estudiar, continuando además con su labor literaria y divulgativa (Ramos Pérez, 1970, 125-127).

Al terminar la guerra, y tras superar incluso una denuncia política en 1940 que le acusaba de ser comunista y de apoyar el régimen republicano, reinició, aunque muy débil de salud, sus estudios, ponencias en congresos, etc., comenzando una fase muy prolífica en la que también se sucedieron numerosos galardones y homenajes. Sin embargo, la salud de Figueras Pacheco fue deteriorándose a partir de inicios de los 50, culminando en una grave caída en plena calle en 1958. Seguidamente cayó en cama a inicios de febrero de 1960 debido a una fuerte pulmonía y a dolencias cardíacas diversas, falleciendo un mes más tarde (Ramos Pérez, 1970, 127-128, 143-144, 153-155).

Resulta de admirar el valor con que Figueras Pacheco afrontó todas las dificultades y obstáculos con los que se encontró a lo largo de su vida. Su minusvalía pasó de ser un importante lastre a su principal fuente de inspiración, y pese a ella continuó con su intensa actividad literaria y científica. Se refugió siempre en su trabajo, demostrando un afán de sacrificio y un intenso deseo de superación, así como una gran preocupación por el debido cumplimiento de las normas sobre bienes patrimoniales (Figueras, 1939b, 16; 1943d, 1-2). Cabe destacar el enorme interés con el que se hizo cargo de las excavaciones en La Albufereta, trasladado poco después al de la redacción y publicación de la memoria final, que nunca vio la luz (Senent, 1942).

Francisco Figueras es un personaje que se enmarca dentro de un ambiente intelectual en ebullición, prueba de lo cual es la respetuosa relación a través de la correspondencia o de encuentros en congresos y coloquios con personajes de la talla de P. Paris, Schulten, Zotter, Lafuente, Senent, Fletcher, García y Bellido, etc. A muchos de estos investigadores, con los que incluso llegó a mantener una estrecha amistad, Figueras solicitó consejo y asesoramiento científico (Figueras, 1935, 74). La humildad, modestia y la precaución marcaron la práctica totalidad de las hipótesis formuladas por este arqueólogo, las cuales nunca buscaron ser pretenciosas. En este sentido, tampoco nunca se apresuró en sus conclusiones, sino que las sometió a una reflexión abierta y prolongada, e incluso, con excesiva frecuencia, recurrió para evitar futuras complicaciones a la falta de conclusiones claras y definitivas, sobre todo en sus informes y memorias, previos al estudio minucioso que posteriormente pretendía siempre realizar. Es por todo esto que la práctica totalidad de la obra de Figueras sobre el tema de las excavaciones en la necrópolis de La Albufereta presenta un carácter provisional, aunque siempre marcado por un interés divulgador y una preocupación metodológica esencial.

Este investigador realizó ponencias y publicó libros y artículos en diferentes ciudades y bajo el auspicio de organismos diversos, destacando la estrecha relación con la organización de los Congresos Arqueológicos del Sudeste Español, donde participó en distintas sesiones. No obstante, la única obra con carácter general que alcanzó publicar sobre la necrópolis de La Albufereta lo fue en 1956⁷. El resto de sus artículos y comunicaciones, o bien analizan el yacimiento con poca profundidad, o prestan atención a un aspecto determinado de los hallazgos.

Figueras se consideraba espectador partícipe en un momento crucial para el paso en nuestras tierras de lo especulativo a la Ciencia en materia histórica. Es por ello que manifiesta que los descubrimientos realizados eran para darlos a conocer, una excavación arqueológica para construir la Historia de los pueblos, y la Ciencia el método más eficaz contra la miseria y la ignorancia de la sociedad en la que le tocó vivir. En el caso de Alicante, por ejemplo, y pese a los numerosos estudios que se venían realizando desde tiempos de Lumière, Rico o Chabás, la mayor parte de la población desconocía por completo su Historia. Todo se atribuía al *socorrido tiempo de los moros* (Figueras, 1959, 14). Existe también en la persona de Francisco Figueras una auténtica obsesión por recuperar y proteger los objetos arqueológicos, almacenándolos y exponiéndolos en los museos (Figueras, 1934-35b, 16º cuaderno, 2). De ahí se deriva el estricto procedimiento que siguió, en la medida de lo posible, a la hora de depositar los objetos rescatados en tal institución.

Desde un punto de vista arqueológico, Figueras defendía la necesidad de un conocimiento esencial del medio geográfico sobre el que se estudia su pasado histórico, lo que resulta increíblemente novedoso en su momento. En este sentido destaca su *Geografía del reino de Valencia. Provincia de Alicante*, obra colosal publicada en 1914 en que aglutina datos referidos a la población, climatología, historia, etc., de las localidades

⁷ *La necrópolis iberopúnica de la Albufereta de Alicante*. Estudios Ibéricos, 4. Valencia.

de la provincia. Posteriores tratados de Geografía tendrán un enfoque arqueológico. El conocimiento del territorio, junto con los datos arqueológicos objetivos, y la documentación escrita antigua, son las tres disciplinas básicas de una moderna investigación histórica que él propuso (Figueras, 1947, 187). El método seguido en su investigación sería pues, resultado de la conjunción de diferentes fuentes y de una crítica rigurosa aplicada a cada una de ellas.

II.2. LOS PUNTOS DE DEBATE

Las inquietudes intelectuales de Figueras Pacheco se resumen básicamente en unos puntos esenciales y concretos, a partir de los cuales se desprenden todas sus argumentaciones y líneas de investigación. Los tres pilares básicos del pensamiento arqueológico de Figueras son el tema de los orígenes de la ciudad de Alicante, la localización de *Akra Leuka* y de los indicios de lo púnico en la ciudad, y la cuestión de La Albufereta como puerto interior en la Antigüedad.

El estudio, la comparación y la lógica serían las claves para desvelar los secretos del pasado y las principales herramientas para *terminar, de una vez con la frase hecha, tan socorrida como general, de que nuestro origen se pierde en la noche de los tiempos, demostrando por el contrario que se encuentra en el mañana de la Historia* (Figueras, 1924a, 9).

El tema del esclarecimiento de los orígenes históricos de la ciudad de Alicante es una constante en la obra de Figueras, como también lo es en la de José Lafuente. Éste último, por su parte, era catedrático de latín y buen conocedor de las fuentes documentales clásicas, y básicamente justificará en ellas todas sus conclusiones (Abad, 1984, 176). La figura de Figueras Pacheco queda inmersa en un ambiente intelectual favorable a la investigación en esta línea. Sin embargo, este autor, regido por la seriedad científica y por un interés desmedido por alcanzar una verdad histórica que muchas veces se le resiste, parte de la tradición historiográfica para razonar sus teorías y configurar un sistema explicativo propio.

Según entendía Figueras Pacheco, el *Akra Leuka* que citaban las fuentes antiguas, nombre del cual habría derivado *Lucentum* y Alicante, era una pista esencial que apuntaba hacia un pasado noble (Figueras, 1932a, 32-33; 1954a, 7). Lafuente Vidal se planteó que este *Akra Leuka* podría situarse tanto en el cerro del Benacantil como en el cercano Tossal de Manises. La mayor altura de la primera elevación y su color blanco -conforme a lo que etimológicamente indicaba la palabra "leuka"- le condicionó para sugerir que sería éste el auténtico emplazamiento de la ciudad que mencionaban los autores greco-latinos, si bien las ruinas de La Albufereta revelaban un segundo asentamiento, que seguramente sería *Leukon Teijos*, colonia griega destruida y reocupada por los cartagineses (Lafuente, 1934, 7-8) que no aparecía en las fuentes, sino en los estudios sobre Cartago realizados por Meltzer (Llobregat, 1969, 50; 1972, 72).

En este sentido, Figueras fue un convencido de que el Tossal de Manises albergó a varios pueblos distintos, asentados de forma consecutiva sobre el mismo emplazamiento, resultado de lo cual era la existencia de la secuencia tan compleja que se observaba en la calle de Popilio, excavada bajo su dirección.

Desde un principio el debate sobre los orígenes de la ciudad de Alicante se encuentra inmerso en uno más amplio y largamente atendido por los investigadores de la época. La localización de fundaciones griegas en las costas peninsulares, a partir de las bien documentadas de *Emporion* y *Rhode*, había suscitado desde décadas un gran interés, sobre todo en cuanto a la búsqueda en el sureste peninsular de las localizaciones actuales de las colonias de *Alone*, *Hemeroskopeion* y *Akra Leuka*⁸. La investigación emprendida por Figueras parecía terminar de una vez por todas con el dilema para el caso alicantino, aunque faltaba el importante apoyo de los descubrimientos arqueológicos.

La suposición de que estas colonias se encontraran en las costas alicantinas encontró un aval de impresionante valor en el hallazgo de una inscripción entre las ruinas de un aljibe de la acrópolis del Tossal de Manises, cerca de la muralla suroeste. Figueras se mostró prudente, pues aunque esta pieza estaba escrita en griego, podría demostrar tanto la raíz helénica de los habitantes antiguos de este lugar, como el simple uso de su lengua en determinados ambientes coloniales. La inscripción, supuestamente funeraria, fue estudiada por José Lafuente, y pese a encontrarse incompleta, se arriesgó con una posible traducción: *Muerto o habiendo muerto en el agua (ahogado) el gran héroe o al héroe una gran efigie o estatua* (Figueras, 1935, 26-28; 1963, 26-27). Esta interpretación presentaba una posible conexión, sin otro fundamento, entre lo narrado en la lápida y la dramática muerte del caudillo cartaginés Amílcar según las narraciones de Tito Livio y Diodoro Sículo. De lo escrito por éste último, historiador siciliano de la segunda mitad del siglo I a. C. (Abad, Abascal, 1992, 26), se desprendía

⁸ Entre otros autores, destaca Carpenter con una de las primeras aportaciones al tema de la presencia colonial griega en nuestras costas (Carpenter, 1925). Posteriormente, Lafuente Vidal también estudia partiendo de las fuentes textuales antiguas, esta cuestión (Lafuente, 1932; 1949; 1955, 23; 1957).

que las costas alicantinas ciertamente fueron ocupadas durante un determinado período de tiempo por griegos, momento en el cual surgiría el nombre de *Akra Leuka* y del que partiría la Historia de Alicante (Figueras, 1953, 58; 1956b, 15). Esta ocupación no pasaría de lo meramente comercial ni supondría una reducción política de los indígenas, si bien su cultura no volvería a ser la misma que la de antes de estos contactos, emprendiéndose un proceso de "aculturación" o "helenización" en grado difícil de establecer. Además, tras estos primeros tanteos, se procedería a fundar físicamente una colonia. Esta presencia provocaría la difusión de una serie de ideas que enraizando en la tradición local, explicarían de algún modo el por qué en época cartaginesa se mantendría el mismo nombre.

Otro tema por el que Figueras se muestra enormemente interesado es el de la formación del mundo ibérico y el papel de los colonizadores en este proceso. No obstante, como veremos más adelante, se manifiesta partidario más bien de la preponderancia del factor púnico en un proceso en el cual tradicionalmente se había dado todo el protagonismo a los griegos (Figueras, 1952a, 421). Sin embargo, los orígenes de la ciudad de Alicante no parecían encontrarse según este investigador en la propia ciudad, sino en el cercano paraje de La Albufereta. El tema de la hipotética fundación griega de *Akra Leuka* nunca quedó claramente expuesto ni interpretado en sus textos, debido a que no se encontraron indicios arqueológicos suficientes para avalar tal suposición.

Figueras Pacheco fue presa de una auténtica y completa obsesión por lo púnico, más patente quizá en sus primeras décadas como investigador, probablemente herencia de Lafuente y de los tiempos que corrían, presentándose algo más moderado en su época de madurez, quizá avistando nuevas posibilidades alternativas a sus teorías. Es en este tema en uno de los cuales más influyó la erudición local (Uroz, 1981, 247).

Ya desde el siglo XIX, en que Meltzer en Alemania y el Padre Chabás en España habían considerado a partir de las fuentes documentales, que la *Akra Leuka* mencionada por Diodoro Sículo, la sede militar del cartaginés Amílcar, podría situarse bajo la actual ciudad de Alicante o en sus alrededores (Figueras, 1952a, 427; 1954a, 7), se había iniciado una importante línea de investigación, sobre todo tras la aceptación de esta idea y su valoración positiva por parte de figuras tan importantes como el epigrafista Emilio Hübner, Fernández Guerra o Aureliano Ibarra (Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 4; 1945b, 23; 1947, 210). Hübner, por su parte, encabezó una línea de interpretación que fundamentaba sus teorías en la reducción de la *Elike* citada también por Diodoro a la moderna ciudad de Elche (Figueras, 1924a, 39). La ciencia arqueológica convivía de este modo, en las primeras décadas del siglo XX, con postulados formulados en la centuria anterior.

Existía una exigencia nacida de los propios contemporáneos de material púnico (Figueras, 1933a, 24). Una breve campaña de excavación efectuada en 1928 en las laderas del Benacantil y dirigida por J. J. Senent, proporcionó material que fue catalogado como púnico (Figueras, 1933a, 20; 1952a, 426; Abad, 1984), lo que venía a avalar todas las teorías en esta vía. Un apriorismo semiinconsciente bañaba todo lo dicho por determinados círculos intelectuales, llevando a unos y a otros a considerar como púnico todo resto antiguo no claramente identificado con anterioridad⁹. A todo ello se sumaba la opinión sobre la cercanía de Ibiza, colonizada desde muy antiguo por los semitas (654 a. C.), y su papel como centro comercial y principal punto de partida de los contactos entre púnicos y las costas levantinas de la Península Ibérica (García y Bellido, 1944, 114; Lafuente, 1949, 241; 1952, 159; Figueras, 1952a, 422; Balil, 1957, 112; Pellicer, 1964, 395; Llobregat, 1974a, 291; 1980, 287).

A partir de las fuentes clásicas se podía denotar una llegada de gentes púnicas a las costas alicantinas tras la batalla de Alalia (535 a. C.) desde las primeras fundaciones del sur de Andalucía y tras la pérdida de Sicilia por las tropas de Amílcar, que se dispusieron a conquistar la Península Ibérica para mantener intacta su talasocracia mediterránea. Esta última etapa se prolongará hasta fines del siglo III a. C. (Figueras, 1946, 326; 1947, 199-200, 227-228; 1948, 193-194; 1952a, 422-427; 1952c, 12; 1955b, 151; 1956a, 16; 1957c, 171; Lafuente, 1949, 241-246).

Figueras era realista al considerar que por entonces, *el origen cartaginés de Alicante carecía aún de apoyo arqueológico* (Figueras, 1932a, 38; 1933a, 20). Hacía falta buscar un lugar donde excavar y averiguar de una vez por todas la influencia que había tenido la civilización cartaginesa en Alicante durante la Antigüedad. Del mismo modo, era consciente de la necesidad de un estudio detenido de todo el material obtenido en las excavaciones, así como una sistematización de sus características y un análisis geográfico del lugar en donde se hallaron dichos objetos (Figueras, 1932a, 11). Este investigador comenzó a deducir a partir de los restos arqueológicos conocidos sobre todo por Lumières y por noticias casuales, que seguramente el núcleo púnico se encontraba en un paraje cercano, La Albufereta, aunque se mostró cauto (Figueras, 1924b, 10), pues en numerosos solares de Alicante se hallaban con frecuencia restos materiales antiguos, como ocurrió en febrero de 1924,

⁹ Es el caso de hallazgos en Altea, Jávea, Benidorm, Campello, Elche, Denia, etc. (Figueras, 1945a; 1948, 190) o incluso en la necrópolis de El Molar (Lafuente, 1934, 6; Figueras, 1952a, 426-428).

cuando se abrieron cimientos en la casa del mismo Óscar Esplá, cerca del paseo del Doctor Soler, descubriéndose cerámicas romanas (Figueras, 1924b, 29). No obstante, aún nada apuntaba a que el centro cartaginés se encontrara en estos lugares.

Figueras Pacheco se consideró convencido desde muy pronto, de la localización de la *Akra Leuka* de Amílcar Barca en las cercanías de la ciudad de Alicante, con un carácter meramente militar (Figueras, 1924a, 56-58; 1932a, 6; 1933a, 19; 1939c, 13; 1949b, 323; 1952a, 431; 1954a, 7; 1955a, 12-13; 1959, 23). Lafuente Vidal, por el contrario, y puesto que situaba *Akra Leuka* en el monte Benacantil, reservaba al Tossal de Manises -según él, *Leukon Teijos*- un carácter más industrial y comercial que militar (Lafuente, 1932; 1957, 61).

A las fuentes clásicas se añadía también el significado originario del nombre de la ciudad, relacionada directamente con las características topográficas del lugar, pues ciertamente el Tossal de Manises aparecía desde el mar como una “eminencia blanca” (Figueras, 1946, 309; 1947, 210; 1953, 28). La derivación etimológica presentada por Chabás a fines del siglo XIX sería el punto de partida de Figueras para emprender su investigación (Chabás, 1889; Martínez Morellá, 1967b; Llobregat, 1969, 50). Con los Bárquidas se mantendría la denominación de *Akra* (altura) *Leuka* (blanca), para lo que Figueras buscó incluso una hipotética traducción en lengua púnica, puesto que el nombre griego ofrecía un evidente obstáculo en sus tesis cartagenistas. La rivalidad entre ambos pueblos convertía en prácticamente imposible el que se hubiese respetado tal denominación, si bien pudo respetarse para evitar problemas mayores con los pobladores indígenas helenizados (Figueras, 1932a, 19).

La Albufereta contaba con unas playas idóneas tanto para asegurar el poderío naval cartaginés como para permitir emprender relaciones comerciales con los indígenas, estando a su vez bien comunicada con la metrópolis norteafricana de Cartago (Figueras, 1932a, 21), así como con la isla de Ibiza, punto intermedio en el sistema comercial semita.

Autores como García y Bellido o Nordström, años después, aún continuarán considerando que la mayor parte de los hallazgos materiales de La Albufereta pertenecían a la cultura púnica. El “cartagenismo” de esta necrópolis será un fuerte lastre del que la Arqueología no se desprenderá hasta décadas más tarde y a partir de nuevas generaciones de investigadores.

Otro tema que llegó a interesar a Francisco Figueras hasta rozar lo obsesivo fue el relacionado con la supuesta identificación de la antigua laguna de agua dulce en que consistía La Albufereta con un auténtico embarcadero en la Antigüedad, contemporáneo con toda seguridad a época romana, aunque también aseguró que pudiera haber existido en tiempos más antiguos (Figueras, 1943a, 13; 1956a, 11).

Sobre este tema redactó numerosas anotaciones y borradores, publicándose sus principales conclusiones al respecto entre otros, en el artículo “Los problemas geográfico-históricos de La Albufereta de Alicante” (1933b), en su *Historia del Puerto de Alicante. Fondeaderos y diques* (1950c) y en *El antiguo puerto interior de la Albufereta de Alicante* (1955a), además de en numerosas notas en otras diversas obras. El propio José Lafuente, en su memoria de excavaciones mencionaba también que en la bahía de la Albufereta existían *indicios seguros de que el mar llegase en la época romana mucho más al interior*, habiéndose construido un puerto (Lafuente, 1934, 3, 9; 1957, 7).

La existencia del “Mollet”¹⁰ estaba directamente relacionada con la laguna, y el puerto se debía claramente a ésta, así como a la presencia de la ciudad sobre el Tossal de Manises. El paisaje mismo de La Albufereta favorecía la idea de un puerto resguardado, que aprovechaba tanto dicha situación, como la benignidad del clima y el buen contacto con las tierras interiores de la región. Figueras consideraba que en la Antigüedad existiría en este lugar una especie de ría o estuario comunicado con el mar, que podría haberse utilizado como puerto natural (Figueras, 1933b, 124; 1934-35a, 28).

Figueras emprendió una profunda investigación sobre este tema, analizando diferentes documentos, destacando la *Crónica* inédita de Alicante, obra de Vicente Bendicho, manuscrito de la primera mitad del siglo XVII, donde se describía la laguna en aquellos tiempos (Bendicho, 1960, 24-25; Figueras, 1933b, 125-126; 1934-35a, 30; 1955a, 18). El puerto que buscaba Figueras estaría formado por gran parte de la depresión apreciable en La Albufereta, contando con unos 300 m. de longitud en dirección norte-sur, y con una anchura de entre 30 y 40 m. Esta depresión adoptaba una forma quebrada, *describiendo una N muy abierta*, cuyas márgenes estaban repletas de construcciones (Figueras, 1950c, 45; 1955a, 28; Figueras, Jáuregui, 1948, 210).

Convencido de que barcos griegos ya encontrarían en La Albufereta un refugio adecuado, era con la llegada de los cartagineses a nuestras costas cuando se desarrollaría la explotación portuaria (Figueras, 1943a, 13; Lafuente, 1957, 62). Estos sustituyeron, según Figueras, el comercio establecido por los massalotas por uno nuevo, diferenciado del anterior básicamente por su sentido fundamentalmente militar y por dirigirse a nuevos establecimientos

¹⁰ Ver apartado I.3.

del Mediterráneo, relacionados con los intereses de Cartago. La Albufereta sumaría de este modo a su denominación como puerto la de base naval (Figueras, 1952b, 20), pese a que hasta época romana no se desarrollarían grandes obras de infraestructura portuaria (Figueras, 1950c, 49, 53; 1955a, 34; Figueras, Jáuregui, 1948, 222-223), destacando la construcción del "Mollet", que Figueras fechó finalmente en época augustea (Figueras, 1957b, 25). También fijó que el cauce de la laguna permitiría a prácticamente todo tipo de embarcaciones moverse adecuadamente por el puerto interior (Figueras, 1950c, 48, 53). Calculó además que podrían maniobrar de ocho a diez naves romanas simultáneamente (Figueras, 1955a, 40). Si a ello sumamos que sería un puerto natural, cómodo y seguro, hallamos aquí un lugar ideal para gozar de este aprovechamiento¹¹.



Figura 3. Panorámica de La Albufereta y el "Mollet" (Archivo Gráfico MARQ).

II.3. LAS EXCAVACIONES EN LA ALBUFERETA

El 18 de enero de 1934 se celebró una nueva sesión de la Comisión Provincial de Monumentos, en la cual, y tras valorarse muy positivamente los resultados de la primera campaña de excavaciones realizadas en La Albufereta dirigida por José Lafuente Vidal, se proyectó continuar con dichos trabajos. Sin embargo, este personaje consideró la imposibilidad de continuar ejerciendo de director debido a sus numerosos compromisos como catedrático. A causa de esta renuncia, la Comisión decidió nombrar a Francisco Figueras Pacheco como su sustituto, con el cargo de *Director de las excavaciones de la Albufereta y Tosal de Manises con efectos retroactivos* (Figueras, 1940b, 35-36).

Figueras, aunque aceptó la proposición de la Comisión Provincial, y debido a su débil estado de salud y a su ceguera, lo hizo a cambio de contar con ayuda de algunos compañeros, y especialmente de Lafuente, que no quedaría totalmente desvinculado del proyecto en un principio (Figueras, 1940b, 36). Dispuso también de la ayuda del Padre D. José Belda, en los trabajos de campo hasta septiembre de 1934 (Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 8; Ramos Pérez, 1970, 103-104). Una serie de acontecimientos, relacionados con el apropiamiento ilegal de objetos arqueológicos hallados en el monte de San Julián sin autorización alguna, condujeron a la dimisión de Belda de la Comisión Provincial, quedando completamente apartado de las excavaciones de La Albufereta, así como de toda actuación arqueológica (Figueras, 1940b, 38).

¹¹ Las recientes excavaciones arqueológicas practicadas en la Albufereta, si bien han ayudado a corroborar la idea de Figueras Pacheco sobre la existencia de este puerto, han matizado en gran medida sus consideraciones.

Figueras muy pronto advirtió el lamentable estado en que se encontraban los terrenos de La Albufereta, fundamentalmente por el abandono del lugar, la humedad, las obras de la carretera a San Juan y los trabajos arqueológicos dirigidos anteriormente por Lafuente, enormemente destructivos (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 11-12).

En un principio, la campaña se extendería desde principios de 1934 a inicios del año siguiente, pero la ayuda económica no fue regular ni constante, y cuando menguó o finalizó, se recurrió, según comenta el propio excavador, a subvenciones procedentes de distintas corporaciones locales (Figueras, 1935, 5-7; 1939b, 4-5). Con la consignación recibida del Estado, que suponemos bastante reducida, no pudo disponer del necesario personal cualificado, como ocurrió nada más comenzar las excavaciones, sino de un limitado grupo de operarios. Esta carencia de recursos económicos posibilitó la interrupción de los trabajos durante el trimestre de mayo a julio de 1934 (Figueras, 1935, 6). La creciente importancia de los hallazgos de La Albufereta hicieron bascular el centro de atención del excavador a favor de este lugar, en detrimento de las excavaciones emprendidas desde 1931 en la Illeta de Campello (Figueras, 1943b, 50). Figueras se planteó en este momento más seriamente que no podía ejercer la dirección simultánea de las dos excavaciones.

En mayo de 1936 se solicitó una nueva ayuda económica que nunca llegaría a cumplirse debido al estallido de la Guerra Civil y a la paralización de los trabajos arqueológicos (Figueras, 1940b, 40).

Los sectores en los que se practicaron trabajos arqueológicos bajo la dirección de Figueras Pacheco fueron diversos:

- En la acrópolis del Tossal de Manises, principalmente *intramuros* de la ciudad que habitó en la parte más elevada de dicho cerro en su zona sureste (Figueras, 1936a, 2; 1939b, 2; Llobregat, 1972, 67).
- En la necrópolis de La Albufereta, a los pies del cerro, en una nueva zona abierta a partir de lo explorado por Lafuente en la anterior campaña.
- En otros puntos concretos de la orilla de lo que antiguamente sería una laguna interior, y que actualmente representaba la depresión de La Albufereta, donde únicamente se llevaron a cabo sondeos y exploraciones superficiales.
- En las arenas de la playa vecina tanto del Tossal como del llano de la necrópolis, en busca de nuevas sepulturas o de indicios constructivos antiguos.
- En algunos predios o fincas cercanas, de las que se conservaban noticias aisladas, así como algunos objetos hallados dentro de estas propiedades, que ya rastreó y estudió Figueras años atrás (Figueras, 1939b, 2).

Sin embargo, y pese a esta multiplicidad de puntos de interés, las excavaciones sistemáticas fueron más contundentes y duraderas en la acrópolis y en la necrópolis, pasando a un segundo plano las zonas circundantes. Cabe destacar en este sentido, que los trabajos se efectuaron en ocasiones en varios lugares simultáneamente, aunque por lo general existía una basculación hacia algún punto en concreto, dependiendo de diversos factores.

Durante la primera parte de la campaña de Figueras Pacheco -año 1934-, las excavaciones en el campo de la necrópolis se concentraron entre los meses de agosto y diciembre, siendo éste último muy prolífico en hallazgos, debido a una exploración intensiva (Figueras, 1935, 6-7, 11; 1939a, 4º cuaderno, 8), que también contribuyó a apreciar de manera definitiva la gran cantidad de material romano en las capas superiores, el cual incluso penetraba en estratos más profundos y alteraba en gran medida la estratigrafía del lugar, pudiendo ser fosos o basureros (Figueras, 1934-35a, 17-18).

Sobre la excavación de las sepulturas de la necrópolis no contamos apenas con información suficiente para precisar ni el ritmo de trabajo seguido ni la planificación de las tareas. Únicamente disponemos con el registro final de los hallazgos, así como con las descripciones de las fosas y otros apuntes adicionales. Esta falta casi absoluta de anotaciones en forma de diario de campo¹², vendría condicionada además por la monotonía de la excavación, que se convertiría en pocas semanas en un trabajo mecánico y repetitivo de detección y vaciado de sepulturas.

Sí sabemos que en septiembre de 1934 terminó la ayuda del Padre Belda en el control y supervisión de los trabajos de campo. Desde entonces, Figueras se encargó de todos los trabajos, tanto los de campo como los de gabinete (Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 8). Sin embargo, el hallazgo en la fosa número 100 de un altorrelieve escultórico de gran calidad a fines de este año, supuso un elemento dinamizador del interés sobre esta necrópolis, tanto, que durante los últimos días de diciembre los trabajos se aceleraron. Cuando acabó el año ya eran 107 las sepulturas excavadas (Figueras, 1935, 43; 1946, 312).

Las excavaciones en la necrópolis se prolongaron hasta el mes de mayo del año siguiente, habiéndose descubierto 170 sepulturas en total (Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 8; 1959, 81; Ramos Pérez, 1970, 104). A partir de entonces en este lugar no se realizarían más que varias exploraciones y sondeos, encaminados más a

¹² Contrariamente a lo que ocurre en excavaciones contemporáneas, caso de la necrópolis de Las Cogotas (Cabré, 1932, 6-7).

detectar indicios del supuesto puerto interior romano que existiría en La Albufereta, así como las instalaciones relacionadas con este hecho. Desconocemos ciertamente si, como indicaron numerosos autores posteriores a Figueras¹³, éste abandonó el campo de la necrópolis por el agotamiento del yacimiento, lo que nos es difícil de aceptar, debido fundamentalmente a que el excavador en ningún momento logró delimitar la superficie definitiva ocupada por el cementerio.

Figueras planificó, desde el comienzo de las excavaciones, una serie de actuaciones puntuales paralelas a la exploración de las sepulturas de la necrópolis, practicándose una serie de sondeos o "calicatas", en determinados lugares cercanos, rastreando los terrenos circundantes tanto del cementerio como del Tossal de Manises, así como también parece ser que hizo Lafuente años atrás. También se practicaron "calicatas" en las fincas cercanas a la acrópolis, hallándose restos de construcciones romanas pertenecientes fundamentalmente a *villae*. Pero estas actuaciones en muchas ocasiones no permitieron a Figueras precisar con claridad los niveles que andaba buscando, como comenta en alguna ocasión (Figueras, 1934-35b, 4º cuaderno, 6, 9), sino que únicamente sirvieron para obtener alguna información sobre las dimensiones del área afectada por las construcciones y restos antiguos (Figueras, 1934-35b, 29º cuaderno, 8). En el verano de 1935 se realizaron varios sondeos buscando los límites de la necrópolis, por lo que se situarían relativamente próximas a los enterramientos. También se rastrearon indicios de obras y materiales antiguos en algunos terrenos privados, como en el bancal de Buades o en la finca de Carrión, donde incluso se abrió una nueva "calicata" (Figueras, s. a. a, 5º cuaderno, 2, 4-5).

Donde sí se trató de emprender una excavación en toda regla fue en la zona del denominado "Mollet", tantas veces aludido por Figueras¹⁴. No obstante, fue Figueras Pacheco quien planteó una actuación junto al paramento vertical de esta construcción, con la finalidad de esclarecer la cronología y carácter de tales restos. Sin embargo, el lodo existente en el subsuelo¹⁵, dificultó la labor de los obreros, y por precaución tuvo que abandonarse el proyecto.

De otro lugar del que contamos con alguna información es de un camino situado al este de la antigua laguna, al cual Figueras dio un origen antiguo. Según el investigador, estaba tallado en la roca en determinados tramos y parecía rodear el cerro del Tossal de Manises y bordear los terrenos de La Albufereta sin cortarla, pasando muy cerca de la estructura del "Mollet". Esta vía había quedado fosilizada de alguna manera por el límite septentrional de la albufera, es decir, por el lado opuesto a la costa, y parecía claro que había sido aprovechada en época romana (Figueras, 1933b, 123; 1934-35a, 25-27; 1935, 16; 1950c, 50-51; 1955a, 31; Figueras, Jáuregui, 1948, 216, 218).

También durante la campaña dirigida por Lafuente fue descubierta muy cerca de la costa, al sur de la necrópolis, una factoría seguramente relacionada con el pescado, y concretamente, con su proceso de salazón. Sobre este hallazgo no contamos más que con escasísimas notas de Figueras Pacheco, lo que añadido al hecho de que más tarde no se efectuó en este lugar trabajo arqueológico ni exploración alguna, ha conseguido que el tema haya caído en el olvido, sepultado bajo construcciones modernas (Lafuente, 1934, 11; Figueras, 1935, 11). En las últimas décadas la investigación ha venido a corroborar tales afirmaciones, a partir del hallazgo de una serie de balsas excavadas en la roca con revestimiento interior de mortero de *opus signinum*. Estas estructuras, situadas prácticamente en la misma línea de costa, se han venido relacionando con lo dicho por Lafuente y Figueras sobre la factoría de salazones de pescado (Olcina, Pérez, 1998, 89).

Una vez agotado el dinero disponible, la campaña llegó a su fin durante los últimos días de 1935. Comenzó entonces el trabajo de redacción de la memoria a partir de los datos obtenidos, y de investigación en profundidad, que fue emprendida con entusiasmo por Figueras, aunque éste no evitó evaluar la dificultad y complejidad de la tarea a realizar, abrumadoramente superior a sus fuerzas. A todo esto se añadía el trabajo de restauración de un amplio grupo de piezas seleccionadas, tarea que delegó en las manos de "reconstructores" contratados (Figueras, 1934-35b, 2º cuaderno, 1).

El estallido de la guerra sorprendió a Figueras e interrumpió su investigación. La excavación quedó paralizada indefinidamente, aunque en esperas de reanudarse, pues aún quedaban sepulturas por descubrir. No obstante, y teniendo en cuenta el importante trabajo "de gabinete" que restaba por liquidar, no consideró a corto plazo una nueva campaña, sino que más bien se mostró paciente, esperando un momento más propicio en que podría disponer de medios y condiciones adecuadas para llevar a cabo tal investigación (Figueras, 1940c, 27-28).

¹³ Entre ellos el propio Llobregat Conesa en su *Contestania Ibérica* (1972, 73, 77).

¹⁴ En la actualidad no se conserva resto alguno perteneciente a esta curiosa construcción, aunque los investigadores sí parecen de acuerdo en que con toda probabilidad no sería un "muelle" propiamente dicho, sino un azud de época moderna (Olcina, Pérez, 1998, 89; Pérez, Olcina, 2000, 265).

¹⁵ Desconocemos a qué profundidad, pero, como ya intuye Figueras, no deja de sorprender que una obra tan magnífica se eleve sobre el barro tierno, con lo que se deduce también que poseería unos buenos cimientos que la asentasen firmemente.

II. 4. METODOLOGÍA Y TRATAMIENTO DE LA INFORMACIÓN

Al hablar de Francisco Figueras y de la metodología aplicada durante las excavaciones de la necrópolis de La Albufereta hemos de desconfiar en cierta medida, pues no disponemos en absoluto de las mínimas garantías que nos aseguren un adecuado desarrollo de los trabajos de campo, así como tampoco contamos con evidencias claras de que se efectuase un riguroso y exhaustivo registro de todo aquello que fue hallado en estos terrenos. Todo parece indicar que primero Lafuente, y Figueras más tarde, hicieron uso de una metodología aleatoria y cambiante, acorde con los tiempos que corrían, aunque también con los escasos recursos económicos de que dispusieron y con sus conocimientos personales¹⁶.

Sin embargo, y centrándonos en el segundo de estos dos investigadores, encontramos en este personaje, como ya hemos visto¹⁷, una preocupación metodológica esencial, encaminada sobre todo a demostrar ante la comunidad científica la importancia de los trabajos realizados bajo su dirección y la validez de sus teorías.

II.4.1. Metodología de campo

Contamos con datos suficientes como para considerar que Francisco Figueras planteó un programa de excavación moderno para su época, modélico en algunos aspectos, deficitario en otros, pero que en conjunto resolvió con acierto, utilizando una serie de conceptos y técnicas con sorprendente maestría y eficacia. Según Abad *pocas excavaciones españolas se realizaron con mejores métodos y técnicas que las del Tossal y la Albufereta, pues la Arqueología se entendía principalmente como recuperación de materiales vistosos y como confirmación de los textos literarios* (Abad, 1984, 201). Pese a esto, contamos con escasas referencias a los trabajos de campo propiamente dichos y los datos publicados sobre estratigrafía, localización de hallazgos, etc., nos hacen pensar en un deficiente sistema de excavación y registro desde un punto de vista actual.

Existe de todos modos un interés auténtico por la reversibilidad del proceso arqueológico, altamente destructivo, y por atestiguar minuciosamente cada paso del mismo, con la finalidad de servir de guía al futuro excavador. Figueras se define a sí mismo como arqueólogo, con una amplia gama de funciones principales, más importantes incluso que el mero proceso de exhumación de objetos antiguos. Dichas funciones serían las de supervisar, anotar, constatar, identificar, localizar, organizar, describir, comparar, deducir, etc. Todo buen arqueólogo debería pues centrarse en las constatación de los fenómenos observables durante el proceso de excavación, con miras a poder reconstruir el proceso posteriormente o dejar que otros investigadores más capacitados o con formaciones académicas diversas lo efectúen (Figueras, 1946, 333; 1952b, 194; 1957d, 2). Estas consideraciones sorprenden por su modernidad, presentando al excavador como un "compilador" de información, de cuya labor depende el éxito de la posterior investigación.

La excavación emprendida por Francisco Figueras fue víctima de una época repleta de convulsiones políticas y sociales, traduciéndose esta situación en una importante carestía de medios humanos y económicos en general, que repercutieron negativamente en el desarrollo de los trabajos. Referencias a la falta de obreros son constantes en los textos de Figueras (1934-35b, 2º cuaderno, 1; 1936b, 4; 1939b, 15, 42; 1950b, 2º cuaderno, 54), así como a la necesidad de contratar a técnicos o "auxiliares", especialistas en distintas labores relacionadas con las excavaciones (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 10)

En los escritos de Figueras se observa una a veces sutil, otras más evidente, distinción entre las tareas de la excavación y el siguiente estudio material. Existe pues una diferenciación clara entre la excavación propiamente dicha y la formulación de hipótesis a partir de los resultados materiales obtenidos, tarea más propia del investigador o "excavador" en un sentido amplio (Figueras, 1935, 32), y que englobaría tanto el trabajo de campo como el de laboratorio y la posterior investigación.

Como parece obvio a partir de lo comentado, los trabajos de excavación quedaron en manos de obreros de la construcción. Este hecho, sumado al desconocimiento de estos operarios, a la falta de recursos, la ausencia de toda monumentalidad para el caso de la necrópolis, y el gran interés suscitado por las piezas obtenidas en detrimento del lugar del que procedieron, causaron una pérdida irreparable. Sí conocemos, por otro lado, que toda la tierra hallada en el interior de las sepulturas, mezclada con cenizas y carbones o huesos según el caso, fue sistemáticamente cribada en busca de nuevos restos materiales de pequeño tamaño y que podrían poseer un gran valor (Figueras, 1934-35b, 23º cuaderno, 1; 1935, 59; 1943a, 15; 1959, 123). Seguidamente se procedería a una limpieza superficial de los materiales (Figueras, 1956a, 54), aunque para el caso de los metales, por el mal estado en que han llegado hasta la actualidad, deducimos que no fueron tratados convenientemente.

¹⁶ Sobre este aspecto ofrecemos detenida información en nuestro artículo "Las excavaciones arqueológicas en la necrópolis de La Albufereta. La metodología de campo en una excavación antigua" (en prensa).

¹⁷ Apartado II.1.



Figura 4. Excavaciones en La Albufereta supervisadas por el Padre Belda. Obsérvese la presencia de seis obreros en plena tarea. Tomado de Ruiz *et alii* (2000).

Una de las principales preocupaciones de Figueras Pacheco durante las excavaciones en la necrópolis fue la de hallar los límites del yacimiento, puesto que el parecía contar con una gran extensión, que el Padre Belda había calculado en poco más de 2000 m² (Belda, 1947, 240). La carencia absoluta de demarcador alguno, así como el mal estado de los estratos superficiales, en gran parte arrasados por construcciones romanas, tareas agrícolas y otras obras posteriores, no favorecían en nada la labor de fijar una extensión aproximada y una división interna del área, tal y como también apreció con anterioridad José Lafuente (1934, 18).

En primer lugar, el límite occidental de la necrópolis vendría dado por la orilla izquierda de la antigua laguna, en cuyas tierras comenzarían a excavar fosas. Del mismo modo, hacia el sur, el límite se marcaba por la actual línea de costa, de la cual la separarían pocos metros (Figueras, 1946, 311; 1956a, 12). En cuanto al límite septentrional, lo condicionaba también el final de la laguna desecada, así como la construcción del “Mollet”. El cuarto punto de referencia no sería tan fiable, pues incluso Figueras no estaba completamente seguro de poder detectar un límite oriental (Figueras, 1952b, 180).

La idea de una ordenación interna del área cementerial hubiera supuesto para Figueras una gran ayuda a la hora de planificar sus actuaciones. Considerando que la aparente distribución regular de los enterramientos debería responder con toda seguridad a un requerimiento ritual, pero sobre todo a una imperiosa necesidad de disponer de espacio físico para ser ocupado por las tumbas, hemos de tener en cuenta que los distintos condicionantes geológicos y físicos serían esenciales para comprender los fenómenos de alineamiento, dispersión, superposición, etc. En este sentido, y como ya advirtió Lafuente, Francisco Figueras contempló cómo la necrópolis se extendía muy cerca de la línea de costa, que presumiblemente en la Antigüedad se situaba más hacia el interior, así como más próxima a los límites de la antigua ensenada de La Albufereta, lo que interpretó como la respuesta a una necesidad urgente de obtener espacio para situar tumbas. Esto podría explicar la presencia de sepulturas bajo la nueva carretera de San Juan y bajo el denominado “camino antiguo” (Figueras, 1935, 37-38; 1936b, 7).

Figueras no emprendió una labor exhaustiva de levantamiento de una planimetría rigurosa en la necrópolis, situando en ella convenientemente las tumbas excavadas (Figueras, 1947, 220; 1950b, 2^o cuaderno, 9-12), tal y como sí hizo en la Calle de Popilio del Tossal de Manises¹⁸. Sí se efectuaron, no obstante, croquis o diseños

¹⁸ Dicha planimetría, se reproduce a todo color en Olcina, Pérez (1998, 28).

parciales en los que se fue indicando la situación de los enterramientos, si bien con un carácter provisional. El único de estos planos que hemos podido localizar corresponde más bien a un croquis a lápiz sobre el área excavada de la necrópolis, en que figuran los números de las sepulturas y escuetas indicaciones sobre la forma y orientación de las mismas (fig. 5).

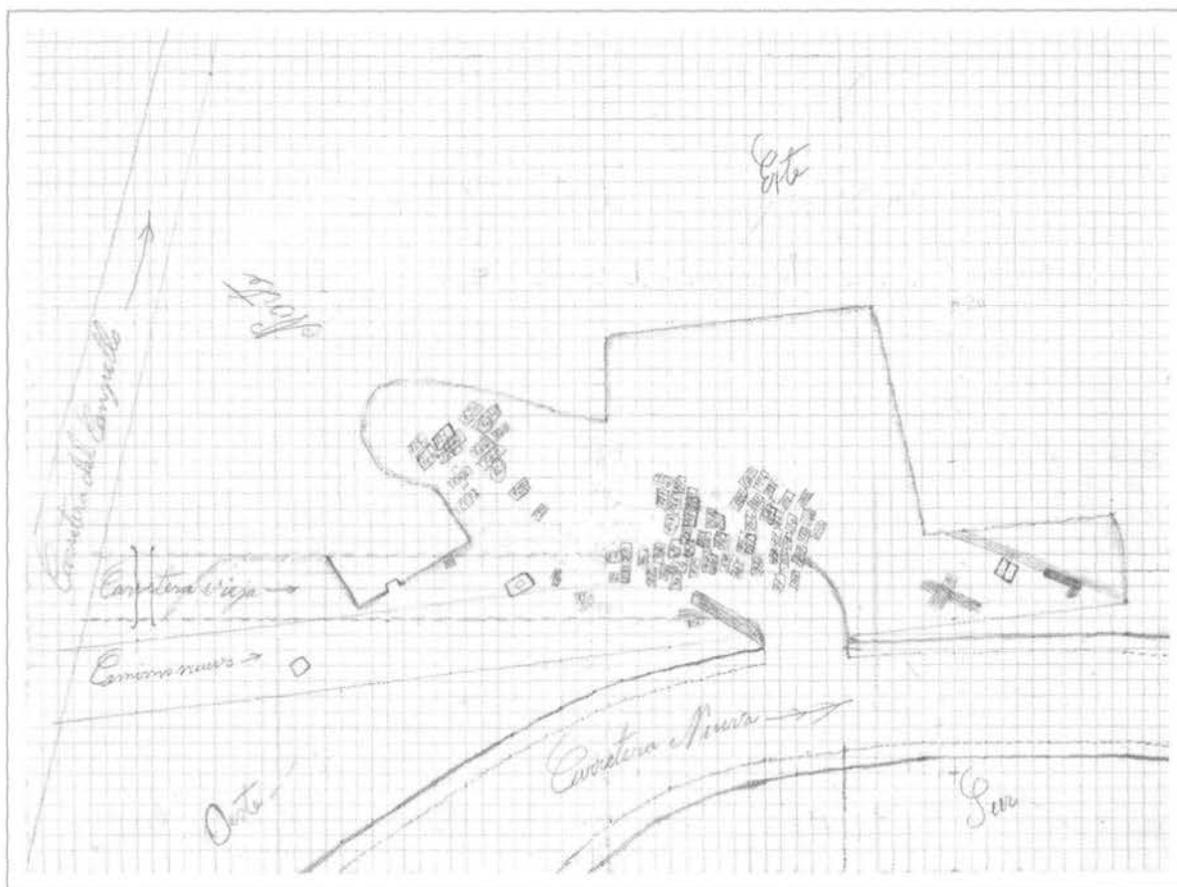


Figura 5. Croquis general manuscrito en que consta la delimitación aproximada del área de excavación y la localización de las sepulturas descubiertas (Archivo Gráfico MARQ).

En definitiva, no contamos con planimetría alguna del yacimiento, pese a que el excavador estaba plenamente convencido de que la situación de los hallazgos en un plano era tarea fundamental para todo arqueólogo. En este sentido cabe destacar la imprecisa división en “tramos” del cauce de la antigua laguna, a la que Figueras alude constantemente, configurando un sistema provisional de localización de tumbas (Figueras, 1934-35a, 21; 1946, 311; 1952b, 180; 1955a, 28; Figueras, Jáuregui, 1948, 210).

II.4.2. Estratigrafía y distinción de horizontes

Figueras Pacheco parece ensayar en La Albufereta lo que décadas más tarde sería el sistema de excavación por estratos¹⁹, pese a que la aceptación definitiva de la estratigrafía como “instrumento y objetivo” no se producirá hasta finales de los años 50 (Ruiz, Molinos, 1993, 20-21).

Estos estratos poseen para Figueras un sentido amplio, englobando ciertamente varios paquetes con tierras de distintas características, los cuales no pudo o no quiso diferenciar, considerándolos como uno solo. De este modo, un estrato incluiría con toda seguridad varios de ellos desde el uso actual del concepto. Figueras sistematizó la estratigrafía del Tossal de Manises en un modelo muy simple que le serviría en el eje vertebrador de sus hipótesis en relación a culturas y cronologías, y que también se proyectará al campo de la necrópolis. Dicho modelo es el de las “cinco ciudades” que ocuparon el Tossal de Manises consecutivamente, superponiéndose

¹⁹ Para más información, consultar artículo de Verdú (en prensa).

cada una a la anterior: existirían dos ciudades romanas, bajo las cuales hubo una perteneciente al “período hispánico” de tradición cartaginesa (el equivalente a la época ibérica plena y final), bajo ésta una ciudad “ibero-púnica”, y la más antigua sería la colonia griega (Figueras, 1939a, 4º cuaderno, 10; 1940a, 178-179; 1940c, 19-21; 1946, 311; 1959, 48).

Consciente de la dificultad que suponía estudiar la necrópolis por planos verticales sepultura por sepultura, rápidamente Francisco Figueras adoptó un sistema de excavación y registro por planos horizontales, lo que no pareció advertir en sus anteriores trabajos en la Illeta de Campello (Figueras, 1933a, 22; 1934, 14-15). Gracias a este método se simplificaba enormemente la información y se facilitaba su estudio comparativo. Sin embargo, utilizó una distinción muy básica que desconfiarnos corresponda a la realidad. Constantes son las referencias para el caso del Tossal de Manises, en que se mencionan “capas altas”, “capas medias” y “capas hondas o profundas”. Este sistema tripartito es el que de algún modo se aplicará también en el campo de la necrópolis, así como en los alrededores de la misma ciudad (Figueras, 1934-35b, 26º cuaderno, 1; 1939b, 13). En el caso del Tossal de Manises, cabe citar el empeño por fijar una estratigrafía con la principal finalidad de diferenciar los distintos estilos de la pintura vascular ibérica (Figueras, 1934-35b, 3º cuaderno, 1r; 1940a; 1948b), lo que suponía un importante avance en la investigación del momento, y conformando un argumento en contra de las cronologías tan elevadas que parecían indicar las estratigrafías de *Emporion* para el tema de la cerámica ibérica decorada (Sala, 1995, 35-36).

El esquema general de la necrópolis sería muy básico si no se daba el caso de ninguna superposición, muy fácilmente explicable: *tierra encima hasta la superficie y tierra debajo hasta la capa esteril*. Cabría ahora definir y delimitar estratigráficamente estos paquetes de tierra. Además, cuando se hallaron dos o más sepulturas en una misma vertical, el sistema evidentemente se complicaba. Figueras asegura que incluso que se hallaron hasta cuatro sepulturas superpuestas (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 15). A todo esto habría que añadir las peculiaridades del terreno, así como las características de la tierra que colmataba el campo de las sepulturas, producto de constantes arrastres y deposiciones provocados por las riadas, los distintos terraplenados de la zona y la acción destructiva de las edificaciones superpuestas de diferentes periodos.

Figueras se encontró a diferentes profundidades con una capa de tierra roja que consideró estéril, aunque con el tiempo observó que algunas sepulturas estaban excavadas en ella (Figueras, 1935, 39-40; 1950b, 2º cuaderno, 8, 21-23; 1956a, 13-14). Se situaba bajo las sepulturas más profundas excavadas y en muchos casos se correspondería con el nivel del mar, marcando el final de la estratigrafía (Figueras, 1939b, 2).

A partir de la identificación de dicho estrato, Figueras estableció un sistema doble. En primer lugar existía un paquete de tierra de grosor variable denominado “de tonos vagos” o “estrato ordinario”, y que sin duda agruparía a distintos estratos de composición heterogénea. Seguidamente encontraríamos el “estrato rojo”, claramente diferenciado del anterior, de una potencia de 30 a 100 centímetros (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 8, 21, 23-26), en el que se encontrarían los enterramientos más antiguos de la necrópolis. Debido a todo esto, Figueras planteó un estudio comparativo entre las tumbas de ambos estratos, intentando averiguar la existencia de dos o más momentos de uso en la necrópolis²⁰ (Figueras, 1947, 221; 1950b, 2º cuaderno, 26-27), y teniendo en cuenta que la profundidad a la que se hallaban las fosas era un indicador de antigüedad evidente.

El problema de las superposiciones e infraposiciones de sepulturas en un mismo espacio o en una muy reducida área de terreno suponía un nuevo tema de discusión, independientemente del tema de la secuencia estratigráfica. Sin embargo, ambas cuestiones guardan una estrecha relación, y el uso descuidado de determinados términos provoca confusiones. Al referirse al fenómeno de las superposiciones, Francisco Figueras utilizó el concepto de “horizonte”. Para este investigador, los “horizontes” serían incineraciones distintas y no distintos momentos dentro de una misma sepultura de incineración como parece desprenderse de los escritos de Lafuente (Abad, 1984, 41). Estableció una secuencia en “4 horizontes”, y las tumbas podrían situarse, de este modo, en el “horizonte primero o superior”²¹, en el “horizonte segundo o medio”, en el “tercero o inferior” o incluso en el “horizonte cuarto o infrainferior”²² (Figueras, 1932a, 40; 1933a, 21-22; 1950b, 2º cuaderno, 16-17).

Cabe señalar, no obstante, que el sistema de horizontes y estratos no solucionó en un principio el fenómeno de las superposiciones e infraposiciones de sepulturas, muy extendido en esta necrópolis²³. Cuando dos o más

²⁰ Posiblemente, y conforme indicaba Figueras, los dos estratos de la necrópolis indiquen dos momentos distintos en su utilización, básicamente establecidos en los siglos IV y III a. C. Este hecho ha de ser corroborado en una futura investigación, a partir del análisis contrastado y detenido de materiales y sepulturas.

²¹ Denominado también “único” cuando no existía superposición.

²² En el caso de sucesión de cuatro sepulturas en la misma vertical, como en la sepultura nº 49, situada sobre la 46, ésta sobre la 47 y ésta sobre la 48.

²³ Lucas Pellicer relacionará este fenómeno de las superposiciones, constatado en otras necrópolis ibéricas, con una posible saturación del territorio a utilizar para los enterramientos. Contando con este obstáculo, los cementerios se extenderían previa nivelación y verticalmente, no de un modo horizontal (Lucas, 1991, 195).

sepulturas se encontraron en la misma vertical, la interpretación resultaba más sencilla, pero no en todos los casos se seguía una secuencia lineal, sino que las superposiciones no se producían exactamente en el mismo lugar de la sepultura más antigua, no eran completamente coincidentes (Figueras, 1943c, 27; Belda, 1947, 243). Sin embargo, este esquema sí resultó de utilidad para concretar los casos en que se hallaba únicamente un enterramiento entre la superficie y el nivel estéril, y los que presentaban varias fosas en la misma vertical (Figueras, 1956a, 13).

Figueras Pacheco estableció que el nivel inferior se fecharía en el siglo III a. C. y el superior en el siglo siguiente, puesto que el material hallado en los estratos inferiores era "ibero-púnico" y el de los superiores, "neopúnico" o "púnico-romano", coincidente con el proceso de romanización. Se ajustaba de este modo la sistematización aplicada en la necrópolis con el esquema de las "cinco ciudades" de la acrópolis del Tossal de Manises y justificaba asimismo la gran variedad material con la diversidad de orígenes e influencias detectadas en la necrópolis, eso sí, dentro de un "carácter general", un ambiente cultural único que para el excavador era claramente púnico (Figueras, 1933a, 22-24).

II.4.3. Almacenaje, restauración y conservación de los materiales

Los materiales obtenidos en las excavaciones cumplieron con un estricto protocolo que les condujo en la mayoría de los casos a dirigirse a los almacenes del recién creado Museo Arqueológico Provincial de Alicante (Figueras, 1939b, 9; 1954b, 200-202). De este mismo modo, también eran importantes las tareas de restauración y/o reconstrucción a las que fueron sometidos, aunque no todos los objetos descubiertos corrieron la misma suerte.

Tenemos constancia de que muchas piezas se perderían o desintegrarían por su extrema fragilidad. Del mismo modo, el traslado de los materiales de un lugar a otro provocó la pérdida de las notas sobre procedencia de algunos de ellos, lo que no cuenta en la actualidad con solución posible.

Con la mayor urgencia posible, los objetos descubiertos, previamente seleccionados, pasaron por un proceso de consolidación y restauración para el cual no poseemos demasiadas referencias. Los "reconstructores" que realizarían estas tareas entrarían dentro del personal contratado de la excavación, aunque desconocemos también su grado de formación. De estas tareas sabemos que también se encargaría el Padre Belda y Félix Rebollo, como consta en una fotografía que ha llegado hasta nuestros días (Soler, 2000, 86-87), aunque pertenece a la década de los años 50.

Muchos de los objetos hallados en el campo de la necrópolis aparecieron en un estado más que lamentable, degradación que fue en aumento desde la extracción de la tierra de estas piezas, de ahí la celeridad con la que, en la medida de lo posible, se procedió a un detenido análisis y a una restauración con carácter de urgencia, pues algunas de estas piezas, especialmente las metálicas, amenazaban con desintegrarse por completo en un breve espacio de tiempo, debido fundamentalmente a la humedad de la zona, la acción destructora del fuego y las características de los suelos (Figueras, 1934-35b, 16° cuaderno, 1-2; 1935, 77; 1936b, 8; 1943c, 28).

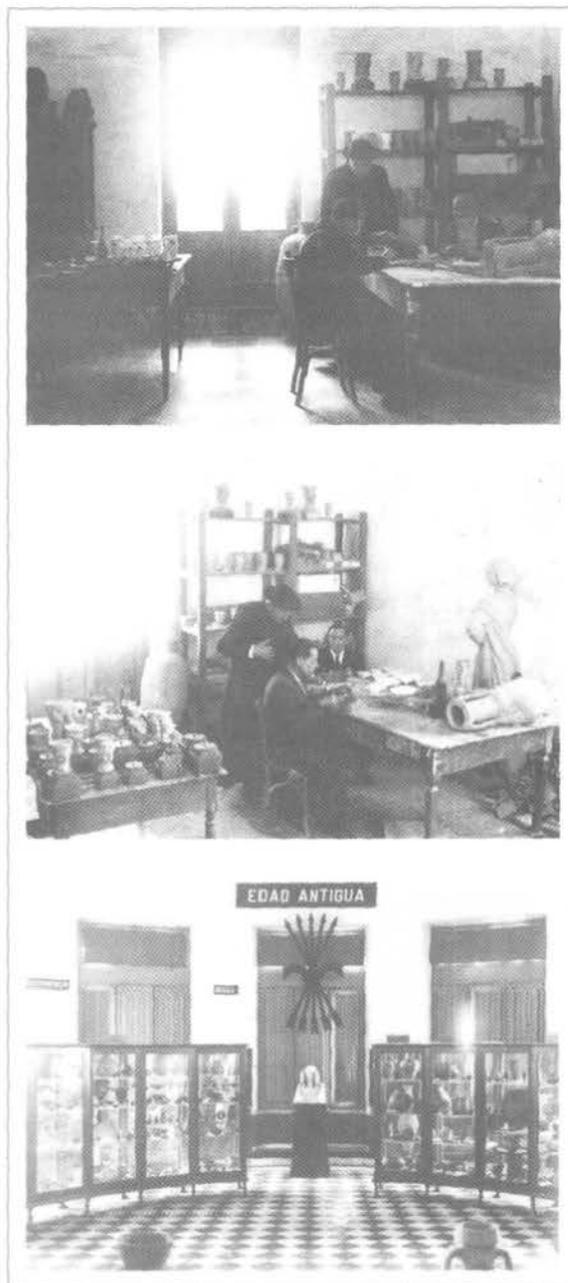


Figura 6. El Padre Belda en el laboratorio de la Diputación Provincial de Alicante. Años 50. En la parte inferior, las instalaciones del Museo Arqueológico Provincial de Alicante tras la Guerra Civil (Archivo Gráfico MARQ).

La restauración de estas piezas se desarrollaría, fundamentalmente en el caso de los objetos cerámicos, y una vez reconstruidos en la medida de lo posible, con partes de escayola coloreada con colores pálidos, facilitando de este modo una buena visualización de la forma completa, en vistas a su exposición en el Museo Provincial. Los escasos recursos económicos disponibles no permitieron desarrollar actividades más especializadas y por lo tanto, más efectivas.

El modo en que se trasladaron, almacenaron de forma provisional y depositaron finalmente en el Museo Arqueológico estos materiales requiere también nuestra atención por conformar un proceso largo y susceptible de sufrir variados contratiempos. Existe un protocolo a seguir que no siempre pudo materializarse adecuadamente y sin interrupciones.

Las excavaciones en La Albufereta estuvieron sometidas al dictamen de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, la cual delegaba en la Comisión Provincial de Monumentos sus decisiones más inmediatas. Este sistema exigía que los objetos arqueológicos hallados eran propiedad del Estado y debían depositarse convenientemente y bajo inventario en el museo correspondiente (Figueras, 1940b, 37-38). Sin embargo, el transporte muchas veces precipitado de estas piezas ocasionó serios problemas, entre ellos, y como hemos citado con anterioridad, la pérdida de materiales y de etiquetas de identificación (Figueras, 1954b, 137-138, 153-154).

Figueras Pacheco comenta en ocasiones que los materiales exhumados de las fosas fueron empaquetados con la mayor rapidez, evitando en parte su degradación y favoreciendo la labor de identificación y de inventario, figurando en el soporte elegido *la circunstancia del hallazgo y el número de la hoguera a que pertenece* (Figueras, 1943a, 15). El sistema de almacenaje y transporte de estos materiales fue también muy variado, utilizándose para tal labor una amplia gama de formatos (sacos de papel, cajas de cartón, cajones de madera, etc.) (Figueras, s. a. a, 5º cuaderno, 4; 1934-35b, 21º cuaderno, 9; 1936b, 3; 1939b, 6).

Todos estos sistemas de almacenaje y transporte contarían con un sello de identificación (Figueras, 1939b, 7). Este método respondería más bien a imperativos legales, culminándose el protocolo con el depósito de estas piezas, debidamente empaquetadas, en el citado Museo Arqueológico, donde se extenderían una serie de resguardos con diversos apartados (nombre del director de la excavación, municipio de procedencia, número de inventario, características, fecha y firma) (Figueras, 1939b, 9).

II.4.4. El sistema de registro: fichas, numeración, ordenamiento y tablas

Figueras planteó sus trabajos con el objetivo fundamental de proporcionar reveladores datos históricos que confirmasen sus hipótesis, aunque sobrevalorando, de un modo más o menos consciente, el material arqueológico propiamente dicho. No ignoraba, *sin embargo*, la importancia de los contextos, y resaltó la necesidad de constatar y estudiar el lugar que ocupaban dichos elementos dentro de la superficie excavada (Figueras, 1933a, 24), lo que incumpliría en numerosas ocasiones. Señaló además la importancia de la cuantificación y la estadística, en vistas a la obtención de la mayor información posible en series de datos ordenados, de modo similar a los inventarios actuales. De ahí la multitud de anotaciones realizadas y de las cuales únicamente conocemos numerosos borradores. Fruto de este interés es la realización de diarios y las fichas redactadas por Figueras, que mediante anotaciones resaltan aspectos destacados que no debían pasarse por alto, y con los cuales se procedería a seguir con la investigación.

Durante la campaña dirigida por Lafuente, por el contrario, parece que todo esto fue ignorado, fruto del desconocimiento, de los escasos recursos o simplemente del olvido (Figueras, 1957d, 2). Existen deficiencias aún mayores en su registro, lo que incluso llegó a recriminar García y Bellido (Abad, 1984, 183). El Padre Belda, por su parte, sí llevó un diario personal de excavación durante el tiempo que colaboró en La Albufereta, afirmando él mismo que en aquella campaña no existió ningún otro "diario arqueológico" que se refiriera a estas excavaciones (Belda, 1947, 240). No se siguió ningún sistema de numeración en el sentido estricto, ni se inventarió el material obtenido en los trabajos de campo (Rubio, 1986, 17-18, 21).

Resultado de la excavación serían lo que Figueras denomina "ficheros", a los cuales recurriría con frecuencia para la redacción de sus conclusiones. En estos ficheros se almacenaban cientos de datos y observaciones de utilidad esencial para la investigación (Figueras, 1943c, 47-48), junto a las anotaciones realizadas en los diarios de campo (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 3), sintetizados y reunidos de modo ordenado y lógico. Se realizaron fichas diferenciadas para las fosas y para los materiales. Asimismo, Figueras Pacheco aplicó metódicamente un control riguroso de numeración de las fosas exploradas, que desgraciadamente no coincide con el desarrollo cronológico de los hechos durante los trabajos en La Albufereta (Figueras, 1939a, 1º cuaderno, 2; 1939b, 4).

No hay duda de la importancia que tiene para nosotros el inventario realizado por Francisco Figueras sobre los materiales que fueron depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante²⁴. De los que ya se

²⁴ Este inventario se encuentra publicado en diferentes obras (Figueras, 1956a; 1971).

habían trasladado a este edificio con anterioridad, toda información se perdió con el estallido de la Guerra Civil. El propio domicilio de Figueras albergó el resto, protegiéndolos al tiempo que sirviéndose de ellos para estudiarlos en detalle.

Los materiales que no fueron inventariados serían los descartados en el proceso de selección, por su pésimo estado de conservación, por haberse hallado prácticamente destruidos, o incluso por haber desaparecido su etiqueta de identificación. Del mismo modo, cabe destacar una serie de objetos que sí fueron rescatados y se beneficiaron de ser inventariados, pese a que por distintos motivos no fueron anotados en sus etiquetas convenientemente ni la fecha del descubrimiento, ni su lugar de procedencia (Figueras, 1950b, 3º cuaderno, 2; 1954b, 200-216).

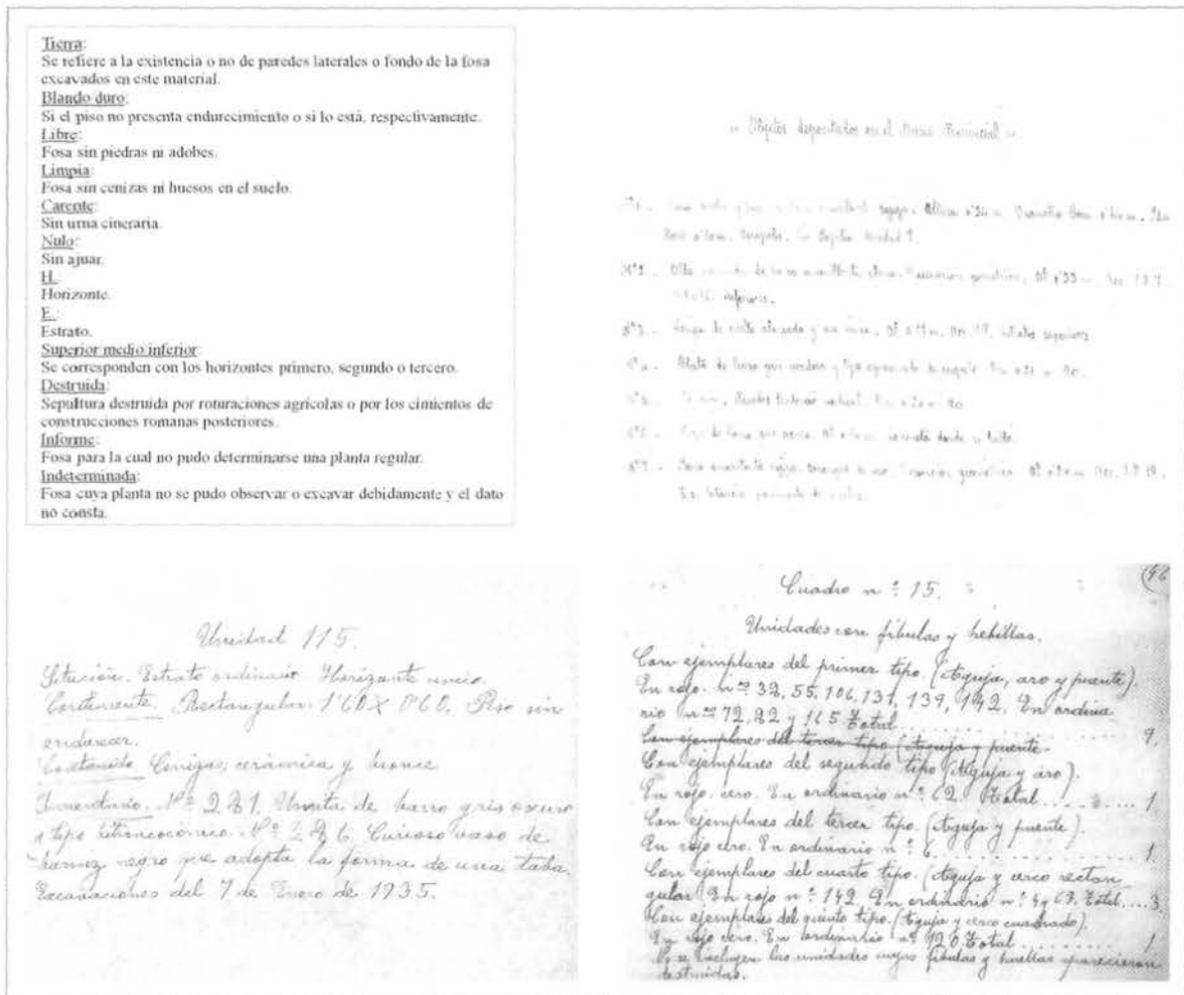


Figura 7. En la parte superior izquierda, principales campos o variables y sus correspondientes abreviaturas en los manuscritos de Francisco Figueras. A la derecha, cuartilla inicial del inventario manuscrito de los objetos de La Albufereta depositados en el Museo Provincial (Figueras, 1939b, 17). Abajo a la izquierda, ficha original con la descripción de la sepultura 115 (Figueras, 1950b, 3º cuaderno, 128). A derecha, borrador de tabla con las sepulturas con fibulas y hebillas (Figueras, 1950c, 4º cuaderno, 51).

El inventario propiamente dicho nacería pues de la conjunción y síntesis de toda la información recogida en los trabajos de campo y a partir de los estudios preliminares de laboratorio y “gabinete”. Todas las fichas rellenas con anterioridad, formarían de este modo un *corpus* de materiales que habría de agrupar en un mismo soporte, bajo un criterio uniforme. Es uno de los antecedentes más claros del moderno recuento estadístico.

Además, a partir de toda esta información, Figueras confeccionó años después de la excavación una serie de tablas o cuadros de estudio donde quedarían reflejados con claridad multitud de variables, de un modo seriado y lógico. Como él mismo aseguró, a partir de los resultados de obtenidos, pudo realizar más de medio centenar de tablas, que encontramos distribuidas entre las cuartillas de sus obras originales. Estos cuadros suponen una especie de resúmenes, tomándose directamente la información de los diarios de campo y de las fichas rellenas también a partir de las observaciones realizadas sobre el terreno. De este modo, contamos con

una valiosa cantidad de datos, que sirven fundamentalmente para agrupar las fosas de muy diversas formas, dependiendo de una o pocas variantes, comparar los hechos observados de modo claro y seriado, estudiar pormenorizadamente cada fenómeno, reconstruir el ritual funerario, deducir conclusiones provisionales, cronologías, etc. (Figueras, 1947, 222; 1950b, 4º cuaderno, 2-3, 5º cuaderno, 1-2). Los campos más frecuentes en sus anotaciones de campo aparecen normalmente abreviados, como reproducimos en la figura 7.

II.4.5. Fotografía, dibujo y “reconstrucción gráfica”

Pese a la antigüedad de estos trabajos, tenemos numerosas referencias al uso de la fotografía para constatar distintos hallazgos realizados tanto en el Tossal de Manises como en la necrópolis de La Albufereta. Durante la excavación se practicaron diversas instantáneas de campo, mostrándose algunos sectores afectados por los trabajos, pero no logramos detectar ninguna que refleje el proceso de excavación²⁵, así como algún hallazgo concreto, como, por ejemplo, sí vemos en la memoria sobre las excavaciones de El Molar (Senent, 1930). En un breve artículo de José Lafuente publicado en 1944 hemos descubierto una única fotografía en que aparece una sepultura en proceso de excavación (figura 8).

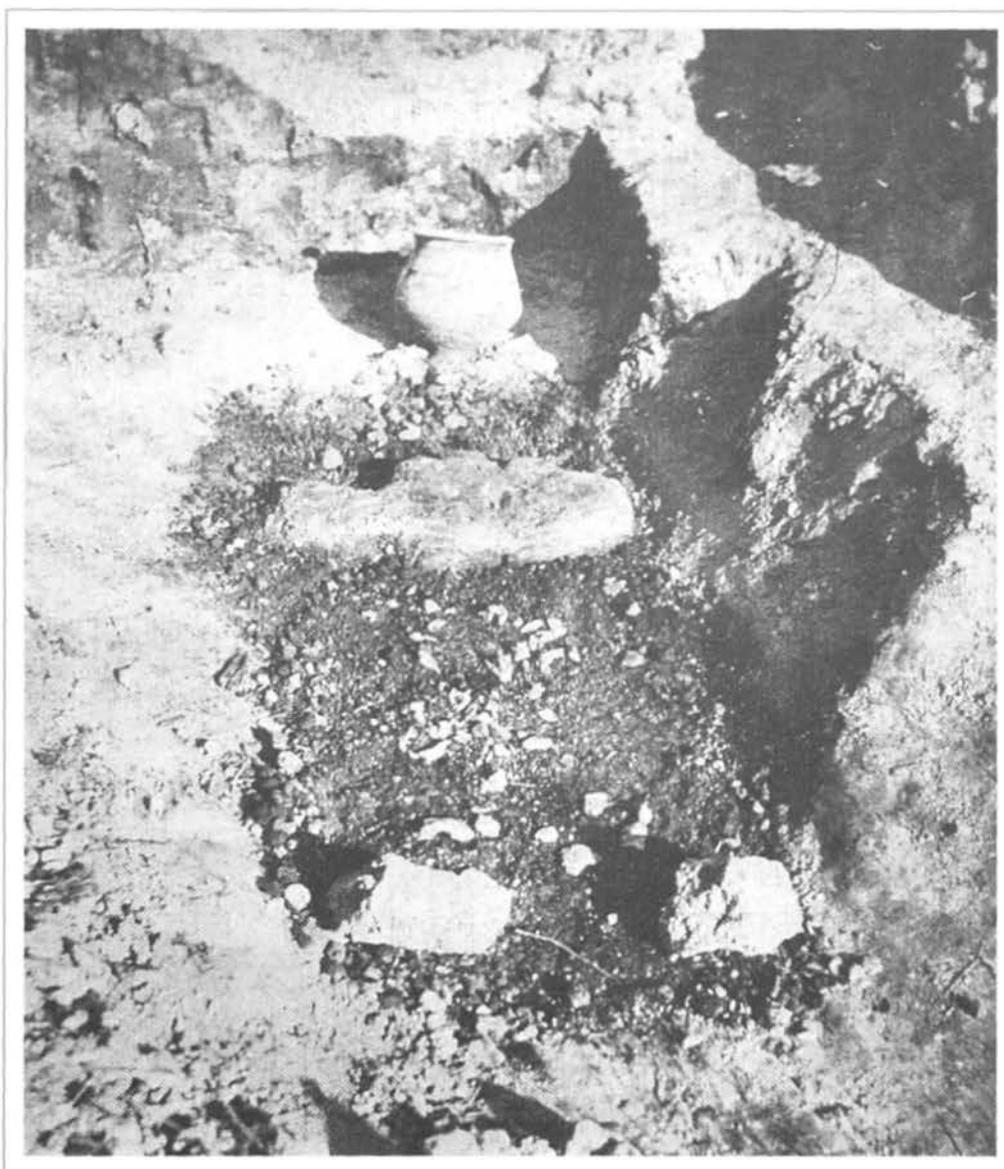


Figura 8. Fotografía de una sepultura excavada durante la campaña Lafuente (1944, fig. 16).

²⁵ Únicamente hemos encontrado una fotografía en que aparece el Padre Belda y una pequeña patrulla de obreros en plena labor de excavación. Ver figura 4.

En las publicaciones sobre La Albufereta contamos con algunas fotografías que se realizarían durante y tras los trabajos arqueológicos. Las de materiales deducimos que ya se tomarían en el Museo Arqueológico, aunque en ocasiones, Figueras menciona que se efectuaron con la mayor premura posible, una vez localizado el hallazgo, pues de ello dependía una mejor agilidad del proceso de catalogación e inventario de los materiales (Figueras, 1939b, 8; 1956a, 61).

En el Museo Arqueológico Provincial de Alicante (MARQ)²⁶ hemos podido observar las copias de gran parte de las fotografías originales referidas a objetos de la necrópolis²⁷.



Figura 9. Fotografías de la cratera ática de figuras rojas nº 240a y del llamado "grupo escultórico" (Archivo Gráfico MARQ).

Hemos de prestar también especial atención, sin embargo, a los dibujos que fueron realizados a partir de los objetos muebles obtenidos de la excavación, gran parte de los cuales presentan un carácter de reconstrucción evidente, si bien su función principal es informar al investigador sobre las características morfológicas y de conservación de las piezas de un modo gráfico. En este sentido, podemos señalar tanto los dibujos realizados sobre piezas cerámicas como los de objetos de metal o de otras materias.

Pese a lo interesante de este hecho, únicamente contamos con escasísimas notas referidas a los individuos que realizaron dichas tareas y al proceso seguido, lo que pudiera habernos facilitado datos tanto sobre la identificación de las piezas como de la preparación del personal técnico que se encargó de estas tareas. Hemos podido constatar, no obstante, un par de dibujos realizados a mano alzada por el propio Figueras e incluidos entre sus borradores (figura 10).

²⁶ Agradecemos a M. Olcina las facilidades que se nos brindaron para poder consultar el archivo gráfico referente a las excavaciones antiguas en la necrópolis de La Albufereta, almacenado entre los fondos del museo citado.

²⁷ En uno de los manuscritos inéditos de Figueras Pacheco hemos identificado un paquete de cuartillas entre las que aparece un listado con los números de las fotografías y sus títulos, pertenecientes tanto al Tossal de Manises como a La Albufereta (Figueras, 1939a, 2º cuaderno).

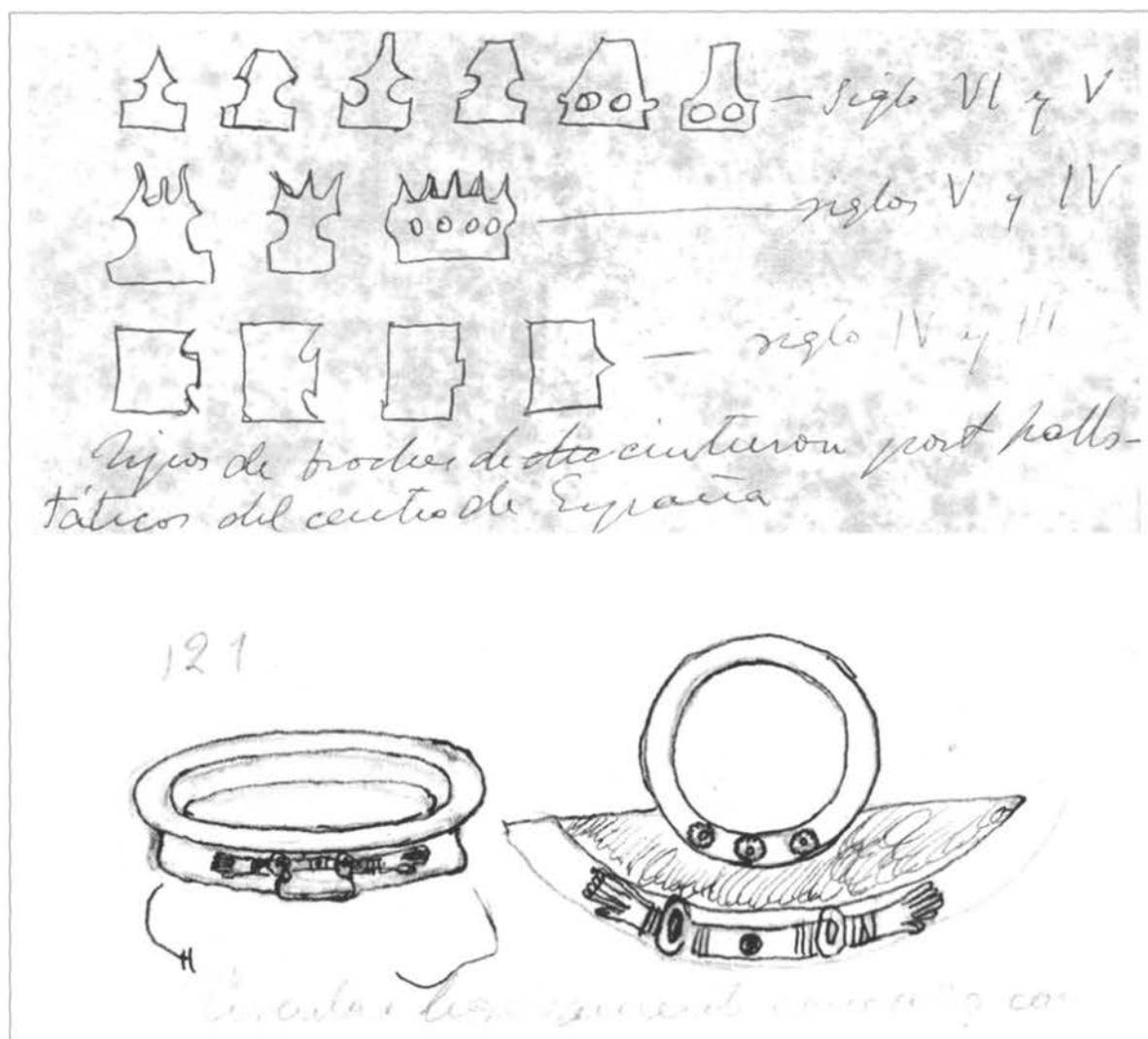


Figura 10. Dibujos realizados por Francisco Figueras referidos a una tipología de broches o placas de cinturón a partir de Bosch Gimpera (1929, fig. 43) (Figueras, 1934-35b, 19º cuaderno, 4). Abajo, borradores en que aparecen dos posibles reconstrucciones de bracerillos de bronce (Figueras, 1934-35, 22º cuaderno, 13).

De La Albufereta no contamos apenas con dibujos de campo, aunque sí con los que fueron presentados en sucesivas publicaciones, realizados con toda seguridad por J. Such, resultando muy útiles para identificar los diferentes objetos entre los fondos del Museo Arqueológico Provincial de Alicante (Llobregat, 1990, 94). Del mismo modo, en los fondos del archivo gráfico de dicha institución, se encuentran algunos borradores a lápiz y en papel vegetal, en los que vemos cómo se ordenan y maquetan las piezas, listas para ser pasadas a tinta y publicadas definitivamente (figura 11).

En determinadas ocasiones, motivadas fundamentalmente por la naturaleza de ciertos hallazgos materiales y su fragilidad, Francisco Figueras decidió llevar a cabo una “reconstrucción o restauración gráfica” de estos objetos, para lo cual se seguiría un procedimiento muy similar al del dibujo propiamente dicho con tal de asegurar la perduración gráfica de piezas fácilmente degradables (Figueras, 1943c, 28-29; 1956a, 33-34). Este proceso ofrecería como resultado una propuesta de reconstrucción y contó con una gran aceptación en la época.

Las piezas más significativas de hierro y bronce fueron aprovechadas en más de una ocasión para realizar restauraciones gráficas debido a su mal estado de conservación (Figueras, 1956a, 33-34). Dentro de este grupo destacan los broches de cinturón con los números 175 y 176, en los cuales se pudo distinguir dibujos en relieve que adornaban las láminas exteriores (Figueras, 1936b, 10; 1939b, 8; 1943a, 17; 1956a, 38-39, lám. IX). También se realizó una reconstrucción de la famosa caldereta o bracerillo, hallado en cientos de fragmentos. En la lámina que reproducimos, cabe señalar una línea blanca que separa la parte reconstruida de la hipotética (Figueras, 1934-35b, 21º cuaderno, 2; 1936b, 10; 1939b, 8; 1954b, 52-140), aunque años después Cuadrado puntualizará que realmente el recipiente sería menos profundo (Cuadrado, 1966, 29).

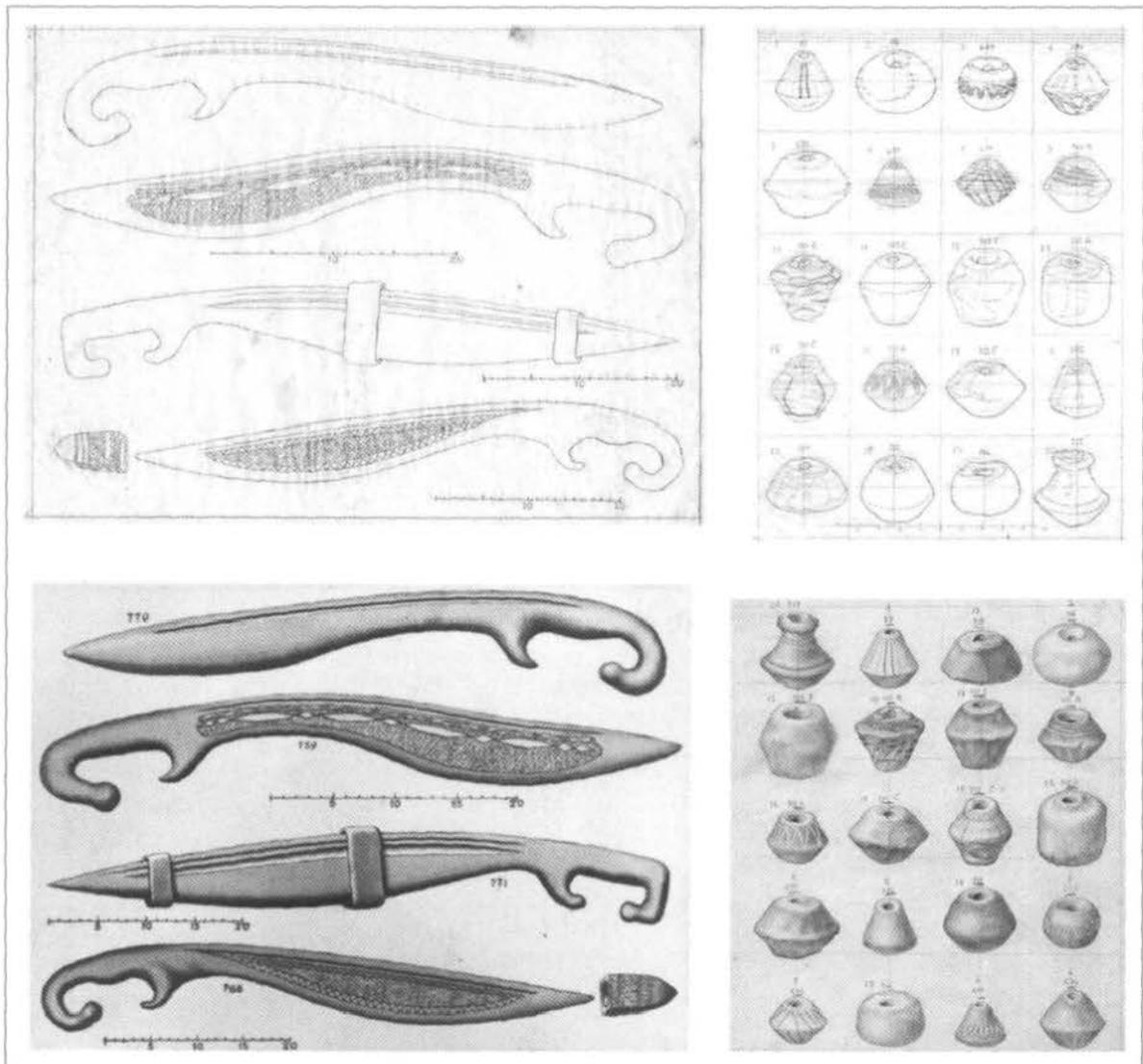


Figura 11. Dibujo a lápiz en papel vegetal de cuatro ejemplares de falcata y un lote de veinte fusayolas de la necrópolis y presentación final para publicación (Archivo Gráfico MARQ).

También cabe destacar la reconstrucción gráfica aplicada al “grupo escultórico”, donde se trató de señalar con colores vivos la policromía que supuestamente cubría la pieza en el momento de ser descubierta (Figueras, 1936b, 3; 1943c, 43). Se realizó una bella lámina en acuarela y fue publicada en el *Archivo Español de Arqueología* en 1946 (Figueras, 1936b, 3; 1940c, 13; 1946, 314).

De los técnicos que realizaron estos trabajos no sabemos prácticamente nada, y únicamente contamos con su obra, donde se puede distinguir la mano de distintos individuos. Uno de estos dibujantes sería el señor Such Roca, que realizó las reconstrucciones gráficas de los principales objetos obtenidos durante las excavaciones de los últimos meses de 1935 en la necrópolis (Figueras, 1939b, 8). Menos noticias tenemos de Miguel de la Selva, que según cuenta Francisco Figueras, también prestó su colaboración en algunas ocasiones (Figueras, 1936b, 3; 1946, 314).



Figura 12. Reconstrucción gráfica de los broches inventariados con los números 175 y 176 y fragmentos identificados del braserillo de bronce junto con su reconstrucción gráfica (Archivo Gráfico MARQ). Abajo, reconstrucción coloreada del "grupo escultórico" de la tumba 100 (Figueras, 1946, fig. 2).

II.5. TERMINOLOGÍA FIGUERAS

La meticulosidad con que Figueras afrontó tanto la excavación, como la posterior investigación documental y la redacción de sus conclusiones personales fue la misma que empleó en el momento de utilizar un léxico arqueológico adecuado. Deudor de su formación, de su época y de toda una tradición historiográfica en la que él mismo se encontraba inmerso, utilizó en la mayor parte de sus escritos unas fórmulas y expresiones que eran las propias de la investigación de su tiempo, siempre en busca de objetividad y exactitud.

No obstante, en ocasiones aclaró que la premura de sus trabajos exigía prestar menor atención a tales consideraciones de vocabulario (Figueras, 1939b, 12-13). Se constataba, sin embargo, de modo simultáneo, un claro interés por unificar la información, así como una preocupación metodológica y didáctica. Las dificultades a las que se enfrentó Figueras a lo largo de su trayectoria intelectual provocaron el seguimiento de una iniciativa personal, partiendo de sus propias ideas y del sentido común, llegando a emplear una serie de conceptos en parte de propios, en parte adquiridos, que seguidamente comentaremos²⁸.

- **Anillo tipo naranja.** Se refiere a un tipo de anillo o pie de plato, caracterizado por un perfil más o menos curvo. Esta idea está tomada de la nomenclatura científica de la época y ya no se utiliza en las descripciones actuales. Según palabras de Figueras, la correcta definición es la siguiente: *Este anillo es semejante al que resultará en la corteza de una naranja si se la seccionase por dos planos paralelos y próximos* (Figueras, 1935, 53).
Este concepto, que se refiere básicamente a un pie anular, se aplicó sobre todo a los pebeteros o pequeños platos áticos y campanienses de la necrópolis.
- **Balsamarios.** Ver “lacrimatorios”.
- **Barros.** Equivale a pastas.
- **Bitroncocónico.** Para el excavador, este concepto constituye un neologismo (Figueras, 1934-35b, 6^o cuaderno, 1). Se refiere, como veremos en el apartado dedicado al material, a un tipo cerámico, la forma resultante de la unión de dos troncos de cono por sus partes más anchas. Si bien esta categoría presenta una amplia variedad de formas, se utiliza este término para hacer referencia a todas ellas. El conjunto de formas bitroncocónicas se completa con las fusayolas, la mayoría de las cuales, en menor tamaño claro está, reflejan la misma silueta que los contenedores cerámicos.
- **Braserillo.** Designa según Figueras una pieza de bronce que apareció en La Albufereta en estado muy fragmentario. Básicamente sería un recipiente de escasa profundidad, con dos asas móviles unidas al cuerpo por medio de remaches, así como los refuerzos, en forma de tiras largas de metal terminadas en manos estilizadas. Figueras es cauto al utilizar esta denominación, pues no asegura realmente cuál sería la función de estos objetos, que podrían servir para lavarse, como recipientes para abluciones o como vasos rituales (Cuadrado, 1957, 149, 161).
- **Calicatas.** Ya nos hemos referido a ellas en el apartado dedicado a la metodología. Utiliza Figueras una amplia gama de palabras que sirven de un modo u otro como sinónimos (pozos, catas, sondeos, zanjas, etc.). Su puesta en práctica respondió básicamente a dos requerimientos de la excavación: la búsqueda de sepulturas más antiguas bajo las ruinas romanas de la superficie y bajo las tumbas más modernas, y la de los límites del área cementerial.
- **Capa.** Ver “estrato”.
- **Casquete** (esférico, central, etc.). Esta palabra sirve para designar cualquier superficie curva en una pieza cerámica o en cualquier otro tipo, destacando fundamentalmente en los cuencos y platos.
- **Enterramiento.** Ver “hoguera”.
- **Especies.** Concepto muy frecuentado por Figueras, es el equivalente a lo que en la actualidad se denominarían “clases” o “grupos”. Diferencia con toda claridad y dentro de todo el conjunto material obtenido en sus excavaciones, clases o tipos de materiales, tales como los cerámicos, hierros y bronces, orfebrería, glíptica, escultura en piedra, escultura en barro (coroplastia), etc.
- **Estrato.** Puede referirse a los actuales estratos, pero no emplea el concepto de un modo normalizado. En numerosas ocasiones su sentido es ambiguo e impreciso. Únicamente ciertos estratos son mencionados como tales, por poseer unas peculiaridades evidentes y percibibles que les distinguen claramente de otros estratos, como en el caso de la llamada “capa roja” de la necrópolis.
Estrato es utilizado como sinónimo en muchas ocasiones de “capa” o “nivel”.

²⁸ No pretendemos crear un vocabulario en toda regla, ni que las definiciones y razonamientos expresados sean de obligado seguimiento, lo que no tendría sentido, por otra parte. Más bien queremos plasmar de un modo ordenado aquellos conceptos empleados por Francisco Figueras Pacheco desde inicios de los años 30, sus matices y relaciones, con la finalidad específica de poder entender mejor los textos de los que estos términos se han extraído. Muchas de estas palabras se utilizan con un sentido muy próximo al actual. Otras, sin embargo, son herencia de toda una tradición investigadora y fruto de su tiempo, de ahí su invalidez para nuestros días. Pese a esto, las hemos incluido en el listado igualmente.

- **Etnia.** Ver también “raza”. Hace mención al grupo cultural cuyo fruto fue una de las ciudades del Tossal de Manises y la necrópolis vecina. De este modo, étnias citadas por Figueras serían la cartaginesa o la ibérica, aunque también la romana. Más bien es un concepto de diferenciación cultural y religiosa.
- **Exploración.** Dícese del proceso científico de excavación arqueológica. Figueras utiliza este concepto como sinónimo aproximado de “excavación”, aunque en un sentido más amplio, englobando tanto los trabajos sistemáticos en la acrópolis y en la necrópolis de La Albufereta, como las catas, sondeos y prospecciones en los campos y propiedades circundantes. Toda exploración busca evidencias arqueológicas de cualquier tipo y utiliza métodos diversos para ello.
- **Gollete.** Se aplica esta denominación en los vasos cerámicos al cuello estrecho y fuertemente marcado con respecto al resto del cuerpo.
- **Hoguera.** Figueras parece servirse tanto del concepto de “hoguera” como del de “sepultura” o “enterramiento” indistintamente, aunque sabemos que no serían lo mismo en sentido estricto. La primera denominación implica fuego, y la segunda, al igual que la siguiente, simplemente deposición en el suelo de un lugar determinado dispuesto para ello, de los restos sin vida de un ser humano, en este caso, tras pasar por un procedimiento de cremación. Sin embargo, en numerosas ocasiones se detectaron los dos fenómenos en un mismo lugar (*ustrina*).
Figueras Pacheco denomina a las 170 fosas excavadas por él “hogueras” o “enterramientos”, de lo que no tenemos los suficientes indicios para creerlo. Un número indeterminado de estas unidades no contenían, según el excavador, restos humanos, por lo que podrían ser más bien hogueras rituales o “piras de rito”. Esto indica claramente que allí no se realizó un enterramiento propiamente dicho, sino un acto ritual relacionado con un difunto sepultado cerca de este punto.
- **Horizonte.** En ocasiones, sinónimo de “nivel”. Este concepto dispone de una compleja definición derivada por lo abstracto de la idea que representa. Según palabras de Figueras es *el lugar relativo de cada una de las hogueras descubiertas en grupos de sucesión vertical* (Figueras, 1939a, 1º cuaderno, 3).
En una situación hipotética de hallarse una superposición vertical de sepulturas, como ocurre en la necrópolis de La Albufereta, cada una de ellas estaría encuadrada dentro de un horizonte. El excavador normaliza de este modo el fenómeno de las superposiciones e infraposiciones, configurando un sistema en el que el esquema de horizonte inferior, medio y superior se generaliza a toda la necrópolis²⁹. No será, por lo tanto, un concepto que se rija por los principios de la estratigrafía, de hecho, no equivale a una capa o estrato (Figueras, 1943c, 27), sino a varios. La superposición no siempre se produce de la misma manera, ni un mismo horizonte presenta siempre las mismas características, pudiendo pertenecer a estratos diversos a lo largo de un yacimiento.
El uso de este concepto supone uno de los principales aciertos de Figueras, pues además de servirse de él de un modo muy inteligente, lo hace acertadamente, siendo válido para el caso de las sepulturas de La Albufereta, en las cuales el fenómeno de las superposiciones era generalizado.
- **Ibero-cartaginés.** Equivale en los textos de Figueras a “ibero-púnico”, fórmula ésta última más frecuentemente utilizada en sus escritos.
- **Ibero-púnico.** Ver “púnicos y cartagineses”. Parece ser la adscripción cultural definitiva de la necrópolis de La Albufereta, según el excavador, la cual no deja de ser un convencionalismo que reúne en un mismo concepto los rasgos púnicos -derivados más bien de la historia bélica del lugar- e ibéricos -evidenciados por el registro material- del yacimiento.
Figueras demuestra con este término su incapacidad por desligar dos fenómenos culturales que se manifiestan entrelazados a partir de los restos de la necrópolis.
- **Lacrimatorios.** Figueras utiliza este término en numerosas ocasiones, al referirse a los materiales rescatados tanto de la necrópolis como de la acrópolis del Tossal, y se guía básicamente por una definición extraída de un diccionario enciclopédico de la época, que designaba de este modo a ciertos *vasos de cristal o barro encontrados en las antiguas sepulturas romanas. Llamándose lacrimatorios por suponer que en ellos se recogían las lágrimas de los parientes del muerto y de las plañideras, enterrándolos después en las sepulturas con las cenizas del difunto. Otros, con más fundamento, creen que lo que se encerraba en los lacrimatorios eran esencias o bálsamos que perfumaran dichas cenizas. Los lacrimatorios eran pequeños y de cuello largo y estrecho. La razón de sus reducidas proporciones está en que aunque cada pariente debía aportar sus lágrimas, éstas no sumaban una gran cantidad y si contribuía con una parte de los perfumes, como era costumbre, éstos eran caros* (Figueras, s. a. a, 2º cuaderno, 2, tomado de Espasa, tomo 29, 144).

²⁹ Ver II.4.2.

Esta palabra es aplicada por Figueras siguiendo los gustos y costumbres de la literatura arqueológica de su tiempo, aunque no puede ocultar el ser un tanto crítico respecto a estas acepciones. Desconfía, de este modo, de la función de recogida de lágrimas, y utiliza además, otros conceptos relacionados, como el de “esencieros”, “balsamarios” o unguentarios” (Figueras, 1934-35b, 15º cuaderno, 1; 1935, 51), cuya funcionalidad no parece tampoco tener clara, aunque sí reconoce para todos un uso ritual, así como de tocador o de higiene personal.

- **Necrópolis cartaginesa, ibero-púnica, ibero-cartaginesa e ibérica.** La clave para Figueras es el material, a lo que se suman las fuentes escritas, con los problemas que de ellas se desprenden. La gran cantidad de material ibérico le convierte en más moderado, e idea el concepto de “ibero-púnico” (Figueras, 1933a, 20), que ya aparece en sus escritos de 1935 y posteriores (Figueras, 1935, 36, 86; 1939a, 4º cuaderno, 9; 1943c, 26, 35; 1956a, 11).
- **Neopúnico.** Con toda probabilidad se refiere a los cartagineses, al segundo momento de presencia semita en el Levante peninsular, de ahí el prefijo “neo-”.
- **Nivel.** Palabra que podríamos asimilar al concepto de “estrato”, aunque Figueras lo define de un modo más impreciso, como sinónimo de horizonte. Cada nivel comprendería un grupo de unidades estratigráficas según la terminología actual. En ocasiones, se refiere con este concepto a un periodo cultural o a una demarcación temporal concreta (nivel o niveles romanos, púnicos, etc.). Incluso se observa que en algún caso diferencia tajantemente entre nivel y horizonte.
- **Parcelas.** Desconocemos concretamente a qué se refiere el excavador, pues como hemos visto, no hay una división racional del espacio a excavar. Podría identificarse más bien con propiedades agrícolas cercanas o a tramos determinados del terreno donde se emprendieron excavaciones, fijados sin criterios determinados, de un modo provisional, para favorecer de algún modo la localización de los hallazgos o de los sondeos de los alrededores del yacimiento.
- **Pebeteros.** Figueras concede este nombre a un conjunto de pequeños objetos tipológicamente semejantes a platos o cuencos poco profundos y de escaso diámetro, que se encontraron fundamentalmente en el campo de la necrópolis, tradicionalmente considerados para quemar perfumes, aunque debieron haber tenido otras funciones, como objetos de tocador y hasta de mesa. Esto supone una tarea de generalización del término a otras formas, aunque se toma de modo convencional para evitar confusiones (Figueras, 1934-35b, 7º cuaderno, 1).
- **Pira.** En sentido estricto, es una obra artificial compuesta de material combustible preparada para arder uniformemente o cremar algún cuerpo u objeto dispuesto sobre ella. Figueras utiliza este término en muchos casos como sinónimo de “hoguera”, pero el de pira es más preciso, implicando además una preparación determinada y un ritual acorde con los preceptos de la cultura a que nos refiramos.
- **Pira de rito**³⁰. Figueras observa que en muchas sepulturas de La Albufereta hay muestras abundantes de carbones y cenizas, claros indicadores de haberse realizado un fuego u hoguera. Sin embargo, en algunos casos no se hallaron restos humanos del individuo incinerado en dicha pira, por lo que podría ser consecuencia de algún tipo de acto ritual integrado en el ceremonial funerario. *Ustrina* y “piras de rito” podrían de este modo responder a momentos distintos dentro del mismo proceso o bien a ceremonias distintas.
El contenido supuesto de estas piras, básicamente elementos alimenticios, implica un papel como de ofrenda alimenticia o “banquete ritual” (Figueras, 1943c, 33-34).
Lafuente las denomina “hogueras ceremoniales” y Belda “ágapes”, seguramente incidiendo en su carácter de banquete funerario.
- **Púnicos y cartagineses.** Figueras, al igual que Lafuente, no hizo una aparente distinción sobre estas denominaciones, lo que parece derivarse de la literatura arqueológica de la época, aunque por lo general, y dependiendo de cada obra, se decanta, incluso acertadamente, por uno de los dos conceptos. Mientras que los púnicos serían los semitas de Occidente, procedentes en último término del Mediterráneo oriental, los cartagineses pertenecerían a un momento posterior, localizándose su metrópolis en el norte de África.
Constantemente Figueras utiliza ambos términos como sinónimos (Figueras, 1927, 15; 1934-35b, 1º cuaderno, 6; 1946, 311), aunque en ocasiones se aprecian distintas connotaciones, sirviéndose del término “púnico” para hacer mención a los hallazgos materiales, mientras que “cartaginés” sería un concepto más general, refiriéndose este pueblo o a esta cultura semita (Figueras, 1932a, 37; 1943c, 37).

³⁰ Este concepto se encuentra ampliamente desarrollado en el apartado IV.3.

También constatamos, sin embargo, un uso selectivo de estos conceptos, que se aplican convenientemente según el caso. Encontramos así que se hallaron “cerámicas cartaginesas”, “monedas púnicas”, “braserillos púnicos”, etc. (Figueras, 1935, 23-24, 80; 1956a, 66), lo que varía según la fuente que tomemos. Existe además una jerarquización conceptual entre palabras utilizadas aparentemente como sinónimos, en la que lo “ibero-púnico” ocupa el primer lugar.

- **Raza.** Conflictivo término cuyas diversas acepciones son siempre motivo de polémica. Figueras lo utiliza con frecuencia como sinónimo de “etnia”, refiriéndose al tiempo a pueblo, sociedad o cultura. De este modo, son razas la helénica, la púnico-cartaginesa, la romana o la ibérica.
- **Sepultura.** Ver “hoguera”.
- **Silicernio.** Aunque Figueras es muy cauto al referirse a esta práctica funeraria, cabe citarla por ser significativa. La palabra deriva del vocablo latino *silicernium*, y se refiere a un tipo de banquete funerario celebrado junto a la tumba del difunto y en honor a él, en que se ofrendaban objetos y consumían alimentos (Monrajal, López, 1984, 146).
- **Ustrino.** Este concepto sigue utilizándose en la actualidad en la literatura arqueológica bajo su forma latina, *ustrinum*. Figueras Pacheco denomina así a los lugares en donde se cremó el cuerpo de un difunto. Puntualiza además que en gran parte de las fosas de la necrópolis de La Albufereta todos los indicios llevaban a creer que en un mismo lugar se realizaba la cremación y el enterramiento.
- **Zanjas.** Suponemos que responde a algo semejante a las calicatas, aunque su denominación podría referirse a una actuación de forma longitudinal en busca de restos antiguos.

III. DATOS OBTENIDOS A PARTIR DE LA DOCUMENTACIÓN ANTIGUA: LOS MATERIALES

Figueras Pacheco prestó especial atención a los materiales obtenidos a partir de las excavaciones tanto en el cerro del Tossal de Manises como en la necrópolis del llano, en perjuicio claramente de otro tipo de factores, como la descripción minuciosa de las sepulturas o el registro riguroso del sistema de excavación y la localización de los hallazgos. Lafuente Vidal, por su parte, se centró más en la interpretación tanto de estructuras como de materiales, aunque no realizó descripciones detalladas de cada uno de ellos (Abad, 1984, 38).

Desde el primer momento, la variedad dentro del conjunto de objetos que conformaban los ajueres y la calidad de algunas piezas sorprendieron al mismo excavador, incrementándose de este modo el interés por este tipo de hallazgos. Esta diversidad exigía un estudio pormenorizado de todo tipo de producciones, especificando sus procedencias y los rasgos distintivos de cada una de las series (cerámica, metales, escultura en piedra, elementos de vidrio, etc.).

Sobre estos materiales Figueras Pacheco realizará un análisis atendiendo a su valor artístico y documental (Figueras, 1956a, 69-70), diferenciando a su vez las piezas que formarían parte del ajuer personal del sujeto enterrado y las que se englobarían dentro de un contexto funerario más amplio (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 59-60, 64; 1956a, 36-37). Sin embargo, podemos realizar más bien una triple distinción entre el ajuer del difunto propiamente dicho, los objetos con carácter ritual y las piezas de ornamento y vestimenta personal o "ajuar indumentario" (Figueras, 1956a, 36-37).

La mayoría de objetos descubiertos en las excavaciones fueron clasificados por Figueras Pacheco como ibéricos o púnicos, pero a estas piezas habría que añadir, sin embargo, otras de procedencias muy distintas, fruto en gran medida del comercio emprendido por los semitas, así como el conjunto de material procedente de las ruinas romanas que tapizaban toda la zona de la necrópolis. Contamos, por tanto, con una serie de objetos tanto de manufactura local como importados, que conforman un contexto complejo y de variadas connotaciones. Estos objetos son, además, portadores de costumbres, ideas y creencias.

Al igual que ocurrió en la excavación Lafuente, bajo la dirección de Figueras Pacheco La Albufereta pareció proporcionar los deseados objetos púnicos que tanto interés suscitaban en ambos. Sin embargo, algo fallaba en el armazón teórico que ya empezó a configurar el primero y que secundó Figueras. La necrópolis estaba sembrada de una gran cantidad de material ibérico, y en menor medida griego (FIGUERAS, 1933a, 20), pero Figueras cerró los ojos a cualquier teoría que fuera en contra de la adscripción púnica tanto de tumbas como de materiales. Utilizó para ello la idea de "carácter general" de la necrópolis.

Son constantes las referencias a producciones púnicas propias de la cercana *Ebusus*, de donde parecía que se irradiaba la cultura y el universo material semita hacia la costa mediterránea peninsular, zona altamente receptora de estas piezas. Figueras, al igual que posteriormente estaría convencido Llobregat, advirtió en este momento que las cerámicas de la necrópolis pertenecían a tipos semejantes a los que habían descubierto Vives, Roman Ferrer y más tarde Mañá en los yacimientos ebusitanos (Vives, 1917; Román, 1913; 1921; 1922; 1923;

1924; 1926; 1927; Serra-Ràfols, 1929; Figueras, 1933a, 23; Mañá, 1948). Pero tras el estudio minucioso del registro material de La Albufereta Figueras pasó a adoptar una postura más moderada, y con el tiempo la necrópolis cartaginesa se convertiría en “ibero-púnica” o “ibero-cartaginesa”.

III.1. MATERIAL CERÁMICO

En más de una ocasión, Francisco Figueras expresó su gran interés por este conjunto material, que para el caso de La Albufereta parecía presentar una serie de peculiaridades propias que imprimían al yacimiento de *un evidente carácter de unidad* (Figueras, 1935, 58). Un mismo barniz cultural recubría y caracterizaba el registro material de La Albufereta, al mismo tiempo que las distintas producciones y tipos cerámicos implicaban una importante diversidad cultural (Figueras, 1948b, 138).

III.1.1. Cerámica vascular

Figueras prestó especial atención a la distinción de pastas cerámicas. Los barros en los que fueron modeladas cada una de las piezas cerámicas halladas en la necrópolis constituyen el primer parámetro observado por el excavador en estos materiales. Establecer y explicar la variedad de texturas, tonalidades, etc., sumado a la diversidad de tipos, como hemos visto, son los puntos básicos de la diferenciación en este sentido y suponen a su vez un factor muy novedoso en los estudios de la época. Estos criterios se seguirían por autores posteriores en estudios sobre cerámica como el de Nordström sobre los ejemplares ibéricos pintados (Nordström, 1969; 1973).

Se identificaron cuatro tipos de pastas o “barros” partiendo básicamente de su color, aunque también se atiende a otros matices, como la resistencia de las paredes o la pureza y grado de cochura de las arcillas.

- En primer lugar estarían los barros de tonos amarillentos a rojizos, por lo general de tonos más o menos vivos, que serían pastas ibéricas según Figueras, resultado de una buena cocción. Se caracterizarían además por ser bastante compactas, con una superficie muy lisa (Figueras, 1943a, 15). Sin embargo, no se descartó que algunos de los vasos con estas características, así como por su elegancia y perfección formal pudieran proceder del exterior, especialmente de talleres griegos, caso de la pieza n° 328 del inventario³¹ (fig. 13).

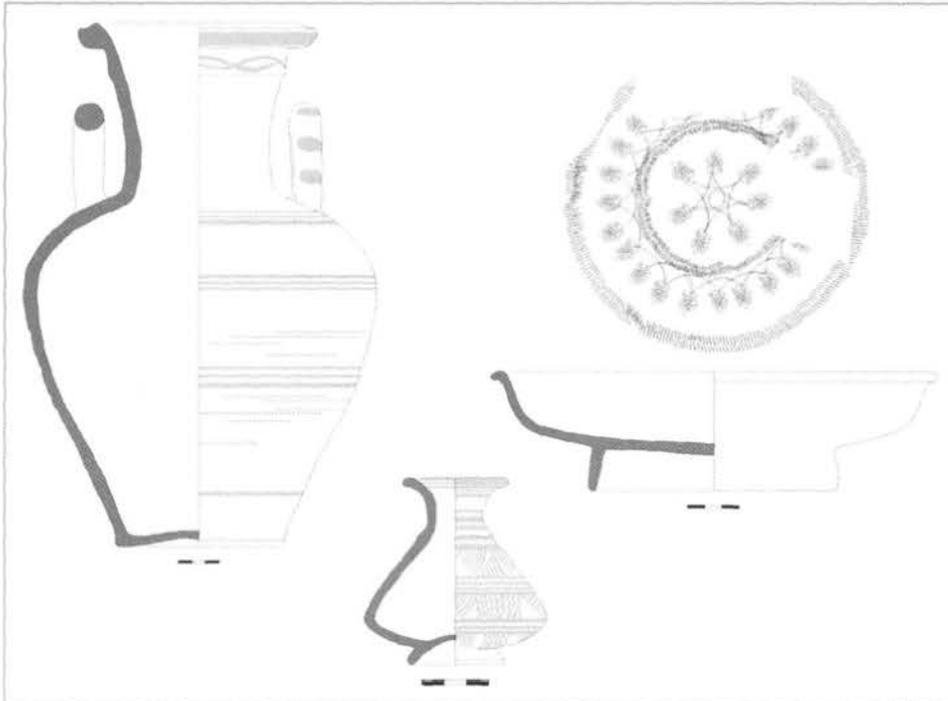


Figura 13. Vaso ebunitano n° 328, plato ático de barniz negro n° 340 y botellita n° 267.

³¹ En realidad esta pieza es una producción ebunitana.

- Otras pastas se caracterizarían por un barniz negro cubriente, normalmente brillante, aunque en ocasiones podría presentar reflejos argentados muy peculiares. Serían de origen campaniense, aunque no se descarta una procedencia griega para determinados ejemplares³² (Figueras, 1956a, 23-24).
- También se hallaron piezas con pastas grises, con una amplia variedad de tonalidades, de cenicientos a plomizos, básicamente esencieros, platillos y miniaturas de urnas, que hoy sabemos proceden de talleres emporitanos y ebusitanos. La procedencia de estas piezas, según Figueras, también sería suritálica en la mayoría de los casos (Figueras, 1943a, 15), aunque también puntualizaba que podría ser ejemplares ibéricos con huellas fuertes de fuego, caso de la botellita nº 267 (fig. 13) (Figueras, 1956a, 24).
- Finalmente encontraríamos barros amarillentos claros, terrosos o blanquecinos, que podrían deberse a deficiencias en la elaboración de la arcilla o a irregularidades en el proceso de cocción, de origen púnico, aunque sin descartarse una procedencia peninsular (Figueras, 1956a, 23-24).

En cuanto al tema de la decoración vascular, resultaba muy variada y parecía responder a tradiciones culturales distintas. Figueras se sirvió de esta decoración como parámetro fundamental para establecer semejanzas y diferencias entre las cerámicas, señalando tres géneros o grupos:

- Pinturas color siena. Sería el tipo más frecuente en toda la necrópolis y se daría en casi todas las piezas sin barniz negro, tanto en pastas anaranjadas o rojizas como en las grises y blanquecinas, aunque en menor cantidad. Esta decoración partiría fundamentalmente de series de líneas, bandas o fajas paralelas que circundarían el vaso y lo seccionarían en zonas horizontales. El espacio comprendido entre estas líneas podría rellenarse con motivos más ricos y variados, siempre geométricos, como semicírculos, cuartos de círculo, rombos, cabelleras, etc. (Figueras, 1936b, 9; 1956a, 31).
- Pinturas polícromas. Esta decoración sería exclusiva de las piezas de fabricación helénica. Son los vasos llamados de “figuras rojas” sobre fondo negro o “figuras negras” sobre fondo rojo (Figueras, 1956a, 30).
- Decoración estampillada. La estampación se realizaría antes de la cocción del vaso, cuando el barro aún se encontraba tierno. Se daría tanto en cerámicas de barniz negro -halos, palmetas y cenefas- como en las imitaciones ebusitanas de pastas grises -estrellas y rosetas- (Figueras, 1936a, 4; 1956a, 31), aunque de las que más información disponemos es de las primeras.

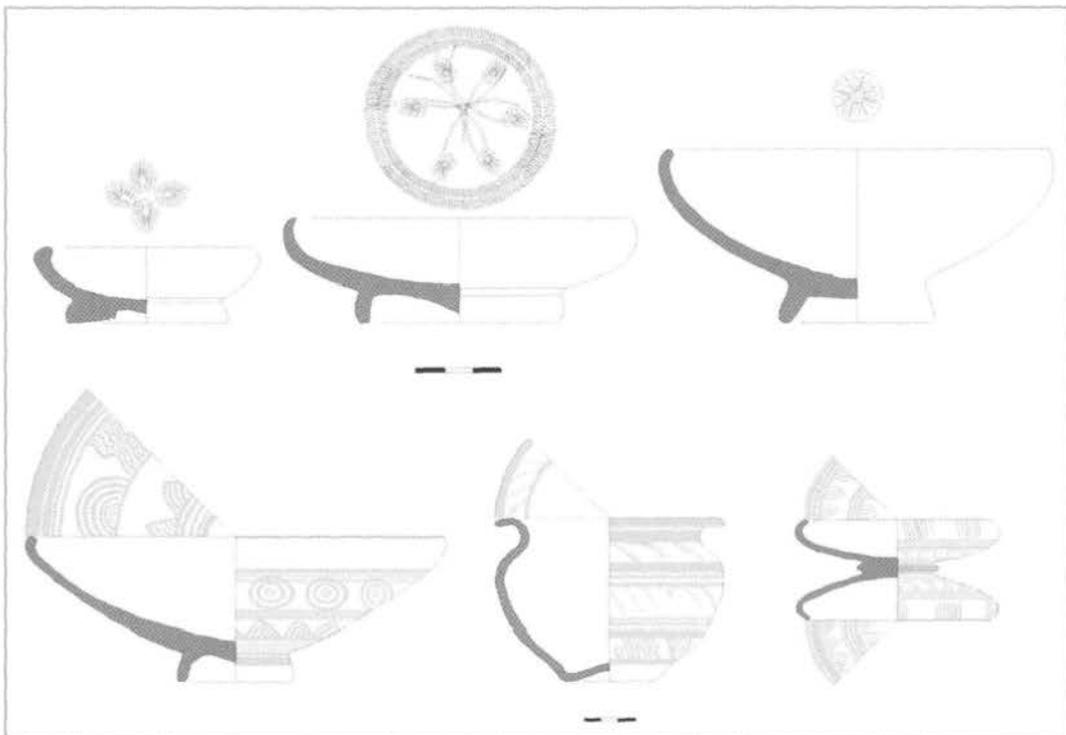


Figura 14. Arriba, platos áticos nº 334 y 272 e imitación nº 237. En la parte inferior, plato ibérico nº 257, lebes nº 236 y “diábolo” o vaso doble nº 310.

³² De hecho, la actual revisión que el autor realiza sobre los materiales de La Albufereta está revelando que la mayoría de ejemplares de barniz negro son áticos.

Ya hemos comentado para el caso de la cerámica griega una serie de características propias, que la diferenciarían de otras producciones. Figueras menciona que en el campo de la necrópolis se halló una cantidad nada desdeñable de fragmentos cerámicos adscribibles a la cultura griega, fechable en los siglos VI al III a. C.³³ (Figueras, 1943c, 30, 39; 1952b, 189; 1959, 96). No obstante, mientras que las cronologías se mantienen en la actualidad aproximadamente, la denominación de “griega” es puesta en entredicho, pues su procedencia podría ser muy diversa dentro del ambiente helénico (Abad, 1984, 45). Estas producciones pueden ser clasificadas en grupos distintos -beoides, campanienses A, etc.- atendiendo a diversas características.

Significativas dentro de este grupo son las piezas que presentan decoración figurada polícroma de “figuras rojas”, siendo su cronología bastante más antigua que el resto de producciones griegas, fechándose en los siglos V y IV a. C. Desgraciadamente, escasos ejemplares pudieron ser reconstruidos, destacando la bellísima cratera de la sepultura 54 (fig. 9) (Figueras, 1934, 21; 1935, 47, 55; 1936a, 4; 1936b, 9; 1943a, 15; 1943c, 30; 1952b, 189; 1956a, 30; 1959, 96). Francisco Figueras comentó también al respecto que en determinadas calicatas efectuadas en los terrenos contiguos al campo de la necrópolis se obtuvieron fragmentos de cerámica griega de “figuras negras”. En este sentido destaca el reciente estudio de dos fragmentos de cratera de columnas de figuras negras obtenidos en La Albufereta (García, Llopis, 1996, 473-478).

Para este yacimiento apenas conocemos escasas notas acerca de contados fragmentos, que ofrecerían una muy antigua cronología del siglo VI a. C. (Figueras, 1952c, 10; 1956a, 17-18; Abad, 1984, 45), por lo tanto, muy anterior al resto de materiales descubiertos, lo que llevó a Figueras a considerar, al menos de un modo hipotético, la existencia cercana de una ciudad o una necrópolis preexistente, destruida por completo (Figueras, 1956a, 30-31). Hoy sabemos que no andaba muy desencaminado, a juzgar por las excavaciones en el yacimiento vecino del Cerro de las Balsas, un interesante poblado ibérico fortificado con abundante material cerámico (Mula, Rosser, 1993; Rosser, *et alii*, 2003), cuya población con toda probabilidad pasaría a habitar el Tossal de Manises durante el siglo III a. C.

Pero dentro del conjunto de la cerámica griega hallada en La Albufereta destaca una producción aún más importante y más numerosa, los vasos de barniz negro llamado “ático”. Para Figueras, la distinción esencial entre estas piezas griegas y las cerámicas con barniz negro campaniense consistiría en las propias características del barniz y de la pasta. En las primeras, el barniz sería brillante o argentado, aunque también se hallaron vasos de pasta gris sin barnizar que también adscribió a la cultura griega³⁴ (Figueras, 1940c, 11; 1943a, 15; 1948b, 140; 1952b, 189; 1959, 97-98). La técnica y los tipos fabricados serían aparentemente los mismos que en los ejemplares campanienses, de ahí la confusión en éste y otros autores (Figueras, 1943c, 39; Cuadrado, 1952, 120).

Por lo general, el excavador adopta como uno de los principales factores de identificación para estas producciones la decoración estampillada, que haría uso, como hemos visto, de una serie de motivos repetitivos, básicamente palmetas, halos y rosetas (Figueras, 1936a, 4; 1943a, 15; 1959, 97).

Figueras Pacheco catalogó un número determinado de piezas como púnico-cartaginesas. Destaca en este sentido el hallazgo en 1935 de un probable *ustrinum* colectivo en Campello, en el cual se descubrieron numerosos fragmentos de cerámica de la misma procedencia, lo cual sirvió a Figueras para establecer lazos de conexión con La Albufereta y reforzar su tesis (Figueras, 1945b, 13; 1950d).

Las cerámicas supuestamente púnicas de La Albufereta adoptaban la forma de grandes ánforas en forma de “obús” y vasijas de tamaños medianos o pequeños, básicamente ollas panzudas, lacrimatorios también panzudos, urnas, etc., con pastas groseras, de deficiente cochura, y decoraciones de líneas circundantes color siena o acanalados a torno. Por lo general serían vasos mal cocidos y de aspecto pobre (Figueras, 1934, 22; 1940c, 18; 1948b, 140, 143; 1952c, 21-22; 1959, 99, 101), factor principal que tomó el excavador para diferenciarlos de las producciones griegas o ibéricas.

³³ Cuenta Ramos Folqués que Figueras siempre confió en una abrumadora abundancia de cerámicas griegas y campanienses en las ruinas del Tossal y en la necrópolis, en relación a otras producciones. Este hecho se explicaba porque los obreros que trabajaron a sus órdenes únicamente le mostraban los materiales más bellos, los cuales el propio Figueras reconocía con el tacto. De ahí que sobrevalorara el componente helénico en estos yacimientos (Ramos Folqués, 1981).

³⁴ En la actualidad conocemos estas producciones como grises ebusitanas y no áticas.

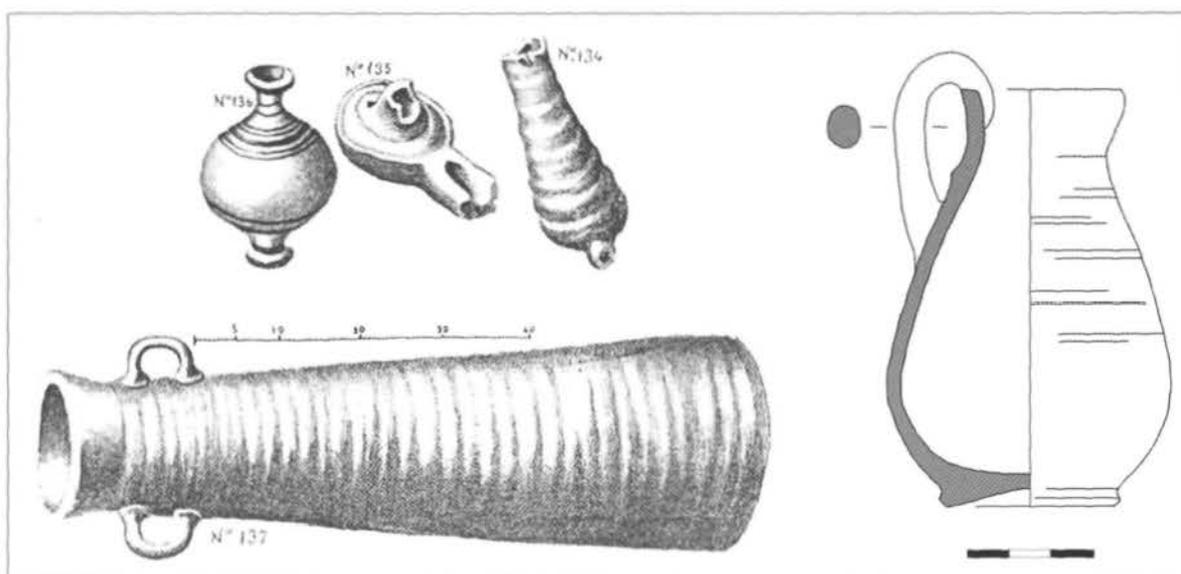


Figura 15. Materiales considerados como púnicos procedentes de La Illeta dels Banyets (Campello) (Figueras, 1950d, fig. 16). A la derecha, jarro púnico de La Albufereta, nº 295.

Ya hemos hecho mención al problema planteado por Figueras sobre la dudosa identificación de algunas piezas cerámicas como locales o importadas. Estos vasos púnicos se incluirían en el centro de este debate. El excavador dudaba en muchas ocasiones hasta qué punto estos materiales eran importados, respondían a imitaciones indígenas o ciertamente eran tipos locales más o menos afectados por influjos foráneos en cuanto a formas o decoraciones (Figueras, 1949a, 250). Además, la escasez de estos vasos informaba del breve período de tiempo que los cartagineses transcurrieron en estas tierras.

Pese a la confusión de piezas que parece desprenderse de los textos de Figueras, un hecho parecía indiscutible. La presencia de acanalados en las paredes de los vasos (fig. 15) sirvieron para adscribir como púnicos estos objetos, estableciéndose comparaciones constantes con otras piezas de La Illeta de Campello (Figueras, 1934, 22; 1959, 99-101).

Al igual que ocurrió también en el yacimiento de Campello, Francisco Figueras encontró en La Albufereta fragmentos cerámicos que adscribió a la Cultura Ibérica y que revelaban una gran variedad de formas (Figueras, 1943b, 49; 1948b, 143; 1949a, 259). Estas producciones se distinguían fundamentalmente por sus superficies lisas, de tonos anaranjados o rojizos más o menos vivos, con pastas locales de buena calidad, compactas y homogéneas, bien cocidas. Sin embargo, la principal peculiaridad de estos objetos según Figueras serían las decoraciones pictóricas geométricas (Figueras, 1940c, 11; 1959, 109).

Sobre el tema se llegó a conformar un intenso debate, centrado en la búsqueda del origen y difusión de estas producciones locales, destacando los trabajos de diversos autores (Bosch Gimpera, 1915; Cabré, 1926; Cuadrado, 1952; Fletcher, 1960, entre otros) y las distintas ediciones de los Congresos Arqueológicos del Sureste Español, en los cuales Figueras colaboró (Figueras, 1947; 1949a; 1950a; 1951). La identificación del centro o centros de producción en donde se modelaron y cocieron estas piezas era imprescindible para alcanzar una mejor comprensión del mundo ibérico (Figueras, 1959, 111). Nos encontramos de nuevo otra aportación innovadora del pensamiento de Figueras Pacheco y totalmente original en su época.

El tema de la pintura vascular ibérica se encontraba en estos años en discusión, y Figueras se interesó abiertamente por esta problemática. De hecho, se llegó a defender en algún momento que la decoración figurativa databa de los indicios del iberismo, cuando realmente ésta no aparecía hasta los momentos finales de esta cultura (Figueras, 1947, 233; Olmos, 1994; Sala, 1995, 32-51).

A partir de los ejemplares hallados tanto en la acrópolis como en la necrópolis de La Albufereta, Figueras Pacheco alcanzó a determinar una triple clasificación para los motivos decorativos de los vasos ibéricos, en la cual *grosso modo* quedan incluidos todos los ejemplares constatados:

- Primer grupo. Decoración simple a base de fajas o líneas circundantes, atestiguada tanto en las sepulturas más profundas -por tanto, más antiguas- de la necrópolis como en los estratos inferiores del Tossal de Manises.
- Segundo grupo. Los recursos decorativos se enriquecen, con el uso de motivos geométricos que rellenan los vasos. Esta fase también se constataría en el Tossal de Manises.

- Tercer grupo. La culminación del proceso vendría determinada por el uso de una decoración figurada, con imágenes humanas y animales, únicamente detectadas en el Tossal de Manises (Figueras, 1948b, 143; 1951, 173-180; 1956a, 31; 1959, 114-115).

A partir de estos criterios se establece una secuencia evolutiva de las decoraciones vasculares ibéricas. Este proceso, en líneas generales, sería el siguiente:

- Para la ciudad púnica o “ibero-púnica, Figueras contaba con cerámica ibérica decorada con motivos únicamente geométricos.
- El momento posterior es el iberorromano o “hispanico”, donde ya hacen su aparición elementos vegetales, como hojas y tallos estilizados.
- En una etapa final y debido a la romanización de estas tierras, la decoración vascular evoluciona hasta representarse temas vegetales más complejos junto con figuras humanas y zoomorfas (Figueras, 1940a, 178-179), manifestaciones claras del estilo denominado Elche-Archena.

En la necrópolis, por el contrario, parecía constatar un solo momento determinado de la secuencia. El panorama en este lugar se presentaba más simple, pues únicamente se hallaron vasos decorados con fajas y líneas circundantes y motivos geométricos tales como semicírculos, cuartos de círculo y círculos concéntricos, sectores, “dientes de lobo”, rombos, “sardinetas”, grupos de líneas sinuosas o “cabelleras”, puntos y cayados (Figueras, 1940c, 12; 1943c, 30; 1948b, 143; 1956a, 31).

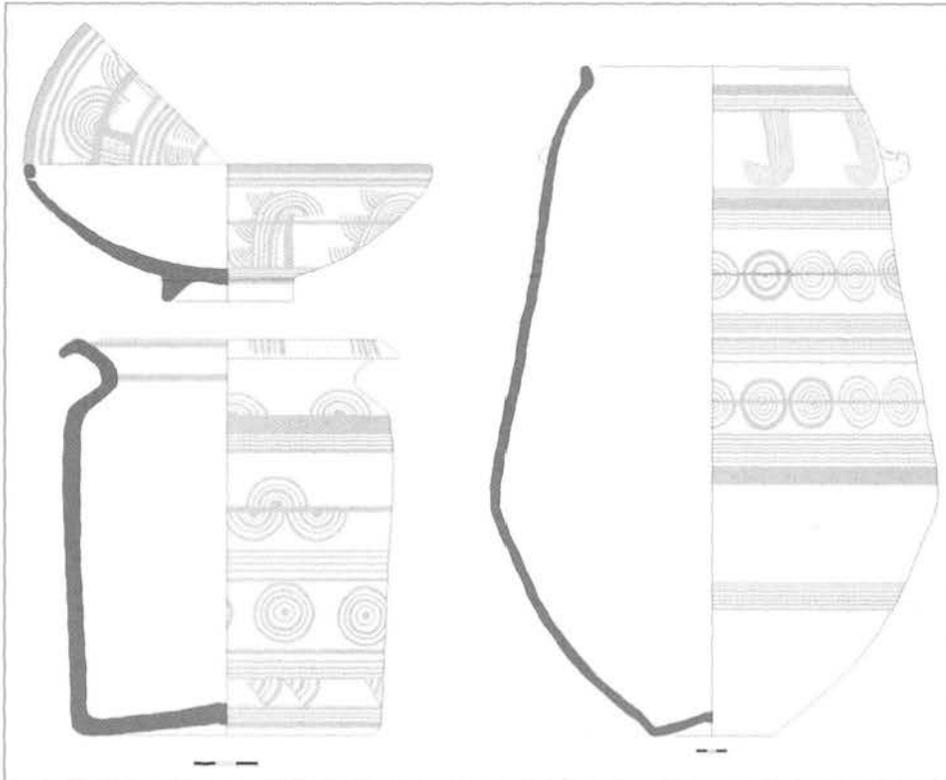


Figura 16. *Kalathos* en función de urna cineraria y su correspondiente plato-tapadera (nº 214a y 214b) de la sepultura 28. A la derecha, gran *pithos* pintado nº 255 también usado como urna cineraria, tumba 55.

Resulta sorprendente la enorme precaución tomada por Figueras a la hora de determinar una manufactura ibérica para gran parte de los vasos de la necrópolis, sobre todo desde el conocimiento actual de que el repertorio del yacimiento es básicamente ibérico. Asimismo, también llama la atención el empeño en desvincular una serie de piezas de calidad de los ambientes indígenas, aludiendo a un supuesto proceso de fabricación de imitaciones.

Llegados a este punto, otro tema fundamental que trataría Francisco Figueras con frecuencia en sus escritos sería el de las imitaciones en cerámica ibérica. Como veremos, por ejemplo, para el tema de los vasos bitroncocónicos, caso de urnas, esencieros, fusayolas, etc., consideraba que determinadas formas y tipos en cerámica ibérica correspondían en realidad a copias de piezas cartaginesas o incluso campanienses (Figueras, 1948b, 143). También cabría destacar que parecía evidente que la realización en barro ibérico de imitaciones

más o menos logradas de las formas griegas de vajilla de mesa, básicamente *kylikes* y platos. No obstante, las formas resultantes serían menos esbeltas que las originales, como también se constataba en La Illeta de Campello (Cabré, 1921, 13; Figueras, 1934, 20; 1943c, 40; 1949a, 250; 1952b, 189).

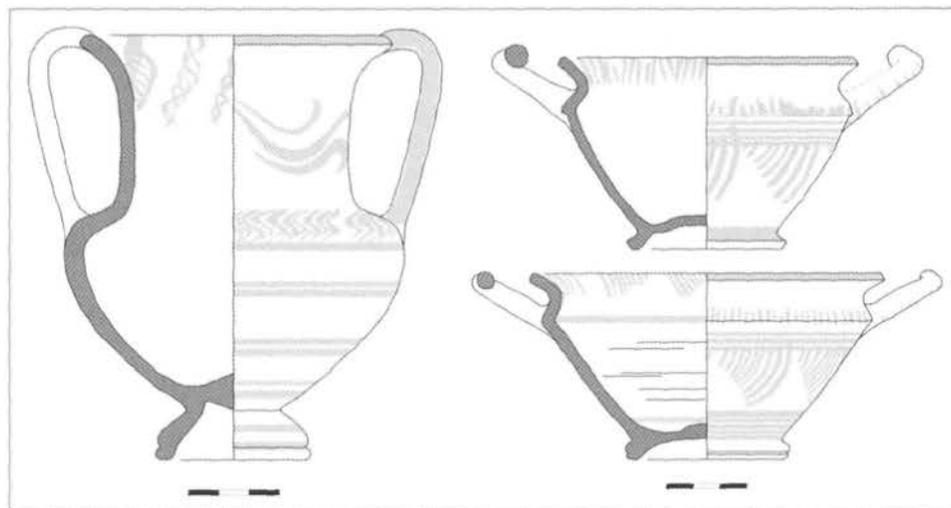


Figura 17. Imitaciones de cratera nº 297 y de *kylikes* nº 330 y 337.

Pese a esta sencilla identificación en las imitaciones helenísticas -tanto tipos griegos como campanienses-, para el caso de los vasos púnicos, a partir de los cuales Figueras defendía que también se realizaron imitaciones, propuso la necesidad de emprender un “estudio fisicoquímico” de las pastas, pudiendo definir y clasificar más objetivamente las distintas especies y procedencias. Para ello, la observación directa y medida de la composición, la dureza, el peso y la porosidad de las piezas resultaba esencial (Figueras, 1949a, 251). He aquí otro rasgo innovador en el pensamiento de este arqueólogo.

Tema más complejo incluso era el de tratar de determinar los talleres concretos en donde se fabricaron estas piezas. Figueras contaba únicamente con el supuesto de que los alfares ibéricos *no debieron estar lejos del material plástico con que se hicieron sus vasos* (Figueras, 1949a, 254). Se podría explicar así la homogeneidad de pastas en cuanto a composición y coloraciones, así como el importante conjunto de imitaciones, en las cuales se observaban las mismas características técnicas que en los tipos locales. Asimismo, la dependencia de formas y decoraciones foráneas podría incluso indicar *a priori* una aceptación por parte de las poblaciones indígenas, primero de los gustos y costumbres de otras gentes venidas del Mediterráneo, y más tarde, incluso de sus creencias (Figueras, 1952a, 430).

En cuanto a las formas, y siguiendo los criterios adoptados por Francisco Figueras, muy abundantes resultaron los ejemplares bitroncocónicos o peraltados, tanto en las excavaciones del Tossal de Manises como en la necrópolis, donde en ocasiones llegaron a funcionar como recipientes cinerarios. El tipo bitroncocónico es la forma más frecuente en La Albufereta, donde se halló en todos sus estratos, dándose tanto en urnas como en pequeños vasos a modo de miniaturas que podrían funcionar como juguetes, y en la mayoría de las fusayolas, en balsamarios y otras vasijas medianas o pequeñas (Figueras, 1935, 44, 47; 1936a, 3; 1956a, 25).

Las pastas de estos recipientes serían claramente ibéricas, presentando diversas tonalidades amarillentorrojizas (Figueras, 1935, 43). No obstante, también se hallaron piezas de este tipo fabricadas con pastas grises, de mayor calidad, mientras que las pastas anaranjadas ibéricas presentaban una factura algo más deficiente (Figueras, 1956a, 24).

La decoración, siempre pintada sobre la superficie del vaso, presentaba una coloración siena-rojiza, y siempre era geométrica, compuesta por fajas y líneas circundantes, dividiendo el vaso en zonas. También podemos encontrar otros motivos sencillos, como cabelleras, círculos, semicírculos, arcos de círculo concéntricos, etc., que servirían para rellenar las zonas del vaso sin decoración (Figueras, 1935, 44-45). La sencillez de los motivos decorativos indicaban para Figueras antigüedad, y éste llegó a pensar que estas piezas coincidirían con el momento de dominación cartaginesa. La excepción a la norma de la decoración sencilla lo constituían algunas piezas con temas más complejos, pero nunca con decoración figurada, obviamente más tardías, y que optó por fechar ya en época de dominio romano, aunque *conservándose la tradición e influencia del gusto de los cartagineses* (Figueras, 1934-35b, 6º cuaderno, 7-9).

En cuanto a la adscripción cultural, Figueras Pacheco no dudaba en que eran cerámicas ibéricas por las características de la pasta y la decoración. La funcionalidad esencial de las urnas bitroncocónicas como recipientes cinerarios estaría claramente generalizada por todo el ámbito ibérico, como se constata tanto en las necrópolis más cercanas -El Molar, Cabezo Lucero-, como en las del área murciana, andaluza o catalana.

Otros vasos adoptaban perfiles cilíndricos, como en el caso de los llamados "sombrreros de copa", tradicionalmente considerados como ibéricos, aunque también constatados por aquellas fechas en regiones más lejanas como la Apulia italiana (García y Bellido, 1935a, 18).

Básicamente estos vasos, que en la terminología arqueológica actual se conocen más bien como *kalathos*, se caracterizan por su forma cilíndrica, con un estrangulamiento cercano al borde del vaso o sin él (Figueras, 1935, 45; 1936b, 9), pudiendo presentar además una ligera reducción del diámetro conforme nos aproximamos al borde de la pieza, o bien el estrechamiento se da en dirección a la base, a modo de maceta, con lo que también difiere de un cilindro en sentido estricto (Figueras, 1934-35b, 4º cuaderno, 1; 1956a, 25).

El tamaño de estos vasos cilíndricos sería menos variable que en el caso de las urnas bitroncocónicas (Figueras, 1935, 46) y su pasta, por lo general, presentaría un color amarillento anaranjado, con tonos rojizos que podrían ser más o menos vivos, revelando de nuevo un origen ibérico, si bien abarcarían una amplia cronología. Señala Figueras sobre este aspecto, que las pastas más rojizas indicarían modernidad (Figueras, 1934-35b, 4º cuaderno, 2; 1956a, 24).

En cuanto a la decoración, los motivos que aparecerían en estas piezas serían muy variados, desde los elementos geométricos más simples hasta la decoración figurativa, aunque en la necrópolis únicamente se constatan los primeros (Figueras, 1934-35b, 4º cuaderno, 2).

A partir de los ejemplares conservados Figueras realizó un análisis tipológico, pudiendo diferenciar piezas con bordes curvos y salientes, otras con bordes no salientes pero con estrangulamiento cerca de éste, y un tercer grupo de bordes rectos y salientes o "sombrreros de copa", que sería el más moderno de los tres. Terminó por fijar además una cronología provisional: el segundo grupo sería de la segunda mitad del siglo III a. C., mientras que el tercero, se fecharía en las décadas inmediatamente anteriores al cambio de Era. El primer grupo, por su parte, presentaría una cronología a caballo entre los dos grupos anteriores, "de transición" (Figueras, 1934-35b, 4º cuaderno, 3-5, 7-10). Figueras Pacheco no andaba muy desencaminado pues ciertamente el tipo más antiguo era el estrangulado, que aparece ya configurado hacia finales del siglo V a. C., y que convivirá en la segunda mitad del siglo siguiente con el de borde plano (Mata, Bonet, 1992, 129-130; Sala, 1995, 225; García Cano, 1996, 37).

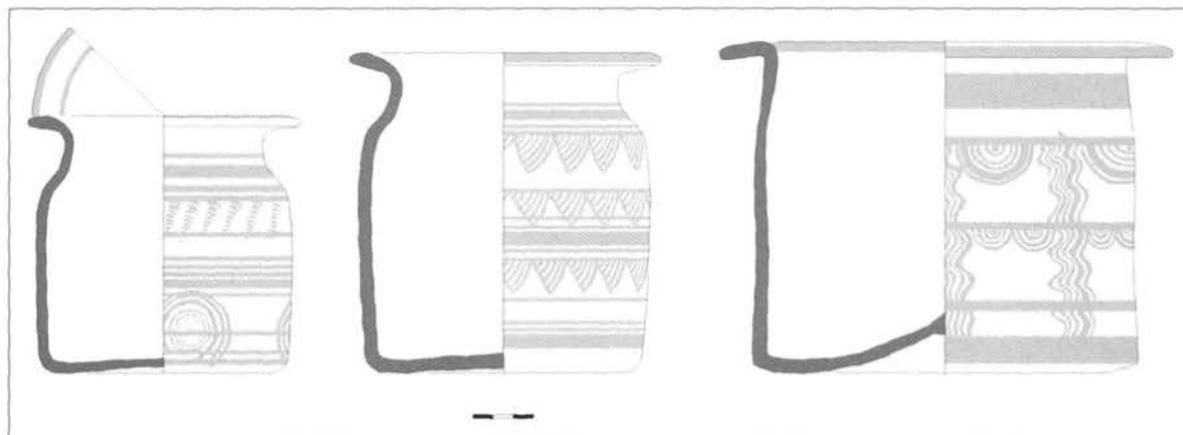


Figura 18. *Kalathoi* n° 287a, 263 y 230.

Figueras Pacheco también constató en La Albufereta la frecuencia en que aparecieron platos de muy diversos tamaños y formas (Figueras, 1934-35b, 8º cuaderno, 1). Según la opinión del investigador, estas piezas procedían tanto de talleres campanienses como ibéricos. En cuanto a los primeros, señala la presencia de pies anulares y su tamaño llegaría a alcanzar los 7-8 cm. de altura por 22-23 de diámetro, o incluso más. Los platos de grandes dimensiones serían más abundantes, frente a los pequeños, muy próximos a pebeteros (Figueras, 1956a, 27-29).

Se reconstruyeron alrededor de un centenar de piezas de variada tipología, y éstas fueron, como ocurre para otros casos, las que fueron requeridas para elaborar una nueva clasificación. En esta ocasión, los criterios elegidos por el excavador para configurar los grupos serían básicamente *el color de los barro o el del barniz que los cubre*.

- Primer grupo. Lo constituirían los platos con barniz negro brillante y formas elegantes, presumiblemente campanienses, tipos planos o más o menos profundos, con una cronología entre la segunda mitad del siglo III a. C. y las primeras décadas del siglo siguiente (Figueras, 1934-35b, 8º cuaderno, 2-9; 1935, 54; 1956a, 30).
- Segundo grupo. Serían los platos de pastas grises³⁵, con una gran variedad de formas y una amplia cronología, siendo coetáneos a los platos de barniz negro. Se utilizaron en ocasiones como platos-tapadera de urnas cinerarias.
- Tercer grupo. En éste se incluirían la mayor parte de los platos de La Albufereta, caracterizados por su pasta amarillenta, típicamente ibérica, con tonalidades hacia el naranja y el rojo, en gran medida con pie de anillo y decorados a base de motivos geométricos muy variados (Figueras, 1934-35b, 8º cuaderno, 9-11; 1935, 53). Figueras consideraba que éstos últimos eran imitaciones de tipos campanienses y les asignó una cronología a partir del siglo III a. C.

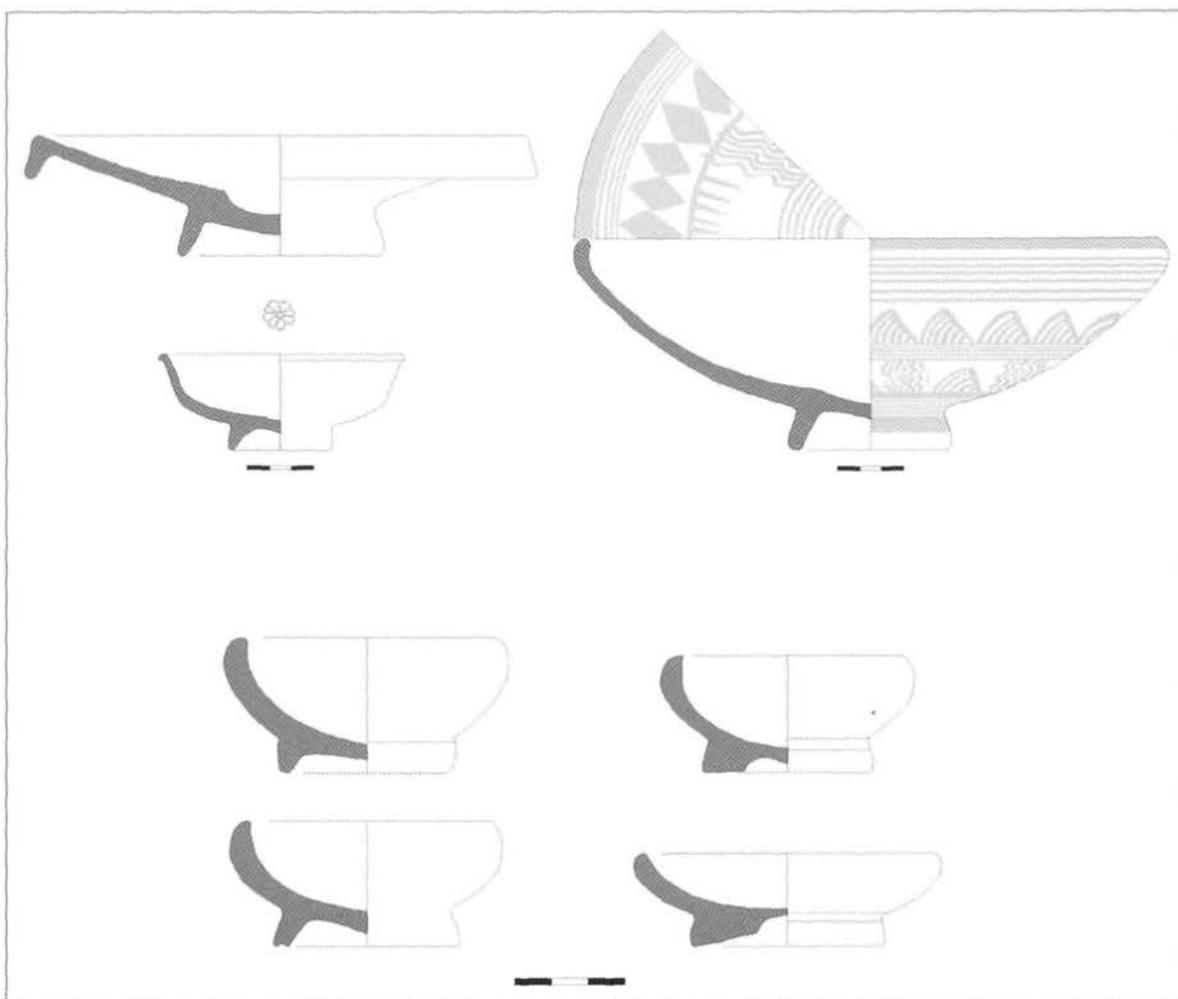


Figura 19. Plato de pescado campaniense nº 235, plato de pasta gris nº 299b y plato ibérico nº 256. En la parte inferior, dos "pebeteros" campanienses (nº 204 y 206) y dos áticos (nº 327 y 339).

Figueras Pacheco utilizó el concepto de "pebeteros" (figura 19) para designar un amplio conjunto material, básicamente pequeños platillos³⁶ en algunos de los cuales se hallaron *restos de resinas y otras sustancias fusibles*, lo que revelaría una posible función como quemaperfumes en el acto de la incineración, aunque también podrían ser elementos de tocador o de mesa (Figueras, 1924-35b, 7º cuaderno, 1; 1935, 51; 1956a, 18).

³⁵ Como hemos visto anteriormente Figueras en este apartado no aplica una distinción muy rigurosa. Hoy sabemos que este grupo comprende ejemplares tanto campanienses como ebusitanos.

³⁶ Ver II.5.

La forma general de estas piezas era la de un cuenco poco profundo, con los bordes vueltos hacia el interior, de modo que el diámetro máximo, entre 7 y 9 cm., se encuentra en un plano algo más bajo del borde. El pie sería de anillo y la silueta normalmente curva, alcanzando una altura de unos 3 cm. Las pastas en que fueron confeccionados son muy diversas, llevando al excavador a establecer una nueva distinción: pebeteros con barniz negro campaniense con rosetas o palmetas impresas en el fondo, otros con pastas grises y sin barniz, y los pebeteros con pastas color anaranjado (Figueras, s. a. a, 2º cuaderno, 1, 7; 1934-35b, 7º cuaderno, 2-4; 1935, 53; 1956a, 27-28).

Esta clasificación ofrecería un boceto de seriación cronológica. Según la opinión de Figueras, parecía evidente que los pebeteros ibéricos serían posteriores a los campanienses (Figueras, 1934-35b, 7º cuaderno, 6).

Otras cerámicas halladas en gran número en la necrópolis de La Albufereta serían los "lacrimatorios" -según denominación del autor- o ungüentarios. Su abundancia supone un nuevo rasgo de unidad en el yacimiento. Se caracterizan por presentar un borde ligeramente acampanado al final de un esbelto gollete, con un perfil más o menos panzudo, pese a que otros ejemplares serían más estilizados³⁷. Las pastas adoptarían tonalidades blanquecinas y grisáceas, aunque también anaranjadas como las de las cerámicas ibéricas (Figueras 1935, 51-53; 1956a, 27).

Estos objetos presentarían una decoración muy simple, en forma de fajas o líneas circundantes, siempre en color siena, repetida constantemente. Sí variaría el tamaño, siendo el más frecuente el de alrededor de 8 centímetros de altura, con algunos ejemplares algo mayores (Figueras, 1934-35b, 15º cuaderno, 2; 1935, 52).

De la necrópolis proceden 24 lacrimatorios, todos ellos conservados en su integridad y que pudieron ser reconstruidos. Esta gran cantidad de piezas con respecto a los escasísimos ejemplares del Tossal de Manises (Figueras, 1934-35b, 15º cuaderno, 2-3) podría relacionarse con el papel desempeñado por estos pequeños recipientes dentro del ritual funerario, bien como objeto ofrendado, como parte más o menos indispensable del ajuar o como contenedor de alguna sustancia relativa al ceremonial de la cremación o la deposición de los restos carbonizados del difunto. En cuanto al tema de la supuesta función como contenedores de lágrimas³⁸, Figueras no aporta más datos, pero parece no aceptar por completo esta acepción (Figueras, 1934-35b, 15º cuaderno, 3-4).

De lo que sí parece seguro es de que estos ungüentarios serían imitaciones ibéricas de modelos importados bajo el dominio o influencia de los cartagineses (Figueras, 1934-35b, 15º cuaderno, 3-4), tema que nunca deja zanjado.

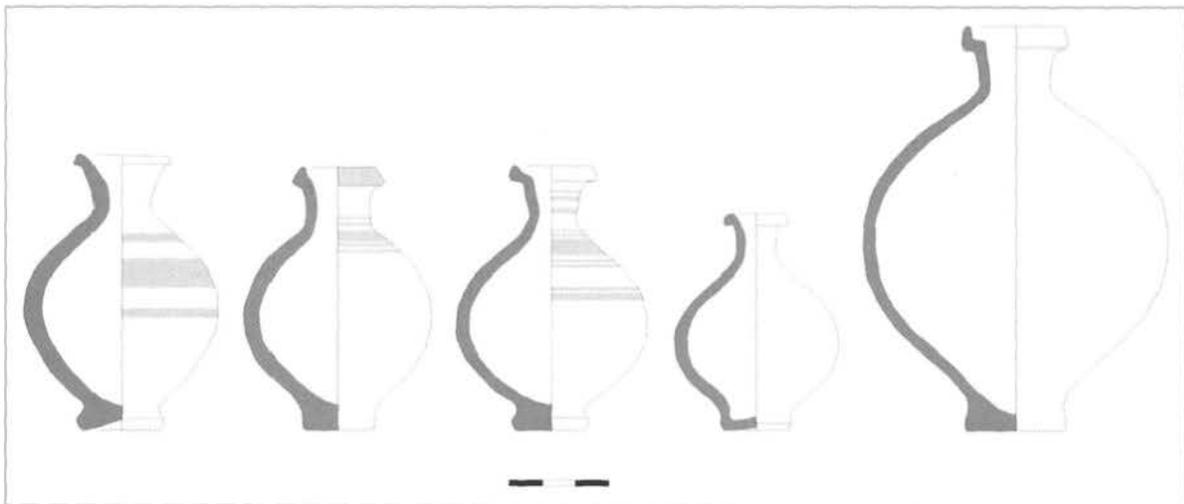


Figura 20. Ungüentarios de tipo globular o panzudo, n° 209, 231, 249, 304 y 294.

Estas piezas debieron servir probablemente como elementos de tocador, balsamarios o esencieros, de lo que se derivaría seguramente un sentido religioso, pudiendo contener perfumes o ungüentos con los que se honraría al difunto en el momento previo a su cremación (Figueras, 1956a, 27). O bien se vertían estas sustancias sobre el cuerpo sin vida o sobre la pira misma, o bien se consumía junto a aquél, depositándose con otras ofrendas en el lugar de la cremación.

³⁷ Como los obtenidos durante la campaña Lafuente, con un cuello más largo y aspecto más elegante (Figueras, 1956a, 26-27). Son los ungüentarios fusiformes, tipo B de Cuadrado, mientras que los ungüentarios de tendencia globular o panzudos serían del tipo A (Cuadrado, 1977-78, 390-401).

³⁸ Ver II.5.

En cuanto a las ánforas, serían piezas muy escasas en la necrópolis, de las que apenas se alcanzó reconstruir algún ejemplar. Cabe destacar en este sentido la presencia del tipo denominado cilíndrico o “de obús”, también constatado, aunque en mayor medida, en la ciudad del Tossal de Manises, donde se llegaron a identificar distintos ejemplares durante el año 1935 (Figueras, 1935, 56; 1936a, 2; 1936b, 5, 9; 1948b, 140; 1954a, 9; 1955b, 152). Figueras vincula estas ánforas con el comercio cartaginés de importación, con paralelos en La Luz, donde se habían fechado en época púnica. Considera además que las ánforas halladas en La Illeta de Campello eran semejantes a las del Tossal de Manises, aunque su cronología era anterior (Figueras, 1936b, 5; 1943b, 50; 1947, 232; 1952c, 22).

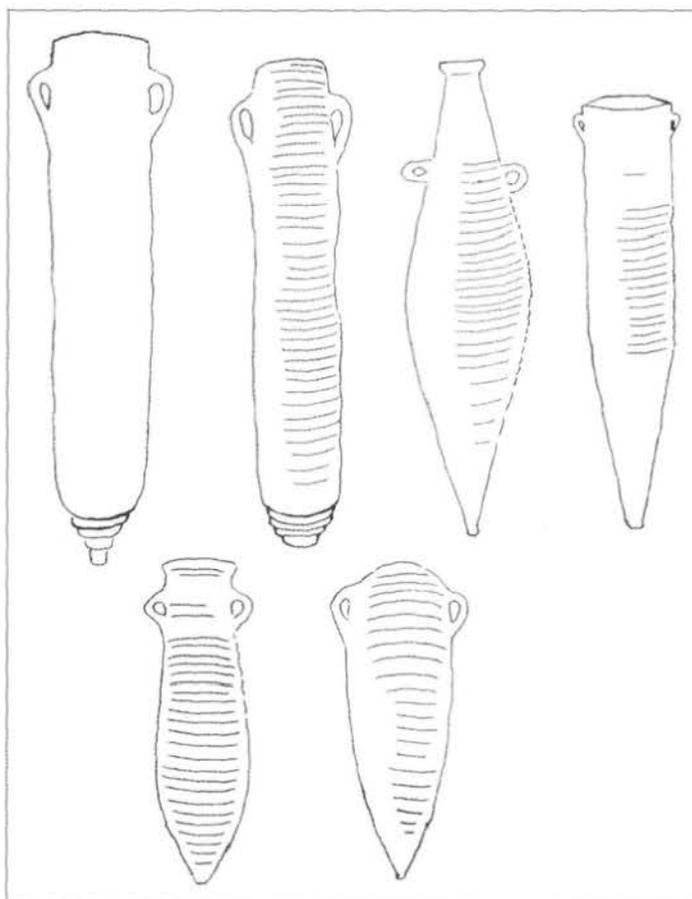


Figura 21. Ánforas del Tossal de Manises y La Albufereta, según Lafuente. Tomado de Nordström (1961a, lám. IX).

A partir de las escasas referencias disponibles, todo parece indicar que estas piezas serían descartadas en el proceso de selección de materiales frente a las cerámicas finas, de mesa o de importación. No podemos más que aventurar un uso ritual de estos grandes contenedores, que seguramente podría ponerse en relación con algún tipo de libación (Aranegui, *et alii*, 1993, 104). En las necrópolis valencianas la presencia de estas ánforas es más bien escasa, constatándose únicamente en lugares puntuales, como en la Ladera de San Antón (Orihuela) (Ribera, 1982, 123-124).

Por lo general, prima en los escritos de Figueras un interés fundamentalmente centrado en la belleza estética de determinados objetos, en detrimento de otros grupos materiales, estéticamente menos significativos. Es el caso de las ollas, grupo en el que se incluye un reducido conjunto de piezas consideradas como *vasos menores* (Figueras, 1934-35b, 9º cuaderno, 1-2).

Estas ollas serían básicamente formas panzudas, difíciles de adscribir a la cultura púnica o a la ibérica, aunque Figueras se mostraba más partidario de la primera opción (Figueras, 1948b, 140). No tenemos demasiadas noticias acerca de ellas, y constatamos que no existe una normalización clara para este concepto, pues, por ejemplo, Figueras cataloga como olla el vaso nº 227, el cual años después inventaría como urna globular³⁹ (Figueras, 1934-35b, 9º cuaderno, 2).

³⁹ Esta pieza presenta una pasta depurada anaranjada típicamente ibérica y no el barro característico de los vasos de cocina.

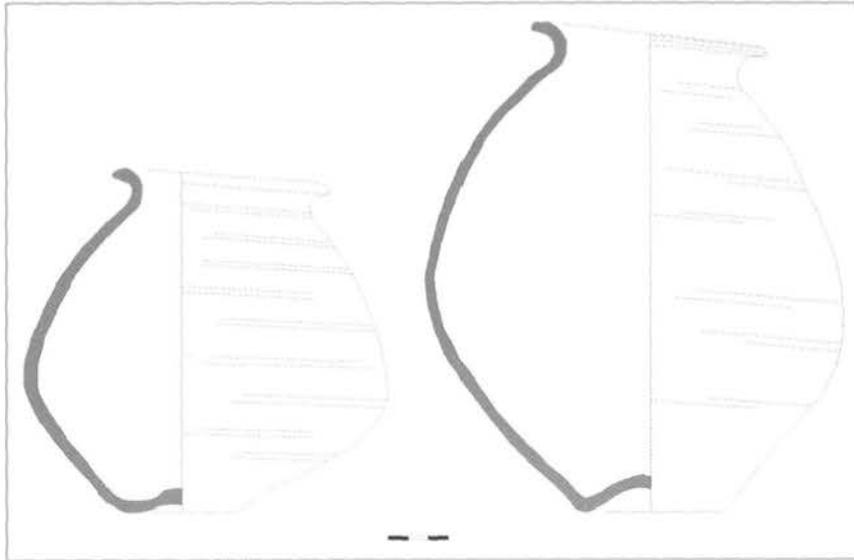


Figura 22. Ollas globulares nº 261 y 227.

III.1.2. Fusayolas

Las fusayolas, incluidas en este apartado por estar realizadas en pasta cerámica, son los contrapesos que engarzados en el extremo inferior del huso, ayudaban a tensar la fibra textil, evitaban que se deshiciera el ovillo, y ayudaban a girar el huso para la fabricación de hilo (Alfaro, 1984, 74, fig. 35; Barberà, 2000, 129; Tortosa, 2001, 34). Estos pequeños objetos aparecieron abundantemente en todos los niveles de la necrópolis, presentando una variada tipología, con respecto a la forma y a la decoración, el tamaño y el procedimiento de obtención. Sin embargo, un factor resulta común a todas ellas: la perforación que las atraviesa de arriba abajo, orificio tomado como el principal indicio de un posible uso complementario o secundario, como cuentas de collar, según el excavador (Figueras, 1935, 57; 1956a, 64).

En cuanto a la forma, y pese a que resulta curioso que se hallaran todos los tipos conocidos, la mayoría de ejemplares son de tipo bitroncocónico (Figueras, 1934, 26; 1934-35b, 27º cuaderno, 2, 4; 1936b, 9), aunque se encontraron variedades como las troncocónicas, esferoidales, ovaladas, cilíndricas, discoidales, mixtas, etc.

Algunos ejemplares, muy escasos en relación al conjunto, contaban con una decoración a base de sencillos dibujos incisos -radios, ángulos, círculos que rodean los troncos cerca de sus bases, líneas de puntillados- hechos con "ruedecilla" seguramente, así como con algún tipo de concha, como parece averiguarse a juzgar por la relativa regularidad con que se nos presentan espacios y motivos. Figueras comenta incluso que en un ejemplar, que no consta en su inventario, apareció un grafito (Figueras, 1934-35b, 6º cuaderno, 6, 9; 27º cuaderno, 1-3; 1956a, 64-65).

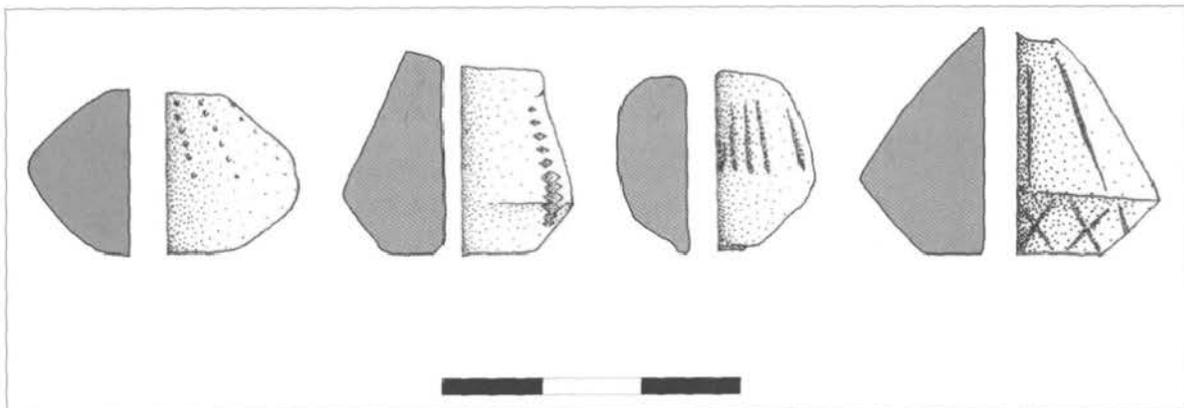


Figura 23. Fusayolas nº 699, 704II, 704n y 694.

Son varias las cuestiones que se plantea Figueras Pacheco en relación a la presencia de fusayolas en las sepulturas de La Albufereta: la aparición de fusayolas de tipologías distintas dentro de un mismo enterramiento, la presencia de ricos lotes de fusayolas en algunas fosas mientras que en otras únicamente se constataba uno o dos ejemplares, la adscripción de masculina o femenina a las sepulturas con estos objetos (Figueras, 1934-35b, 27º cuaderno, 4; 1935, 57; 1956a, 65), etc. Toda la problemática deriva de la doble función de las fusayolas, como instrumento de uso cotidiano, vinculado a la elaboración de tejidos, y como objeto simbólico dentro del ceremonial funerario.

III.1.3. “Bustos de Tanit” (*thymiateria*)

Los denominados “bustos de Tanit” o *thymiateria* y otras figuras cerámicas modeladas formarían el conjunto de las terracotas descubiertas en la necrópolis de La Albufereta. La mayoría de todas estas piezas fueron interpretadas por Figueras Pacheco como representaciones de la diosa cartaginesa Tanit, aunque presentando una serie de motivos tomados de la iconografía del panteón griego, revelando a su vez el ambiente cultural que se respiró en La Albufereta en el momento en que se realizaron los enterramientos. Estos peculiares objetos, se hallaron en todos los estratos de la necrópolis, así como también en algunos puntos de la acrópolis cercana (Figueras, 1935, 57; 1954a, 9; 1956a, 52), constituyendo *una de las particularidades más típicas e interesantes de la necrópolis* (Figueras, 1935, 65) y junto a algunos tipos cerámicos, dotarían a este emplazamiento de una fuerte personalidad propia.

Pese a que se hallaron en numerosos enterramientos, no siempre aparecieron completos, sino fragmentados en multitud de pedazos, lo que en ocasiones imposibilitó su reconstrucción. Otros ejemplares, por su parte, sí se hallaron enteros (Figueras, 1935, 65; 1956a, 52). Esta rotura hay que atribuirla sin duda a su sentido ritual dentro de la ceremonia de la cremación y enterramiento de los restos carbonizados del difunto. Desconocemos con exactitud qué función desempeñarían estas piezas, si bien Figueras especuló levemente sobre su presencia en la misma pira de cremación, puesto que algunos presentaban la zona de la cara ennegrecida por la acción del fuego y el humo (Figueras, 1933a, 22-23; 1943c, 32). Faltaría establecer si este hecho se debió a que la pieza ardió junto a otros objetos y el cuerpo del difunto en la pira -aunque, por otra parte, no están lo suficientemente quemadas-, se arrojaría a la pira cuando ésta aún ardía -lo que explicaría el estado fragmentario de la pieza y el estar quemada irregularmente-, o simplemente se depositaría con más o menos cuidado en la fosa una vez ya se encontraban allí los restos carbonizados del sujeto y su ajuar, elementos todos ellos que desprenderían cierto calor, lo que no parece muy probable. Figueras no fue partidario para estos objetos de una ruptura ritual, sino que afirmó que los “bustos de Tanit” presidirían de alguna manera, colocados en un lugar destacado de la pira, el acto ritual de la cremación (Figueras, 1947, 231; 1956a, 54).

Estos materiales representan más bien cabezas o bustos de mujeres cortados casi por la base del cuello, pudiéndose presentar ésta tanto abierta como cerrada, con el fondo más o menos plano, como cualquier vaso cerámico, o incluso cóncavo. Figueras observó que todos los ejemplares estaban huecos, figurando en la parte posterior, a la altura de la nuca, generalmente sin modelar, un orificio circular de tamaño considerable. Otro elemento curioso es el *kalathos*, sombrero o “cestillo”, con bordes un tanto alzados, que se representa en todas las cabezas, normalmente contando con cinco pequeñas perforaciones en su tapa superior, lo que se consideró como un filtro, o se relacionó con una función de florero o quemaperfumes (Figueras, 1935, 65-66; 1945b, 6; 1956a, 54), idea que años después retomaría, entre otros, Ruiz de Arbulo en sus estudios (Ruiz de Arbulo, 1994, 163-164).

Estas piezas fueron fabricadas a molde, siendo la calidad de éstos muy variada. El modelado de los bustos en algunos casos resulta de una ejecución exquisita, mostrando rostros de una proporción y belleza admirables. La pasta y la calidad de la cocción son muy variables, aunque predominan los barro groseros, muy inferiores en calidad a los empleados en los vasos cerámicos, y de un color terroso con tonalidades pálidas. La cocción sería también deficiente, aumentando sobremedida la fragilidad de las piezas y facilitando su rotura (Figueras, 1935, 66,68; 1945b, 6; 1952b, 192; 1955b, 150; 1956a, 52).

Cabe destacar en estas piezas la policromía que parece recubrir todos los rostros, de la que se conservan interesantes indicios en algunos ejemplares, al igual que en otras terracotas figurativas. Generalmente serían colores rojos y verdes, aunque alguno presenta una especie de engobe total blanco, o una pintura única en verde, azul o rojo (Figueras, 1935, 66; 1945b, 6, 11; 1952a, 429; 1955b, 150; Belda, 1936, 6-8). José Lafuente y el Padre Belda ya observaron esta característica, puntualizando separadamente los colores constatados en la superficie de estas figuras: rojo en labios y mejillas, azul en el *kalathos* y en los ojos, castaño oscuro en el manto, cabellos, cejas y adornos del *kalathos*, y amarillo en los pendientes (Belda, 1947, 53; Lafuente, 1934, 28; Figueras, 1955b, 150).

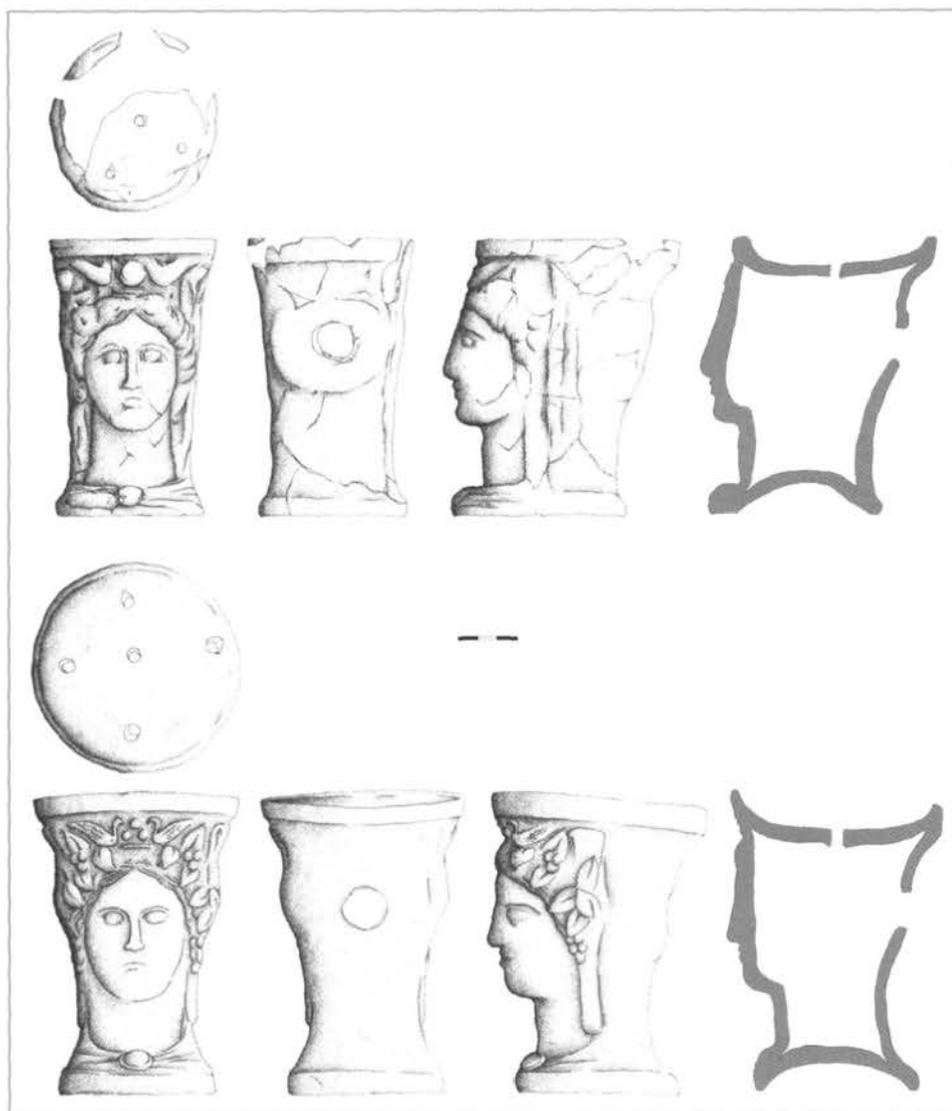


Figura 24. "Bustos de Tanit" n° 282 y 280, ambos hallados en la sepultura 114.

Al hallarse varios bustos con huellas de haber estado pintados, Figueras empezó a desconfiar del modo en que se limpiaron los descubiertos con anterioridad. Posiblemente durante el proceso de lavado, sin duda agresivo sobre piezas tan delicadas, se había actuado sobre la superficie decorada, acabando con los colores total o parcialmente. La facilidad con que se desprendía la pintura de estos objetos, se explicaría seguramente porque ésta se aplicó posteriormente a la cocción (Figueras, 1955b, 150; 1956a, 54; Muñoz, 1963, 8, 36).

En cuanto al tamaño, oscila muy poco entre los distintos ejemplares, para los que Figueras considera que *no hay dos enteramente iguales*, de los 9 cm. hasta los 21-22 cm. de altura en las piezas mayores (Figueras, 1935, 65; 1945b, 5; 1955b, 149; Belda, 1947, 248). Sin embargo, la tendencia general vendría dada por los pequeños, lo que posiblemente se relacionaría con la facilidad de su fábrica y su transporte. Según Figueras Pacheco, el tamaño podría relacionarse también con la consideración social del individuo enterrado (Belda, 1936, 6; Figueras, 1956a, 53).

Figueras prestó especial atención a los rostros de las terracotas, y en concreto, a los "atributos" o "emblemas" que los decoraban, sirviendo estos elementos a su vez para relacionar y distinguir los diversos ejemplares. Éstos se encuentran sobre los cabellos que coronan la frente de la figura y bajo el *kalathos*. El excavador señala la variedad de estos motivos, así como la presencia de unos tipos generales que curiosamente se repiten con frecuencia: un broche más o menos circular en el cuello, los pendientes en forma de racimo de cinco pequeños frutos esféricos, y bajo el *kalathos*, tres esferillas en forma de triángulo (manzanas o granadas), un disco central, espigas, y todo ello rodeado por dos cisnes enfrentados (Figueras, 1935, 66; 1956a, 52-53; 1959, 127-130). En algunos ejemplares el desgaste de las piezas impide distinguir estos atributos con facilidad.

Francisco Figueras y José Lafuente, ambos investigadores ofuscados en la opción "cartagenista" acerca de la interpretación de los orígenes de la ciudad de Alicante, consideraban que estos bustos de terracota serían representaciones de la diosa griega Koré o Perséfone, la Proserpina romana, Astarté o la púnico-cartaginesa Tanit, diosa infernal. El culto greco-siciliano de Démeter, sería asimilado a esta divinidad y adoptado por los cartagineses en un momento bastante avanzado del siglo IV a. C.⁴⁰ (Figueras, 1940c, 15; 1943a, 15; 1943c, 35; 1945b, 5-7; 1946, 326; 1947, 222, 228; 1948a, 200; 1955b, 149-150; 1959, 87, 127-130; García y Bellido, 1943a, 25; Nordström, 1961a, 71; 1962, 1; Muñoz, 1968, 130, Marín, 1987, 53-60, González, 1997, 330-332), así como otras prácticas y fórmulas rituales procedentes de Grecia (Lafuente, 1952, 161), aunque fue este culto de Tanit el que parece gozar de gran aceptación también entre los indígenas de Iberia (Lafuente, 1949, 245-246; Figueras, 1956a, 54-55).

En cuanto a la funcionalidad de estas piezas, y pese a que en un principio Lafuente Vidal no compartió esta opinión (Lafuente, 1957, 66; Nordström, 1961a, 133-134), Figueras consideró que podrían haber sido pebeteros o quemaperfumes (Figueras, 1943a, 15-16; 1945b, 8; 1959, 127-130; García y Bellido, 1935b, 28), como también han considerado determinados investigadores posteriormente (Marín, 1987, 53, 55), mientras que otros no han confiado en ella (Pena, 1989, 350, Ruiz de Arbulo, 1994, 158).

Los bustos de cabeza femenina serían, según Figueras, piezas importadas o imitadas por los cartagineses. El aspecto y la calidad de la pasta inducían a pensar en este origen foráneo. Por tanto, se podía fijar una manufactura griega para una necesidad oriental (Figueras, 1933a, 22; 1935, 68; 1955b, 149), aunque en determinadas obras optó por un carácter plenamente cartaginés, lo que dedujo a partir del análisis de algunos de los contextos en que aparecieron las piezas (Figueras, 1936b, 10; 1956a, 55). Según esta última idea, serían pues copias de originales griegos, aunque la policromía podría ser aplicada localmente, de igual modo que ocurría con las cerámicas supuestamente púnicas (Figueras, 1936b, 10; 1955b, 55, 149, 152).

Belda, por su parte, contradujo las consideraciones de Figueras, haciendo mayor hincapié en los rasgos helenizantes de los bustos, defendiendo una manufactura ebusitana, pese a que los ejemplares más perfectos podrían ser obra de griegos (Belda, 1936, 8; 1947, 248). Muñoz Amilibia, que estudiaría estas piezas años después, consideró que eran producto de un artesanado modesto para una gente sencilla, de ahí la abundancia de ejemplares detectados y su generalizada mala calidad. El mejor modelado de algunas piezas podría revelar un origen ciertamente griego (Muñoz, 1963, 7, 36), mientras que las piezas más groseras o de aspecto más pobre podrían ser producciones locales (Marín, 1987, 63).

El culto a Tanit entroncaría directamente, según Figueras, con una religión venida del Mediterráneo -con toda seguridad de Ebusus-, aunque al parecer pudo calar hondo entre las sociedades indígenas en ebullición que habitaban estas tierras, perdurando mucho después de la expulsión de los cartagineses. De este modo, y partiendo de una postura no autoctonista, Figueras intentaría explicar un fenómeno que a la luz de los hallazgos parecía tener mucho que ver con una creencia local (Figueras, 1945b, 26; 1952a, 430; 1952c, 24; Belda, 1936, 11; 1947, 237-239; Marín, 1987, 51-52; Ruiz de Arbulo, 1994, 161). Aubet, en un estudio posterior, defendió que el origen de estas piezas habría que situarlo en el culto a Démeter en Sicilia, desde donde los griegos y cartagineses lo difundirían por el norte de África y España. Curiosamente, se conocían escasos ejemplares en Ibiza, salvo algunos en Puig des Molins y en Es Cuyram (Muñoz, 1963, 20-21; Aubet, 1968, 33-34; Marín, 1987, 51-52). Ruiz de Arbulo considera que el origen estaría en Cartago (Ruiz de Arbulo, 1994, 168).

Sobre la cronología de los *thymiateria* de La Albufereta, Figueras consideró que datarían del segundo momento semita en nuestras costas, es decir, del período comprendido entre la conquista bárquida hasta su derrota en la Segunda Guerra Púnica frente a Roma (Figueras, 1948a, 200-201; 1955b, 150-152; Lafuente, 1957, 11; Muñoz, 1963, 11; Aubet, 1968, 34). García y Bellido puntualizó que los prototipos helenos de los cuales parten estas representaciones serían de fines del siglo V a. C. (García y Bellido, 1935b, 28).

La sistematización más acertada de estas piezas, seguida por la mayoría de investigadores hasta prácticamente la actualidad, fue la realizada por A. M. Muñoz Amilibia y publicada en 1963, ocupando los ejemplares de La Albufereta un lugar preferente entre los hallados en el sureste peninsular (Muñoz, 1963, 23-25). De hecho, este sistema guarda una serie de rasgos comunes con el establecido por el Padre Belda en su trabajo para el II Congreso Arqueológico del Sureste Español (Belda, 1947). En las últimas décadas han proliferado estudios muy interesantes sobre este tema, abordando nuevos problemas desde ópticas diversas⁴¹.

⁴⁰ Lafuente considera que la fecha de adopción del culto es a principios de este siglo (Lafuente, 1934, 27-28; 1952, 163; 1957, 11).

⁴¹ Entre otros, los señalados de Marín Ceballos (1987), Pena (1989) y Ruiz de Arbulo (1994).

III.1.4. Terracotas

En relación directa con los *thymiateria*, y caracterizados del mismo modo por ser moldeadas en terracota, se encontraron en el campo de la necrópolis restos de figuras femeninas muy fragmentados, pero que en ocasiones pudieron servir para alcanzar reconstrucciones parciales (Figueras, 1935, 69). En el inventario de Figueras Pacheco únicamente se describen detalladamente dos ejemplares -números 360 y 399-, aunque sí se anotan diversos fragmentos no identificados por Rubio en su estudio de 1986.

En algunas piezas se hallaron además indicios prácticamente inapreciables de policromía, pero habría de suponer que en origen estarían ricamente decoradas, del mismo modo que los "bustos de Tanit"⁴². La mala calidad de las pastas y del modelado de estas imágenes hicieron pensar a Figueras en considerarlas una producción "en serie" (Figueras, 1943c, 43; 1959, 130).

Estas figuras se asocian también a una divinidad femenina fundamental cuyo nombre varía según las culturas. Uno de los ejemplares en el que se observan más claramente estas cuestiones es la pieza nº 360 (figura 25), interpretada según Figueras como la representación de la diosa Astarté con su hijo Melkart en brazos y sosteniendo una paloma con la mano derecha (Figueras, 1935, 69; 1940c, 15; 1946, 315-316; 1959, 130). Cabe citar además la noticia del hallazgo de objetos similares en Altea, que junto a las de Alicante fueron tomadas por Figueras para establecer comparaciones con Ibiza, aunque no terminó por concretar nada en particular (Figueras, 1945, 20).

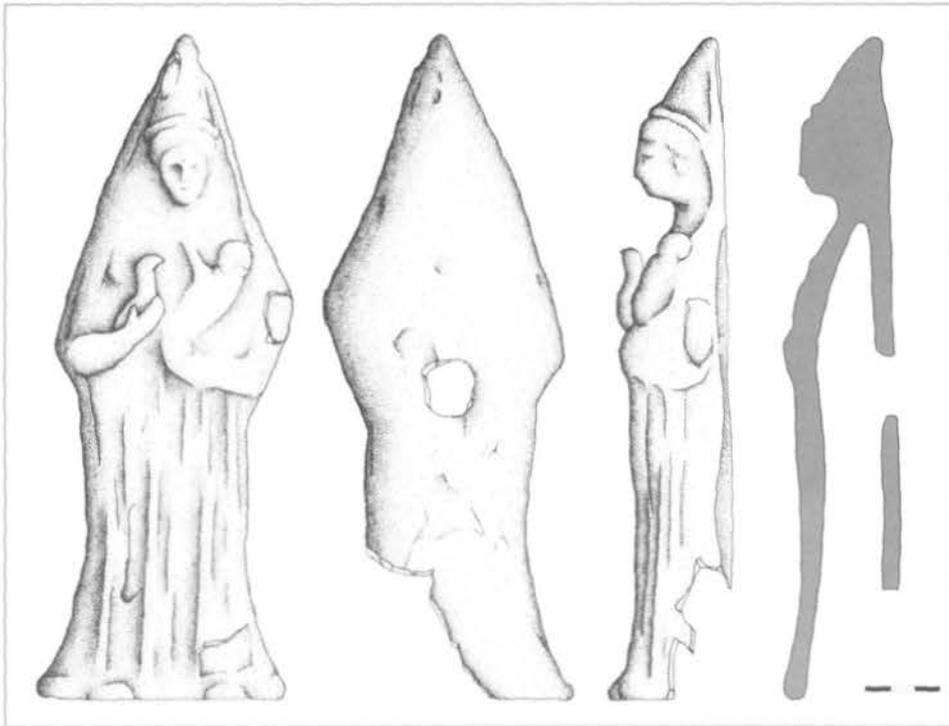


Figura 25. Terracota nº 360.

Las representaciones de diosas curótrofes son muy corrientes en el ámbito levantino en este momento, destacando los ejemplares de la Serreta (Alcoy, Alicante) (Cortell *et alii*, 1992, 83-116; Segura *et alii*, 2000, 74).

III.2. METAL

La necrópolis de La Albufereta aportó un interesante conjunto de materiales metálicos, fundamentalmente hierros y bronce. Muchas de las fosas excavadas presentaron metales de muy diversa índole y la abundancia de éstos era tal en determinadas hogueras que Figueras llegó a afirmar que en numerosas ocasiones llegaban *hasta el extremo de colmar toda la parte superior de la fosa* (Figueras, 1956a, 33).

⁴² La observación directa de toda la colección de coroplastia de La Albufereta revela que la mayoría de los ejemplares presentaría un engobe blanquecido cubriente y sobre éste se aplicaba la policromía.

Además de su frecuente aparición en las sepulturas hay que remarcar el enorme valor documental que ofrecen estas piezas en cuanto a su función ritual. Debido a diversos factores, como la elevada humedad y salinidad del terreno, la acción destructora del fuego y las roturas rituales, éstas no nos han llegado con la integridad que hubiera sido deseada. Toda esta serie de factores, sumados al paso de los siglos y a la impericia de los excavadores, ocasionó pérdidas irreparables (Figueras, 1934-35b, 16º cuaderno, 2; 1959, 3, 119). Los objetos metálicos hallados en la acrópolis, aunque más escasos, en general gozaban de un mejor estado de conservación que el conjunto de la necrópolis, el cual habría sufrido alguna de las etapas del ritual funerario, altamente destructivo, *deformados, oxidados o reducidos a fragmentos* (Figueras, 1934-5b, 16º cuaderno, 3).

Lo que más interesó a Figueras Pacheco fue que estos metales aportaran información suficiente para determinar su origen cultural y la cronología de los conjuntos funerarios (Figueras, 1934-35b, 16º cuaderno, 3). En este sentido, son frecuentes las comparaciones con la vecina necrópolis de El Molar, pues algunos bronce, como los fragmentos de braserillo metálico y las fíbulas anulares hispánicas, serían tipológicamente similares (Lafuente, 1929, 628-630; Senent, 1930, 12-13; Figueras, 1936a, 4; Peña, 2003, 85-87).

III.2.1. Panoplia

El estado en que se fueron hallados los objetos pertenecientes al armamento en las sepulturas de la necrópolis fue más que lamentable. Salvo contados ejemplares, la destrucción era casi absoluta, pese a que como cuenta el excavador, *muchas armas al momento de descubrirlas estaban todavía enteras en los enterramientos* (Figueras, 1934-35b, 18º cuaderno, 1). La acción nefasta del agua, del fuego y del paso de los siglos condicionaron la aparición más que de armas completas, que sí las hubo, de conjuntos oxidados y desintegrados parcialmente, compuestos por multitud de restos informes. Largo y penoso fue el proceso que llevó a la extracción, traslado y restauración de los ejemplares más significativos, puesto que la delicadeza necesaria con la que había que tratar estos restos era tal que no siempre se pudo prestar la conveniente atención a estos materiales.

Los elementos de la panoplia guerrera presentes en las fosas de la necrópolis fueron partícipes de una destrucción ritual, para lo que contamos con multitud de paralelos a lo largo y ancho de todo el Levante peninsular. Esta ruptura, seguramente simbólica, de las armas, respondería simultáneamente a un interés práctico y a uno ritual.

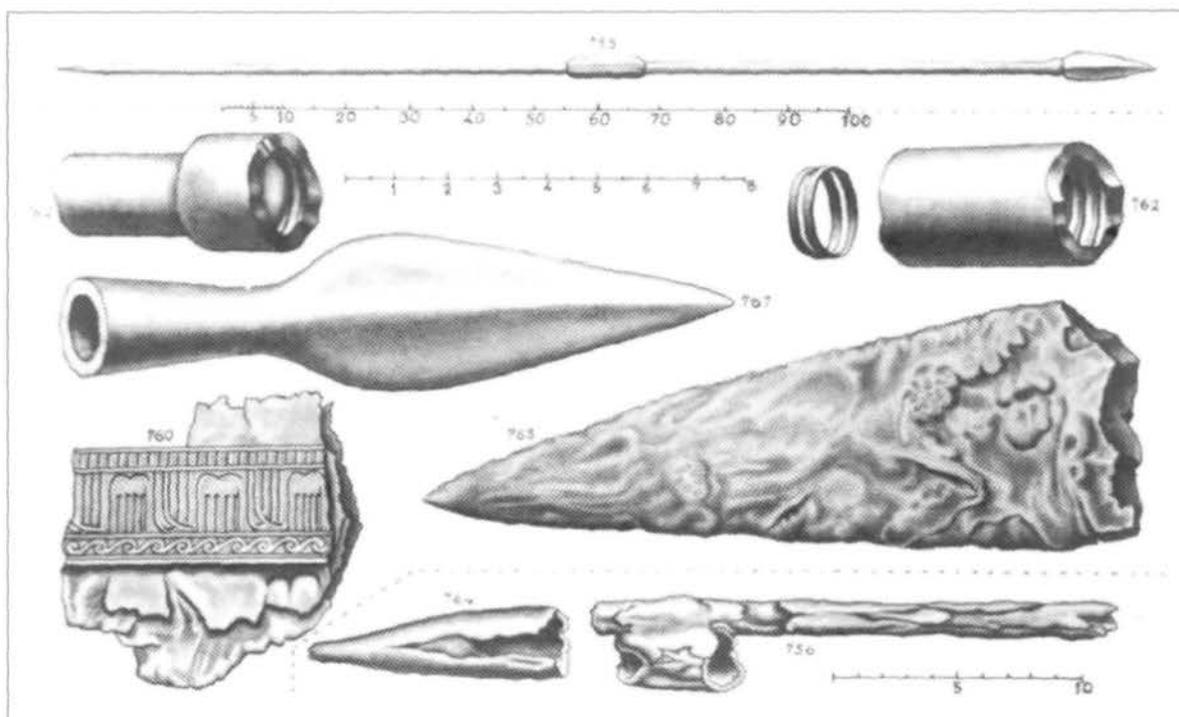


Figura 26. Dibujo de algunos objetos de armamento hallados en la necrópolis (Archivo Gráfico MARQ).

Las piezas íntegras, de cuya forma no hubo duda en un principio, y halladas en mayor cantidad, pertenecían claramente a falcatas, y *soliferrea* (Figueras, 1934-35b, 18º cuaderno, 2). Destaca sobre este tema el intento de aproximación al estudio de asociaciones entre los distintos conjuntos de panoplia, de tal modo que en las fosas con armas se constató con frecuencia la relación falcata, *soliferreum* y punta de lanza (Belda, 1947, 243).

Figueras Pacheco no se atrevió a lanzar hipótesis precipitadas sobre la adscripción cultural y cronológica de todo este conjunto material, si bien nunca descartó que pudieran pertenecer al armamento típico de los cartagineses, lo que no contradeciría sus tesis. No obstante, y a partir de las referencias con las que contaba, no podía asegurar tal afirmación. Partiendo del estudio de Antonio Vives sobre la necrópolis de Ibiza (Vives, 1917, 16), averiguó que en las necrópolis de Cartago y Cerdeña no se hallaron apenas armas. Para el caso de Ibiza, únicamente se habían descubierto algunas puntas de flecha y otros objetos de dudosa identificación. La abrumadora presencia de armas en la necrópolis de La Albufereta, pues, representaba una importante paradoja. Figueras argumentó que la ciudad cartaginesa del Tossal de Manises tendría un más que evidente carácter militar, lo que tendría su correlación con la necrópolis, donde se enterrarían sus infantes y jinetes (Figueras, 1934-35b, 18º cuaderno, 10; 1943c, 17, 39; 1956a, 34).

La falcata ibérica, el arma hallada más abundantemente en La Albufereta, derivaba según Figueras de prototipos griegos⁴³, partiendo de estudios como el de Mérida (1929, 246-247; Figueras, 1936b, 9; 1940c, 12; 1943a, 15). José Lafuente opinaba que las halladas en La Albufereta serían del tipo corriente, elegante y práctico, que demuestra la influencia oriental, al gusto del arte helénico y la uniformidad de armamento, puesto que aparecen desechadas las antiguas formas derivadas de Hasliatt y La Tene (Lafuente, 1957, 70).

Identificadas sobre todo por la curvatura del perfil, la amplitud de la hoja y la sección triangular de ésta, determinada por el filo de una parte y el lomo de otra, únicamente se restauraron tres ejemplares⁴⁴, cuya longitud oscila entre los 53 y los 63 cm. (Figueras, 1934-35b, 18º cuaderno, 2; 1956a, 35; 1959, 120) (figuras 11 y 27). Figueras comenta además que entre los numerosos fragmentos metálicos identificados como de falcatas, algunos contaban incluso con damasquinados de plata en su superficie (Figueras, 1940c, 12; 1952b, 189; 1956a, 35), lo que parece ser exclusivo de la Península Ibérica, concretamente del área del sureste y Alta Andalucía (Aranegui, 1992b, 323; Quesada, 1992, 145-172; 1997, 116).

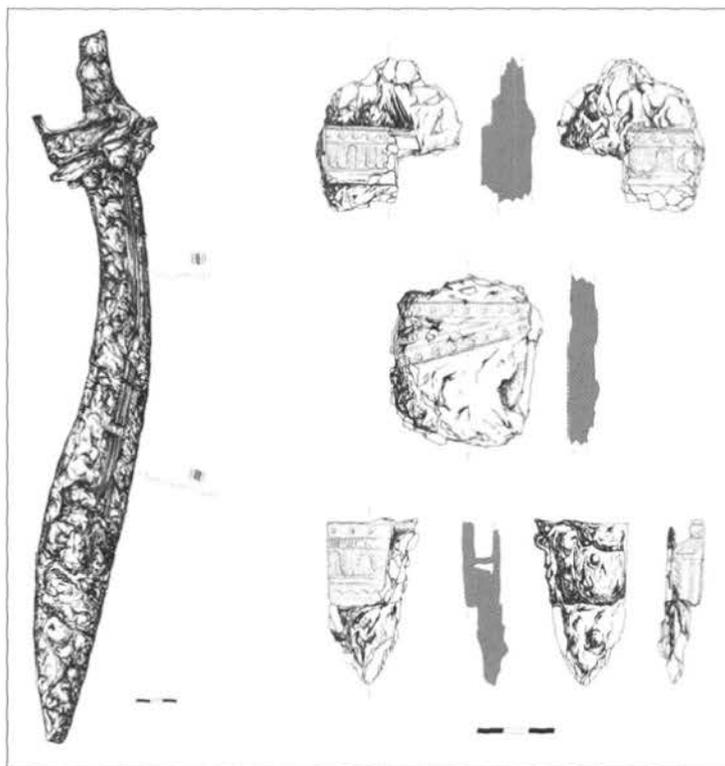


Figura 27. Falcata nº 322 y fragmentos de falcatas con damasquinados de plata nº 760, 759 y 770.

⁴³ Hoy conocemos más información sobre el origen de la falcata gracias a los estudios de F. Quesada. Este autor defenderá también, aunque a partir de argumentos más sólidos y mejor documentados, esta procedencia griega (Quesada, 1992, 173-199; 1997, 62-65, 133-134).

⁴⁴ Nº 322, 323 y 349 del inventario.

En La Albufereta se consiguió reunir un importante conjunto de puntas de lanza, todas ellas de hierro, bien conservadas por lo general y susceptibles de ser restauradas muchas de ellas (Figueras, 1934-35b, 18º cuaderno, 4; 1956a, 36; Quesada, 1997, 770, apéndice II).

Este arma fue la que apareció en mayor cantidad en las sepulturas, por encima incluso que las falcatas y los *soliferrea*. Sin embargo, esta afirmación requiere una matización imprescindible, pues su buen estado de conservación había posibilitado este hecho. Posiblemente las falcatas y *soliferrea* también fueran tan abundantes, incluso más frecuentes que las lanzas, pero su degradación era mayor. A partir de este importante conjunto, Figueras Pacheco estableció una clasificación en cinco modelos distintos: los ejemplares con hoja alargada y nervio central, el modelo con apéndices salientes en el nervio, el modelo sin nervio, las puntas con sección romboidal sin nervio, y finalmente las de hoja ancha y plana de silueta aproximadamente triangular (Figueras, 1934-35a, 18º cuaderno, h₃; 1934-35b, 18º cuaderno, 4-5; 1956a, 35-36).

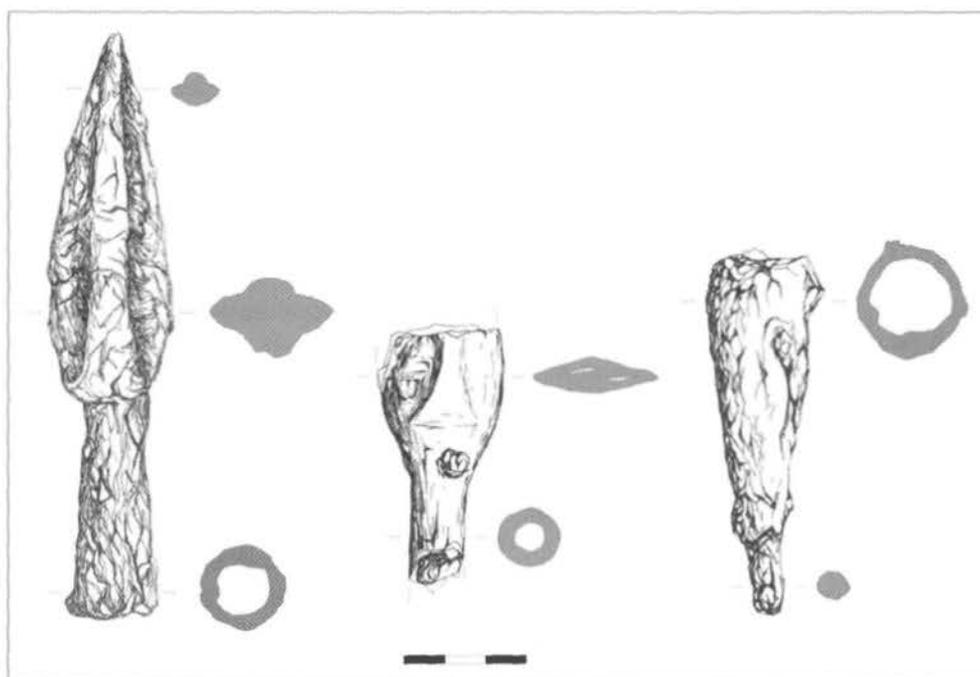


Figura 28. Puntas de lanza n° 370 y 767, y regatón n° 750.

Resulta curioso que no se comente ningún hallazgo de regatones de lanzas, posiblemente confundidos con las puntas de éstas o con cualquier otro arma. Asimismo, hemos de destacar la confusión existente con toda seguridad entre las lanzas y los *soliferrea* a partir de los restos conservados. Identificados estos últimos por la gran longitud de la serie de trozos constitutivos de cada pieza (hallada casi siempre retorcida y doblada para acomodarla a la capacidad de la fosa), por la sección exagonal o cuadrangular de los del centro y cilíndrica de los extremos (Figueras, 1934-35b, 18º cuaderno, 2), sufrieron, además de un ataque permanente de la humedad y la acidez de la tierra, los cambios de temperatura y la presión de los estratos, una rotura ritual, que seguramente respondía a la necesidad de incluir estas armas largas en el interior de las fosas (Figueras, 1959, 85).

Son muy escasos los ejemplares de *soliferrea* hallados e identificados como tales, y no se llegó a reconstruir ninguno completamente (Figueras, 1956a, 35). Estas piezas fueron descritas como lanzas, debido con toda seguridad a que únicamente se constataron fragmentos relativamente pequeños con respecto a la longitud total de la pieza original. De todos modos, las referencias con que contamos no terminan por aclarar realmente la diferencia, y piezas como la número 370 (figura 28), por ejemplo, son descritas tanto como *soliferrea* o como lanzas según la fuente utilizada.

El estado fragmentario en que se hallaron éstos y otros ejemplares metálicos, dificultaba su identificación, si bien Figueras estaba convencido de que eran armas, aunque desconocidas o de presencia extraña en estas tierras, no descartando en absoluto que fuesen objetos de naturaleza muy distinta (Figueras, 1934-35b, 18º cuaderno, 6-7).

III.2.2. Fíbulas, hebillas y broches

Las fíbulas, hebillas y broches de cinturón formarían parte del denominado “ajuar indumentario”, piezas pertenecientes a los ropajes portados por el difunto una vez colocado sobre la pira, por lo que ardieron junto a éste. El principal interés de Francisco Figueras radicaba en el valor documental de estos materiales, pues a partir de ellos se podría *inducir la condición personal del incinerado, a la vez que la época y la etnia de la necrópolis* (Figueras, 1956a, 37).

En cuanto a las fíbulas y hebillas, se seleccionaron 22 piezas, representativas de una amplia variedad de modelos y con la particularidad de hallarse bastante bien conservadas (Figueras, 1956a, 37). El carácter marcadamente personal de estos objetos y su uso como elemento de sujeción de la vestimenta, condicionarían su estado de conservación, pues habrían sufrido las elevadas temperaturas de la pira funeraria. Debido fundamentalmente a este factor, claro está, debieron existir más ejemplares. De hecho, restos de lo que parecen ser fíbulas o hebillas aparecieron en gran cantidad de sepulturas, sin poderse identificar con tanta facilidad y seguridad como las piezas inventariadas (Figueras, 1934-35b, 17º cuaderno, 1).

La mayor parte de las fíbulas halladas e inventariadas fueron fabricadas en bronce, salvo algún caso aislado, como la nº 619, en hierro (Figueras, 1934-35b, 17º cuaderno, 3; 1952b, 190). Cabe destacar también que, según palabras de Figueras Pacheco, únicamente se halló una fíbula en las excavaciones de ciudad del Tossal de Manises bajo su dirección, mientras que el resto pertenecerían a las tumbas de la necrópolis.

A partir de las características observadas por el excavador, se distinguieron varios tipos de fíbulas, destacando la anular hispánica, la más abundante en este yacimiento, cuyo origen remontaba erróneamente a la Edad del Bronce aunque su uso perduraba durante el Hierro, y fundamentalmente en los siglos III y II a. C. (Figueras, 1934-35b, 17º cuaderno, 1-4; 1952b, 190; 1956a, 37-38). Cabe destacar un ejemplar que conserva dos de las tres oquedades de que originalmente dispondría, y sendos discos de pasta vítrea incrustados, uno de ellos con una pequeña carita en relieve (figura 29). La presencia de estos apliques de pasta vítrea, que podían encontrarse tanto incrustados en fíbulas como en pasadores de bronce, llevaron a Figueras de nuevo irremediablemente a pensar en una manufactura cartaginesa (Figueras, 1934-35b, 17º cuaderno, 3; 1956a, 38).

Esta minuciosa clasificación responde a su vez a un intento frustrado de seriación tipológica, así como al deseo de describir las partes esenciales de cada una de estas piezas, ya que entre los materiales registrados existían algunos rasgos diferenciadores claramente visibles. En cuanto a la primera de las ideas, no cabe duda que Figueras parte de sus conocimientos previos sobre el tema para diseñar una tipología aplicable al registro de La Albufereta.

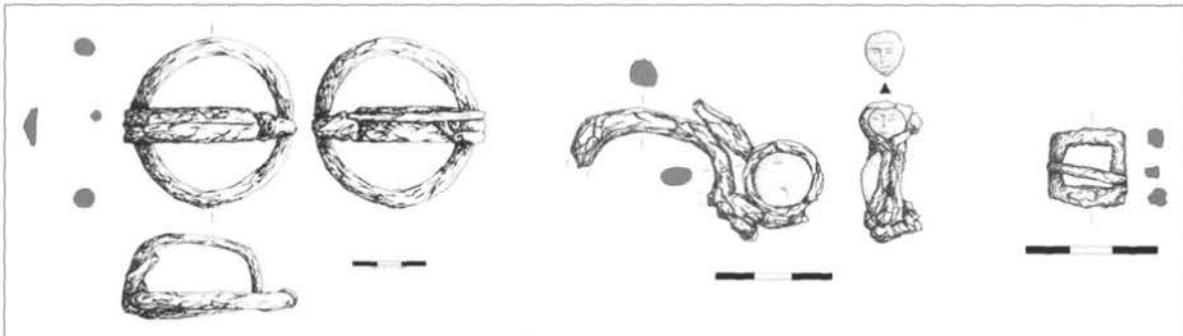


Figura 29. Fíbulas nº 614 y 626 y pequeña hebillas nº 622.

Fabricados generalmente en bronce, aparecieron también broches de cinturón en el interior de las sepulturas de la necrópolis. El hecho de haber sufrido, al igual que las fíbulas y hebillas, la acción destructora del fuego, hizo pensar a Francisco Figueras que su presencia sería aún mayor (Figueras, 1956a, 38). En algunas ocasiones se hallaron broches completos o casi completos, facilitando así su identificación, aunque estas piezas que no ofrecieron duda alguna únicamente fueron cuatro, *dos juegos de broches o pares de placas*, según consta en el inventario de Figueras con los números 175 y 176 (Figueras, 1934-35b, 19º cuaderno, 1-2; 1943a, 17; 1956a, 38-39) (figuras 12 y 30).

Cada broche estaría compuesto por dos placas rectangulares, formadas éstas por tres láminas unidas entre sí o superpuestas. Figueras indagó en las peculiaridades de estas curiosas piezas, para lo que revisaría obras de autores por entonces ya clásicos como Bosch Gimpera, del cual parece obtener distintos modelos de los cuales incluso realizó diversos recortes que se encuentran entre las cuartillas de uno de sus manuscritos (Bosch Gimpera,

1921, 274, Figueras, 1954b, 19º cuaderno, 4). Este investigador fijó una adscripción posthallstática del centro peninsular para estos ejemplares, fechándolos entre los siglos IV y III a. C.

En la necrópolis de La Albufereta, la cronología ofrecida conforme al resto de hallazgos efectuados, y atendiendo a lo dicho por Figueras e incluso a una opinión vertida por el profesor J. Cabré en una visita al yacimiento y a sus restos materiales, sería del siglo III a. C. (Figueras, 1934-35b, 19º cuaderno, 3; 1956a, 38-39).

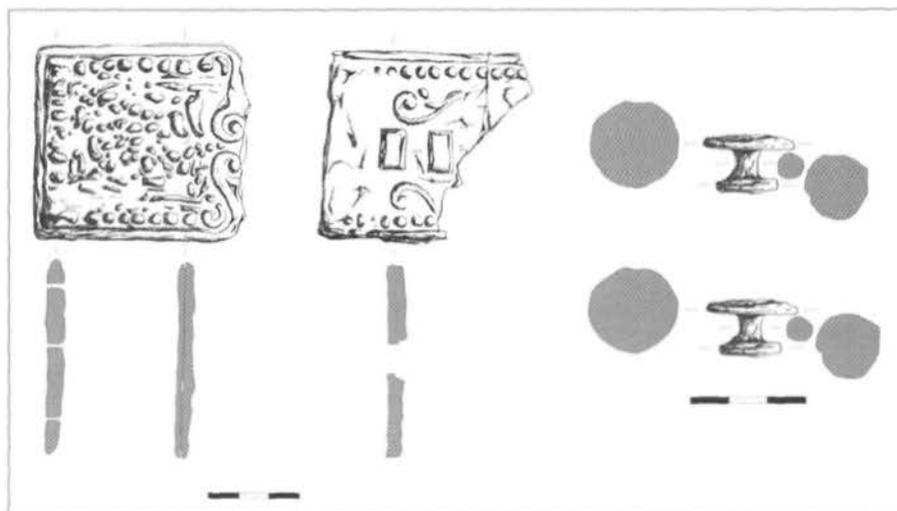


Figura 30. Placas masculina y femenina del broche de cinturón nº 176. A la derecha, botones o pasadores nº 384 y 629.

Figueras se mostró cauto en un primer momento a la hora de designar a un reducido conjunto de pequeños objetos de bronce a los que terminó por denominar pasadores (figura 30), considerando que podrían haber servido como botones o como algún tipo de elemento accesorio a la vestimenta (Figueras, 1956a, 39). Se trataría de dos piezas circulares de diámetros desiguales unidas por un corto vástago o eje. La mayor de las piezas circulares podía presentar una oquedad para ser rellenada por una incrustación, presumiblemente de pasta vítrea (Figueras, 1934-35b, 20º cuaderno, 1-2).

III.2.3. “Braserillos” rituales

Cuadrado publicó décadas después de las excavaciones en La Albufereta un estudio sobre los denominados braseros metálicos, comunicando que en la necrópolis se habían descubierto restos en las sepulturas 62 y 80 excavadas por Figueras Pacheco, aunque de la segunda no se conocían incluso entonces demasiados detalles (Cuadrado, 1957, 156). Es el nº 177 del inventario el que comprendería el principal conjunto de fragmentos de brasero conocidos en este lugar (figura 31).

Además de contener un copioso y rico ajuar, en la sepultura 62 se halló una gran cantidad de objetos de bronce y hierro formando un conglomerado que afortunadamente fue rescatado. Los fragmentos individualizados proporcionaron distintas partes de un objeto mayor, básicamente las dos asas, algunos clavos y remaches, esquirlas del borde y de las paredes, así como de los típicos soportes de las asas, con manos terminales. A partir de estos restos se realizó una reconstrucción gráfica (Cuadrado, 1957, 156; Figueras, 1934-35b, 21º cuaderno, 1-2; 1956a, 40) (figura 12).

Cuadrado describe una pieza de este estilo hallada en la sepultura 57 de El Cigarralejo (Mula, Murcia), como “recipiente ritual”, en forma de especie de *fuentecilla de cobre o bronce forjado* (Cuadrado, 1952, 128; 1957, 156; 1987, 172, fig. 62), lo que sería aplicable con toda validez al ejemplar alicantino.

Francisco Figueras se informó convenientemente sobre otros hallazgos documentados, cuyas particularidades y contextos permitían una comparación directa con el ejemplar de La Albufereta, como el braserillo de Cañada de Ruiz Sánchez hallado por Jorge Bonsor (Bonsor, 1899, 57-48, 131, tomado de Figueras, 1934-35b, 21º cuaderno, 3, 5, 11r; Bonsor, 1997, 46, fig. 58), la placa terminada en manos de la colección de bronce antiguos de D. Antonio Vives, el ejemplar de plata del tesoro de Aliseda (Cáceres) o los restos de El Molar (Mélida, 1921, 120 y ss., fig. 21; Senent, 1930, 12, lám. XI, nº 1; Peña, 2003, 89-92). En más de una ocasión los hallazgos mencionados fueron adscritos a la cultura púnica, como otros braseros de Ibiza, opción que fue seguida por Figueras (Church, 1877, tomado de Figueras, 1934-35b, 21º cuaderno, 5-6; Cuadrado, 1952, 130-131; 1957, 158; Figueras, 1934-35b, 21º cuaderno, 9; 1936b, 10).

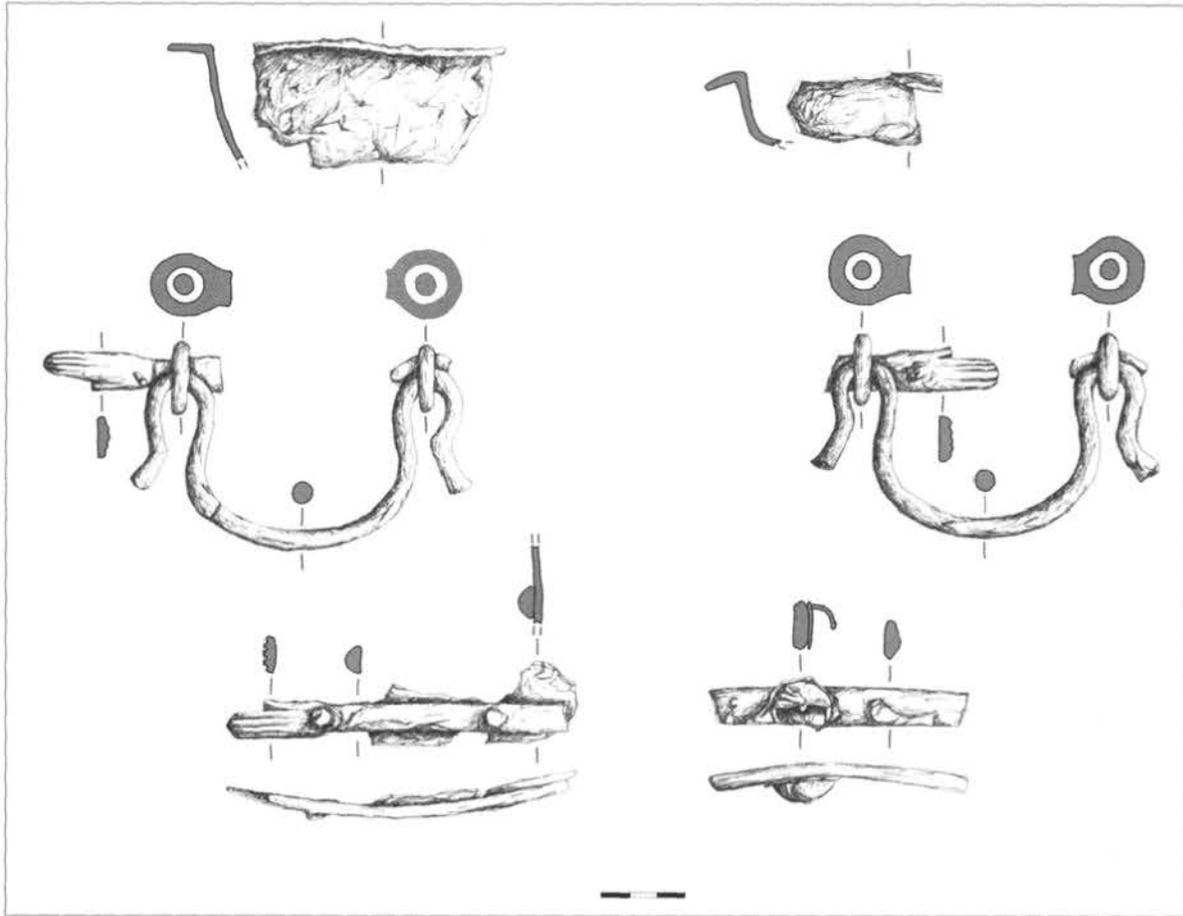


Figura 31. Restos del borde, asas y abrazaderas del "braserillo" de bronce de la sepultura 62.

José Lafuente consideraba que las manos en que terminaban las abrazaderas de los braseros mostraban claras reminiscencias egipcias, por ser representaciones del "espíritu Ka" (Lafuente, 1952, 162), opinión que no parece secundada por ningún otro investigador. Figueras, por su parte, incidió en el carácter cartaginés de estos objetos (Figueras, 1934-35b, 21º cuaderno, 9). En la sepultura 62 los restos del "braserillo" aparecieron junto a discos de incrustación de pasta vítrea, de manufactura claramente púnica, así como también junto a un "busto de Tanit", lo que resultaba aún más definitivo.

III.2.4. Numismática

La mayor parte de las monedas descubiertas en la necrópolis fueron halladas en las capas romanas, aunque Figueras señaló un fenómeno de filtración hasta el nivel de los enterramientos, *apareciendo junto a ellos y en ocasiones mezcladas con su ajuar* (Figueras, 1935, 79), lo que resulta muy interesante. Esta referencia, que no terminaría por esclarecer las causas de la presencia de monedas en el interior de sepulturas, sí es adoptada por el excavador, asentándose en bases cada vez más sólidas.

Algunos ejemplares fueron considerados republicanos o altoimperiales, y no se acompañan en los inventarios antiguos de descripciones minuciosas. En el caso de las púnico-cartaginesas sí se precisa la presencia del típico "cabiro" que caracterizaría ejemplares como los ibicencos conocidos por estas fechas (Figueras, 1945a, 21).

Los hallazgos de la necrópolis se limitarían a pequeños bronce, que se constataron de un modo no menos curioso, *por lo general, una moneda en cada ustrino*, aunque el lamentable estado en que se hallaron impidió en la mayoría de casos poder rescatar íntegramente estos ejemplares. Pese a esta mala conservación Figueras catalogó estas monedas como cartaginesas, aunque no pudiendo afirmarlo con plena certeza. En la fosa nº 86, no obstante, se halló una moneda que no ofrecía dudas de su adscripción, presentando el típico "cabiro" también documentado en Ibiza. Además, Figueras tenía en cuenta el hallazgo de catorce monedas cartaginesas durante la campaña dirigida por Lafuente, como éste mismo publica en su *Alicante en la Antigüedad* (Lafuente, 1932, 15; Figueras, 1940c, 13; 1956a, 66; Serra-Ràfols, 1929).

Figueras Pacheco relacionó la presencia de monedas en las sepulturas de La Albufereta con el mito de Caronte, barquero del lago Estigia (Figueras, 1940c, 14; 1956a, 66). El pretendido paralelismo establecido entre el ritual desarrollado en La Albufereta y el más conocido practicado por los griegos, no deja de ser al mismo tiempo un ejercicio complejo y problemático. No obstante, el que se hallase una moneda por sepultura, como afirma Figueras, corrobora de algún modo la idea.

III.2.5. Otros objetos metálicos

Dentro de este grupo, concebido por Figueras como un “cajón de sastre”, se encuentra una variada miscelánea de elementos de hierro y bronce fundamentalmente, de distintas formas y utilidades, hallados tanto en la acrópolis del Tossal de Manises como en la necrópolis de La Albufereta.

Cabe destacar la relativa abundancia de clavos, casi siempre de bronce (Figueras, 1934-35b, 22º cuaderno, 1-2), que podríamos interpretar como restos de pequeñas cajas de madera que servirían como contenedoras de las cenizas, para lo cual no podemos precisar más a partir de los datos disponibles.

Durante la campaña Lafuente se hallaron en las sepulturas restos metálicos pertenecientes a instrumentos de uso cotidiano, tales como palas⁴⁵, palustres de albañil, mazos y rejas de arado (Lafuente, 1934, 31; 1957, 51), mientras que en la de Figueras, ninguno de estos objetos fue constatado.

Fabricadas en plomo se hallaron fundamentalmente entre las ruinas del Tossal de Manises así como en sus alrededores, una serie de objetos de diversa tipología. Entre ellos Figueras cita glandes de plomo y balas de honda, y a todos ellos los fecha en época romana. Contamos además con la descripción de un objeto de plomo, el único descubierto en la necrópolis de La Albufereta, una especie de pesa hallada en el enterramiento 62 (Figueras, 1934-35b, 28º cuaderno, 1-2) (figura 32).

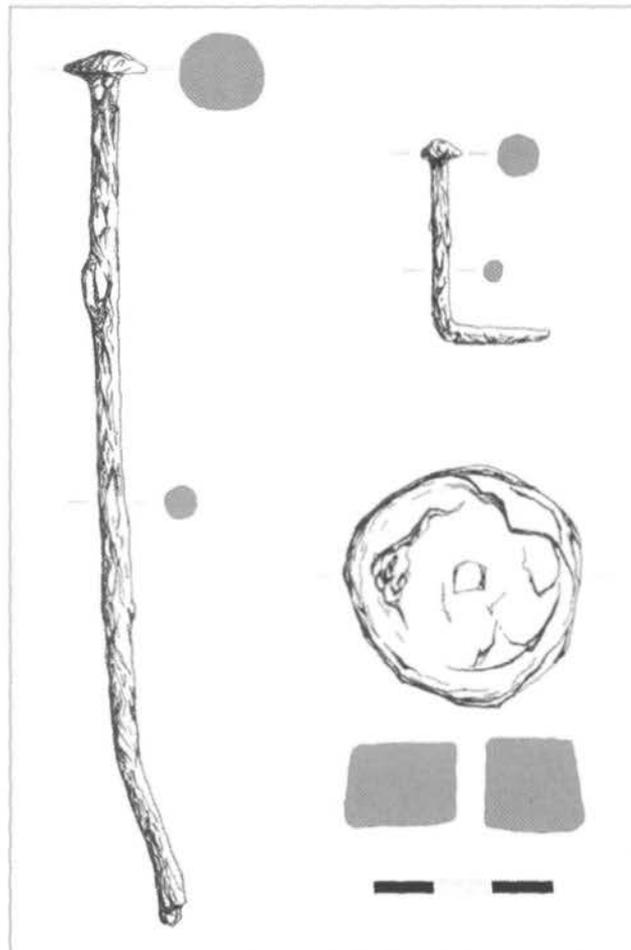


Figura 32. Dos clavos de bronce nº 171 y disco o pesa de plomo nº 562.

⁴⁵ En realidad, Lafuente se refiere de este modo a una abrazadera de rueda de carro que no supo identificar como tal.

El resto de todo este conjunto metálico lo conformarían, como ya hemos indicado, los *mil restos de fijación imposible*, un importante cúmulo de herrumbre y objetos deformados y/o desintegrados que no permitieron ningún tipo de identificación o reconstrucción debido a su más que lamentable estado de conservación (Figueras, 1935, 78).

III.3. ORFEBRERÍA Y GLÍPTICA

Figueras agrupó dentro de esta clasificación a un conjunto de objetos de especial valor, proporcionado indudablemente por la materia en que fueron elaborados. Son los objetos de oro, plata y piedras preciosas, pertenecientes al ornamento personal del difunto incinerado y enterrado en las fosas de La Albufereta. El relativo cuidado con el que se efectuaron los trabajos de campo en el terreno de la necrópolis no impidió que algunos de estos pequeños y delicados elementos pudieran perderse (Figueras, 1934-35b, 23º cuaderno, 1; 1935, 59; 1956a, 43).

Una de las principales matizaciones que realiza el excavador acerca de estas piezas se relaciona con el marcado carácter militar con el que se pretendía revestir a la ciudad del Tossal de Manises, carácter que contagiaría en gran medida a los ajuares funerarios de la necrópolis vecina. En este sentido, la presencia en ella de ornamentos de tan delicada factura evidenciaba un sentido más diverso, no estrictamente bélico (Figueras, 1956a, 43).

Hemos de puntualizar que determinadas piezas podrían haber formado parte del estrato romano que recubría toda la necrópolis, y desde el cual se podrían haber deslizado al interior de las fosas durante el proceso de excavación (Figueras, 1956a, 66). Estos materiales fueron clasificados como joyas o alhajas, fabricadas en ocasiones en oro, como tres pendientes que responden a un mismo tipo aparentemente, aunque con diferencias de tamaño y peso, un pequeño pasador y lo que considera como la montura o cerquillo perteneciente a una piedra grabada (Figueras, 1934-35b, 23º cuaderno, 2).

Figueras también menciona otros elementos elaborados en plata, cobre o bronce. El autor mantiene muchas reservas acerca del auténtico material en el que se fabrican algunos de estos ejemplares, debido a la falta de un análisis metalográfico de las piezas, como demuestra la presencia de algunos objetos fabricados en *sustancia indeterminada*. De hecho, incluso las piezas de plata muchas veces son descritas como *de aleación de plata probablemente* (Figueras, 1956a, 44). Estos pequeños objetos serían varios anillos, algunos con chatón, fabricados en bronce, cobre, o en metal indeterminado (Figueras, 1934-35b, 23º cuaderno, 3) (figura 33).

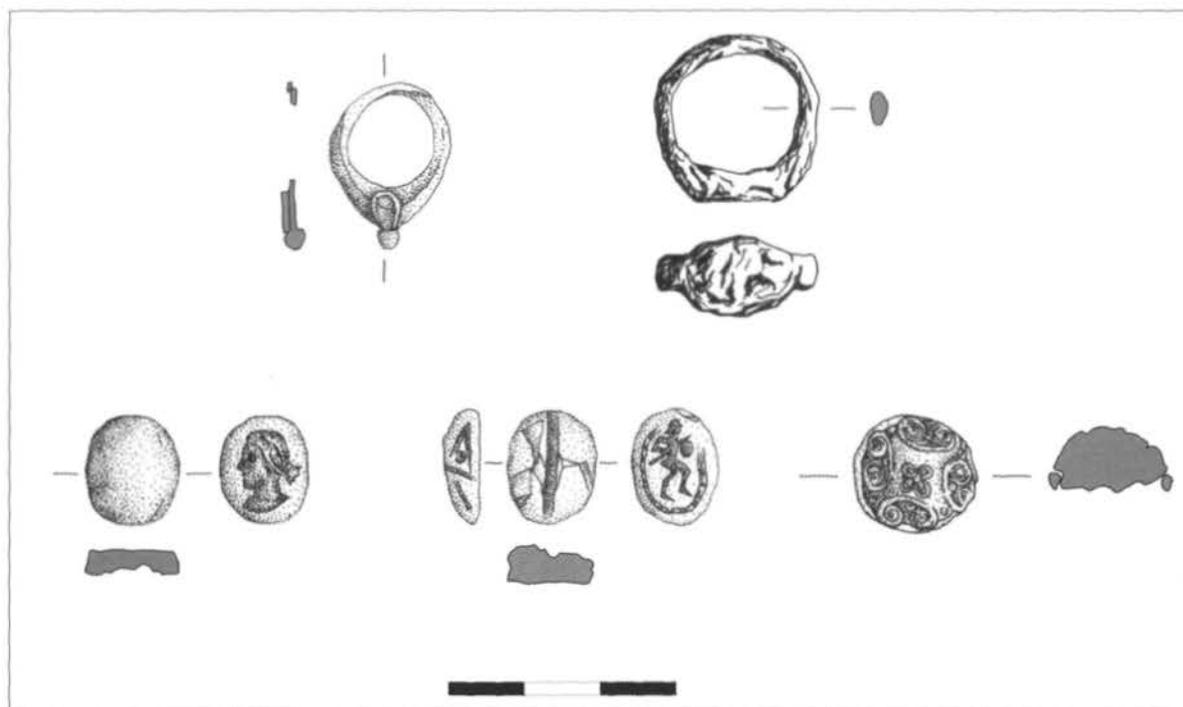


Figura 33. Arriba, pendiente de oro nº 351 y anillo de plata nº 190. En la parte inferior escarabeos nº 352 y 353, y camafeo o aplique nº 356.

Antes de organizarse las excavaciones oficiales, se encontraron objetos confeccionados en piedras preciosas y semipreciosas en los terrenos de La Albufereta, básicamente entalles y camafeos (Figueras, 1956a, 45). Concretamente en la necrópolis se hallaron pocos ejemplares pero de gran valor material y documental. Las comparaciones con los hallazgos de otras excavaciones llevó a Figueras a fecharlos en una *cultura plenamente romana mas o menos influida por la corriente helenística*. Era evidente que la necrópolis era cronológicamente anterior a época romana, pero los trabajos arqueológicos habían revelado, como ya hemos visto, una *extensa y a veces gruesa capa de escombros romanos* (Figueras, 1934-35b, 23º cuaderno, 5). Este factor explicaría para Francisco Figueras la presencia de estas piezas.

Los ejemplares descubiertos en este lugar, catalogados como piedras preciosas talladas, son en concreto dos entalles y un camafeo. Uno de los entalles, el inventariado con el nº 352, estaba confeccionado en sardónice, una variedad de ágata de color amarillento rojizo, y contaba con la peculiaridad de ajustarse a un cerquillo de oro hallado en la misma tierra cribada. La particularidad fundamental de esta piedra sería la representación de un retrato femenino en su interior, de perfecta ejecución (Figueras, 1934-45b, 23º cuaderno 3, 5-6; 1935, 60-61; 1952b, 190; 1956a, 45).

El nº 353 sería un escarabeo de diaspro o piedra sarda, lo que no aseguró el excavador por completo, presentando un grabado que rebela con una técnica menos realista, la imagen de un guerrero con lanza y escudo. Esta pieza, por la materia prima en que fue elaborada, por sus características artísticas y por el material asociado, fue clasificada por Figueras como cartaginesa (Figueras, 1934-35b, 23º cuaderno, 6-7; 1935, 61; 1956a, 45-46).

El único camafeo inventariado, el nº 356, de un color ceniciento y cinco rosetas como decoración, iba montado también sobre un cerquillo, esta vez de bronce (Figueras, 1934-35b, 23º cuaderno, 7; 1935, 61; 1956a, 46) (figura 33).

III.4. PIEDRA

Los terrenos de La Albufereta fueron fecundos en hallazgos pétreos. En este sentido contamos con referencias antiguas del Conde de Lumiares muy reveladoras, y si a ello sumamos las noticias de Lafuente Vidal y Figueras Pacheco, disponemos de un interesante *corpus* material, con variadas adscripciones culturales y cronológicas, pese a que el número de piezas no es excesivamente numeroso. Estos hallazgos pertenecen a contextos claramente diversos. El excavador los situó en niveles ibéricos y romanos, aunque a veces se pensaba en una cronología algo más remota.

En cuanto a la necrópolis, no se hallaron elementos de piedra relacionados con actividades productivas, tales como molinos o afiladeras. Sin embargo, sí se descubrieron restos escultóricos de distintas características, todos ellos susceptibles de ser vinculados a determinados aspectos ceremoniales o rituales de los enterramientos. Figueras consideraba que las piezas labradas serían obra por lo general de artesanos griegos o bien ibéricos, pero haciendo uso de una técnica aprendida de los primeros. Existiría una cierta dependencia cultural con respecto a una civilización más desarrollada. Asimismo, llegó a expresar que *todos los hallazgos de nuestras playas, no son la Dama de Elche* (Figueras, 1956a, 51), incidiendo de nuevo en la existencia de una gran variedad de formas y estilos incluso en un mismo ámbito geográfico.

Sin embargo, y siguiendo la línea de investigación aplicada para otros objetos materiales, Figueras consideraba que el interés estético quedaba en un segundo plano frente al interés documental de estas piezas, latentes de valiosísima información para entender la cronología y el contexto cultural en que La Albufereta estaba siendo utilizada.

Dentro de esta categoría cabe destacar las obras escultóricas por la enorme cantidad de información que de ellas se desprendería, fundamentalmente en el sentido cultural, de gustos estéticos, de tecnología y de iconografía y creencias. Si bien el lote de esculturas en piedra no destaca por su abundancia, algunas de las piezas que lo componen son de excepcional valor (Figueras, 1956a, 51).

Aunque no se halló en el mismo campo de la necrópolis, sino en el fondo de un pozo de la playa, muy cerca del yacimiento, contamos con una estatua fragmentada de un pequeño toro en posición de reposo, sin la parte de la cabeza. El cuello estaría muy hundido, presentando un collar labrado adornado por una línea incisa en zigzag⁴⁶, y las patas fuertemente recogidas bajo la panza y pegadas a ella.

Esta obra⁴⁷ podría ponerse en relación directa con algún tipo de monumento o construcción funeraria para la cual no tenemos más indicios, pero que ya Figueras intuye. Las reducidas dimensiones de la pieza así lo podrían sugerir (Figueras, 1943c, 45; 1956a, 57; 1959, 132; Llobregat, 1966; 1972, 151; García-Gelabert, Blázquez, 1997, 426-432). Llobregat fechó esta escultura en el siglo III a. C. (Llobregat, 1974b, 342).

⁴⁶ Según T. Chapa, ovas o triángulos (1985, 41).

⁴⁷ En el inventario general consta del número 680 y en la actualidad se encuentra expuesto en la sala de la Cultura Ibérica del Museo Arqueológico Provincial de Alicante (MARQ), como también la escultura del "orante".

Hemos de reseñar además el hallazgo efectuado en terrenos muy cercanos a la necrópolis, de una estatua que parecía representar la imagen de un orante, muy mutilada (Figueras, 1956a, 57), con una túnica plisada en vertical y cinturón marcados, éste último atado con un lazo sobre el estómago. Lo conservado alcanza 50 cm. de altura (Llobregat, 1966; 1972, 150; Abad, 1984, 48) Figueras no se aventuró a formular ninguna hipótesis sobre esta pieza en particular.

Hallazgo de importancia singular fue el realizado el día 28 de diciembre de 1934, al excavar la sepultura que llevaría el número 100 de la necrópolis. En el interior de la fosa, entre las cenizas y el resto de objetos de ajuar, se descubrió lo que Figueras denominó un “grupo escultórico”, una especie de pequeña losa de piedra arenisca de granulometría muy fina, esculpida, en la que aparecían claramente dos figuras humanas en diferentes poses (Figueras, 1935, 70; 1946, 313; 1955b, 152-153).

El estado de conservación de esta pieza era sorprendentemente muy bueno, pese a no ser un material demasiado resistente⁴⁸, conservando incluso restos de la policromía en el interior de los poros de la piedra, que recubría las figuras originalmente, sus vestidos y joyas, así como los laterales del bloque (rojo, azules, amarillo, castaño y verde). La riqueza de la policromía favorecía la toma de una buena fotografía y una reconstrucción gráfica completa y detallada de la pieza, dando como resultado una bella lámina publicada en la revista *Archivo Español de Arqueología* del año 1946 (Figueras, 1935, 71, 73; 1936b, 1, 3; 1940c, 13; 1943c, 43; 1946, 314; 1955b, 153; 1956a, 56; 1957c, 167) (figuras 9, 12 y 34).

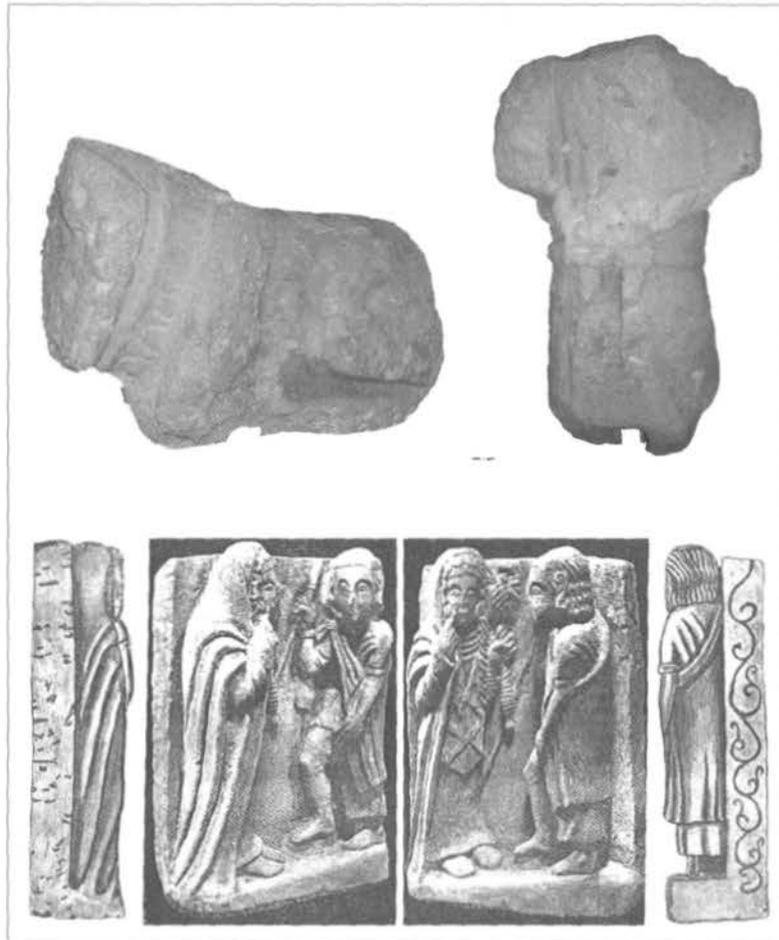


Figura 34. Esculturas en piedra representando un toro y un orante. En la parte inferior, fotografía del “grupo escultórico” desde diferentes ángulos y detalle de la decoración pictórica de los laterales del bloque. Tomado de Figueras (1946, fig. 4).

⁴⁸ M. I. Izquierdo señala que la mayor parte de la estatuaria ibérica se talla en rocas carbonatadas areniscas y calizas, soportes habituales debido a la facilidad de su trabajo, en detrimento de una fragilidad que se acentúa con el paso de los siglos. Estas piedras serían por lo general de origen local (Izquierdo, 1998-99, 134).

Figueras consideró que el taller en que se efectuaría esta obra, o al menos, donde se tallaría el bloque para posteriormente ser trabajado el relieve, estaría muy próximo y directamente relacionado con canteras comarcas. La piedra que se obtendría del Tossal de Manises o de la cercana Sierra de San Julián no parecía apta para tal obra, pero sí la de las canteras ilicitanas. De este modo, incluso llegó a pedir muestras de las canteras de Peligro al excavador de *Ilici*, Alejandro Ramos Folqués, pudiendo comprobar semejanzas de composición, textura y dureza, suficientes según él para establecer un hipotético origen común para el "grupo escultórico" y la Dama de Elche (Figueras, 1946, 328; 1957c, 167-168).

En cuanto a la técnica, la talla ocupaba la práctica totalidad de una de las caras amplias del bloque, pero la profundidad del relieve variaba, pues en la parte superior era muy saliente, mostrándose las figuras completamente aisladas, casi exentas del resto de la piedra, y en la parte inferior, la talla se limitaba a marcar las líneas de un modo más tenue, evitando contrastes bruscos con la superior. García y Bellido opinó sobre este tema aludiendo a un probable arte en madera, material más fácilmente manejable, del cual partirían las representaciones pétreas y del que aprenderían los escultores ibéricos (García y Bellido, 1943b; Figueras, 1946, 321, 323).

En cuanto a la escena que esta pieza de incalculable valor muestra, consta de dos personajes que aparecen enfrentados, como dialogando. A la izquierda, una mujer con largo velo, trenzas y diadema porta en una mano un huso y lana. Figueras considera que los atributos con los que se la representa podrían indicar tanto su profesión como su estatus social, incluso precisando que su actitud sería la de hilar, mientras que Lafuente opinaba que el dedo índice cerca de la boca indicaba advertencia o recomendación. A su derecha aparece un posible guerrero apoyado en una lanza, vestido con un manto y con los pies descalzos, con pendientes de aro en las orejas y cabeza rasurada⁴⁹ (Figueras, 1935, 71-73; 1936b, 2-3; 1946, 313; 1955b, 153; 1956a, 56; Lafuente, 1957, 81).

Las figuras fueron identificadas muy pronto como ibéricas, por distintos motivos, pese a que la figura femenina parecía vestir a la moda griega, influjo que alcanzaría la cultura ibérica y adoptaría como propia, como se apreciaba en la escultura de la Dama de Elche y en algunas piezas del Cerro de los Santos. Sus atributos parecían los de una "rica dama ibérica" (Cabré, 1935, 442-449; García y Bellido, 1943a, 17-22; Figueras, 1946, 318; 1955b, 154; Lafuente, 1957, 81; Nordström, 1961a, 66) y además, el hilado se asociaba a una tarea aristocrática (Aranegui, 1996, 114). Lafuente, por su parte, consideró que esta figura vestía con adornos tradicionales ibéricos, siguiendo una moda conservadora de vestir atuendos antiguos en determinados actos ceremoniales (Lafuente, 1952, 171). El iberismo de la obra parecía claro a ojos de Figueras Pacheco pero el detenido análisis de la representación revelaba más bien una *ligadura de lo griego con lo ibérico* que habría que aclarar (Figueras, 1946, 326). Con el tiempo, y sobre todo a partir de la identificación del yacimiento como ibérico, el iberismo de la obra pasaría a ser indiscutible (Olmos, 1989, 285). Abad considera que estas figuras *constituyen la única representación iconográfica de cómo eran físicamente, y de cómo vestían y se adornaban, los hombres y mujeres allí enterrados* (Abad, 1984, 49).

Cabré consideraba que la escena plasmada en esta pieza pertenecía a la mitología griega, por lo que contaba con una interpretación simbólica muy concreta, que según este autor sería la aparición de la parca Cloto a un varón al cual aconseja (Cabré, 1935, 442 y ss.) Sobre esta cuestión desconfiaba el propio Lafuente, el cual pensó que la representación podía referirse a una escena familiar del tipo plasmado por artistas helénicos en las estelas funerarias, y en concreto, al tema del reencuentro entre marido y mujer (Lafuente, 1935). Pero el principal inconveniente de estas propuestas partidarias de la representación de un tema de tradición mediterránea oriental era el aspecto claramente ibérico de las figuras, que parecían desarrollar una actitud cotidiana (Figueras, 1946, 320-321).

Lo más interesante de este hallazgo fue el que se descubriera una pieza escultórica de calidad en el interior mismo de una fosa, como formando parte del ajuar funerario, y no sobre ella o incluso levemente deslizado. Esta posición no correspondería a la de un elemento señalizador de la tumba, como *a priori* podríamos considerar, sino que presentaría un significado especial.

Francisco Figueras se mostró satisfecho por haber suscitado el interés de estudiosos del país e incluso del extranjero. Las consideraciones vertidas por unos y otros fueron muy dispares, llegando a enfrentarse en un principio los partidarios de un origen del siglo V a. C. y los de uno medieval para este objeto. Prácticamente todos estos autores defendían, junto a Figueras -pese a que éste pensó en un principio que podría ser púnica-, que la escultura era una obra ibérica de filiación griega pero discrepaban las opiniones en cuanto a la época. Sin embargo, esta obra no podría pertenecer al siglo V a. C. por las características de la necrópolis. Múltiples factores influyeron en la configuración de esta pieza, si bien la cronología final la debía ofrecer el contexto en

⁴⁹ Cabré analizó el tema de la tonsura ibérica y la relacionó con el oficio del sacerdocio, aunque también la interpretaba como un acto de disciplina militar, o bien como símbolo de esclavitud o de duelo (Cabré, 1922, 163, 166). T. Chapa relaciona la tonsura con algún tipo de rito o ceremonia religiosa (Chapa, Madrigal, 1997, 193-194).

que se halló, que claramente era posterior. Se encontrarían aquí distintas fases dentro de una misma evolución artística, así como recursos artísticos a los que los griegos no recurrirían hasta fines del siglo V a. C. e inicios del siguiente (Figueras, 1936b, 2-4; 1946, 321, 323-325; 1954b, 163-164; 1955b, 154).

La cronología final que propuso el excavador para esta magnífica pieza sería del último tercio del siglo III a. C., cuadrando perfectamente con la datación general del yacimiento (Figueras, 1946, 328; 1955b, 158). No obstante, con posterioridad se la incluirá más justificadamente en el siglo IV a. C., coincidiendo con el auge de la estatuaria ibérica en piedra. Además, la interpretación más aceptada en la actualidad es la que la identifica con una estela funeraria, siendo lo representado una escena en que uno de los personajes o los dos serían difuntos (Abad, 1984, 49-51; Olmos, 1987, 285, 290).

Esta maravillosa escultura fue desgraciadamente robada en 1969 de la vitrina donde estaba expuesta en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante en extrañas circunstancias, y en la actualidad se halla en paradero desconocido, lo que ha imposibilitado la realización de nuevos estudios.

III.5. VIDRIO Y PASTA VÍTREA

Cuentas de collar, discos e incrustaciones fueron los grupos o secciones en que fundamentalmente se clasificaron los objetos vítreos hallados en este yacimiento. No obstante, también se descubrieron vasos muy fragmentados fabricados en este material, pese a que sobre esta cuestión prácticamente lo desconocemos todo, salvo que existieron y no fueron recuperados (Figueras, 1956a, 47).

Estas piezas se caracterizan por lo general por su elevadísima fragilidad, su reducido peso y tamaño y las enormes posibilidades de perderse o extraviarse durante todo el proceso. Tenemos pues un elemento material difícilmente identificable entre las grandes cantidades de tierra excavada. Su estado fragmentario se debería además, como comenta Figueras, al hecho de haber sido arrojados a la pira funeraria durante el ceremonial.

Algunos de estos objetos presentaban variados colores, en ocasiones muy vivos e intensos, mientras que otros eran monocromos, presentando numerosas afinidades con respecto a otros procedentes de distintos yacimientos mediterráneos, lo que facilitaría su clasificación crono-temporal (Figueras, 1934-35b, 1º cuaderno, 1; 1956a, 47).

Los objetos de vidrio fundido son característicos de momentos anteriores al helenismo (Abad, 1984, 56). En este sentido, el excavador se muestra completamente seguro de que estas piezas procederían del Mediterráneo oriental. Unas veces postula un claro origen próximo-oriental como manufactura púnica, y otras, más moderadamente pero de un modo más certero, opta por considerar a estas piezas como fruto de un comercio en manos de púnicos, pero con un origen más diverso (Figueras, s. a. a, 1º cuaderno; 1934-35b, 3º cuaderno, 3; 1956a, 48). Para la primera consideración, las comparaciones con Ibiza resultaron más que sugerentes.

Destaca en este punto la presencia de collares adornando el busto de la Dama de Elche, seguramente también de cuentas de pasta vítrea, según Figueras, propios de la joyería oriental (Figueras, 1957c, 165). García y Bellido, por el contrario, consideraba que serían de oro (García y Bellido, 1943a, 16-17).

Francisco Figueras aseguró que bajo su dirección se hallaron cinco incrustaciones de pasta vítrea en la necrópolis, aunque en ningún caso se halló la pieza a la que irían adheridas estas incrustaciones, configurando un bello elemento de adorno. Son elementos normalmente de pequeño tamaño, cuya forma siempre es circular, de escaso grosor, convexas por una de las caras y planas o ligeramente cóncavas por la cara opuesta. Los diámetros oscilarían entre los 7 y 21 milímetros. El color de estos objetos presenta una gran variedad, con ejemplares blancos o lechosos, azules, negros, grises o jaspeados verdosos. Figueras especifica muchas de estas incrustaciones contaban con una decoración de espirales en blanco sobre uno de los colores anteriores (Figueras, 1934-35b, 1º cuaderno, 2-3; 1956a, 47-48).

Estos discos de incrustación irían engarzados en cerquillos o cajones de sujeción, completando el elemento decorativo propiamente dicho. Algunos discos aparecieron engarzados, como en el caso de una interesante fibula, la nº 626 del inventario, que contaría con tres de estos círculos -uno sin decoración, otro con un rostro en relieve y el tercero desaparecido- incrustados en sendos cajetines (Figueras, 1934-35b, 1º cuaderno, 2-3; 1956a, 48) (figura 29).

Figueras consideró que estas piezas eran producto de la industria púnica, o al menos artículos con los que los cartagineses comerciaron (Figueras, 1956a, 48), como el resto de objetos vítreos.

En cuanto a las cuentas de collar de pasta vítrea, de excepcional interés artístico y documental, aproximadamente se descubrieron medio centenar de ejemplares, muchas de ellas formando parte de escasos collares. En este sentido cabe destacar el hallazgo en la sepultura número 33 de un espectacular collar de cuentas policromas de formas, tamaños y colores variados (figura 35). Algunos ejemplares aparecieron decorados de muy diferente modo, por lo normal, mediante flores y palmetas estilizadas, de colores distintos a los del fondo (Figueras, 1935, 62-63; 1943a, 15; 1956a, 49-50).



Figura 35. En la parte superior disco de incrustación 659B y fragmento de recipiente de vidrio nº 658. Bajo ellos, reconstrucción gráfica del collar de la tumba 33 (Archivo Gráfico MARQ) junto a una de las cuentas que lo conforman. A su derecha, disco de hueso nº 681 y figurilla representando a la divinidad egipcia Horus nº 358.

El origen de este collar es claramente oriental, como demuestra la estatuilla de Horus tallada en hueso también descubierta en la misma tumba y de la que hablamos en su apartado correspondiente (figura 35). Figueras estaba convencido de que si no era producto directo de la industria egipcia, comercializado en Occidente por los cartagineses, era manufactura indudablemente púnica. Este pueblo se erigiría como un continuador y exportador de los gustos y costumbres ornamentales del Próximo Oriente, comerciando tanto con productos originales como con otros de imitación (Figueras, 1934-35b, 1º cuaderno, 4-7; 1935, 63; 1936b, 10; 1943a, 15).

Por lo general, serían objetos de pequeño tamaño, aproximadamente entre 1 y 2 cm. de eje mayor o bien de 1 a 2'5 cm. de diámetro. Sin embargo, algunos ejemplares sobrepasan la media. Sus formas son muy variadas -esferoidales, cilíndricas, ovaladas, achatadas, agallonadas-, así como sus colores -blanco, gris, azul, verde-, en ocasiones combinados con espirales formadas por la misma pasta, normalmente blancas. Estas cuentas de collar suponen el más claro testimonio del comercio púnico por el Mediterráneo occidental, si bien considera Figueras que los tipos agallonados se fecharían en época romana o incluso en momentos posteriores (Figueras, 1956a, 49).

Como hemos comentado anteriormente, el excavador constató la presencia de pequeños recipientes vítreos entre las cenizas de las fosas, aunque desgraciadamente estos delicados objetos no fueron recuperados salvo el pequeño fragmento nº 658 (figura 35). Además, Figueras no aporta apenas datos sobre ellos, indicando únicamente sus paralelos con Ibiza (Mélida, 1929, 140; Figueras, 1935, 61; 1956a, 48).

Otros materiales fabricados en vidrio fueron descubiertos en las tierras cercanas a la necrópolis, revelando una cronología plenamente romana (Figueras, 1934-35b, 1º cuaderno, 9-10). La presencia de estas piezas se localizaría también en los niveles superiores, donde otros restos materiales y constructivos romanos aseguraban una ocupación de este período.

III.6. OBJETOS DE HUESO

Las fosas excavadas en La Albufereta revelaron junto a otros restos materiales a los que ya hemos prestado atención, y únicamente en determinadas ocasiones, huesos de animales de distinta naturaleza y en un estado de conservación muy variable, en el que tenía mucho que ver el haber ardido en una pira o fuego ritual, o no (Figueras, 1956a, 59).

En cuanto a los huesos humanos y animales, ya nos referiremos a ellos en el siguiente capítulo, mientras que en este punto únicamente mencionamos los objetos que, sirviéndose del hueso como materia prima, fueron confeccionados a partir de ella, modificándola de un modo u otro. Sin embargo, el escaso interés material de estas piezas vendría compensado por el enorme valor documental de las mismas, en concreto por la información que de estos objetos se podía obtener acerca del ritual funerario y las creencias de ultratumba.

Figueras concreta una serie de diversos objetos labrados en hueso de animal, la mayoría de los cuales -once de trece constatados- proceden de la necrópolis. El conjunto está formado por la pequeña anilla nº 683 y algunos discos taladrados que Figueras cataloga como cuentas de collar, todos ellos de pequeñas dimensiones. En cuanto a la primera pieza, mide 1'6 cm. de diámetro. Los discos presentan una particular forma lenticular, más o menos perfecta, con aristas vivas o redondeadas. Su diámetro ronda entre los 2'2 y los 2'6 cm. (Figueras, 1934-35b, 24º cuaderno, 1; 1950b, 4º cuaderno, cuadro 19, 53; 1956a, 59, 161) (figura 35).

Otras piezas estarían confeccionadas también en hueso o marfil, como las agujas de pelo o de coser y dos cuentas de collar, punzones, tubos o "silbatos" (Figueras, 1934-35b, 25º cuaderno, 1-2; 1956a, 60). Sobre todos estos materiales, seguramente romanos y procedentes de los estratos superiores del campo de la necrópolis, Figueras no concreta nada más.

Otra de las piezas singulares de este yacimiento es una pequeña estatuilla representando al dios egipcio Horus⁵⁰. Según el excavador, formaría parte del fabuloso collar de cuentas vítreas hallado en la hoguera 33, y ayudaría a establecer un evidente carácter oriental al conjunto, no sólo por los rasgos de la talla, sino porque ésta corresponde a una divinidad egipcia, Horus, hijo de Isis y Osiris. Presenta un pequeño orificio en la parte superior que serviría con total seguridad para pasar un hilo de suspensión y quedar incluido de este modo en el collar, del que Figueras cree que formaría parte (Figueras, 1934-35b, 1º cuaderno, 6; 25º cuaderno, 1; 1935, 75; 1943a, 15; 1959, 131-132). Cabe destacar que también en la unidad 13 de la acrópolis del Tossal de Manises se halló un ídolo realizado en marfil y con técnica muy similar a la del ejemplar citado⁵¹ (Figueras, 1954a, 9).

Dentro de esta categoría de objetos óseos no deberíamos olvidar las tabas, pequeñas piezas de hueso que aparecieron tanto en el Tossal de Manises como en la necrópolis (figura 39), si bien en el primer lugar, raramente quemadas o con muestras de combustión (Figueras, s. a. a, 5º cuaderno, 8). Estos astrágalos de carnero, como determina el excavador, no presentan ningún tipo de modificación humana, si bien en otras necrópolis se han podido diferenciar tabas con un agujero cilíndrico de lado a lado, seguramente para sostenerlas o llevarlas como adorno, e incluso un raspado o alisado por abrasión en sus dos caras laterales (Ramos Folqués, 1977; García Cano, 1997, 251-254; Figueras, 1946, 316; 1952b, 191; 1956a, 60).

Figueras Pacheco no otorgó en ninguna ocasión gran importancia a estas piezas. De hecho, durante la campaña que dirigió no se obtuvieron demasiados ejemplares. Sorprendió sin embargo y desde un principio el modo en que aparecieron en la necrópolis, en ocasiones conformando amplios conjuntos de muchos individuos -a destacar la tumba del altorrelieve, donde se constataron unas 90-, lo que conllevaría un destacado significado ritual. En este sentido, cabe señalar también, aunque no dentro de esta categoría, el descubrimiento en 1934 de un vaso cerámico campaniense con la forma exacta de una taba (Figueras, 1936b, 12; 1946, 316).

III.7. OTROS MATERIALES

En este último apartado agrupamos las referencias a varias categorías de objetos que no fueron encuadrados por Figueras Pacheco en ninguno de los grupos anteriores. De este modo, y contando con referencias muy escuetas y en ocasiones poco detalladas, citamos en este punto lo dicho por el excavador acerca de los huevos de avestruz, los hallazgos de madera y de tejido.

Son contadas las referencias al descubrimiento de huevos de avestruz, lo que, por otra parte, tendría una fácil explicación debido al fundamental interés del excavador por documentar los hallazgos relacionados con la necrópolis y no de fechas posteriores, puesto que Figueras Pacheco los creía de época romana (Figueras, 1956a, 61).

⁵⁰ F. Sala señala que esta pieza podría ser de pasta vítrea y no de hueso, como también otros amuletos peninsulares e ibicencos, datados por lo general entre los siglos V y VI a. C. (Gómez Bellard, 1984, 51; Sala, 1995, 206). Tras la revisión de los materiales de La Albufereta que hemos efectuado concluimos que es verdaderamente de hueso.

⁵¹ F. Rubio confunde en su obra de 1986 los dos ejemplares (Rubio, 1986, 64, fig. 13).

Figueras también describe que durante la campaña dirigida por Lafuente Vidal se hallaron huevos de avestruz en el interior de varias fosas (Lafuente, 1934, 23). En la campaña a la que nos referimos, únicamente se encontraron muy fragmentados el 15 de julio de 1935, a poco más de un metro de profundidad, entre la parcela primera y la pared que subía al cerro, cerca de la carretera y claramente bajo las ruinas del mencionado templo (Figueras, s. a. a, 5º cuaderno, 2; 1956a, 61).

Miriam. Astruc defiende un uso de estos cascarrones durante varios siglos en el Mediterráneo oriental, hasta que fueron adoptados por los cartagineses en el norte de África entre los siglos VII y III a. C., fundamentalmente como ofrendas funerarias. Su uso se extendió a otras regiones, como Etruria, Malta, Cerdeña, Ibiza y finalmente la Península Ibérica, como se atestiguaba en diversas necrópolis desde el siglo VI a. C. como Villaricos (Bonsor, 1899; Astruc, 1951, 101-109, lám. III). San Nicolás también defiende una cronología similar (siglos VI a III a. C.), mientras que en la cercana necrópolis de Les Casetes (Villajoyosa, Alicante) aparecen en contextos de entre los siglos VI y IV a. C. (García Gandía, 2002, 46).

Aunque el hallazgo de *algunos pedazos de madera* bajo una capa de hormigón romano en el borde oriental de la antigua albufera (Figueras, 1935, 18) se efectuó en la campaña de Lafuente, fue Figueras el que recurrió a ellos meses después para intentar por otro camino una justificación a sus argumentos sobre la hipotética presencia de un puerto en La Albufereta. Consciente de lo interesante de estos materiales, seleccionó los dos fragmentos mejor conservados para analizarlos en su propio despacho, previamente a su envío al Museo Provincial.

En diciembre de 1933 el director del Museo Naval D. Julio Guillén Tato observó estos fragmentos y para satisfacción de Figueras, corroboró su importancia, reconociéndolos como restos de una embarcación antigua. Y no sólo eso, sino que marchó con uno de los dos pedazos para analizarlo más detenidamente. Los resultados, se publicaron en la *Revista General de la Marina* y en *Asociación Española de Arte y Arqueología*, bajo el título “¿Restos de embarcación cartaginesa?”, donde concretó que los restos pertenecían a parte de la *falca de la amura de una embarcación*, en que *se aprecia perfectamente la cajera para la cuaderna... así como los pernos de madera* (Guillén, 1935, 223-224). Identificó además el material como madera de pino (figura 36).

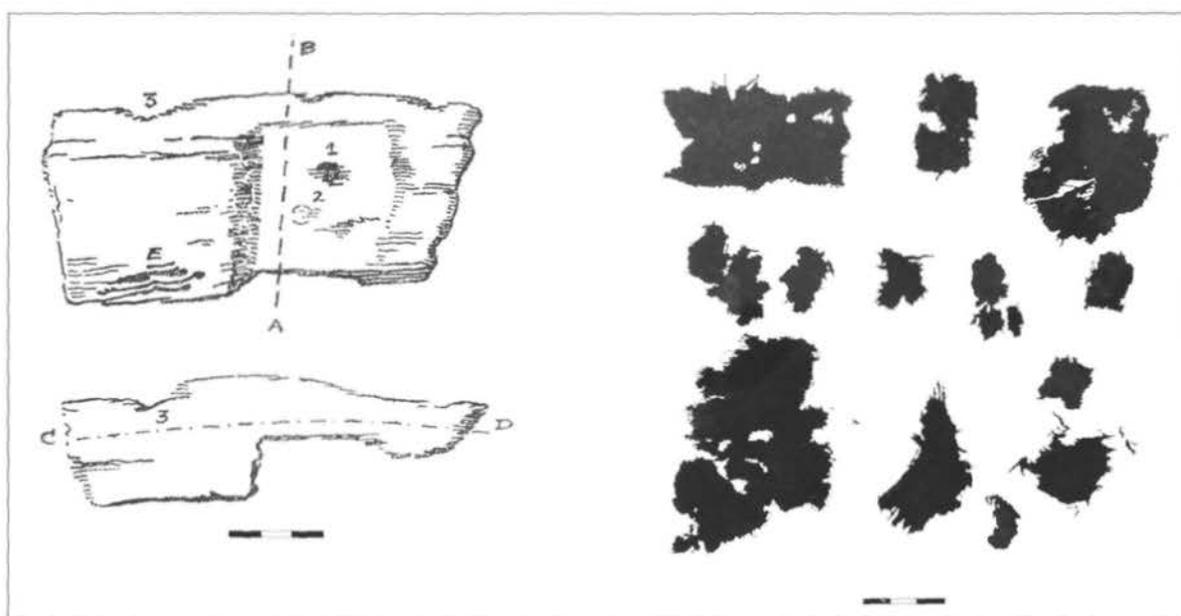


Figura 36. Fragmentos de madera supuestamente pertenecientes a embarcaciones. Tomado de Guillén (1935). A la derecha fragmentos de tejido procedentes de la sepultura 81 de La Albufereta.

Figueras tenía ante sus ojos la base de una embarcación que no sólo encajaba en la cronología de la necrópolis, sino que además, se halló en la orilla oriental de la antigua laguna (Figueras, 1934-35a, 336-39; 1955a, 20; Figueras, Jáuregui, 1948, 215).

Figueras Pacheco nos ofrece además la noticia del interesante hallazgo en 1934 de los restos carbonizados de una arqueta, en uno de los cuales aparecía borrosamente un dibujo de un cisne. Este objeto, para el cual no tenemos más información, revelaba pese al deterioro, una fina labra, y una decoración a base de apliques de

hueso (Belda, 1947, 245). A raíz de este descubrimiento, se mandó cribar la tierra de la zona circundante sin éxito (Figueras, 1935, 81; 1956a, 46).

Resulta indudable, como ya hemos visto en el apartado referido a ajuares metálicos, que el difunto en el momento de ser colocado en la pira cineraria iba vestido (Figueras, 1959, 82) conforme a un código o convención establecido culturalmente para este tipo de ceremonias. La presencia de fíbulas o hebillas así lo indican. Asimismo, estas piezas sujetarían vestiduras de tela que perecieron en su mayor parte entre las llamas. No obstante, y pese a todos los problemas de extracción y escaso cuidado empleado en determinados momentos de la excavación Figueras, durante ésta se pudieron constatar restos de tejidos entre las cenizas de algunas fosas. Estos restos podrían pertenecer tanto a la vestimenta del difunto como a el envoltorio de los restos carbonizados de éste, como algunos investigadores han considerado (Cuadrado, 1968, 166, Rafel, 1985, 22).

En una de las sepulturas de la necrópolis, la nº 81, caracterizada a su vez por un abundante y rico ajuar, se recogieron pequeños fragmentos de tejido⁵² (figura 36). Los restos hallados fueron colocados entre dos cristales, y trasladados con la mayor celeridad al museo, en espera de ser estudiados con detenimiento (Figueras, 1956a, 61; 1959, 82). Lafuente ya había identificado algunos fragmentos de vestido semicarbonizados tejidos en espiga (Lafuente, 1934, 32) durante la campaña bajo su dirección.

Desconocemos si por entonces se podría distinguir algún tipo de forma o de característica definitoria, lo que explicaría el interés del excavador por fotografiarlo, o bien sí, como parece, el hallazgo era considerado lo suficientemente importante por sí mismo y requería de tal tratamiento de distinción pese a su frágil estado (Figueras, 1935, 81-82).

En relación directa con lo anteriormente citado, destaca el hallazgo de lo que se identificó como cuerda o red de pescar durante las primeras semanas de la excavación Lafuente⁵³, lo que no parece haberse constatado durante la campaña dirigida por Figueras (Figueras, 1932a, 42).

⁵² Estos restos han sido analizados detenidamente por C. Alfaro (1984, 141-147, 243 y ss.)

⁵³ Expuesta en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante (MARQ).

IV. DATOS OBTENIDOS A PARTIR DE LA DOCUMENTACIÓN ANTIGUA: EL RITUAL FUNERARIO

Afrontar el estudio del ritual funerario llevado a cabo en una necrópolis ibérica siempre es una tarea compleja, en que han de sopesarse distintas variables, analizando detenidamente los contextos, estudiando los materiales y la interacción entre éstos y los comportamientos normativos practicados en estos lugares. Para el caso de La Albufereta, esta dificultad se ve incrementada extraordinariamente no sólo por la antigüedad de los trabajos, sino por la parquedad de la información de que disponemos, fragmentaria y poco fiable en numerosas ocasiones, debido fundamentalmente a que no se prestó excesiva atención a las peculiaridades observables con respecto al ritual funerario.

Dejándose llevar por un interés muchas veces únicamente esteticista, tanto Lafuente Vidal como Figueras Pacheco se preocuparon más de constatar las características físicas y la cronología de los objetos componentes de los ajuares, que de describir con detenimiento las fosas que los albergaron durante siglos y del ritual practicado (Abad, Sala, 1992, 148). Sí contamos con algunas notas muy útiles, pero insuficientes en la mayoría de los casos.

En La Albufereta se plasman, como en otras necrópolis ibéricas, prácticas funerarias que presentan claros paralelos con otras culturas mediterráneas coetáneas (Guérin, Martínez, 1987-88, 231), sobre todo en cuanto al tema de las cremaciones y la deposición de los elementos materiales. De los 170 hoyos que se excavaron bajo la dirección de Figueras Pacheco, según él todos serían enterramientos, lo que podría ser discutible.

Este excavador se limitó a realizar una descripción esquemática de cada fosa a partir de las anotaciones de campo recogidas con mayor fiabilidad, atendiendo éstas a distintos campos, esencialmente la situación o topografía de la fosa (localización, estrato y horizonte en que se encontraba, profundidad, orientación, etc.), sus características físicas (técnica constructiva, forma, dimensiones, huellas de fuego, etc.) y finalmente su contenido (adobes, piedras, cenizas, huesos, elementos de ajuar, etc.) (Figueras, 1939a, 1º cuaderno, 3-5, 7; 1943a, 14; 1947, 220; 1950b, 2º cuaderno, 12-13; 1956a, 14). Esta triple articulación del estudio ritual es seguida por Figueras en todas sus obras, obteniendo un análisis pormenorizado de estos aspectos fundamentales, las tres "realidades" o variables que se darían en todas las sepulturas.

A partir de estos indicadores básicos, Francisco Figueras diseñó un sistema, atendiendo a cada una de las peculiaridades de las fosas, las cuales agrupó en constantes, variables y dominantes:

- **Constantes.** Son los rasgos comunes a todas las fosas: orientación (este-oeste), la técnica constructiva, la presencia en los lechos de las fosas de cenizas, la falta de todo tipo de señalización exterior de las tumbas y de material romano en su interior.
- **Variables.** Algunas características sí presentarían variaciones dependiendo de la sepultura, combinándose de muy diversos modos en cada una de ellas. Serían las referidas a la situación, continente y contenido.
- **Dominantes.** Esta categoría viene dada tras el detenido estudio de los rasgos anteriores, fruto del cual es un modelo que se repite con mayor frecuencia en la necrópolis y la dota, según Figueras, de un "carácter de unidad". Gran parte de las tumbas de La Albufereta cumplirían las siguientes características: *Por*

la situación: estrato ordinario y horizonte único. Por el continente: planta rectangular, cubiertas y laterales de tierra y piso sin endurecer. Por el contenido: cenizas, carencia de piedras y adobes, huesos en el suelo, falta de urna cineraria y existencia de ajuar más o menos estimable (Figueras, 1952b, 184).

Cabe destacar llegados a este punto que muchos enterramientos aparecieron destruidos, la mayoría por cimientos de las obras romanas⁵⁴, pero no hemos de remitirnos a hechos antiguos, sino que trabajos modernos como el trazado de caminos y el trabajo de la tierra acabarían también total o parcialmente con muchos de ellos, quedando esparcidos y descontextualizados los materiales que contenían originalmente.

IV.1. ORDENACIÓN INTERNA DEL ÁREA CEMENTERIAL

Figueras señaló que durante la campaña de 1934 en la necrópolis, entre los meses de agosto y diciembre, se observó la dispersión de las sepulturas halladas, que aparecieron dispuestas en el llano sin orden aparente, contemplándose espacios libres entre ellas. Sin embargo, declaraba poco después que *a medida que avanzan las excavaciones, disminuyen estos y se observa la tendencia a alinear las sepulturas en filas siguiendo la dirección de su eje mayor, o sea de Este a Oeste* (Figueras, 1935, 43). En una obra muy posterior a las excavaciones, aseguraría que en ocasiones se observó que las fosas aparecían alineadas en "series", mientras que otros conjuntos de sepulturas no presentaban orden alguno (Figueras, 1959, 81; Abad, 1984, 41). Desconocemos qué indica a Figueras la existencia de un auténtico eje articulador en el yacimiento, si no es la propia orientación general de las sepulturas -de este a oeste-, con todos los problemas que ello conlleva.

Las distintas peculiaridades físicas del paisaje en que se asienta la necrópolis, tal y como vimos anteriormente, condicionarían con toda seguridad la disposición de unas sepulturas que se construirían durante un relativamente prolongado período de tiempo, con características morfológicas y tamaños distintos, respondiendo a diversas necesidades.

A partir de la escasa información disponible en este sentido, únicamente podemos asegurar que las sepulturas se dispusieron en función de las zonas inundadas y/o inundables. Éstas serían el mar y la supuesta laguna interior. Por tanto, las fosas se encontrarían en la barra de tierra que separaba ambas superficies hipotéticamente, y en cualquiera de las orillas que creaba el estanque, más o menos alejadas del nivel del agua.

IV.2. CEREMONIAS FÚNEBRES PRELIMINARES

No contamos con referencias concretas a la constatación o no de algún tipo de ritual preparatorio, previo a la cremación del difunto, pese a que Figueras confiaba en la existencia del mismo. Concretamente, prestó especial atención a la cuestión de un posible embalsamamiento del cuerpo con ungüentos perfumados, los cuales provocarían un endurecimiento del suelo de la fosa tras la cremación (Figueras, 1936a, 3). No podemos comprobar si realmente este endurecimiento se debería a estas sustancias, que también servirían para facilitar el encendido de la pira y el mantenimiento del fuego durante todo el proceso ceremonial.

Desconocemos la existencia para el mundo ibérico de la práctica de la *prothesis* o exposición pública del difunto previa a su sepelio, aunque algunos autores se han mostrado partidarios de esta idea (Abad, Sala, 1992, 157). Pese a esta falta de información, y contando con el testimonio de las necrópolis púnicas occidentales, hemos de contemplar la posibilidad de una cierta preparación del cuerpo (Ramos Saínz, 1986, 76). Podríamos considerar también algún tipo de acto ritual relacionado con la ofrenda o incluso vertido de líquidos -agua, leche, miel, ungüentos, perfumes, aceites, etc.- o algún tipo de alimento sólido o árido no constatado. En necrópolis cercanas como Cabezo Lucero se ha defendido la práctica de estas libaciones a partir del amplio registro de formas de barniz negro importadas y por la presencia de ánforas (Aranegui *et alii*, 1993, 49-50, 104). Del mismo modo, por paralelos con otras culturas incineradoras, hemos de suponer un uso de la música, cánticos rituales o bailes en los ceremoniales fúnebres, así como en otros ritos de paso y en esponsales. Como demuestra la decoración vascular figurada de Oliva-Lliria y como algún autor ha intentado ver, *el ibero se expresa danzando, siempre colectivamente* (Aranegui, 1997a, 14).

Recientemente se ha venido considerando por determinados autores incluso una práctica de juegos funerarios en honor de los difuntos (Aranegui, 1992, 323; 1997b, 101), celebrados previamente a la incineración, durante ésta o incluso después.

Sin embargo, y pese a todas estas apreciaciones, en la necrópolis de La Albufereta, ni Lafuente ni Figueras consideraron el anotar ningún indicio relacionado con alguna de estas prácticas, por lo que todo entra en el mundo de lo hipotético. Además, estas cuestiones, frente a debates tan candentes en este momento como los relacionados con la afirmación y caracterización de la Cultura Ibérica, no tendrían aún una gran acogida entre los investigadores.

⁵⁴ Ver apartado II.4.

IV.3. EL RITO DE LA CREMACIÓN

Lafuente Vidal en su memoria sobre su campaña de excavaciones informó con bastante detalle sobre los aspectos rituales presentes la necrópolis (Figueras, 1935, 31). No obstante, será Figueras quien puntualice y adapte sus teorías a la realidad, constatando definitivamente que el ritual era único: la incineración (Figueras, 1933a, 21; 1935, 41; 1936a, 3; 1936b, 6; 1940c, 10; 1947, 223; 1948b, 142; 1956a, 12; 1959, 81; Lafuente, 1934, 18; 1957, 50), del que se contaba como prueba irrefutable los carbones extraídos de las fosas. En cuanto a esta deducción, hemos de considerar más bien una cremación alcanzada de un modo irregular, pues no siempre se lograrían las temperaturas deseadas en toda la superficie de la pira. Únicamente cuando ésta gozaba de una preparación y un mantenimiento adecuados, se conseguiría una cremación eficaz, capaz de carbonizar gran parte del cuerpo humano⁵⁵.

Figueras aseguraba que *en todas las fosas hubo hoguera* (Figueras, 1934-35b, 16º cuaderno, 2; 1939a, 1º cuaderno, 6-7; 1947, 223; 1956a, 12), lo que implicaría, *a priori*, que el lugar donde se realizaba la cremación y donde se depositaban los restos del difunto y sus objetos de ajuar sería el mismo. Las cremaciones se efectuaron *in situ* (Rafel, 1985, 17). Sin embargo, sería necesaria una superficie mayor a la de las fosas para lograr una combustión adecuada.

Figueras Pacheco retomó las investigaciones iniciadas por Lafuente y elaboró un esquema propio, centrándose en el fenómeno del fuego como articulador del ritual funerario y el causante de la combustión del difunto, así como de la gran cantidad de carbones y cenizas aparecidos en muchas fosas. El fuego tendría además un papel como elemento purificador o simplemente formaría parte del ritual aplicado para con ciertos objetos materiales que se ofrecerían en acto de homenaje u ofrenda al difunto. Este autor utilizó los conceptos de *ustrinum* y "pira de rito", en los cuales se clasificarían todas las fosas de La Albufereta (Figueras, 1946, 312; 1959, 81). Pese a esta distinción, en las descripciones realizadas por Figueras fosa por fosa no se separan *ustrina* de "piras de rito" o fuegos rituales, pues a ambos tipos les denomina "hogueras" o "enterramientos", lo que nos hace dudar de que todas las fosas hubiesen servido ciertamente para la cremación de seres humanos.

Para el caso de los *ustrina*, Figueras consideró que una vez excavada la fosa, se colmaba de leña, apoyándose los troncos sobre piedras o adobes, facilitando la aireación de la hoguera, sobre la que se colocaba el cadáver (Figueras, 1943c, 31-32; Lafuente, 1934, 19; 195, 52). Para la combustión completa de éste requeriría una buena cantidad de material combustible⁵⁶. El difunto se depositaría sobre la pira en posición extendida, junto con sus vestiduras y ofrendas personales (Figueras, 1940c, 10; 1946, 312; 1959, 81). Esta definición pues, correspondería más bien a *bustum* -cremación primaria- mientras que *ustrinum* quedaría para el lugar crematorio en el sentido estricto.

Podemos corroborar la presencia de *troncos y leña* en estas hogueras (Figueras, 1935, 42), el material combustible básico utilizado de un modo general en las piras ibéricas, así como en el resto de culturas incineradoras. La aparición de importantes paquetes de carbones y cenizas en algunas sepulturas así lo consiguan⁵⁷ y multitud de paralelos avalan tal afirmación. Cuadrado concreta incluso que la madera sería seguramente de encina y pino (Cuadrado, 1957, 18), buscando seguramente dos especies muy frecuentes en estas tierras. Además, para facilitar la combustión no se descarta el empleo de grasas o aceites (Figueras, 1959, 82).

Tras la combustión del cuerpo, Figueras Pacheco considera que se recogerían sus restos incinerados (Figueras, 1943c, 33), de una manera más o menos minuciosa, almacenándolos en una urna cineraria o simplemente depositándolos sobre el lecho de una fosa. Este fenómeno ha sido constatado en multitud de necrópolis ibéricas y púnicas, en las cuales incluso se ha estudiado un lavado ritual con agua *-lavatio-* para estos restos (Rafel, 1985, 22; Ramos Sainz, 1986, 63).

El excavador concreta que los *ustrina* de La Albufereta serían individuales, y más adelante no se volvió a aprovechar el lugar para hacer lo mismo con otros cadáveres. En el caso de La Illeta del Campello, en la cual se emprendió una breve intervención arqueológica en 1935, sí pareció constatar un *ustrinum* colectivo, compuesto por un paquete de cenizas y carbones de dimensiones que desconocemos (Figueras, 1945b, 13). En este sentido destaca la reciente aparición de una sepultura ibérica en el yacimiento de Hacienda Botella, próximo a la Alcudia (Elche) comprendiendo los restos cremados de cuatro individuos en un mismo espacio sepulcral (Guardiola, 2001; De Miguel, 2003).

⁵⁵ Sobre estas cuestiones destacan estudios recientes como los de Santonja (1985) o Trellisó (2001).

⁵⁶ Se deberían lograr temperaturas entre los 650 y 700º C (De Miguel, 2001a, 50).

⁵⁷ Sin embargo, en otros casos no se señalan concentraciones destacadas de restos de combustión, con lo que con toda seguridad estaríamos ante *busta*, y no *ustrina*.



Figura 37. Reconstrucción del ritual de la cremación ibérica. Tomado de Gracia, *et alii* (2000, 36).

En cuanto a las “piras de rito” u hogueras rituales, en las que parece ser no se hallaron restos humanos pero sí indicios suficientes de la acción del fuego, Figueras imaginaba un peculiar significado, independiente en parte del de los *ustrina*, cuya función sería también claramente distinta. La cuestión queda en el aire, simplemente indicándose que allí se realizaban rituales o prácticas funerarias diversas, como los banquetes póstumos *-silicernia-* (Figueras, 1940c, 10; 1943c, 33; 1946, 312; 1947, 223), fundamentalmente orientados a abastecer de alimentos al difunto en su otra vida, costumbre muy arraigada en muchas de las culturas antiguas del Mediterráneo central y oriental, asumida y readaptada por los iberos según su sistema de valores (Monraval, López, 1984, 149; García Cano, 1999, 166-167). Estas fosas se corresponderían pues a las “hogueras rituales” o “ceremoniales” según la terminología de Lafuente Vidal, y con las “hogueras ceremoniales” o “ágapes” del Padre J. Belda.

En estos fuegos se consumieron alimentos de un modo ritual, para lo cual se requeriría una menor temperatura para reducirlos a cenizas. El fuego serviría de este modo como un elemento simbólico con carácter purificador. Todo lo que pasaba por él realizaba un tránsito al “Más Allá”.

Figueras estableció una doble función para este tipo de fosas: servirían como receptáculos para los desechos del banquete funerario o *silicernium*, y como lugares donde se quemaban o simplemente se depositaban determinados alimentos, que no se consumían pero que pasaban mediante este ritual a acompañar y servir simbólicamente al difunto en su viaje al otro mundo (Figueras, 1959, 87-149).

Un aspecto a tener en cuenta pese a que muy pronto fue olvidado por Francisco Figueras, fue la cuestión de las probables cremaciones de individuos vivos en La Albufereta a modo de sacrificios. Lafuente ya había intuido al respecto que podrían haberse sacrificado los primogénitos cartagineses para proporcionar bienestar y prosperidad a sus familias (Lafuente, 1928a; 1934, 21; 1952, 162-163; Figueras, 1943a, 16). Esta idea era fruto de la consideración de la necrópolis como púnica (Abad, 1984, 40), así como de la presencia constatada de fosas estrechas con distinta orientación a la tendencia general, en concreto, la nomoroeste-sursureste y la norte-sur (Nordström, 1961a, 103).

Lafuente también apuntó, a partir del análisis de los textos clásicos, que temerosos los cartagineses del dios Moloch, y tras sus repetidas derrotas en Sicilia, decidieron dejar de comprar niños para sacrificarlos en su honor e inmolaron a los suyos propios. Sin embargo, este fenómeno no ofrece pistas suficientes para su identificación en La Albufereta. Pese a esto, Belda defendió que en sepulturas adultas se realizaron sacrificios infantiles, al constatar restos incinerados de diversas edades en algunas de ellas (Belda, 1947, 243), con lo que nos encontraríamos por primera vez ante la afirmación de la presencia de enterramientos múltiples en esta necrópolis. Esta teoría contradecía lo dicho por Figueras sobre el tema, pues éste era partidario de que las tumbas eran individuales, a falta de análisis osteológicos completos.

En estas curiosas piras, algunos autores alcanzaron a apuntar que también se sacrificarían soldados prisioneros y mujeres. En cuanto a los primeros, Lafuente opinaba que la falta de los huesos del cráneo revelaría incluso una probable decapitación ritual previa a la cremación, lo que Nordström recogerá literalmente (Lafuente, 1934, 21—22; Figueras, 1943a, 16; Nordström, 1961a, 103; 1962, 1).

El tema de la hipotética constatación de sacrificios rituales en el mundo ibérico, aplicado a los recién nacidos, ha sido retomado parcialmente en estudios más recientes⁵⁸. Cuadrado, por su parte, no era partidario de la creencia en estos actos dentro de las comunidades ibéricas levantinas, aunque sí en las del sur peninsular, debido a la mayor influencia griega ejercida sobre las primeras con respecto a las segundas (Cuadrado, 1975, 21).

Contamos además con muy pocas referencias en relación al fenómeno de la reutilización de tumbas, lo que parece constatado en determinados puntos, según el excavador. La necesidad de obtener espacio para los enterramientos, así como el ahorro de esfuerzo y tiempo que supondría la reocupación de una fosa ya excavada y preparada para recibir los restos humanos carbonizados y sus ajuares, harían de esta práctica algo habitual, relacionada también con la superposición de sepulturas.

IV.4. INFRAESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA

A continuación atenderemos a los factores reseñables en cuanto a las sepulturas de La Albufereta como espacios físicos, resultado de una acción humana concreta, con un tamaño y forma determinados. De un estudio en profundidad referido a estas variables se deriva el que podamos averiguar si la construcción de las fosas se rige por algún tipo de normativa o convención, o simplemente son fruto casual de diversas circunstancias.

Contrariamente a lo que ocurre en otras necrópolis ibéricas del ámbito mediterráneo, la de La Albufereta se caracteriza por no presentar ningún tipo de obra adicional con piedra u otro material, así como por la carencia absoluta de monumentalidad. Las fosas se excavarían en la tierra, formando hoyos de escasa profundidad, donde habría capacidad suficiente para los restos carbonizados del difunto y todo el lote material adjunto (Figueras, 1935, 41; 1936b, 7; 1939a, 1^o cuaderno, 4; 1956a, 13; Lafuente, 1934, 19).

Partiendo de las notas de Figueras Pacheco, podemos deducir que estos hoyos no contarían con ningún tipo de material adicional además de la propia tierra que constituía las paredes y el fondo de la fosa (Figueras, 1935, 41). Sin embargo, tenemos una serie de casos particulares donde se rompe esta tónica general, así como alguna referencia de Lafuente, que concreta que en la cabecera de las sepulturas se depositarían dos adobes, así como a los pies, para apoyar sobre ellos los grandes troncos de la pira cineraria (Lafuente, 1934, 19). Nordström irá más allá, considerando que las paredes de las sepulturas estaban revestidas con adobes. En cuanto a la excavación Figueras, ya hemos visto como él mismo también relaciona la presencia de adobes y piedras con los *ustrina*, sirviendo como apoyo a los maderos de la pira y agilizando la combustión (Figueras, 1935, 41-42).

Cabe destacar en este sentido la estructura denominada “monumento”, en el extremo occidental de la sepultura 28, una pequeña construcción de piedra y barro de planta rectangular, con un suelo de cantos planos y cubierta por dos losas. Por otra parte, en la fosa nº 100, donde se halló el “grupo escultórico”, se encontraron dos adobes (Figueras, 1936b, 11; 1946b, 316, 318; 1954b, 108). A partir de estos indicios no podemos más que considerar la posibilidad de que se pasara por alto durante la excavación el registro objetivo de este tipo de datos, que vendrían a completar el conocimiento sobre la construcción de las sepulturas y a puntualizar el hecho de que hubo más actuación que la mera excavación del hoyo.

Figueras describe la forma de las sepulturas únicamente partiendo de la planta de las mismas, no de su sección lateral o longitudinal, aunque sí apunta que no serían demasiado profundas (Figueras, 1959, 81). En la mayoría de los casos no logró definir una forma geométrica para las plantas de las tumbas y en ocasiones la erosión de los bordes superiores de las fosas o las irregularidades de las paredes provocaron dudas al excavador a la hora de identificar la planta de estos enterramientos (Figueras, 1950b, 2^o cuaderno, 31).

⁵⁸ Guérin, Martínez, 1987-88, 246; Guérin, *et alii*, 1990; Barrial, 1990, 13-17; Oliver Gómez, 1990; entre otros.

Por lo general las sepulturas presentaban forma paralelepípedica, con planta de tendencia rectangular más o menos alargada (Abad, 1984, 38; Figueras, 1935, 41; 1936b, 7; 1947, 221; 1959, 81), afirmación sobre la cual se puede precisar un poco más. Las fosas tenderían al rectángulo, pero también aparecieron tumbas ovaladas o tendentes al cuadrado, así como otras irregulares y de forma no precisable. Figueras concreta que los *ustrina* presentarían la forma descrita, mientras que las “piras de rito” tendrían formas más variadas, rectangulares, cuadradas, circulares, ovaladas o irregulares (Figueras, 1943c, 27; 1950b, 2º cuaderno, 32-35).

Las dimensiones de las sepulturas serían muy variables y en ocasiones incluso difíciles de precisar (Figueras, 1935, 41-42). Suponemos que ello iría en función de los materiales que supuestamente debería contener, del esfuerzo que supondría la realización de la tumba o de la consideración social del individuo a enterrar. Hemos de tener en cuenta también que una sepultura de cremación propiamente dicha, si la concebimos como una deposición secundaria -es decir, los restos incinerados del difunto se trasladan a este lugar y se depositan junto a sus objetos de ajuar personal y otros con carácter ritual- no requeriría de un espacio demasiado grande para servir como contenedor de todos estos materiales.

Figueras anotó meticulosamente las medidas de las sepulturas excavadas en su campaña, haciendo referencia a la “longitud y latitud”, es decir, a las dimensiones de los laterales de estas fosas. Sobre la “altura” de las sepulturas, o mejor dicho, su profundidad, se abstuvo de especificarla fosa por fosa excusándose en *lo aleatorio de su medición en la mayoría de los casos*. Sin embargo, señaló que oscilaría por lo general entre los 20 y 30 cm., considerando como excepcionales las que superaban los 35 cm. Muchas de estas fosas no superaban de hecho los 20 cm. (Figueras, 1939a, 1º cuaderno, 5; 1950b, 2º cuaderno, 33).

Para Figueras Pacheco, los *ustrina* contaban con unas dimensiones precisas *para recibir holgadamente un cuerpo extendido, pero hay ejemplares en los que esta disposición no fue posible de ningún modo, ni aún en el supuesto de que el incinerado fuese un niño* (Figueras, 1943c, 27). Estos *ustrina* serían seguramente las sepulturas con forma alargada, rectangular o incluso oval, descritas por el excavador. Lafuente advirtió en este sentido que las dimensiones aproximadas de estas fosas eran de 150 x 85 x 30 cm. (Abad, 1984, 38). Pese a todo ello, determinados hoyos, de dimensiones más reducidas y con formas tendentes al círculo o al cuadrado, no podrían albergar de ninguna manera un cuerpo humano adulto extendido (Figueras, 1959, 82).

En verdad son escasas las sepulturas que sobrepasan una longitud suficiente para albergar el cuerpo de un ser humano en posición extendida. Pocas superan el metro y medio de longitud, y aún menos el 1'70. Sin embargo, en algunas ocasiones se alcanzan los dos metros. Este tamaño, acompañado de restos abundantes de material de combustión y restos humanos carbonizados, confirmaría rotundamente la idea planteada por Figueras. Para los casos de tumbas pequeñas, en cambio, no necesariamente implicarían cremación infantil. Las “piras de rito” u hogueras rituales, por lo general serían un pequeño hoyo excavado en la tierra (Figueras, 1943c, 27-28), por lo que podríamos considerar que se prestaría menos atención a su forma y dimensiones.

A partir de los datos que conservamos sobre las dimensiones de estas fosas, combinados con otros factores como la presencia de restos humanos carbonizados, o la forma rectangular alargada de las mismas, etc., podemos realizar una propuesta de clasificación que nos podría acercar al número de sepulturas de La Albufereta, pese a que algunas de las consideraciones apuntadas por el excavador y de las cuales partimos podrían ser discutibles. La determinación, por tanto, de *ustrinum* o “pira de rito” sería fruto de la combinación de varios de los factores siguientes:

- Para el caso de los *ustrina*, la forma sería por lo general rectangular y sus dimensiones, suficientes para contener el cuerpo del difunto, aunque tomaremos el metro de longitud como referencia, pudiéndose incluir individuos de edades y complejones diversas. Además, la presencia de huesos humanos tanto en el interior de una urna cineraria como fuera de ella es un importante factor a considerar. Otras variables, aunque algo más discutibles serían la aparición de objetos como las armas u adornos corporales o de vestimenta, que implicarían la presencia de un cuerpo dispuesto de un modo determinado. La ausencia de vasos cerámicos relacionados con libaciones o de restos alimenticios ofrendados, más acordes con las “piras de rito”, también ayudarían en esta diferenciación.
- En cuanto a las “piras de rito”, las formas de las fosas serían diversas y sus dimensiones más reducidas, no encontrándose huesos humanos carbonizados ni objetos directamente vinculados a la presencia física del cadáver. Sin embargo, sí se podrían constatar en estos casos algunas piezas cerámicas rotas y amontonadas o el hallazgo de restos alimenticios diversos.

Como podemos ver en la el siguiente gráfico (figura 38), la mayoría de las fosas serían *ustrina* a partir de los indicadores señalados, frente a únicamente tres casos en que todo indica que nos encontramos ante hogueras rituales⁵⁹. En los casos indeterminables los datos constatados por Figueras no nos han servido para decantarnos con demasiadas garantías hacia un lado u otro.

⁵⁹ Para determinar la existencia de “piras de rito” hemos partido de escasos identificadores, de ahí que consideremos este gráfico de una validez relativa, al no poder precisar la naturaleza de los restos óseos ni su localización exacta en el interior de las sepulturas.

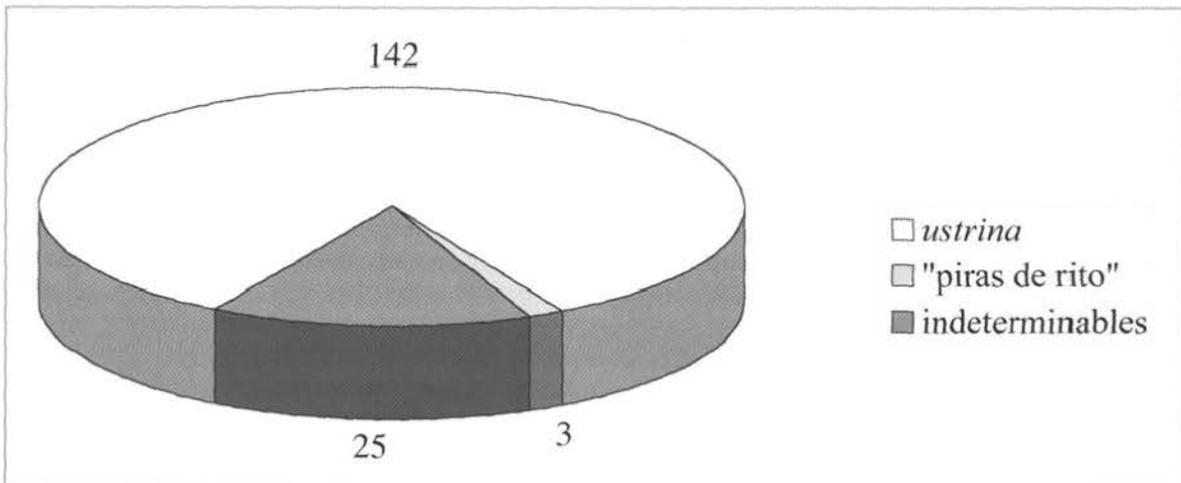


Figura 38. *Ustrina*, "piras de rito" y fosas indeterminables de La Albufereta.

La abundancia de *ustrina* según denominación de Figueras vuelve a hacernos reflexionar sobre si en realidad todas estas fosas habrían servido como lugares crematorios y no únicamente algunos, siendo el resto realmente *busta*. Sin embargo, no contamos con más indicios que los señalados para establecer si los enterramientos son primarios o secundarios.

Figueras Pacheco observó detenidamente que el piso o las paredes de las fosas en ocasiones aparecían endurecidos, con toda probabilidad por la acción del fuego (Figueras, 1943c, 28; 1950b, 2º cuaderno, 39). Utilizó además el hecho de hallar un piso endurecido para catalogar la fosa como *ustrinum* (Figueras, 1954b, 112), aunque ya hemos visto con anterioridad que este endurecimiento puede deberse a otras razones ajenas a la acción del fuego. Lo normal en La Albufereta era encontrar el suelo endurecido en el interior de los hoyos (Figueras, 1950b, 4º cuaderno, 28).

Según parece evidente, el fenómeno del endurecimiento de alguna parte de las fosas podría deberse a las elevadas temperaturas de la hoguera, que quemarían o derretirían ciertas sustancias al mismo tiempo. Figueras Pacheco se preguntó qué tipo de sustancias podrían causar tal endurecimiento, para lo cual hubiera sido necesario analizar detenidamente muestras de tierra afectada, cosa que no se practicó en su momento. El excavador, sin embargo, señala en este sentido dos propuestas de interpretación: o bien el endurecimiento venía provocado por resinas y perfumes quemados en honor del difunto, o se debería a las grasas mismas del incinerado junto con otras sustancias (Lafuente, 1934, 19; Figueras, 1935, 42; 1936a, 3; 1943c, 28; 1950b, 2º cuaderno, 40-42).

Figueras consideraba que las paredes de las sepulturas, en los pocos casos que aparecieron endurecidas, no deberían este hecho a los mismos factores que los suelos, sino que a la acción de las llamas sobre las tierras arcillosas que orillaban el hoyo. El excavador propone de este modo una especie de "cocción" parcial de los laterales de tierra de las fosas (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 42).

No parece darse ningún caso en esta necrópolis de superestructuras destacadas a modo de cubrición y/o señalización externa de las sepulturas (Figueras, 1943c, 27, 33; 1952b, 183) y mucho menos de algún tipo monumental, entendido como estructura sobresaliente de obra fabricada con mampuestos, sillares, o adobes trabados con barro, sino que las fosas estarían cubiertas por la misma tierra de la excavación (Figueras, 1935, 42). En este sentido, Lafuente Vidal sí constata durante su campaña de excavaciones, la presencia de guijarros y cantos rodados de entre 15 y 30 cm. de longitud, procedentes de zonas cercanas a la playa, que fueron traídos y depositados intencionadamente sobre las tumbas para indicarlas y evitar ulteriores profanaciones (Lafuente, 1934, 20-21; 1957, 53), constatado también recientemente en la necrópolis de Les Casetes (García Gandía, 2002, 38). También Lafuente informa sobre un túmulo que encerraba varias fosas amontonadas en un espacio relativamente pequeño, denominado "la gran sepultura", proporcionando un rico conjunto material (Lafuente, 1934, 22-23). Este tipo de estructura tumular lo encontramos también en necrópolis como la de Las Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz), de época orientalizante (Ruiz, Pérez, 1988, 39, 43-44).

En cuanto al básico sistema de cubrición de las sepulturas constatado en La Albufereta, Figueras realiza una clasificación en dos grupos, atendiendo a la presencia o no de algún tipo de indicio que revelase material adicional a la tierra. Por un lado algunas sepulturas estarían total o parcialmente cubiertas por losas de piedra, caso de las tumbas 53 y 112, mientras que lo general sería que no presentasen más cubrición que la misma tierra obtenida al excavarlas (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 36-37; 1956a, 12).

En ningún caso se hallaron cipos, estelas u otros indicadores superestructurales, que en otras necrópolis servirían para señalar los enterramientos y protegerlos simbólicamente frente a posibles saqueadores (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 38). Esta ausencia de monumentalidad se explica en parte por la avanzada cronología del yacimiento dentro del conjunto de las necrópolis ibéricas del área mediterránea, y más concretamente, del sureste peninsular, así como por la reocupación de la zona durante siglos por construcciones varias, que pudieron haber acabado con toda obra de este tipo.

Cabe señalar, sin embargo, la aparición en un cercano pozo situado en la misma playa, de la estatua incompleta de un toro, elemento que podría relacionarse con algún tipo de monumento tipo pilar-estela del cual probablemente sería su remate⁶⁰.

La señalización externa de las sepulturas se realizaría en el caso de La Albufereta por medio de un simple tapón de tierra⁶¹, sin ningún otro tipo de superestructura, si bien hemos de ser cautos pues, como ya hemos visto, una densa ocupación romana perturbó directamente el estado de las capas superiores del campo de la necrópolis, y podrían haber acabado con alguna construcción o señalización funeraria, de la que hoy no tenemos noticia alguna. Alguna sepultura podría presentar en su superficie, sin embargo, algún tipo de preparado, muy lejos de los empedrados de mampuestos o conchas -caso de El Molar-, pero igualmente significativo. En este sentido, cabe destacar la posible relación de determinados grupos de cantos rodados con algún tipo de señalización externa de las sepulturas (Figueras, 1943c, 45-46).

IV.5. ORIENTACIÓN

Todas las sepulturas de la necrópolis de La Albufereta, según lo dicho por los excavadores, estarían orientadas aproximadamente en disposición este-oeste (Lafuente, 1934, 20; 1957, 51; Figueras, 1935, 42; 1936a, 3; 1939a, 1º cuaderno, 3; 1943a, 27; 1946b, 316; 1947, 221; 1952b, 182; 1959, 81), aunque dentro de esta "orientación general" se observaron ligeras desviaciones, generalmente en dirección sureste (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 14; Abad, Sala, 1992, 148), que Nordström interpretó a partir de lo dicho por Lafuente como debido al cambio en la trayectoria solar durante el año o por ignorancia (Lafuente, 1934, 20; Nordström, 1973, 31). Hemos de señalar que la orientación este-oeste se constata tanto en las necrópolis fenicias occidentales desde el siglo VIII a. C. como en las del período púnico, en este último conviviendo con otras orientaciones (Ramos Sainz, 1986, 132). En La Albufereta no se aprecian variaciones significativas dentro de la orientación general a lo largo de los siglos IV y III a. C.

Figueras detalla que la cabeza del difunto se situaría hacia Occidente (Figueras, 1935, 42; 1943a, 27; 1947, 221; 1950b, 2º cuaderno, 14; 1956a, 12), con lo que daría por supuesto que el mismo lugar sirvió como pira funeraria y como lugar de deposición final. Sin embargo, y tras analizar las dimensiones de las sepulturas, anotadas por el excavador, hemos de ser cautos⁶².

La orientación observada por el excavador y constatada en gran parte de las sepulturas de La Albufereta, avalaría la existencia de un "eje mayor" (Figueras, 1939a, 1º cuaderno, 3; 1946, 316) presente en la necrópolis y que articularía la disposición de éstas a modo de "orientación general", caso también observado en Les Casetes, en dirección este-oeste (García Gandía, 2002, 38). No obstante, este sistema propuesto presenta una serie de problemas en su aplicación para toda la necrópolis. Figueras en sus notas realiza unas pequeñas matizaciones a esta norma, refiriéndose a casos concretos, como parece ocurrir en la fosa nº 151, en la cual parece que se hallaron los huesos del cráneo a los pies (Figueras, 1954b, 195).

IV.6. DISPOSICIÓN Y ESTADO DE LOS COMPONENTES MATERIALES

La presencia de objetos materiales en el interior de las sepulturas, esencialmente los cerámicos y metálicos, fue el factor decisivo que impulsó el afán excavador tanto en José Lafuente como en Francisco Figueras. Estos objetos⁶³ conforman en su conjunto el eje articulador de todas las investigaciones realizadas acerca de la necrópolis. En algunas fosas se halló abundante material, mientras que en otras era muy escaso o era completamente inexistente (Figueras, 1943c, 28). Del mismo modo, contamos con distintos elementos no pertenecientes al ajuar del difunto o a las ofrendas realizadas en su honor, sino procedentes más bien a la estructura interna de la fosa o relacionados con su posible superestructura. Todos ellos nos hablan acerca del ritual empleado, si bien

⁶⁰ Ver III.4 y figura 34.

⁶¹ Algo muy similar a lo constatado en la necrópolis albacetense de Torreucha. Comunicación personal de F. Sala Sellés.

⁶² Ver IV.3 y IV.4.

⁶³ Para más detalles ver capítulo III.

su interpretación es siempre problemática. Por encontrarse en determinadas ocasiones en el interior de las tumbas los estudiamos en este apartado. Son los adobes, piedras, cenizas y huesos.

No disponemos en la actualidad de datos sobre la disposición originaria de los objetos que se hallaron en el suelo de las sepulturas de La Albufereta, simplemente conocemos de su existencia. Todos estos elementos se distribuirían irregularmente en el interior de las fosas, si bien pudieron observarse concentraciones en algún ángulo concreto del lecho. Tal disposición sería el resultado de un ceremonial funerario para el cual únicamente conocemos determinados aspectos. La presencia de fuego, así como de materiales en distinto estado de fragmentación o descomposición, revela que hay una clara interacción entre ambos factores.

Los objetos procedentes de la pira funeraria se colocarían en ésta antes de encenderse, o bien se arrojarían a ella en distintos momentos de su combustión, lo que provocaría evidentemente una rotura y un quemado diferente según el caso. Por otro lado también se constatan determinados elementos que no pasaron por la pira, no sufriendo la acción del fuego, depositados igualmente en el hoyo de la sepultura con más o menos cuidado, aunque no se descarta que se rompieran sobre la misma fosa o junto a ella, abandonándose los fragmentos en su interior.

IV.6.1. Cenizas, piedras y adobes

Figueras Pacheco nos informa que en prácticamente todas las hogueras, por el mero hecho de serlo, se hallaron indicios de fuego, cantidades variables de cenizas y carbones, restos evidentes del material empleado como combustible. Este investigador identifica de modo generalizado fosas con hogueras con la finalidad de simplificar la información. No obstante, cabría averiguar si realmente en todas las sepulturas se hallaron estos indicios de combustión, pues en muchos casos no se detalla la presencia o no de cenizas (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 45-47). El excavador disculpó estas deficiencias por deberse a las primeras semanas de la campaña - en las que Belda se encargó personalmente de dirigir los trabajos-, y no debieron registrarse adecuadamente la presencia de cenizas o de huesos en las fosas (Figueras, 1952b, 188). La precariedad de las condiciones en que se recogieron los datos, si es que se anotaron, derivada fundamentalmente de las limitaciones físicas del excavador obstaculizaron de nuevo un registro riguroso.

Figueras consideraba que estos elementos no se encontraban en las sepulturas por casualidad, caprichosamente, sino, como ya hemos visto, *para cumplir un objetivo determinado: el de sostener un poco en alto los troncos y leñas de la pira, a fin de facilitar su combustión dentro del hoyo* (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 47). De algún modo se deslizarían al fondo de la fosa o incluso podrían estar ocupando su lugar original, lo que sería difícil de verificar. No terminó de concretar la función de los adobes en las sepulturas, así como su posición, si horizontal -como soporte de alguna estructura- o vertical -como elemento de revestimiento-, lo que hubiera resultado de vital importancia para desvelar el ritual desarrollado. Nordström citaba en este sentido que las sepulturas estarían revestidas de adobes, y que éstos posteriormente caerían sobre el fuego, aunque puede referirse a un revoco de arcilla (Nordström, 1961a, 51-52; 1973, 31; Abad, Sala, 1992, 151; García Gandía, 2002, 38), más o menos endurecido que recubriría las paredes de las fosas.

IV.6.2. Huesos

La presencia de huesos humanos carbonizados repartidos en el fondo de una sepultura y mezclados con las cenizas, carbones (Cuadrado, 1952, 121) y demás objetos, es indicio suficiente como para considerar que allí se efectuó, como mínimo, un enterramiento. Del mismo modo, la ausencia absoluta de estos restos indicaría que en la fosa se desarrollaría algún tipo de ritual fúnebre, aunque no implicando enterramiento en ese lugar concreto. La presencia o no de estos restos en las sepulturas de La Albufereta sirvieron a Figueras, como hemos visto, para determinar la presencia de *ustrina* u hogueras rituales (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 49).

Los huesos podrían depositarse directamente sobre el suelo, mezclados con las cenizas, o bien guardados dentro de urnas cinerarias, aunque también se observó casos en que aparecieron en ambos lugares. Probablemente estas distintas tendencias podrían marcar diferencias sociales, de edad y género, o simplemente diversas respuestas ante un ritual funerario articulado en distintos momentos o etapas. Según el excavador, esta variedad implicaría una cierta "decadencia" del rito. Hemos de destacar, sin embargo, que estas variantes podrían tener también un componente involuntario, como el excavador puntualiza. La presencia de huesos humanos en el interior de una urna y fuera de ella, esparcidos por toda la fosa⁶⁴, sería seguramente fruto de la mala ejecución de los encargados de cumplir con el rito (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 50-51).

⁶⁴ Este fenómeno se ha documentado sobradamente en gran número de sepulturas de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano, 1999) y la Serreta (comunicación personal de M^o. Paz de Miguel).

De la disposición de los huesos sobre el lecho de las fosas no contamos prácticamente con información alguna. Lafuente menciona que en ocasiones se identificaron los huesos del cráneo en la cabecera de las sepulturas (Lafuente, 1934, 20). Asimismo, Figueras asegura que también en contados casos, los restos del cráneo se hallaron en la parte central del enterramiento (Figueras, 1959, 82), con lo que entraríamos de lleno en el tema de la posible jerarquización en el trato de los restos humanos carbonizados, como veremos en el apartado referido a las urnas cinerarias.

Belda informó del hallazgo de huesos de animales en la sepultura 80 -de perro entremezclados con los humanos de la pira cineraria-, y en la 120 -esqueleto de un gato que *se debió lanzar al fuego funerario a última hora*- aunque Figueras no ratificó ni desmintió tales afirmaciones (Belda, 1947, 244). En otras necrópolis cercanas también se han constatado restos óseos animales (Rafel, 1985, 24-25), como ha ocurrido recientemente en Les Casetes (Villajoyosa, Alicante)⁶⁵.

Estos huesos de animales serían por lo general y con toda seguridad los restos más abundantes en las hogueras rituales, junto a los desechos del supuesto banquete funerario, o sea, lapas, conchas de invertebrados terrestres o marinos, avellanas, almendras, huesos de aceitunas, piñones, etc.

IV.6.3. Los elementos del “ajuar”

Incluiremos en este apartado tanto los componentes del ajuar personal del difunto como los objetos hallados en el interior de las tumbas, producto del ceremonial funerario practicado, no siendo éstos realmente propiedad del sujeto, ni componentes de su vestimenta u ornamento. Todas estas piezas tendrían, según Figueras, un valor documental, económico y artístico que los haría únicos y fundamentales para comprender el contexto cultural de la necrópolis. Pero en todas las fosas no se encontró ajuar, porque no existía o porque no se recogió (Figueras, 1950b, 2º cuaderno, 52-53). No cabe duda de que muchas piezas se perdieron bien por su delicado estado, bien debido al trato que sufrieron los materiales al ser trasladados de lugar, bien por la impericia de los excavadores. Sin embargo, resulta sorprendente el cuidado con que se exhumaron otras piezas, cuyo valor material era mucho mayor, caso del collar oriental o del llamado “grupo escultórico”.

Estos materiales serían de vital importancia, según consideraba Figueras, para distinguir entre *ustrina* y hogueras rituales, del mismo modo que podrían indicar el “género” de las sepulturas. En los *ustrina* se hallarían todo tipo de objetos, mientras que en las “piras de rito”, que responden a determinados actos concretos dentro del ritual, se hallarían otros distintos, relacionados con banquetes rituales u ofrendas alimenticias en honor al difunto (Figueras, 1943c, 33; 1950b, 2º cuaderno, 58). La colocación concreta de dichos elementos, tanto en un caso como en el otro, no viene reseñada en los escritos del excavador, aunque el azar tendría mucho que ver.

La cerámica es la gran protagonista dentro del conjunto de hallazgos que proporcionó esta necrópolis. Su presencia entre los ajuares de las sepulturas es mayoritaria y en ocasiones incluso abrumadora. Tanto tipos como decoraciones se repiten en gran medida, dotando a este emplazamiento de una fuerte personalidad. Figueras señaló que algunas cerámicas podrían haber sufrido una rotura intencionada, tras la cual se recogieron los fragmentos, amontonándose en la cabecera o en el centro de las fosas. En ocasiones, incluso advirtió que podrían colocarse con posterioridad a las cenizas y a los huesos carbonizados, encontrándose en un plano superior a estos restos (Figueras, 1950a, 197; 1959, 86).

Algunos objetos cerámicos comprendidos en las sepulturas habrían sido traídos de la propia pira funeraria, junto a los restos cremados del difunto. Si concebimos algunas sepulturas como lugar de cremación y de enterramiento al mismo tiempo (*ustrina*), estos objetos no habrían sido, por tanto, transportados. De un modo u otro, dichas cerámicas podrían haberse echado a la pira antes de que ésta se consumiese, o bien se colocaron en ella y padecieron todo el proceso. El resultado es la fragmentación y descomposición según casos, de estas piezas, así como una distinta acción del fuego en los diferentes fragmentos (Figueras, 1954b, 191).

Además, otros objetos cerámicos podrían haberse salvado de la hoguera, contando con una distinta consideración dentro del ceremonial fúnebre ibérico, y simplemente se colocaron en la fosa junto a los restos de la cremación, lo que explicaría su mejor estado de conservación, aunque podría darse alguna señal de fuego provocada por haberse situado en cierto momento junto a restos incandescentes de la pira. La fragmentación vendría dada, como expresa Figueras, por la presión de los estratos.

A partir de estas consideraciones, Figueras estableció una sistematización del papel de estos vasos cerámicos dentro del ritual funerario en cuatro categorías o funciones (Figueras, 1950a): los vasos crematorios, los relacionados con el “rito del agua”, el ajuar póstumo y las urnas cinerarias.

Dentro del grupo de los vasos crematorios, incluyó pequeños platos de bordes altos y otras piezas similares en que se observaron *restos de resinas o bálsamos y huellas inequívocas de su combustión*. Sin embargo, en otros tipos también de reducidas dimensiones como los ungüentarios estos indicios no se constataron con clari-

⁶⁵ Agradecemos la información personal de M^a. Paz de Miguel.

dad. Estos últimos contenían esencias o aceites con que se ungió el muerto o se perfumó la pira funeral y tras utilizarse se arrojarían a la hoguera (Figueras, 1934, 25; 1950a, 198). Los platos cerámicos y demás formas abiertas, como hemos visto, también tendrían un importante peso dentro del ritual funerario, fundamentalmente en dos sentidos: como tapaderas de urnas cinerarias o como contenedores de resinas, aceites, perfumes, etc. (Figueras, 1950a, 199; 1954b, 108; Rafel, 1985, 22-23).

Figueras Pacheco asegura, por otra parte, y a partir de la presencia de jarras, cántaros y ánforas en la necrópolis de La Albufereta, que dentro del ritual funerario se desarrollaba un “rito del agua”, directamente relacionado con el culto a los muertos. La gran capacidad de estas vasijas, así como la supuesta falta de todo indicador de su contenido, hicieron pensar a Figueras en una posible utilidad como contenedoras de agua, ofrendada al difunto una vez colocado en su tumba, en un acto de provisión simbólica de este líquido ante un viaje muy largo hacia la otra vida (Figueras, 1950a, 200; 1959, 86; 1963, 13).

Sobre este mismo tema Enrique Llobregat escribiría en los años 80, aunque partiendo de otros referentes, considerando el agua como medio de purificación y de regeneración de la vida. Las ceremonias fúnebres contarían con las libaciones de agua como parte esencial según este autor, debido a su elevado valor simbólico (Llobregat, 1981, 161, 164).

La mayor variedad en cuanto a tipos, tamaños y decoraciones se daría en el tercer grupo, es decir, en el del ajuar funerario, entendido de un modo amplio. Básicamente serían formas de servicio de mesa y juegos de tocador y ofrenda, tales como platos, cráteras, ungüentarios, miniaturas, *kalathoi*, etc., de procedencia tanto indígena como itálica u oriental, y que podrían contener tanto miel como *garum*, cereales, etc. (Aranegui, 1997b, 36). Este importante conjunto se caracteriza desde el punto de vista ritual por haberse encontrado por lo general en estado muy fragmentario, o al menos, por haber sufrido una rotura ritual fácilmente constatable, seguramente previa a la cremación (Cuadrado, 1952, 120), lo que contradeciría la anterior idea que los relacionaba con ciertas sustancias, y los asociaría más bien con algún instrumento de liturgia y no de ofrenda, destacando algún tipo de rotura ritual o inutilización simbólica (Figueras, 1950a, 201-202).

Especial mención dentro de este grupo requieren los pebeteros, *thymiateria* o “bustos de Tanit”⁶⁶, con un marcado carácter simbólico, pese a que desconocemos muchos aspectos metafísicos atribuidos a estos curiosos objetos, si bien distintos autores se han aventurado a opinar, como el mismo Figueras, que serían quemaperfumes o instrumentos para depositar flores, aprovechando las perforaciones de su tapa superior (Figueras, 1935, 66). Posiblemente la clave resida en el estudio e interpretación de lo que la diosa representada -Koré, Astarté, Tanit- supone dentro del ritual funerario, a lo cual intentó aproximarse Belda en su artículo de 1947 (Marín Ceballos, 1987; Pena, 1989; Ruiz de Arbuló, 1994).

Francisco Figueras no era partidario, como ya apuntamos anteriormente, para estos objetos de una ruptura intencionada, pese a que Belda sí lo defendió, como ocurría en otros casos, sino que los “bustos de Tanit” eran colocados en un lugar destacado sobre la pira cineraria, y arderían junto al difunto, de ahí el hallarse con huellas evidentes de la acción del fuego (Figueras, 1955b, 149; 1956a, 54-55). Belda consideró que estas marcas de fuego o de humo se concentrarían en el rostro de estas terracotas debido a su colocación en las fosas (Belda, 1936, 7; 1947, 255). Vemos pues que la información presentada por este autor contradeciría en gran medida lo indicado por Figueras, que no sitúa los bustos sobre las cenizas, sino en la misma pira, previamente a la cremación del cadáver. En otros casos no pasarían por la pira, sino que se depositaron cuidadosamente en la misma fosa de enterramiento, junto al resto de objetos de ajuar, en posición vertical y por lo general en un extremo del hoyo⁶⁷ (Figueras, 1945b, 11-12).

En último lugar, destaca el importante papel de las urnas cinerarias en esta necrópolis, pese a que su uso no parece generalizado. De las 170 fosas excavadas por Figueras Pacheco únicamente en 17 de ellas aparecieron vasos cinerarios (Figueras, 1950a, 202; 1950b, 4º cuaderno, cuadro 9, 33). En la cercana necrópolis de Cabezo Lucero, en cambio, el porcentaje sería sensiblemente superior, pues de un centenar de sepulturas excavadas se hallaron 27 con urna cineraria (Aranegui, *et alii*, 1993, 36).

Para desempeñar esta función de recipientes cinerarios se utilizaron cerámicas de muy diversas formas procedentes de la vajilla común indígena, en ocasiones pintadas. Estos vasos irían cubiertos, protegidos los restos que contenían de un modo simbólico y real, mediante platos ibéricos, a veces campanienses. Fenómeno más extraño y constatado a escala mucho más reducida es el sellado de la urna por medio de una piedra o adobe, para lo que tenemos el ejemplo de la sepultura 55. No obstante, el empleo de adobes como cubrición no alcanza nunca la forma de plataforma plana o escalonada, como se alcanzó a documentar en la sepultura 43 de la necrópolis septentrional del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) (Sanz, 1997, 50). Lo general sería encontrar estos vasos sin ningún tipo de cubrición (Figueras, 1935, 45, 47; 1959, 87).

⁶⁶ Ver apartado III.1.3.

⁶⁷ De hecho, gran parte de los ejemplares de La Albufereta no presentan apenas huellas de humo y muy pocos parecen haber sufrido la acción directa del fuego.

El hecho de que se hallasen en ocasiones restos humanos carbonizados dentro y fuera de las urnas sirvió a Figueras para denotar una cierta decadencia dentro del ritual funerario, cuya clave estaría en su avanzada cronología dentro del mundo prerromano (Figueras, 1950a, 202-203). Asimismo, habría pues que analizar detalladamente estos restos óseos, pues podría darse el caso de que la recogida minuciosa lo sería de los huesos largos, conservados más íntegramente, así como los del cráneo, todos ellos depositados ciertamente en las urnas cinerarias, mientras que las esquirlas de los huesos pequeños no recibirían tanto cuidado y confundiendo con otros materiales carbonizados, las cenizas y los carbones de la pira, se depositarían en la fosa, aunque fuera de recipiente alguno. Existiría de este modo, una jerarquización de los restos humanos (Rafel, 1985, 21-23).

En el caso de los objetos no cerámicos, el problema sería ligeramente distinto, pues la rotura y la degradación vendría condicionada por otro tipo de variables, tales como la oxidación, la escamación, etc., si bien su papel en el ceremonial fúnebre es igualmente significativo y su disposición en la sepultura seguiría con toda seguridad unas pautas peculiares (Figueras, 1943c, 32-33).

Figueras consideraba que la presencia de las armas en *ustrina* se debería a un deseo de hacerlas llegar al “Más Allá” junto a su propietario, una especie de “exigencia moral” resultado de una convención asumida por la comunidad. Señaló además que en ocasiones ocuparían la parte más elevada de la fosa, lo que según el excavador podría deberse a que estos objetos se depositarían en último lugar, seguramente cuando el cadáver ya estaba incinerado (Figueras, 1959, 85-86). Lafuente precisó que las armas estarían colocadas junto al cadáver en su posición habitual o formando un paquete diferenciado (Lafuente, 1934, 31). Se constata además una rotura ritual sistemática de estos elementos, que Figueras advirtió de un modo más patente en los *soliferrea*, que aparecieron fragmentados, retorcidos y doblados hasta acomodarlos al tamaño de la fosa en cuestión (Figueras, 1934-35b, 18º cuaderno, 2). Quesada considera que estas piezas aparecen dobladas sistemáticamente en forma de lazo o de ocho, lo que se explicaría por problemas de capacidad, aunque no habría que descartar también la inutilización ritual, relacionada con la existente también para el caso de las falcatas y lanzas (Quesada, 1993, 180).

La frecuencia con que las fíbulas aparecieron en las fosas es más que reveladora, pese a que carecemos de datos sobre su colocación concreta. Belda nos informa de que como resultado de la cremación, la fíbula quedaría próxima al cráneo del difunto (Belda, 1947, 243), ya que éste estaría vestido al ser colocado sobre la pira. No obstante, con la recogida de los restos óseos esta disposición quedaría definitivamente alterada.

Figueras señaló también el carácter ritual de las tabas (Figueras, 1935, 82), pese a que no se profundizó demasiado en su estudio, destacando el hecho de aparecer, como ocurrió en la sepultura nº 100, muy afectadas por la acción del fuego, lo que interpretó como otro paso dentro del ritual funerario. Serían arrojadas a la hoguera antes de que ésta se extinguiera (Figueras, 1946, 316). Estos pequeños objetos, que destacan además por aparecer formando grandes lotes como en la sepultura 100 (figura 39) responden seguramente a la idea de que al ser piezas de juego, servirían también al difunto en el “Más Allá” (Cuadrado, 1952, 122), tal y como ocurriría con las monedas, los alimentos, etc.

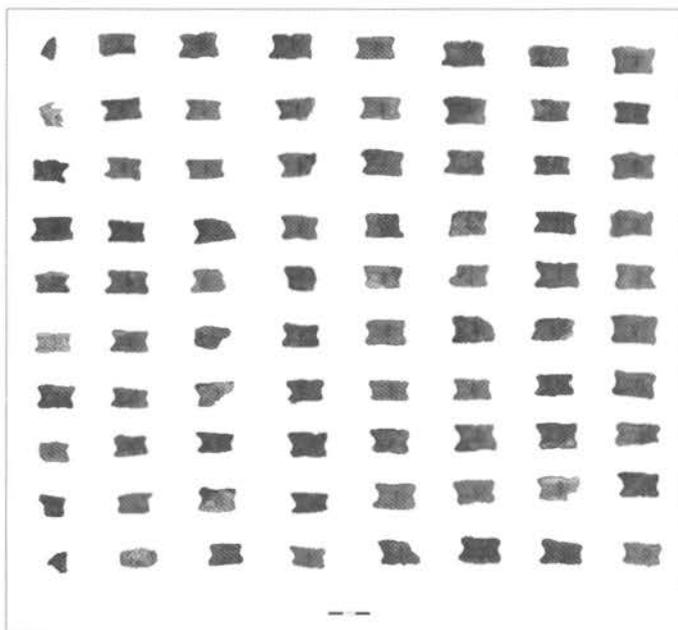


Figura 39. Conjunto de tabas recuperados en la sepultura 100.

IV.7. "GÉNERO" DE LAS SEPULTURAS

Figueras se inmiscuyó en el tema tan apasionante como resbaladizo de la indicación del sexo de los enterrados sin guardar demasiadas precauciones, aunque adelantándose en muchas cuestiones a los postulados de la Nueva Arqueología y a los estudios de género. Gran parte de las sepulturas no decían nada o muy poco sobre este tema (Figueras, 1943c, 27). Sin embargo, es de todos modos cauto al defender para el caso de las sepulturas con gran aparato bélico conservado, una adscripción masculina. Como pesa en la tradición investigadora, habría que considerar una asimilación entre distintos elementos materiales y sexos, a la que Figueras se remite.

En líneas generales, en las tumbas masculinas se hallarían básicamente armas y útiles de trabajo, mientras que en las femeninas objetos más selectos del ajuar personal, así como otros relacionados con sus labores domésticas, destacando las fusayolas y las pesas de telar, así como los collares de cuentas de pasta vítrea, pendientes y anillos, etc. (Figueras, 1943c, 27; 1946, 330; 1959, 86).

Existe una clara discriminación de ciertas producciones cerámicas por sexos. Las sepulturas con abundante cerámica serían con toda probabilidad de mujer según el excavador, pese a que la presencia de ungüentarios y pequeños pebeteros indicaría en ocasiones, sexo masculino (Figueras, 1950a, 198-201; 1959, 86). El varón también podía ser honrado con ceremonias diversas, como así demuestra la presencia de armas, que revelarían un carácter guerrero (Figueras, 1943a, 16; 1959, 85). Lafuente concreta que no sólo las mujeres no dispondrían de armas en sus tumbas, sino tampoco aquellas gentes cuya actividad principal derivaría de las tareas industriales y comerciales, no militares (Lafuente, 1934, 24).

Pese a que algunas de estas consideraciones son más que discutibles, sobre todo para el tema de la presencia de armas o de fusayolas -sepulturas masculinas y femeninas respectivamente- han sido respetadas durante décadas y aún siguen utilizándose como indicadores de género en las necrópolis ibéricas como se desprende de algunos trabajos recientes (Sanmartí, 1992, entre otros).

Un debate relacionado directamente con el sexo de los personajes enterrados en La Albufereta y con la presencia de restos óseos humanos carbonizados es el de la existencia o no de enterramientos dobles o triples en la necrópolis. Faltando todo tipo de análisis osteológicos, lo que se puede salvar parcialmente en la actualidad (Sala, Hernández, 1998; García Cano, 1999; De Miguel, 2001a; 2001b), a partir de trabajos con una metodología adecuada y funcional, Figueras no tiene reparo ninguno en catalogar las sepulturas en masculinas o femeninas, simples o dobles, infantiles o adultas.

Contamos con una interesante referencia del excavador en su folleto de 1932, *Acra Leuca. La ciudad de Amílcar*, donde comenta que durante los primeros días de la excavación Lafuente se hallaron cinco sepulturas con dos enterramientos cada una, una con tres en la misma fosa, y el resto eran individuales (Figueras, 1932a, 40), aunque desconocemos qué criterios seguiría para tal determinación, si la presencia de restos óseos, el análisis detenido de los objetos de ajuar personales o la estratigrafía vertical. No disponemos de más datos al respecto, ni de apenas materiales a partir de los cuales se puedan realizar estudios de dentición, de medición de huesos, de coloración, patologías, etc.⁶⁸

Figueras afirma que *los ustrinos lo mismo se destinaron a cremaciones de niños que de adultos* (Figueras, 1946, 317). En este sentido, destaca la constatación de inhumaciones infantiles en el interior de poblados, bajo los pavimentos de las casas (Guérin *et alii*, 1990; Oliver, Gómez, 1990; Barberà, 2000, 148). Si existiera tal y como se ha supuesto, un tratamiento funerario específico para aquellos individuos recién nacidos, sin haber recibido la ciudadanía, o el nombre, o su condición de miembros de la comunidad (Tarradell, 1965, 174-175; Guérin, Martínez, 1987-88, 243-252), este hecho contradeciría la deducción de Figueras.

Los estudios actuales parten más bien de los análisis antropológicos derivados de los restos humanos carbonizados de las fosas y no de otras consideraciones, altamente subjetivas, como las características de las sepulturas y los conjuntos materiales hallados en ellas (García Cano, 1999).

Cabe citar finalmente en esta discusión el marcado carácter bélico que Figueras pretende aplicar tanto a la ocupación del cerro del Tossal de Manises como a su necrópolis, donde se hallarían enterrados soldados. Las acumulaciones de armas en fosas determinadas de La Albufereta no necesariamente indican jefatura militar, sino un ansia de representación ante la sociedad. La jerarquía social se logra mediante el homenaje militar. No obstante, hemos de puntualizar que en la tradición investigadora se ha dado una excesiva importancia a los iberos como guerreros, consideración derivada del estudio de sus armas (Aranegui, 1992b, 319).

⁶⁸ El único estudio de que disponemos es el realizado por M. P. de Miguel (2001b), sobre los restos conservados en algunas urnas cinerarias de la necrópolis.

V. LAS CONCLUSIONES DE FIGUERAS PACHECO

En el presente capítulo presentamos de forma ordenada y sintética las principales conclusiones alcanzadas por Francisco Figueras a partir de sus investigaciones sobre la necrópolis de La Albufereta, las cuales articulamos en tres aspectos: el carácter de “unidad” del yacimiento, la cuestión de su “etnicidad” y los problemas cronológicos.

V.1. LA “UNIDAD FUNDAMENTAL”

En más de una ocasión nos hemos referido a una serie de indicios y de factores determinantes, que ya en su época llevaron a Figueras Pacheco a considerar una “unidad fundamental” desde un punto de vista arqueológico para la necrópolis de La Albufereta. Este carácter de conjunto venía condicionado a su vez por un amplio y rico conjunto material y por una serie de características constantes (Figueras, 1935, 84; 1946, 311), que dotaban al yacimiento de una personalidad propia.

Para Figueras son varios los elementos comunes y de constante aparición, hallados en la práctica mayoría de las sepulturas, como las urnas cinerarias bitroncocónicas, los lacrimatorios o ungüentarios, los *thymiateria* o las fusayolas (Figueras, 1935, 84-85).

En cuanto al ritual, el excavador dedujo un “tipo dominante”, es decir, un ritual general para toda la necrópolis⁶⁹. La configuración de todas las fosas, así como el ceremonial desarrollado sería fruto de una práctica ceremonial única, si bien con matices distintos dependiendo del caso. Lo general sería hallar las sepulturas en el horizonte único y en el estrato ordinario, con forma rectangular y piso sin endurecer, conteniendo huesos entre las cenizas, sin urna cineraria y con ajuar (Figueras, 1952b, 182-183; 1956a, 13). Éste sería el patrón seguido en un mayor número de fosas en La Albufereta.

V.2. EL “CARÁCTER ÉTNICO”

No hemos realizado apenas menciones a la adscripción cultural y cronológica de la necrópolis de La Albufereta, únicamente las tomadas directamente del excavador, fiel partidario de una denominación “ibero-púnica”, en ocasiones cartaginesa, tanto para la necrópolis como para su correspondiente ciudad situada en el cerro del Tossal de Manises. Sin embargo, Figueras no dejó realmente zanjado este punto. Pese esta imprecisión, tras el estudio del ritual y del conjunto material de La Albufereta, se mostró plenamente convencido de la “etnia” y cronologías que fijó a modo de conclusiones y que seguidamente presentaremos.

En este sentido cabe destacar el uso frecuente del concepto “raza” en muchos de los documentos analizados, con un significado no muy distinto al de “etnia”, también frecuentado por Figueras al referirse a estos pueblos antiguos, ambas denominaciones discutidas e incluso combatidas por autores posteriores (Cuadrado, 1975, 16).

⁶⁹ Ver capítulo IV.

La "etnia" o "raza" que efectuó sus enterramientos en este lugar debió poseer una serie de peculiaridades culturales y religiosas que motivaron la configuración final de la necrópolis, con todos sus rasgos unitarios y diferenciadores. Los contextos de La Albufereta serían producto de la ideología de la sociedad que enterró en este lugar a sus muertos.

V.2.1. El helenismo en La Albufereta

Encubierto parcialmente tras la abrumadora presencia de material y la densa ocupación antigua de la marjal alicantina queda el tema, no menos problemático, de la supuesta presencia griega en la zona de La Albufereta, idea procedente de la hipótesis que defendió Figueras, aunque con muchas reservas, referente a que el Tossal de Manises pudo albergar en algún momento una colonia massaliota, previa a la llegada de los cartagineses (Figueras, 1943c, 39, 1953, 58).

La helenización de la zona es un hecho constatado claramente en las fuentes documentales antiguas, de las cuales bebe este investigador, así como la mayoría de arqueólogos, en este momento (Figueras, 1936b, 6; 1947, 230; Lafuente, 1957, 34-35). Figueras Pacheco defendió más bien una "dualidad de etapas" en las colonias que los griegos fundaron en nuestras costas⁷⁰: la primera sería anterior al combate naval de Alalia -siglo VI a. C.- y generaría un inicial comercio de intercambio con las poblaciones indígenas, mientras que la segunda, massaliota, abarcaría desde el tratado de Roma con Cartago del 348 a. C. y hasta el inicio de la ocupación militar cartaginesa de la zona (Carpenter, 1925, 120; Figueras, s. a. b, 8; 1947, 193-196; 1950c, 20-21; 1952a, 426-427; 1952c, 12; 1963, 14).

Los griegos alternarían, según esta propuesta en la actualidad totalmente desfasada, su presencia en las costas levantinas con los semitas, que llenarían los espacios intermedios no ocupados por los primeros. Junto a ellos, formarían el importante sustrato colonial que daría lugar a la cultura ibérica. Estas gentes, como considera Lafuente, proveerían a los locales de objetos exóticos, tales como telas, cerámica, objetos de bisutería, etc. (Lafuente, 1957, 44), mientras que buscarían aquí una salida adecuada para productos como la plata -no encontrada más que en las minas de Sierra Morena- o la sal (López, 1977-78, 10, 12). Cerámicas de figuras de procedencia griega se han constatado en todos los yacimientos ibéricos alicantinos⁷¹.

Esta sobrevaloración del elemento helénico en nuestro litoral era herencia clara de una tradición investigadora con una base racista antisemita más que evidente (Llobregat, 1990, 64; Ferrer, 1996, 69 y ss.). Su carácter de "maestros" de los pueblos indígenas condujo a una auténtica persecución de reliquias griegas a lo largo y ancho de todo el litoral mediterráneo (Figueras, 1952a, 421). El monopolio que ejercían como elemento civilizador de sociedades más atrasadas en varios sentidos, tardó varias décadas en ir cediendo paso a otras líneas de pensamiento.

Figueras reivindicó, no obstante, esta magnificación de la presencia griega en nuestras costas, fundamentada básicamente en las referencias textuales clásicas. La posibilidad de la existencia real de una colonia griega fechable en el siglo VI a. C. y otra en el IV a. C., fue barajada seriamente en sus escritos sobre el tema, pese a que faltaba el apoyo fundamental de la Arqueología, puesto que determinados círculos de intelectuales consideraban que la necrópolis podía ser griega, teoría sustentada por el topónimo de *Akra Leuka*, que habrían aplicado los griegos en su hipotética llegada y asentamiento en el cerro del Tossal de Manises como una de sus colonias. Amílcar siglos después habría respetado tal denominación, y con el tiempo se daría la evolución *Al-Luqant/Alacant/Alicante* que culminaría con el nombre actual de la ciudad vecina. A esto había que añadir además, según palabras de Figueras, que *la topografía del Tossal, evoca la visión de las antiguas ciudades griegas*. En la necrópolis se hallaron vasos cerámicos griegos de entre los siglos VI y III a. C., y en la propia acrópolis se detectó bajo los muros romanos restos de una probable muralla griega (Figueras, 1927, 16; 1950c, 37; 1952c, 10; 1956a, 17).

La idea de la helenización de la costa alicantina pretendida por Figueras chocaba con la posterior ocupación militar cartaginesa, con la cual se mantendría la denominación de *Akra Leuka*. Pero pese a esto, lo púnico comenzaba a sobrevalorarse con respecto a lo helénico, y mientras lo segundo continuaría teniendo un puesto destacado dentro de los estudios sobre las colonizaciones prerromanas en la Península Ibérica, se inauguraba por entonces una segunda vía, una "revisión de valores" en la que se basculaba hacia una solución distinta.

⁷⁰ Estudios más recientes, como el de García Martín y Llopis García continúan aceptando esta dualidad de etapas y el importante papel de la batalla de Alalia en el cambio del comercio griego en la Península Ibérica, que se dirige primero a Tartessos y después de este acontecimiento, hacia el sureste peninsular (García, Llopis, 1996, 475).

⁷¹ Podríamos destacar al respecto, por su fiabilidad cronológica y estratigráfica, los conjuntos de El Oral (Abad, Sala, 1993, 201-203), Cabezo Lucero (Aranegui *et alii*, 1993, 87-94), La Serreta (Cortell *et alii*, 1992) o El Puntal (Sala, Hernández, 1998).

A la cultura helénica pertenecerían, según Figueras, algunos objetos obtenidos en la excavación, si bien en cuanto a cerámicas se llevaban la mejor parte los talleres suritalicos con sus piezas campanienses del siglo III a. C.⁷² El considerar que estos objetos fueron simplemente fruto de un comercio monopolizado por los púnicos-cartagineses resultaba lo más probable. El siglo IV a. C. supone, sin embargo, un momento importante de expansión económica para los griegos (Muñoz, 1968, 132). La Magna Grecia tendría un papel primordial en este sentido por proceder de ella gran parte del material importado. La Albufereta refleja de un modo relativamente claro este complejo universo de gentes y objetos móviles, pero que Figueras no supo o no pudo valorar adecuadamente debido a que los indicios eran ciertamente escasos.

V.2.2. El predominio semita

Desde muy pronto Figueras fue consciente de que la necrópolis de La Albufereta participaba de un contenido cultural algo ambiguo, debido a lo variado de su universo material y al seguimiento de unos patrones relativamente rígidos y constantes en el plano ritual. Ambos factores revelaban una adscripción cultural mixta. El yacimiento era claramente "ibero-púnico" (Figueras, 1932a, 44; 1933b, 124; 1934, 26; 1935, 86; 1936a, 5; 1936b, 11; 1943c, 35; 1946b, 312; 1959, 79) o ibero-cartaginés (Figueras, 1943a, 17), donde al importante peso del componente indígena, básico para entender todo contexto en este lugar, se sumaba una destacada aportación foránea que habría que precisar.

Contamos, por tanto, con una denominación un tanto conformista, en cuanto a que reúne en una misma idea los dos contextos culturales denotados en la necrópolis, difícilmente separables para el excavador. Pese a mostrarse plenamente convencido del "carácter cartaginés" del yacimiento, con toda seguridad debió inclinarse por la identificación "ibero-púnica" para solventar un doble problema para el que no conseguía encontrar solución. Por un lado estaba la citada imposibilidad de poder separar culturas más allá de sus principales productos industriales. En segundo lugar, y atendiendo a un componente indígena evidente pero descuidado desde el estudio arqueológico, lo ibérico tuvo mucho que ver con la configuración tanto de la ciudad del Tossal de Manises como en las sepulturas junto a ella. Además, determinados objetos materiales de los ajuares funerarios eran claramente ibéricos (Figueras, 1936a, 5).

Lafuente Vidal, tras su campaña de excavaciones, previa a la que dirigiría después Figueras, denotó también la condición cartaginesa de la necrópolis (Lafuente, 1934; 1957). En este sentido una importante baza suponía el contar con los hallazgos arqueológicos de Ibiza, con los que Figueras estableció paralelos repetidamente⁷³ (Figueras, 1935, 87). Desde los trabajos de Vives, Serra-Ràfols, etc., los descubrimientos arqueológicos realizados en las Baleares llegaron a manos de investigadores peninsulares y Figueras advirtió que en estos yacimientos parecían obtenerse materiales que guardaban una sorprendente similitud con los de La Albufereta.

El análisis del registro material y sus connotaciones ideológicas indicaban un ambiente marcadamente oriental pese a la fuerte personalidad del componente indígena. No obstante, y siendo éste último relegado a un segundo plano frente a los pueblos colonizadores, Figueras destacó por encima de todo este "orientalismo" venido de la mano de los semitas (Figueras, 1957c, 169).

Fijó además una distinción entre lo indígena y lo foráneo, partiendo de diferentes indicadores, no siempre mostrando un pleno convencimiento. Lo ibérico venía dado por el lugar del emplazamiento, típico de las necrópolis ibéricas -zona de llano, cerca del poblado, visible desde éste y desde las vías de comunicación cercanas, así como desde el mar- por el ritual crematorio y por algunos elementos materiales -urnas bitroncocónicas, platos decorados, etc.- fruto de talleres locales (Figueras, 1927, 16). La base bibliográfica de la que partía el investigador, totalmente imparcial, así como lo conocido para otras necrópolis, tanto ibicencas como andaluzas o turdetanas (Cabré, 1921), contaminaron la visión de Figueras, que se manifestó defensor de un *carácter cartaginés bien definido* para la necrópolis (Figueras, 1943c, 16, 26, 39).

La abundancia de elementos claramente de filiación cartaginesa, como los "bustos de Tanit" o fruto del comercio emprendido por éstos, llevaron a pensar a Figueras Pacheco que la presencia semita en nuestras costas no fue nada esporádico, sino que su cultura y religión caló hondo en las poblaciones que ya habitaban estos parajes (Figueras, 1945b, 26-27). Postuló que la presencia efectiva de gentes púnicas en nuestro litoral tras la batalla de Alalia, pese a su inicial carácter bélico (Figueras, 1932a, 6; 1952a, 428), en que éstos terminaron por expulsar a los griegos y sustituyeron aquellas antiguas colonias por nuevas fundaciones, si bien no fue muy duradera, sí aportó elementos culturales de importancia, como algunas producciones cerámicas, cultos orienta-

⁷² Como aclarábamos en el apartado III.1.1, Figueras se equivocaba al considerar como campanienses a la mayoría de vasos de barniz negro, de ahí tales afirmaciones.

⁷³ Las campañas más antiguas en la necrópolis ibicenca de Puig des Molins han sido objeto de una interesante revisión, publicada recientemente (Fernández, 1992).

les, objetos exóticos fruto del comercio, etc. Todo ello conducía a reorientar las investigaciones, al menos las referidas a nuestras costas, sobre la presencia de pueblos colonizadores. Los griegos cedían su monopolio a los semitas, cuya presencia física en estas tierras empezaba a ser documentada.

Llegamos de este modo de una sobrevaloración a otra. Lo púnico-cartaginés empapará todas las ideas de Figueras, así como el rumbo de la investigación desde entonces hasta bien avanzado el siglo XX, en que Enrique Llobregat, seguido de otros autores, rebatirá gran parte de los mitos construidos por la bibliografía arqueológica alicantina.

V.2.3. La identidad del iberismo

A principios del siglo XX se constata una crisis de identidad para España, iniciándose un programa de legitimación política para esta identidad, destacando la labor investigadora de figuras pioneras en el estudio del origen histórico del "pueblo español" tales como Menéndez Pidal, Gómez-Moreno, Mélida o Cabré (Olmos, 1994; Ruiz *et alii*, 2000).

En cuanto a la Arqueología, hay una caracterización de lo que podría ser la Cultura Ibérica a partir de los testimonios de las fuentes, con los cuales se intentaron relacionar los restos materiales de La Alcudía de Elche, Ampurias, Galera, Azaila, Cerro de los Santos, Osuna, etc. (Enguix, 1980, 222; Rouillard, 1999, 25-26). El denominado "problema ibérico" partía fundamentalmente del hallazgo de la Dama de Elche en 1897, que fue considerada ibérica, pero a principios del siglo XX, y a la luz de nuevos descubrimientos, el debate se reabrió.

En los años 30 el iberismo era un tema fuertemente debatido, destacando los estudios sobre la cerámica y su cronología, como los trabajos de P. Paris (1903-04), Bosch Gimpera (1915) (Figueras, 1949a, 248-249; Beltrán, 1999, 50-52) y el Marqués de Cerralbo (1916), el cual incluso realizó un incipiente estudio de los hallazgos funerarios peninsulares, convirtiéndose en uno de los temas más interesantes del momento (García y Bellido, 1944, 109), así como la relación que se intenta establecer entre la lengua ibérica y el vasco (Arribas, 1965, 32-33) y la del origen de la Cultura Ibérica.

Bosch Gimpera ya consideró que la necrópolis de El Castellar de Oliva, excavada por J. Corominas entre los años 1924 y 1925 era ibérica, aunque con una fuerte influencia "posthallstática"⁷⁴ (Bosch Gimpera, 1932, 492-494; Pla Ballester, 1973, 484-485), lo que también aplicaría Senent en El Molar (Lafuente, 1928b; 1929, 631; Senent, 1930, 16; Monraval, 1992, 9; Peña, 2003, 117-118), mientras que Maluquer de Motes mantenía su carácter céltico (Maluquer, 1954, 7).

Centrándonos en el litoral levantino, aún quedaba mucho por averiguar acerca de esta cultura. No se conocía prácticamente nada de La Bastida de les Alcuses o de Covalta, así como de La Serreta -únicamente las terracotas del santuario- o de La Alcudía de Elche, de donde únicamente se disponía de los datos antiguos proporcionados por Albertini o Ibarra (Llobregat, 1969, 48). No obstante, los hallazgos de Azaila, el Cabecico del Tesoro o el Cerro de los Santos corroboraban la idea de la existencia de un grupo cultural diferenciado en gran parte de la Península Ibérica, que para el caso valenciano, algún autor llamó a denominar "Cultura del Levante Español" (Pla Cargol, 1949, 244).

Sin embargo, y pese a los avances logrados con respecto a la delimitación del mundo ibérico, comenzó por entonces a configurarse simultáneamente una opción distinta, que partía de la propuesta de mestizaje entre celtas e iberos formulada por Modesto Lafuente (1930) y basada en las fuentes documentales clásicas. Nacía de este modo la tesis "celtista", que junto al "vascoiberismo" -que identificaba la lengua vasca como un residuo de la ibérica-, vinieron a marcar los años iniciales de la década, aunque influyeron en escritos muy posteriores. La defensa del iberismo vino por aquellos años de mano de los investigadores catalanes, que buscaban en esta cultura su individualidad como pueblo, destacando los estudios de Bosch Gimpera al respecto (Bosch Gimpera, 1932). Por el contrario, Gómez Moreno se preocupó por asimilar nacionalismo español y Cultura Ibérica (Gómez Moreno, 1949, 28-34; Ruiz, Molinos, 1993, 18; Ruiz *et alii*, 2000).

Pese a este encendido debate los investigadores valencianos no alcanzaron a formular una teoría al respecto. Deste Alicante surgió un fuerte sentimiento provincialista antivalenciano, dirigiéndose sus miras hacia otros referentes. Es en este contexto en el que se encuadran las excavaciones de La Illeta de Campello, El Molar, El Tossal de Manises o La Albufereta, en las cuales se sobrevaloró el carácter púnico de la zona, fundamentalmente condicionado por el esplendor que se derivaría de la fundación de *Akra Leuka*. Únicamente desde Madrid se secundaba esta teoría (Ruiz *et alii*, 2000).

Francisco Figueras era consciente de la existencia de un importante sustrato indígena sobre el cual ejercía una presión cultural y religiosa más que evidente la presencia física de griegos y púnicos, pueblos que influirían decisivamente en la configuración de la cultura local, hasta el punto de conformar la *fase más brillante de*

⁷⁴ Básicamente a partir del estudio de las urnas de orejetas esferoidales y las fibulas anulares, que hoy sabemos que son ibéricas.

nuestro iberismo, que se encuentra según este autor, a finales del siglo III a. C. y principios del siguiente (Figueras, 1945b, 22; 1952a, 431; 1955b, 148). Figueras apuntó además una relación de dependencia entre una artesanía importada, exótica y de gran calidad y belleza, y los productos manufacturados localmente. A partir del establecimiento cartaginés en nuestras costas, se disparaba un proceso que este autor define como de “aprendizaje” (Figueras, 1952a, 430).

A todo ello se sumaba la tesis de la participación de iberos como mercenarios al servicio de los ejércitos púnicos en Sicilia y sur de Italia (Figueras, 1952a, 428; Lafuente, 1957, 77), fenómeno que se iniciaría a principios del siglo V a. C. (Lafuente, 1949, 218; García y Bellido, 1976; Aranegui, 1997b, 49). García y Bellido consideró que los influjos culturales más potentes se deberían a la participación ibérica en las huestes de Aníbal y Asdrúbal Barca en Italia durante la 2ª Guerra Púnica, a fines del siglo III a. C. (García y Bellido, 1935a, 20-21, 24).

La gran cantidad de material ibérico documentado en las fosas de La Albufereta, fundamentalmente cerámico, empañaba de algún modo la visión unitaria de Figueras, para el cual las sepulturas respondían a la ocupación cartaginesa de la acrópolis del Tossal de Manises, y por tanto, pertenecían a púnicos. Los iberos aparecían en sus conclusiones como un mero pueblo sometido a los colonizadores, revestidos de una superioridad en todos los sentidos. Resulta curioso de que el propio Figueras no dudara del carácter ibérico de La Illeta de Campello, en donde la gran cantidad de material indígena fechable en el siglo III a. C. -falcatas, cerámicas ibéricas-, junto a importaciones que perfectamente encajaban en este momento, no ofrecían duda alguna (Figueras, 1934, 42; 1943a, 16).

Todos estos elementos serían los que progresivamente harán advertir a Figueras un fallo en su sistema inicial. De hecho, en su obra general de 1959, ya afirma resignadamente que *quienes llenaron estas fosas, fueron los iberos y los cartagineses*. Al final de esta misma publicación, incluso llega a afirmar que se habían hallado *las fosas en que dormían los soldados de Amílcar, al lado de nuestros abuelos los iberos* (Figueras, 1959, 88, 148-149). Esta idea sería la que daría plena validez, según este investigador, a la denominación de “ibero-púnico”, concepto que utilizaría entre otros Ramos Folqués años después (Ramos Folqués, 1973, 363-386).

Los intercambios recíprocos de materiales entre conquistadores y conquistados sería una solución insuficiente para explicar un fenómeno que se apreciaba mucho más complejo. El iberismo se caracterizaba por la heterogeneidad, fruto de un largo proceso de contactos con pueblos coloniales. En el caso de La Albufereta esta variedad de objetos de procedencias diversas se veía matizada por una avanzada cronología. Figueras consideraba que el iberismo observable en la zona era un estadio cultural pleno dentro del mundo indígena, muy próximo a la romanización (Figueras, 1947, 201; 1948b, 146; 1957c, 174).

Del mismo modo que en Alicante existía un empeño por localizar a toda costa indicios de poblamiento semita, al sur de la provincia de Valencia destacaba el deseo de celtizar a los iberos, del que el discurso científico no pudo deshacer durante décadas (Pla Ballester, 1973, 485). Alcanzó a afirmar, tras descartarse incluso un origen atlántico -defendido en principio por Bosch Gimpera- o norteafricano (Fletcher, 1960, 200), que los iberos eran únicamente *celtas mediterraneizados por griegos, púnicos y romanos* (Enguix, 1980, 225). El nacionalismo franquista pretendió sustituir a los iberos por los celtas, idea que se puso en práctica desde la Comisaría Nacional de Excavaciones Arqueológicas y a través de una tupida red de comisarios, así como a partir de figuras tan destacadas de la intelectualidad del momento como Nieto, Martínez Santa-Olalla o Cabré (Ruiz *et alii*, 2000).

Debido a esta situación, estallaron diversas opiniones en contra, destacando la celebración de los Congresos Arqueológicos del Sudeste Español (C.A.S.E.) y sobre todo la labor de D. Fletcher desde el Servicio de Investigaciones Prehistóricas de Valencia. Este investigador se alzó como uno de los defensores de la identidad del pueblo ibero, siendo muy crítico con las fuentes clásicas. Publicó su “Defensa del iberismo” en 1949 con la finalidad básica de contraatacar estas ideas celtistas, que incluso negaban la validez de las fuentes clásicas, reivindicando el autoctonismo y la continuidad étnica de las gentes que habitaban la fachada mediterránea peninsular (Fletcher, 1949, 168-178; 1951, 119; 1983, 16-17; Olmos, 1994, 325; Bonet, 1999, 122-123).

Los años 50 suponen una crisis dentro del iberismo (Enguix, 1980, 224; Ruiz Molinos, 1993, 19). Como otros muchos autores, Martínez Santa-Olalla alcanzó a negar la existencia de la Cultura Ibérica tal y como la conocemos (Martínez Santa-Olalla, 1946, 87-88, 93, 98). García y Bellido, por su parte, defendía que esta cultura no se habría desarrollado plenamente hasta el fin de las Guerras Púnicas (García y Bellido, 1943b, 30). Frente a estas ideas, heredadas de la investigación tradicional que potenciaba sobremanera la importancia del componente helénico en la aculturación de las sociedades indígenas, reaccionaría el espíritu combativo de Domingo Fletcher, que consiguió simplificar este panorama, siendo partidario de un origen local, enriquecido por las aportaciones de diversos pueblos mediterráneos (Fletcher, 1960, 202).

A partir de todos estos conocimientos y con el paso de los años fueron surgiendo los primeros estudios de síntesis sobre el mundo ibérico como el de Arribas (1965), que presenta un estado de la cuestión sobre el tema y comienza a perfilarse una coyuntura adecuada para dar salida a nuevos estudios sobre el tema.

A mediados de los años 60 el asunto del origen de la escultura ibérica había sustituido al de la cerámica. Llobregat comenta que la investigación tradicional intentó explicar la escultura ibérica con criterios que partían exclusivamente de la Arqueología clásica decimonónica, lo que fue solucionándose paulatinamente con los descubrimientos de estatuas bien fechadas estratigráficamente, aunque autores como García y Bellido parecían empeñados en adscribir las a la romanización (Llobregat, 1966). Cuadrado afirmaría una década más tarde que aún faltaba mucho por conocer de la Cultura Ibérica, sobre todo debido a la manipulación política de lo que se había considerado como ibérico, entendido como lo propio, lo "español" (Cuadrado, 1975, 16, 21).

La Cultura Ibérica se entiende en la actualidad como el resultado de la conjunción en diversa medida del sustrato cultural de cada lugar y sus condicionantes geográficos, a lo que se suma la intensidad de la penetración de la cultura de los "Campos de Urnas", el influjo orientalizante tartésico y la actividad colonial y comercial fenicia, púnica y griega (Quesada, 1992, 13).

En conclusión, y regresando de nuevo al tema de la necrópolis de La Albufereta, el ambiente general del yacimiento sería mixto: griego, púnico e ibérico. Sin embargo, Figueras se decantaba claramente hacia lo semita, no valorándose debidamente el componente ibérico (Figueras, 1935, 86-89; 1936a, 5; 1940c, 11; 1952c, 22, 1955b, 152, 157; 1956a, 15, 17-18; 1963, 24).

V.3. PROBLEMAS DE CRONOLOGÍA

Las tumbas de La Albufereta se concibieron como conjuntos cerrados, siendo datados los contextos por el objeto más moderno. La atención al elemento material era básica en la interpretación de Figueras Pacheco para fijar cronologías, aunque éste se mostró incapaz de determinar una datación definitiva para todo este variado conjunto de hallazgos⁷⁵. En el caso concreto de la necrópolis el recurso más frecuentado fueron las alusiones a la etnia o cultura más que a un marco cronológico preciso. Sí pareció considerar, no obstante, que los ajuares no iban más allá del siglo III a. J. C., lo que denominó "el siglo de los Bárcidas", sin descartar que algunas sepulturas fueran del siglo siguiente (Figueras, 1935, 89-90; 1946b, 312).

Los principales indicadores para el excavador tanto cronológicos como culturales fueron desde un principio las monedas púnicas y los "bustos de Tanit", asociándose su cronología a la presencia de los Barca en nuestras costas hasta su derrota frente a Roma y al inicio del culto de la diosa Tanit entre los cartagineses, a principios del siglo IV a. C (Figueras, 1955b, 151; 1956a, 16-17). Otros elementos de los cuales mencionó dataciones concretas serían las cerámicas griegas, que se enmarcarían entre los siglos V y III a. C., así como el famoso altorrelieve o "grupo escultórico", fechado hacia las últimas décadas del siglo III a. C. e inicios del siglo siguiente. Del resto de materiales, tanto cerámicos como vítreos o metálicos no pudo precisar fechas concretas, a lo que se sumaron las deficiencias del registro y el no hallar estructuras asociadas que ayudasen a establecer contextos aproximados (Figueras, 1950a, 197; 1950c, 37; 1955b, 158).

Considerando que la necrópolis, según su excavador, era "ibero-púnica", la cronología se debía ajustar a tal afirmación, fijándose a partir de la segunda década del siglo III a. C., momento en que se produce la presencia cartaginesa en estas tierras, y en concreto, la llegada e implantación de las tropas de Amílcar en la ciudad del Tossal de Manises. Además, las cerámicas campanienses denotaban una cronología avanzada, pero siempre previa a la plena romanización del territorio, durante las primeras décadas del siglo II a. C. (Figueras, 1936a, 5; 1936b, 11; 1940c, 19; 1943c, 35; 1945, 23; 1946b, 327; 1947, 227; 1948b, 144; 1951, 165; 1956a, 16-17; 1959, 88). La necrópolis no iría más allá del principio de la ocupación romana (Figueras, 1943a, 16), por lo que su "vida" sería únicamente de unas pocas décadas (Figueras, 1947, 223).

⁷⁵ Caso contrario es el de Lafuente Vidal, que sí se atrevió a defender que la cronología del yacimiento abarcaría los años comprendidos entre el 226 y 195 a. C. (Lafuente, 1957, 50).

VI. LA NECRÓPOLIS DE LA ALBUFERETA HOY

Las excavaciones en el Tossal de Manises y en La Albufereta inspiraron numerosas publicaciones de la mano de sus investigadores principales, destacando entre ellos Francisco Figueras Pacheco, y a lo largo de las décadas siguientes distintos autores retomaron el tema para difundir sus hipótesis. Sin embargo, y contrariamente a lo que ocurriría con el Tossal de Manises, los terrenos que fueron ocupados por la necrópolis no volvieron a requerir la atención ni de investigadores ni de autoridades, únicamente de empresas constructoras, que idearon diversos proyectos de urbanización, aprovechando su buena situación junto al mar y la benignidad del clima.

La intensa actividad agrícola emprendida en la zona de la antigua albufera primero, y la edificación descontrolada más tarde, derivada de una expansión residencial sin precedentes, ha provocado la sobreexplotación del terreno, culminando en una transformación radical del paisaje original. Ciertamente el proceso despega con enorme fuerza a principios del siglo XX, tras la desecación definitiva de la laguna que ocupaba gran parte de los terrenos⁷⁶ y al quedar agotados los ensanches urbanos de la ciudad de Alicante efectuados durante la centuria anterior. El movimiento migratorio de las zonas rurales cercanas a la ciudad y el interés por explotar el litoral con fines turísticos provocaron el inicio de una seria modificación paisajística (Pérez, Olcina, 2000, 266).

Los terrenos de La Albufereta sufrieron a partir de finales de los 50 una enorme presión por parte de las empresas constructoras, pero en el caso del Tossal de Manises se pudo salvar el yacimiento a partir de la actuación de investigadores de la talla de Lafuente, Ramos Folqués, Tarradell o Llobregat (Abad, 1984, 60-61; Nordström, 1961a, 47; Llobregat, 1969, 51; 1972, 64-65; 1989, 1; 1990, 90; Olcina, 1990, 167; Olcina, Ramón, 2000, 392; Pérez, Olcina, 2000, 273-274; Tarradell, Llobregat, 1966-68). Esta labor culminó a inicios de la década de los 90 con el inicio de las nuevas excavaciones en la acrópolis, con el fin de lograr una puesta en valor y la musealización de las ruinas conservadas, pese al levantamiento de un auténtico "telón de cemento" de edificios que terminaría por desvincular el yacimiento de su entorno más inmediato (Llobregat, 1990, 92; Olcina, Pérez, 1998, 14, 23; Pérez, Olcina, 2000, 280; Vicens, 1990, 26-28).

Mientras que el Tossal de Manises se erguía como un coloso, a sus pies, La Albufereta sucumbía al paso del tiempo y su memoria únicamente perduraría gracias a las numerosas publicaciones que atendían a la importancia de este yacimiento.

El yacimiento de La Albufereta ha desaparecido o se encuentra sepultado bajo terraplenes y construcciones varias⁷⁷. Ya en 1961 Solveig Nordström informa que *ahora no se ve nada, habiéndose destruido la necrópolis por la arena y los ladrones* (Nordström, 1961a, 47-48). El tramo final del barranco ha sido explotado por el Ayuntamiento de Alicante como aparcamiento de vehículos, función relacionada con la afluencia masiva de turistas desde los años 60 a la playa de La Albufereta (Box, 1987, 198).

⁷⁶ Sobre esta cuestión más información en el apartado 1.4.

⁷⁷ Apartamentos, viales de comunicación, y también en la actualidad bajo una nueva rambla artificial.



Figura 40. "Vista" de la zona de La Albufereta desde el cerro del Tossal de Manises en la actualidad.

Cabe destacar, en cambio, y a partir de numerosas excavaciones de urgencia efectuadas en diversos solares de La Albufereta desde finales de la década de los 80, el mayor conocimiento de que disponemos en la actualidad sobre el pasado histórico de esta zona. En este sentido podemos citar los sondeos efectuados por la Unidad de Conservación del Patrimonio Histórico Artístico Municipal del Ayuntamiento de Alicante (COPHIAM) en la avenida de la Condomina nº 36 en 1988, en la finca "El Chinchorro"⁷⁸ (Rosser, Hernández, 1990, 20-21; Rosser, 1993a, 31-32, 61-63) y en la calle Rómulo en 1992 (Pérez Burgos, 1994, 45-66), los dirigidos por E. Llobregat y J. Uroz en la necrópolis altoimperial del Fapegal en 1989, las excavaciones en la villa romana y necrópolis del Parque de las Naciones (Rosser, 1990-91), en la villa y necrópolis tardoantiguas de Castillo Ansaldo (Rosser, 1993a, 19-21, 42; 1994, 76, 80), y en el Cerro de las Balsas durante los años 1990 y 1991, donde se descubrió un poblado ibérico amurallado datado en los siglos IV y III a. C. (Rosser, 1993a, 59-60; Mula, Rosser, 1993, 105-116; Rosser, *et alii*, 2003). Todas estas intervenciones han venido a matizar la densa ocupación antigua de esta zona y las peculiaridades del *territorium* circundante al Tossal de Manises (Olcina, Pérez, 1998, 87-90).

VI.1. LA NECRÓPOLIS COMO REFERENTE BIBLIOGRÁFICO CLÁSICO

El propio Figueras Pacheco ya consideraba la necrópolis ibérica de La Albufereta como uno de los principales hitos de la Arqueología española (Figueras, 1935, 48), lo que se vería confirmado a lo largo de las décadas por distintos investigadores. Más de medio siglo después, Rubio indicaría que este mismo lugar se había convertido en todo un clásico dentro del iberismo (Rubio, 1986, 9).

Los descubrimientos realizados en La Albufereta, sumados a la gran cantidad de noticias anteriores y posteriores, convirtieron a la acrópolis del Tossal de Manises, pero sobre todo, a la necrópolis en referentes bibliográficos básicos. La divulgación de los hallazgos, a partir primero de la prensa local y poco después de los primeros escritos y artículos publicados, les convirtieron en dos yacimientos muy conocidos en su tiempo, así como también en la actualidad (Abad, 1984, 64; Abad, Abascal, 1992, 33).

⁷⁸ Cerca de esta finca se hallaron nueve incineraciones ibéricas de entre los siglos IV y III a. C. que proporcionaron escaso material (Rosser, 1993a, 64).

VI.1.1. Los primeros estudios y los años de continuidad

Los primeros trabajos acerca de la necrópolis de La Albufereta vinieron de la mano de Lafuente Vidal, el principal instigador de la tesis del "cartagenismo" de los yacimientos alicantinos, con una gran aceptación en la época (Abad, 1984, 183-184). Fue además el primer comunicador de los resultados obtenidos en las excavaciones, aunque se limitó a ofrecer una visión fragmentaria y parcial. Este investigador no manifestó una evolución en sus estudios, pues prácticamente desde los años 30 hasta sus obras de síntesis de los años 50 mantuvo la misma postura⁷⁹. Su asimilación de la ciudad del Tossal de Manises con la *Leukon Teijos* de las fuentes clásicas, fundación massaliota de la segunda mitad del siglo IV a. C., quedando *Akra Leuka* para el Benacantil, constituyó su principal error (Lafuente, 1949, 221-222; 1955, 21; 1957, 8, 24; Uroz, 1981, 247; Abad, 1984, 180), pese a que esta idea fue seguida fielmente por su directa discípula años después, S. Nordström.

Lafuente, junto a Figueras, es una figura clave para entender el éxito y la propagación de la idea del "cartagenismo". No obstante, su exaltación choca con la moderación de Figueras. Es su complemento indispensable, y en más de una ocasión recoge las teorías cartagenistas formuladas por Figueras adaptándolas según sus necesidades (Abad, Abascal, 1992, 59).

Como hemos visto a lo largo de todo este trabajo, la obra de Figueras Pacheco es increíblemente extensa, versando la mayor parte de sus escritos sobre la necrópolis de La Albufereta, dando a conocer por primera vez los avances que se estaban efectuando en nuestra Arqueología a la comunidad científica. Figueras es el representante de un "cartagenismo" más moderado y reflexivo que el manifestado por Lafuente (Abad, 1984, 183) y sus trabajos presentan un tratamiento más amplio, menos rígido. Su obra de 1956, pese a que contenía numerosos planteamientos ya expuestos en los años 30, fue respetada por muchos investigadores durante décadas, precisamente por presentar la necrópolis desde sus múltiples aspectos de un modo sintético.

Gracias a las excavaciones emprendidas en los años 30 y sobre todo, a las publicaciones que al respecto realizaron tanto José Lafuente como Francisco Figueras, dando a conocer parcialmente sus resultados, en un momento en que la Arqueología alicantina empezaba a escapar de su estado embrionario, lograron que esta provincia y sus yacimientos se convirtieran en mención obligada en numerosos estudios sobre la Antigüedad a nivel peninsular. Esta Arqueología alicantina vivirá una auténtica "Edad de Oro" y estos autores sentarán las bases del debate arqueológico que en determinados aspectos hoy perduran (Abad, 1984, 36, 176).

Tras la estela de Lafuente y Figueras se encontraba el Padre Belda, que por su parte, también realizará alguna publicación a raíz de su participación en los trabajos de campo en La Albufereta. En el artículo titulado "Las figuras femeniles de la necrópolis de La Albufereta (Alicante)" (1936) realiza una breve síntesis de las características físicas de los "bustos de Tanit", así como también de sus implicaciones en el ritual funerario y en la religión púnica, aportando una serie de datos que no hallamos en los escritos de Figueras y que destacan por su imprecisión. Sí coincide con este investigador en muchas cuestiones, destacando el recurrido tema de la procedencia ibicenca de estos objetos, que partirían en su realización de arquetipos griegos, si bien representando una idea oriental. Sobre este mismo tema Belda volvió a hacer hincapié en su comunicación para el II Congreso Arqueológico del Sudeste (1947), si bien desde un punto de vista más amplio, tratando detalladamente el ceremonial fúnebre, así como cuestiones de estratigrafía.

El religioso prestaba atención a temas formulados por él mismo una década antes, utilizando para ello su propia terminología, difícilmente equiparable a la empleada por Lafuente o Figueras, aunque se observa que mayoritariamente sus consideraciones se encuentran más cercanas a las tesis del primero. Analiza materiales de varias campañas, centrándose sobre todo en los primeros hallazgos en La Albufereta, otorgándoles cronologías por lo general muy modernas, alcanzando los principios del siglo I a. C.

García y Bellido se mostró interesado desde muy pronto por los descubrimientos de La Albufereta, en concreto por sus terracotas (García y Bellido, 1935b, 27-29). Pero no será hasta después de la Guerra Civil cuando comenzaron a proliferar nuevos estudios que citaban más o menos explícitamente algunos aspectos de las excavaciones alicantinas de Lafuente y Figueras. Tal es el caso de Benoit y su artículo sobre escultura ibérica (1949) o el estudio de J. M. Mañá sobre las ánforas púnicas de la Península Ibérica e Ibiza, citando los ejemplares valencianos de La Albufereta y La Bastida (Mañá, 1951, 203-210). Astruc incluirá una referencia a los fragmentos de cáscara de huevo de avestruz en su trabajo de 1951 con motivo del reestudio de la necrópolis de Villaricos.

Cabe destacar en este momento el enorme peso de los distintos congresos y reuniones celebrados en toda nuestra geografía, donde participaron Francisco Figueras, José Lafuente y el Padre Belda, siendo el segundo el más prolífico y presentando numerosas comunicaciones en los Congresos Arqueológicos del Sudeste, a partir de las anotaciones realizadas durante la campaña de excavación que dirigió. Con la creación de los Congresos

⁷⁹ Véanse sus obras de 1932 y 1957, con un título ligeramente distinto, y que comprenden los mismos postulados.

Nacionales de Arqueología, éstos se convertirán en el principal foco de irradiación de conocimientos arqueológicos a nivel estatal.

El intercambio de información entre los conferenciantes, a nivel peninsular, queda patente en las referencias plasmadas por unos y otros. Gratiniano Nieto, por ejemplo, en su trabajo presentado al III Congreso Arqueológico del Sudeste sobre el Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia), y pese a que considera a esta necrópolis como ibérica, menciona algunos objetos de ascendencia púnica, como una figura femenina de terracota dando el pecho a un niño, representación que asegura similar a otras representaciones de Puig des Molins, Es Cuyram o La Albufereta (Nieto, 1947, 181).

Durante las décadas de los años 50 y 60, Lafuente y Figueras repitieron constantemente las mismas ideas que mantenían en los años 30, utilizando textos redactados por entonces y retocándolos ligeramente (Llobregat, 1969, 36; Abad, 1984, 187). En este sentido y con respecto a La Albufereta, se inician dos líneas de investigación referidas a los conjuntos materiales de la necrópolis que culminarán a fines de los 60. G. Trías investigará las cerámicas griegas de figuras (Trías, 1967), mientras que A. Salvá estudiará las importaciones de cerámicas lisas (Salvá, 1969).

Vicente Martínez Morellá tomó el relevo en la investigación sobre muchas cuestiones derivadas del origen de la ciudad de Alicante como correspondiente de la Real Academia de la Historia y cronista de esta ciudad. Muy interesado por la Arqueología (Llobregat, 1989, 1), publicó periódicamente reseñas sobre la Historia de la investigación alicantina, mencionando a ilustres arqueólogos de la preguerra.

Francisco Figueras Pacheco moría el 1961 y José Lafuente lo haría cinco años más tarde. Cabe destacar que, curiosamente, hay homenajes póstumos en prensa para Lafuente Vidal (Martínez Morellá, 1966b) y para José Belda (Martínez Morellá, 1969), pero no hay lugar para Figueras. De hecho, incluso se mantiene la idea de Lafuente sobre el nombre antiguo del Tossal de Manises, *Leukon Teijos* (Tarradell, Martín, 1970, 25), pero las nuevas excavaciones en este yacimiento cambiarán para siempre este panorama.

Emeterio Cuadrado mostró a partir de este momento un gran interés por el tema de los braseros metálicos, a raíz fundamentalmente del descubrimiento de un ejemplar de bronce en la tumba 57 de la necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia), citándose además los fragmentos de otros posibles braseros en El Molar y La Albufereta. Este autor señaló que tradicionalmente se había adscrito estas piezas a la cultura púnica, pero ni en Ibiza ni en Cartago se habían hallado objetos similares. En cuanto a la cronología, aventuró una época muy moderna para el ejemplar alicantino, fechándolo en el siglo II a. C., aunque poco después retrocedería hasta el III a. C. (Cuadrado, 1952; 1957, 150-160; 1966, 7-8, 29-31, 67-69).

Este mismo autor incluyó también a La Albufereta en su catálogo de yacimientos arqueológicos con cerámicas de barniz rojo en su revisión de 1961. Únicamente cita varios ejemplares con el barniz en gran parte perdido, los cuales tuvo la ocasión de analizar personalmente en una visita realizada al Museo Arqueológico Provincial de Alicante (Cuadrado, 1961, 185).

A. Balil, partiendo del análisis de las fuentes clásicas y de los indicios arqueológicos conocidos retomó el tema de la presencia púnica en nuestras costas (Balil, 1957, 111-112). Asimismo, M. Pellicer reflexionó sobre esta misma cuestión en el Mediterráneo occidental con motivo de un estudio sobre la necrópolis de Cerro de San Cristóbal (Almuñécar), citando a la necrópolis de La Albufereta -a la que denomina Tossal de Manises- como yacimiento "de claro predominio cartaginés" (Pellicer, 1964, 402).

Arribas publicó en 1965 un estudio de conjunto sobre la debatida Cultura Ibérica, dando por supuesto la asimilación entre *Akra Leuka* y Alicante. Citaba además a La Albufereta, indicando que era ibérica y arrancaba en el siglo V a. C., pero no demostrando adecuadamente sus conclusiones (Arribas, 1965, 87, 116, 163).

Llegados a este punto hemos de prestar especial atención a Solveig Nordström. En la obra de esta investigadora se aprecia de un modo más evidente la continuidad en las teorías cartagenistas, siguiendo literalmente a Lafuente en todas sus tesis (Llobregat, 1969, 44; Abad, 1984, 35, 187), incluyendo la cuestión de la colonia griega de *Leukon Teijos* (Nordström, 1961a, 36, 41; 1961b, 1) y resumiendo todas sus ideas en su libro *Los cartagineses en la costa alicantina* (1961a), el cual tuvo una gran aceptación en aquellos años (Signes, 1962, 1). Para esta autora, en La Albufereta se hallarían los restos de trabajadores de la tierra y del mar, no de guerreros, conclusión alcanzada seguramente al contemplar los restos de redes de pesca y los anzuelos obtenidos durante la campaña Lafuente. Cabe destacar que en cuanto al estudio de los materiales, utiliza el trabajo de Lamboglia sobre las cerámicas campanienses (1952), aunque falla en la denominación de "ibero-cartaginesas" para algunas producciones (Nordström, 1961a, 51, 53-60). Su propuesta se encontraba claramente contaminada por el hilo argumental cartagenista.

Años después, Nordström retomaría el tema de las cerámicas ibéricas pintadas en un estudio a modo de *corpus* sobre los hallazgos alicantinos (Nordström, 1969; 1973), plasmando una clara evolución en sus planteamientos al partir de una base más sólida. La Albufereta es presentada como un yacimiento dentro de la órbita de lo ibérico y al analizar los conjuntos cerámicos de determinadas fosas incide en la importancia de las cerámicas

locales pintadas y sus paralelos con las de otros yacimientos similares. La cronología propuesta para este lugar abarcaría entre el siglo IV y el III a. C., aunque con una breve penetración en el siguiente (Nordström, 1969, 31-51).

Cabe citar también el estudio de Muñoz Amilibia sobre los pebeteros ibéricos en forma de cabeza femenina o *thymiateria*, publicado en 1963, que revolucionó el tema de los “bustos de Tanit”, siendo seguido por numerosos investigadores hasta la actualidad. Señaló que estos objetos eran frecuentes en las zonas de influencia griega (Ampurias, Ullastret) y cartaginesa (Ibiza), así como en todo el ámbito levantino. Sobre los ejemplares del sureste peninsular, donde defiende una intensa actividad comercial griega y cartaginesa, reseña los hallados en Benidorm, Elche y La Albufereta en Alicante, Cabecico del Tesoro en Verdolay (Murcia) y Villaricos en Almería. La cronología propuesta para estas piezas sería de fines del siglo IV a. C. hasta mediados del II a. C. Años después, sin embargo, rectificaría sus conclusiones y defendería una difusión a partir de los contactos comerciales y la presencia de los Barca en España desde el 238 a. C. (Muñoz, 1963, 10-11, 20-25, 33, 44; 1968; Marín, 1987, 44).

VI.1.2. De “ibero-púnica” a “ibérica”. La aportación de Llobregat Conesa

Tras estas décadas de relativa continuidad, a finales de los 60 y principios de los 70 llegó el momento de la renovación, cuyo principal motor fue E. A. Llobregat Conesa, siendo su interpretación la más aceptada hasta nuestros días. Desde su llegada a Alicante se encargó de desmontar falsas teorías y formular otras nuevas sobre el pasado de estas tierras, consciente de la *hipertrofia punicizante de la erudición alicantina* (Abad, 1984, 38; 2000, 39-41; Llobregat, 1973, 11).

Desde su cargo de director del Museo Arqueológico Provincial de Alicante supo sintetizar razonadamente lo que nadie se atrevía a afirmar abiertamente: que la necrópolis de La Albufereta no era “ibero-púnica”. En cuanto al Tossal de Manises mostró siempre un enorme interés por su excavación y, de este modo, del museo partieron importantes iniciativas por continuar las investigaciones en este lugar. De este modo, Llobregat se convirtió en el mejor conocedor de la Arqueología alicantina e inició una corriente de investigación arqueológica haciendo uso de una metodología férrea, y con sólidos cimientos (Abad, 1984, 61, 187-189).

Llobregat fijó definitivamente la identificación tanto del Tossal de Manises como de las necrópolis de El Molar o La Albufereta como yacimientos ibéricos, aunque marcados por un fuerte elemento foráneo procedente del mundo griego y púnico. La influencia cartaginesa sobre la costa alicantina sería casi nula, y nunca pasaría de lo meramente comercial (Abad, 1984, 187-189). En el artículo titulado “Hacia una desmitificación de la Historia Antigua de Alicante. Nuevas perspectivas sobre algunos problemas” (1969), planteó numerosos temas que serán desarrollados posteriormente. Criticó la tesis cartagenista de Lafuente, basada fundamentalmente en los escritores clásicos, afirmando que no tenía rigor científico alguno, y chocaba cada vez más con los descubrimientos arqueológicos. Los únicos yacimientos cartagineses constatados y comprobados en la Península Ibérica eran Villaricos y Cartagena, así como los de Ibiza en las Islas Baleares (Llobregat, 1969, 44-47).

En primer lugar, Llobregat era partícipe de la gran difusión que habían alcanzado en el saber popular de los alicantinos términos como *Akra Leuka*, *Lucentum* o Amílcar, en honor del cual incluso se había reutilizado un mausoleo del desaparecido cementerio de San Blas para convertirlo en cenotafio de dicho caudillo cartaginés, al que se añadió una copia de la inscripción griega conservada en el Museo Provincial⁸⁰ y considerada durante mucho tiempo como su epitafio (Llobregat, 1969, 35). Era visión era claramente heredera de los escritos de Lafuente y Figueras, que habían quedado anclados en el pasado, lo que se sumaba al aislamiento de España tras la Guerra Civil y a la falta de publicaciones en la época (Llobregat, 1969, 36-37, 49).

Con el tiempo lo que se había considerado púnico pasaba a ser ibérico o de importación griega o itálica. La dominación cartaginesa en las costas alicantinas únicamente duraría según Llobregat dos décadas y no pasó de lo estrictamente militar. Quedó zanjado también el tema de la localización de *Lucentum*, con la consideración de que no se encontraba en el Tossal de Manises -cuyo nombre en la Antigüedad quedaba en el aire-, como *Akra Leuka*, sino que estaba bajo el barrio alicantino de Benalúa (Llobregat, 1969, 50-51, 53, 55; 1982, 35-36).

Todas estas ideas junto a otras nuevas consideraciones serían recogidas y resumidas en su *Contestania ibérica* (1972), obra que supone un importante hito en la Arqueología al conformar el primer compendio exhaustivo de yacimientos ibéricos de la región alicantina, así como el primer intento serio de delimitación y sistematización de una de las “culturas ibéricas”, la contestana (Abad, 2000, 43).

La Albufereta ocupa un papel destacado dentro de los yacimientos contestanos, una vez probado su carácter ibérico y pese a no contar con publicaciones modernas⁸¹ y son numerosas las referencias. Llobregat reflexio-

⁸⁰ Ver apartado II.2.

⁸¹ De hecho, este libro de Llobregat será el punto de partida de Rubio Gomis en su investigación, así como el de numerosos estudios posteriores.

na sobre el concepto de “ibero-púnico”, el cual no tenía cabida ni en este yacimiento ni en La Alcudia, donde también sería aplicado, pues ambos lugares revelaban una Cultura Ibérica plenamente desarrollada. Llobregat ratifica que la extensión de la necrópolis era incierta (Llobregat, 1972, 73, 77), y en cuanto a la historia de las excavaciones, matiza lo impreciso de la duración de las campañas, desarrolladas en plazos irregulares, pese a que los períodos en que se emprendieron trabajos sí son deducibles a grandes rasgos. El final de las excavaciones ciertamente fue motivado por el estallido de la Guerra Civil, pero no por el agotamiento del yacimiento, pues incluso los límites de éste no pudieron asegurarse plenamente en el momento de la excavación.

En La Albufereta existía una abrumadora cantidad de material ibérico (Llobregat, 1972, 77). En este sentido, cabe destacar el breve estudio de los materiales que realiza el autor, en el cual especifica un predominio de las importaciones áticas de barniz negro. Las cerámicas áticas de figuras rojas tendrían una fecha de fines del siglo V a. C., al igual que un fragmento de figuras negras. Estas fechas tan antiguas se deberían a que la necrópolis arrancarían en estos momentos o a que a inicios del siglo IV a. C. determinados individuos aún conservaban vasos algo más antiguos. Las campanienses A, en cambio, proporcionaban una fecha del III a. C. Al hablar de las producciones ibéricas seguirá el estudio de S. Nordström, fijando una cronología del siglo IV a. C. y parte de la centura siguiente (Llobregat, 1972, 74-76), opinión que será seguida por todos los investigadores (Abad, 1984, 46; Abad, Sala, 1992, 146).

Uno de los objetos emblemáticos de la necrópolis alicantina eran los *thymiateria* en forma de cabeza femenina, para los cuales Llobregat puntualizó que tendrían un origen ibicenco, gregoitálico o incluso podrían ser fruto de una manufactura local a partir de los modelos de Ibiza, fechables en los siglos IV y III a. C. Otros objetos púnicos o procedentes del comercio desempeñado por éstos serían los huevos de avestruz, las cuentas de collar, los amuletos como el de forma de Horus y las monedas.

En La Albufereta, Figueras informaba del hallazgo de catorce monedas bárquidas del tipo ebusitano del cabiro en el anverso y un toro embistiendo a la izquierda en el reverso, que indicarían por su cronología -no posterior al siglo III a. C.- el final de la necrópolis. Todos estos objetos serían producto de una relación material, suntuaria, pero también existiría una serie de influencias “religiosas o celtas” que alcanzarían hasta el cambio de Era y que serían difíciles de precisar a partir de los escasos y deficientemente documentados hallazgos arqueológicos (Llobregat, 1974a, 303, 306, 316, 319-320).

VI.1.3. La reorientación de las investigaciones

La década de los 60 culmina con un estudio sobre las cerámicas griegas de figuras rojas y de figuras negras halladas en la Península Ibérica y Baleares, de manos de Trías de Arribas. Concebida esta obra como un catálogo documental de tipo histórico-arqueológico, parte de un estudio de dispersión de hallazgos y de la representación gráfica, con criterios cuantitativos, generalizando el modelo en grandes zonas de influencia. Para ello la autora establece además una delimitación temporal en periodos breves, así como otra de tipo geográfico en dos grandes grupos: el del noreste peninsular, en relación con *Emporion*, *Rhode* y *Massalia*, y el del sureste, en el que se incluye La Albufereta (Trías, 1967, XLII).

El análisis se centra en las escenas representadas en el cuerpo de los vasos, a partir de lo cual se busca identificar los talleres de fabricación y sus cronologías. La autora parte al hablar de La Albufereta de los textos de Belda, Lafuente y Figueras, esencialmente de éste último, bajo cuya dirección se hallaron más fragmentos de cerámicas de figuras rojas, ofreciendo una cronología para este yacimiento de fines del V a. C. y el siglo siguiente (Trías, 1967, 364-369).

En 1969 se publica un artículo de A. Salvá sobre las importaciones de cerámica ática lisa halladas en La Albufereta, lo que supone un nuevo intento, junto a su artículo sobre las cerámicas “precampanienses” (1967) de adecuar los datos ofrecidos por las excavaciones antiguas al moderno discurso científico, utilizando para ello un exhaustivo análisis de las piezas concretas y una plasmación gráfica de los resultados, en vistas a poder ser contrastados con los contextos de otros yacimientos arqueológicos. Se presenta un interesante cuadro estadístico en que se comparan las formas de cerámica ática de barniz negro -que ya no denomina “precampaniense”-, tanto de la necrópolis de La Albufereta, como de El Cigarralejo (Mula, Murcia) y del poblado de La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia). Para el caso alicantino, la autora manifiesta que su emplazamiento costero condicionaría una mayor diversidad formal, por estar en un punto clave para el comercio levantino. Del mismo modo, aprovecha para refutar nuevamente el carácter cartaginés del yacimiento, defendiendo que el material hallado en las sepulturas sería básicamente ibérico, junto con algunas importaciones griegas, que darían una cronología del siglo IV a. C. (Salvá, 1969, 135-136).

Otros estudios también presentan referencias a La Albufereta, como el trabajo de Pla Ballester sobre la necrópolis de El Castellar (Oliva, Valencia) (Pla Ballester, 1973, 494), el de Gil-Masarell sobre las necrópolis ibéricas de las provincias de Valencia y Castellón (Gil-Masarell, 1973), o el de San Nicolás sobre los huevos de

avestruz (San Nicolás, 1975, 79, lám. I, 98). Pero pese a los aires de cambio, en el catálogo realizado por Gérard Nicolini y publicado en 1973 con el título *L'art et la civilisation de l'Espagne Antique. Les ibères*, aún se sigue la asimilación *Akra Leuka*-Alicante y el carácter púnico de este lugar, reproduciéndose algunas piezas de La Albufereta (Nicolini, 1973, 16-17, 44, 46, 103-106, 140).

VI.1.4. La tesis de F. Rubio

“La cerámica de importación de la necrópolis de La Albufereta (Alicante)” (1975) supone el primer avance sobre el estudio material de esta necrópolis de manos de Federico Rubio Gomis, en el que se plantean algunas de las dificultades de este yacimiento excavado de antiguo, optando por una cronología amplia, de fines del siglo V a mediados del III a. C., a partir de los productos cerámicos importados (Rubio, 1975, 105-106).

Este primer ensayo tendrá su continuidad en un nuevo artículo, titulado “Acerca de la cronología y otros datos de la necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante” (1982) La influencia de Llobregat se deja sentir en este autor, que reflexiona sobre la mayor presencia de piezas de barniz negro ático frente a los ejemplares campanienses⁸². Por su parte, las importaciones áticas de figuras no podrían fecharse antes del tránsito entre los siglos V y IV a. C. (Rubio, 1982, 147).

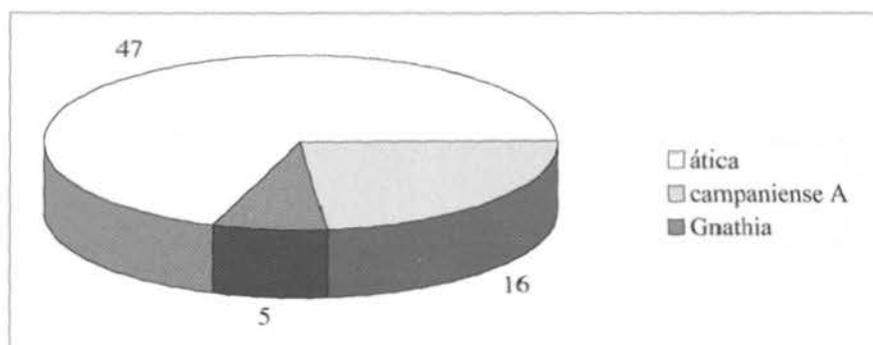


Figura 41. Piezas de barniz negro de La Albufereta según Rubió (1982, 148).

El momento final de la necrópolis vendría indicado según este autor por la cerámica campaniense, considerada como el principal elemento de cronología junto a la ática, así como también la cerámica de barniz negro y decoración a base de pintura blanca que el autor adscribe al taller de Gnathia (figura 41).

Rubio advierte un cambio significativo en la llegada de importaciones hacia el momento central de uso de la necrópolis, lo que comparado con la cronología de las sepulturas que pudieron presentar este dato con garantías, indicaba una clara recesión que considera de “índole humano”, tanto económica como social, afectando a los habitantes de la ciudad situada en el Tossal de Manises (Rubio, 1982, 148).

Partiendo de estos primeros artículos se va configurando una nueva explicación que cobrará forma completa en la tesis doctoral de Federico Rubio, publicada el 1986. Es el primer y último intento claro de recopilación y puesta al día sobre las excavaciones antiguas en La Albufereta, contando además con la ventaja de disponer de determinada información proporcionada por personas que participaron personalmente en los trabajos de campo. Esta obra parte de la idea de un estudio global, atendiendo a diversas cuestiones, aunque gran parte de la misma no deja de ser un mero catálogo de objetos, para los que recurre a los textos de Lafuente, Belda y fundamentalmente de Figueras, a partir de los cuales se establece una propuesta de reconstrucción de tumbas y ajuars insuficientemente justificada.

A través del trabajo de Rubio se observa claramente el desorden y confusión que caracterizaron los fondos del Museo Arqueológico Provincial de Alicante durante años, afectando particularmente a los objetos de esta necrópolis. Era necesaria una inmersión en profundidad entre todos estos materiales, que podían ofrecer aún más información sobre nuestro pasado. Articulándose el estudio en dos grandes bloques, referidos a las dos

⁸² En la actualidad estas cuantificaciones quedan invalidadas tras la revisión realizada por Morel, quien reconoce y clasifica en su tesis muchos de los vasos tradicionalmente considerados áticos como producciones itálicas y cartaginesas del siglo III a. C. (Morel, 1981).

fases de la excavación con diferentes direcciones, Rubio trata primero la campaña de Figueras⁸³, de la cual se disponía de información más abundante y de mayor calidad, pese a que sabemos que cronológicamente fue posterior a la de Lafuente.

Rubio presenta un inventario de materiales en que figura tanto la numeración otorgada por Figueras en sus obras como la utilizada en el Museo Arqueológico, encabezada por las siglas NA (Necrópolis de La Albufereta) o ALB (ALBufereta). Esta última sigla se colocaría únicamente a las piezas con barniz negro, desconocemos por qué razón. En cuanto a la descripción de materiales, cabe destacar la adecuación a la nueva terminología de conceptos antiguos. De este modo, y tomando como punto de referencia a Llobregat y Nordström, introduce acepciones como "botella", "kalathos", etc.

El inventario presentado por Rubio, sin embargo, presenta numerosas deficiencias, con descripciones escuras e imprecisas, referencias bibliográficas desfasadas, errores de copia, confusiones de números y de montaje de láminas, falta de escalas en los dibujos, mala calidad de las fotografías, etc. En resumen, este estudio padece una falta de claridad y profundidad esenciales.

Las sepulturas son datadas fundamentalmente a partir de las cerámicas campanienses -y tomando como principal referencia el estudio de Cuadrado sobre El Cigarralejo de 1963-, que ya vimos que eran escasas, y a partir de la superposición de sepulturas, utilizando un sistema de fechación *ante y post quem*. La cronología propuesta sería del tránsito de los siglos V al IV hasta mediados del III a. C. (Rubio, 1986, 386).

A partir de varias gráficas comparativas, Rubio especifica que el tipo más corriente de sepulturas es el que presenta ajuar, predominando la cerámica ibérica y los objetos metálicos de armamento. Constata además ciertas "tendencias" en la presencia de ciertos tipos materiales, como la aparición de *thymiateria* junto a lacrimatorios y la ausencia de cerámica en sepulturas con armas (Rubio, 1986, 341).

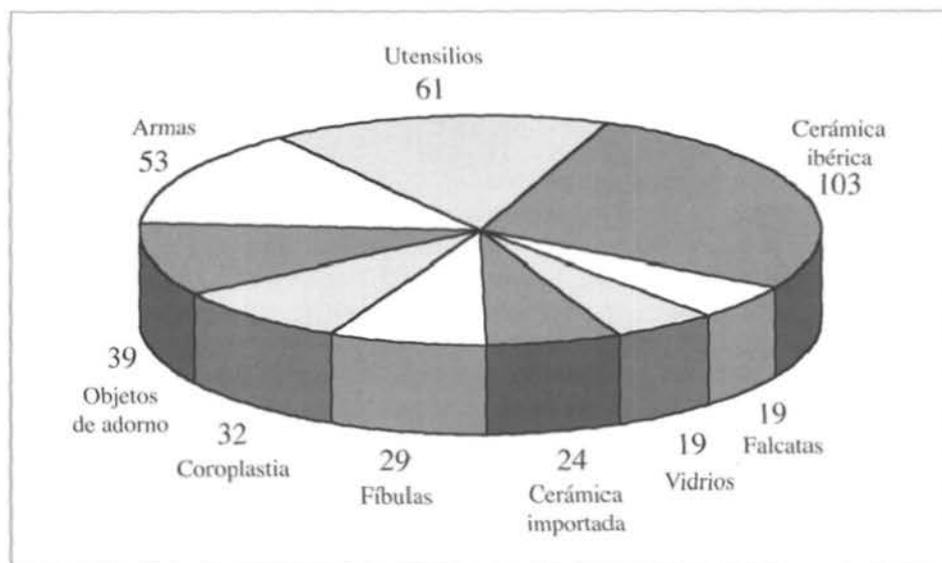


Figura 42. Frecuencia de aparición de cada tipo material en las sepulturas de La Albufereta, según Rubio (1986, 339).

Seguidamente el autor realiza una breve reflexión tipológica sobre cada grupo de elementos materiales, comenzando por las importaciones cerámicas (Rubio, 1986, 342 y ss.). Sobre todos ellos establece clasificaciones formales en tipos y subtipos, esquemas que únicamente se podrían aplicar al estudio de esta necrópolis, pues no contempla, con excepción de la tipología de ungüentarios de Cuadrado (1977-78) -que modifica y reformula para clasificar cada ejemplar alicantino- o de algunas especies metálicas como las fíbulas o las armas, la posibilidad de interrelacionarse con otras tipologías conocidas (Rubio, 1986, 354-358, fig. 138).

El tema de la tradicional consideración de púnica o ibero-púnica para La Albufereta es retomado por Rubio de nuevo, afirmando que lo único que apoyaba en la actualidad las tesis cartagenistas de Lafuente y Figueras era básicamente la presencia de alguna moneda ibicenca, las cuentas de pasta vítrea, las figurillas egipcizantes y los escasos fragmentos de huevos de avestruz, todos ellos reveladores de un ambiente ciertamente semita (Rubio, 1986, 388-389).

⁸³ Las descripciones son tomadas literalmente de la obra de Figueras *La necrópolis iberopúnica de la Albufereta de Alicante* (1956a) y del inventario publicado en 1971.

Acerca del ritual funerario, Rubio manifiesta una serie de conclusiones, como la ausencia total de *ustrina*⁸⁴, la escasa costumbre de utilizar urnas cinerarias para los restos humanos carbonizados, y la falta de cenizas y huesos en algunas fosas, pudiendo no ser sepulturas (Rubio, 1986, 389-390).

El siguiente paso es el cálculo del número de individuos que fueron enterrados en La Albufereta y del de habitantes de que constaba la población a que correspondía la necrópolis, lo cual demuestra, según el autor, un auge en el uso del área cementerial durante la primera mitad del siglo IV a. C. (Rubio, 393 y ss.).

Desgraciadamente, el proyecto de estudio completo sobre La Albufereta quedó a partir de lo visto en este trabajo en un mero catálogo de materiales y poco más. Rubio no utilizó toda la información disponible acerca del tema, fundamentalmente la obra inédita, que fue descartada. Sin embargo, se plantea nuevas cuestiones, como la datación por las importaciones cerámicas y el establecimiento de paralelos. Pero todos los esfuerzos son escasos. Se echa de menos un análisis pormenorizado de los tipos materiales, para los cuales en ocasiones únicamente disponemos de las escasas descripciones del catálogo, el cual, como hemos comentado, presenta graves carencias. Tampoco se atiende especialmente al ritual funerario, a la búsqueda de paralelos, etc.

VI.2. ESTADO DE LA CUESTIÓN ACTUAL

La bibliografía arqueológica sobre las necrópolis ibéricas ha aumentado sobremanera en cantidad y calidad durante las últimas décadas, empezando con los estudios de Gil-Mascarell (provincias de Castellón y Valencia) (Gil-Mascarell, 1973), Fletcher Valls (La Solivella, Corral de Saus) (Fletcher, 1977), Llobregat (Contestania), Oliver Foix (Ebro-Palancia) (Oliver, 1981), Esteve (El Bovalar y otras necrópolis castellonenses) (Esteve, 1966), Aranegui (1979), Aparicio (1988), Martínez García (1989), Hernández Alcaraz (1997), etc., trabajos desde los cuales se ha podido empezar a diseñar un mapa de distribución de las necrópolis conocidas. Del mismo modo para zonas circundantes, se han emprendido estudios de conjunto como el de Blánquez o Sanz para el sureste de la Meseta (Blánquez, 1990; 1999; Sanz, 1997).

En el verano de 1980 comenzaron las excavaciones sistemáticas en la necrópolis ibérica de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante), por un equipo integrado por C. Aranegui, A. Jodin, P. Rouillard, J. Uroz y E. A. Llobregat, lo que marcaría un importante hito en el estudio del mundo funerario ibérico del sureste español, por ser uno de los proyectos pioneros con un "componente disciplinar múltiple" (Aranegui, 1992a; Aranegui, *et alii*, 1993). En El Molar, otra necrópolis conocida de antiguo, se retomaron los trabajos, explorándose en 1982 una zanja en donde se localizaron los restos de lo que se consideró un *silicernium* (Monraval, López, 1984, 145; Monraval, 1992, 13). La Serreta también es objeto de nuevas excavaciones en 1987, en las que también participa un amplio equipo de profesionales durante varias campañas (Cortell *et alii*, 1992; Abad, Sala, 1992, 147; Moltó, Reig, 1996). Durante los veranos de 1983 y 1984 el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia excava en la necrópolis ibérica de Las Peñas (Zarra, Valencia) (Martínez García, 1989, 7). Asimismo, excavaciones en necrópolis ibéricas emblemáticas como las de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) (García Cano, 1997; 1999), han aportado datos más interesantes sobre el mundo funerario indígena prerromano.

Cabe destacar en este momento el Congreso de Arqueología Ibérica celebrado en Madrid a principio de los años 90, reunión que se centró en el tema de las necrópolis, marcando un punto de inflexión en el interés y valoración de este tipo de yacimientos. La visión general para el ámbito levantino será obra de Lorenzo Abad Casal y Feliciano Sala Sellés (Abad, Sala, 1992). Mata Parreño publicará un año después un interesante estudio de síntesis en que retoma tanto las ideas planteadas en Madrid como gran parte de la tradición historiográfica sobre estas cuestiones (Mata, 1993). En este mismo sentido historiográfico se encuadra otro interesante artículo de Ricardo Olmos, centrado en los problemas ceramológicos e iconográficos de la Cultura Ibérica (Olmos, 1994).

VI.2.1. Los años 80

Esta nueva década es inaugurada, como hemos visto, con la tesis de F. Rubio sobre la necrópolis de La Albufereta, yacimiento que había alcanzado tal difusión en esta época que el mismo Llobregat la llega a denominar "celebrísima necrópolis" (Llobregat, 1981, 155). Esta obra ejemplifica en cierto modo el espíritu revisionista pero moderado que despegaba ya con Llobregat en los 70 pero que ve ahora más que nunca, nuevas perspectivas de estudio y un campo de investigación cada vez más amplio.

En cuanto a la provincia de Alicante, nuevas generaciones de arqueólogos retoman los debates que parecían durante varios lustros haber quedado aparcados, reivindicando una salida al estancamiento en cuanto a excavaciones y el uso de nuevos métodos de trabajo e investigación (Aparicio, 1988, 421).

⁸⁴ De hecho, cuando Figueras utiliza esta palabra se refiere realmente a *busta*.

El academicismo y la erudición tomados en un sentido clásico, que se mantenían en parte en los que podremos definir como los "herederos directos" de los antiguos excavadores, muy respetuosos con la tradición investigadora y con sus principales averiguaciones⁸⁵, evoluciona a un modo de entender la Ciencia arqueológica más heterodoxo y no tan preocupado por la forma, sino por la objetividad y el rigor. Figuras como Enrique Llobregat o José María Soler serían los pilares básicos desde donde se comenzaría a trazar la estructura de la nueva Arqueología alicantina, en la cual la presencia semita tenderá ahora a minimizarse.

Por su parte, Oliver Foix publica en 1981 un estudio que supone una actualización sobre el tema del mundo funerario ibérico para las comarcas septentrionales del País Valenciano, donde desde hacía décadas se acumulaban hallazgos funerarios de muy diversa entidad. Este autor propone para el altorrelieve de La Albufereta una curiosa interpretación, considerando a la figura masculina como un guerrero muerto o dispuesto a morir en batalla (Oliver, 1981, 235).

Latorre Nuévalos, por otro lado, sistematiza el conocimiento sobre la panoplia ibérica levantina, recorriendo los principales hallazgos de armamento, tanto ofensivo como defensivo, en los yacimientos ibéricos valencianos, mencionándose La Albufereta como uno de los principales. Cabe destacar que Latorre toma como fuente la publicación de Figueras de 1956, y afirma que en la necrópolis se excavaron 170 sepulturas (Latorre, 1979, 156-166, 171, 176), con lo que no tiene en cuenta a José Lafuente. A partir de los datos analizados para todo el Levante, el autor plantea además cuestiones como el género de las sepulturas, la combinación de tumbas ricas y pobres en una misma necrópolis, y la belicosidad o no de los iberos. Sobre la primera idea, afirma que tres cuartos de las fosas excavadas en la necrópolis alicantina eran masculinas y únicamente 55 contaban con ajuar bélico (Latorre, 1979, 171-176).

En estos años se celebra una mesa redonda sobre La Baja Época de la Cultura Ibérica (Madrid, 1979), en la cual Cuadrado participa disertando sobre las necrópolis ibéricas de época plena y tardía. Entre ellas, cita La Albufereta, caracterizada por la uniformidad del ritual y el predominio de tipos cerámicos ibéricos, destacando la abundancia de unguentarios. La cronología propuesta, partiendo de Lafuente (1934) y Figueras (1956a) sería de fines del siglo V a. C. al siglo II a. C. (Cuadrado, 1981, 58-59).

José Uroz vuelve a incidir en una cronología antigua para la necrópolis, enclavándola en la primera etapa de la Cultura Ibérica, entre los siglos V y III a. C., presentando su apogeo en el siglo IV a. C. También destaca la fuerte influencia de Ibiza con respecto a las producciones cerámicas importadas (Uroz, 1981, 105-106, 172, 189, 199, 211). Recordemos que Figueras ya defendió en su momento la preponderancia del comercio cartaginés frente al griego.

E. Llobregat realiza una particular reflexión desde un punto de vista metafísico sobre una posible relación entre la imagen del toro, la presencia de agua -tanto en manantiales, como en ríos o el mar-, y los contextos funerarios ibéricos, destacando La Albufereta, donde se podría constatar esta relación. Tanto en este lugar como en la necrópolis de Cabezo Lucero se localizaron pequeñas copas o vasitos caliciformes para beber, que seguramente se relacionarían con algún tipo de libación o uso de agua purificadora sobre el cadáver (Llobregat, 1981, 150-156, 161-163; Aranegui, *et alii*, 1993, 105).

Un material que no había recibido especial atención hasta el momento eran las ánforas. J. Ramón publica en 1981 un estudio sobre la circulación de ánforas fenicias y púnicas en Ibiza y su llegada a tierras peninsulares. Destaca concretamente cuatro ejemplares de La Albufereta del tipo Mañá D y de cronología imprecisa (Ramón, 1981, 27). Ribera, por su parte, cataloga las ánforas prerromanas del País Valenciano, destacando en este trabajo el capítulo referido a las producciones púnicas, para las cuales parte esencialmente de la tipología de Mañá (1951). Menciona los ejemplares tanto del Tossal de Manises como de la necrópolis de La Albufereta, datándolos entre los siglos IV y III a. C. (Ribera, 1982, 71, 78-81), cronología modificada posteriormente por Ramón, proponiendo fechas más recientes, del último cuarto del III y primeras décadas del II a. C. (Ramón, 1991, 87-88).

D. Fletcher realiza un nuevo estado de la cuestión sobre la Cultura Ibérica en su folleto *Els Ibers* (1983), y este mismo año Abad Casal recoge en un artículo sobre La Serreta (Alcoy) la mención a una pátera de barniz negro de La Albufereta con medallón en relieve situado en el fondo del plato y perteneciente a la excavación Lafuente (ALB-1540), así como una pátera gris umbilicada para libaciones (NA-6021) (Abad, 1983, 188, 191). Este mismo autor publica también un interesante libro titulado *Los orígenes de la ciudad de Alicante* (1984), en que recoge brevemente todo el saber alcanzado hasta principios de la década de los 80, para relanzar nuevas preguntas a partir de un estudio sintético y concreto, sobre la Antigüedad más remota de la ciudad. Este trabajo se encuentra articulado de modo similar a las obras de síntesis que Figueras Pacheco redactó en la década de los 50 (Figueras, 1950c; 1956a; 1957a; entre otras).

En cuanto al tema de lo ibérico, en estos momentos se asiste a un cambio, en que comienzan a proliferar los estudios y se define el proceso de iberización que aconteció en nuestras tierras. Dentro del listado de emplaza-

⁸⁵ Caso de S. Nordström.

mientos ibéricos descubiertos, que día a día va aumentando, se incluye La Albufereta, junto a lugares que ahora empiezan a conocerse mejor, como Cabezo Lucero, El Oral, la Illeta de Campello (Olcina, 1997), etc. Destaca la noticia de hallazgos casuales de cerámica ática de figuras rojas y material ibérico en el llamado "Cerro de las Balsas", dentro del paraje de La Albufereta (Abad, 1984, 33-34), lugar que comenzaría a excavar en la década siguiente.

Abad retoma la información sobre La Albufereta ya depurada por Llobregat, a quien sigue fundamentalmente, puesto que la tesis de Rubio aún no ha sido publicada, añadiendo un interesante dato al respecto. La acrópolis del Tossal de Manises y la necrópolis eran yacimientos complementarios *pero no estrictamente superponibles*, pues los ajuares de las fosas abarcaban una cronología muy concreta, entre los siglos IV y III a. C. La necrópolis de La Albufereta era un yacimiento "genuinamente ibérico", cuyo estudio contaba -y cuenta- con el principal obstáculo de la reconstrucción de ajuares. Pese al empeño de Figueras en sistematizar y ordenar esta información, su registro, como hemos podido comprobar, presenta graves carencias. De Lafuente no conocemos prácticamente nada (Abad, 1984, 36-38).

Page del Pozo publica en 1984 un detenido estudio sobre las imitaciones cerámicas ibéricas de influjo griego de las provincias de Valencia, Alicante y Murcia. Estas copias, que no siempre reproducirían a la perfección el original, suelen aparecer en las sepulturas, revelando según la autora, una aceptación por parte de las poblaciones indígenas de algunos elementos de la costumbre griega del banquete ritual o de las libaciones, al ser formas vinculadas con tales funciones, lo que, por otra parte, no debería ser obligatoriamente de este modo (Page, 1984, 90-91, 181).

Para el caso de La Albufereta, Page data las imitaciones ibéricas *-kantharos, kylikes, etc.-* en el siglo IV a. C. Del mismo modo, señala la presencia de imitaciones procedentes de talleres secundarios, no ibéricos, seguramente ibicencos, que fabricarían piezas con una gran difusión hacia el Levante y el sureste peninsular, como ocurriría en la necrópolis alicantina (Page, 1984, 57 y ss., 164-173).

Las imitaciones ibéricas indican refinamiento, un cambio en las costumbres, o como mínimo, una necesidad de vajilla de lujo la cual es inaccesible por su elevado coste. El resultado: gran variedad de nuevas formas que enriquecen el ajuar cerámico ibérico. En cuanto a los influjos púnicos, destaca la cuestión de los pequeños cuencos o páteras, considerados por Figueras Pacheco o Nordström como pebeteros o quemaperfumes, y por Page como lámparas de aceite según la costumbre semita (Page, 1984, 183-184).

Partiendo también del ámbito murciano, García Cano realiza un breve pero exhaustivo recorrido por el comercio griego en el Mediterráneo Occidental durante los siglos IV y III a. C. a partir de los hallazgos cerámicos de figuras rojas en el sureste peninsular (1985). El autor concreta que la mayoría de las cráteras en este momento se atribuyen al grupo del pintor del Tirso Negro *-Retorted painter-* o con estilos muy similares. Uno de los temas representados en estas piezas serían las escenas de *symposion*, como en la crátera hallada en La Albufereta, que presentaría una cronología aproximadamente entre el 380 y 350 a. C., al igual que algunos ejemplares de *kylix* de pie bajo del Grupo de Viena 116 (NA-5980), *kylix-skyphos* y una tapadera de *lekanis* (NA-6029). García Cano propone para el sureste una vía de penetración de estas piezas por el río Segura, aunque no podrían descartarse nuevas opciones. El volumen de estas importaciones tiende a caer desde mediados del siglo IV a. C. y terminan con el estallido de la Segunda Guerra Púnica (García Cano, 1985, 62, 66-69).

En 1984 se publica un interesante estudio sobre los tejidos en el mundo ibérico y se mencionan detalladamente los restos hallados en la sepultura 81⁸⁶, que se identifican como lino (Alfaro, 1984, 243 y ss.)

T. Chapa presenta en 1985 su importante estudio y catálogo sobre la escultura zoomorfa en el mundo ibérico, mencionando dos ejemplares procedentes de La Albufereta: el toro esculpido en caliza blanquecina aparecido según los excavadores al fondo de un pozo en la playa, cerca de la necrópolis, y los cuartos traseros de un bóvido, hallazgo casual efectuado en la finca de "Las Balsas", por lo tanto, seguramente vinculado al poblado ibérico situado, como hemos indicado anteriormente, en un pequeño cerro al otro lado de la antigua albufera⁸⁷. La autora plantea una aparición de las figuras de toros escultóricos en zonas cercanas a la costa, presentando una tipología en que clasifica todos los ejemplares documentados en la Península Ibérica. Las piezas de La Albufereta pertenecerían al grupo A-1 (cuartos traseros de bóvido, caracterizados por su realismo) y B (toro de la playa, en posición de reposo) (Chapa, 1985, 41; 151-153, fig. 3).

Continuando con los estudios sectoriales, destaca la figura de Lenerz-de Wilde, que en su artículo de 1986 en *Aquitania* menciona un ejemplar de falcata de La Albufereta con decoración de damasquinados de plata (Lenerz-de Wilde, 1986, 276). Del mismo modo, destaca su obra en dos volúmenes *Iberia celtica. Archäologische Zeugnisse keltischer Kulturen auf der Pyrenäenhalbinsel* (1991), donde partiendo básicamente de los datos publicados por Figueras Pacheco en 1956, reproduce algunas de las piezas metálicas procedentes de la necrópo-

⁸⁶ Ver III.7.

⁸⁷ Ver III.4.

lis, tales como una fíbula con incrustación -inventariada con el nº 626-, un broche de cinturón decorado -nº 175- y varias falcatas, prestando especial atención a la decoración damasquinada (Lenerz-de Wilde, 1991, 40, 86, 264-265, lám. 4-7). Este autor propone una posible vinculación céltica para algunos motivos decorativos sobre falcatas ibéricas.

Regresando al tema de la iconografía cabe citar el interesante artículo de M. C. Marín Ceballos sobre el posible culto a la diosa púnica Tanit en la Península Ibérica (1987), para lo cual retoma el estudio de Muñoz Amilibia (1963) sobre los *thymiateria* o pebeteros de cabeza femenina, piezas cuyo prototipo pretende situar en el área púnica de Sicilia (Marín, 1987, 45). Tras un exhaustivo repaso de los ejemplares hallados en excavaciones antiguas y en otras más recientes de Sicilia occidental, Cartago y norte de África, Cerdeña e Ibiza, la autora destaca la presencia de estos objetos en algunos yacimientos alicantinos, como en el Tossal de la Cala (Benidorm) (Belda, 1947, 328 y ss.; Llobregat, 1972, 60-61), en La Albufereta, y en el castillo de Guardamar (Abad, 1986, 17-18; 1992; Marín, 1987, 49-50, lám. 1).

La enorme difusión de estas piezas por el Levante peninsular y la variedad tipológica de éstos son las principales razones que impulsan a la autora a pensar más que en un origen ibicenco, como proponía Llobregat (1974a, 303-304, 319), en una producción local. Este culto podría haberse difundido entre los iberos, como también parecía demostrar la presencia de figuras femeninas en terracota, con aspecto helenizante. El tipo de figura femenina entronizada y amamantando a un niño, muy difundido por el Mediterráneo, derivaría de prototipos griegos, desde donde se extendería por la Magna Grecia y Sicilia, siendo en esta isla desde donde pasaría al mundo púnico. En La Albufereta, por su parte, destacaría el ejemplar de la tumba 100, con aspecto helenizante pero elaborado de un modo "torpe", lo que considera la autora para atribuirlo a una producción local. Esta divinidad o diosa madre también lo sería del "Más Allá", custodiando a los muertos *en su camino hacia esa vida ultraterrena*, de ahí su presencia en sepulturas (Marín, 1987, 51-53, 55, 60-63, 71, láms. 13 y 14).

Hemos de considerar también el excelente estudio de Ruano Ruiz sobre la estatuaria pétreo ibérica publicado en tres tomos en 1987. En el catálogo que presenta incluye una mención a la necrópolis de La Albufereta, aunque únicamente analiza el torso masculino⁸⁸ hallado en las cercanías del yacimiento, que considera de "clasificación incierta" y no el "grupo escultórico" desaparecido (Ruano, 1987, 1º vol., 105, 477-480; 2º vol., mapa 24; 3º vol., 547).

J. M. Blázquez compara en un artículo sobre el monumento funerario de Jumilla el estilo del peinado de los jinetes con el individuo masculino representado en el altorrelieve de La Albufereta: *peinado con ondas a los lados y tiene un amplio anillo con un central y circular agujero*, refiriéndose a la tonsura, y fechándolo en el siglo III a. C. (Blázquez, 1988, 2, 7). En una obra posterior se mostrará contrario a una penetración bárquida por el Levante peninsular, sino por el valle del Guadalquivir, en dirección hacia Sierra Morena (Blázquez, 1989, 24).

Mata y Bonet publican en 1988 un nuevo artículo sobre las imitaciones en cerámica ibérica, trabajo que se declara heredero del de Page (1984), aplicando un sistema de análisis multivariante de pastas y decoraciones. Prestan especial atención a las cerámicas ibéricas de imitación, fabricadas en Ibiza desde mediados del siglo IV a. C. y hasta el I a. C., copiando formas áticas y campanienses, siendo frecuentes en La Albufereta (Bonet, Mata, 1988, 6, 13, 16, 18-21).

Finalmente destacamos el completo estudio de Nicolini sobre orfebrería antigua, considerando los ejemplares de pendientes y aretes de La Albufereta, sobre los cuales aplica un análisis metalográfico, como ibéricos, insertos en el grupo del sureste, junto a necrópolis como Cabezo Lucero, El Molar, Galera, Toya, El Cigarralejo o Llano de la Consolación (Nicolini, 1990, 45-46, 227 y ss., 244, 265-267, 344, 501, 513-514, láms. 29, 31c, 71d-f, 178, 188d-f).

Vemos pues que en esta década se efectúan interesantes avances en la investigación sobre la Cultura Ibérica, en que son constantes las referencias a obras antiguas como punto de partida en los nuevos trabajos. No obstante, con el paso de los años se va evidenciando cada vez más una necesidad de aprovechar todos los estudios sectoriales para conformar un trabajo de tipo global sobre las necrópolis ibéricas, lo cual será solventado en parte en el decenio siguiente a partir de nuevos hallazgos y métodos de trabajo más modernos.

VI.2.2. Nuevas aportaciones de la investigación moderna

Si los 80 suponen la plena consolidación de la Arqueología alicantina con rigor científico, en la década siguiente asistimos a la proliferación de nuevos investigadores, que parten básicamente de la formación impartida en las universidades. Se retoman algunos temas sobre los cuales se continuaba debatiendo o que incluso habían sido olvidados, como es el caso de la polémica acerca de la localización de las ciudades antiguas en la costa alicantina (Rosser, 1990, 245).

⁸⁸ Ver III.4 y figura 34.

La denominada "Arqueología de la Muerte" se formula nuevas preguntas, surgidas del estudio multidisciplinar de los enterramientos, que se ha mostrado muy revelador en el angosto terreno de las creencias religiosas. La Albufereta, por su parte, ha sido objeto de estudios parciales, y sobre todo, ha quedado incluida en trabajos más generales, tomada como referencia en numerosas ocasiones a partir de su enorme interés material y de las innumerables incógnitas que aún plantea.

Llobregat especifica que la presencia de objetos fenicios o púnicos no implicaría necesariamente la presencia física continuada de estos individuos. Igualmente ocurriría con los griegos, cuyos materiales sí se constatan frecuentemente en las costas alicantinas, prueba irrefutable de un intenso comercio. En este sentido, señala también que en las obras escultóricas del Cerro de los Santos o La Albufereta, existía un *componente artístico jónico oriental*, es decir, una influencia griega arcaica básica. En cuanto a las cerámicas, no habría lugar para sobrevaloración alguna. Además, cabría reflexionar sobre la venida de griegos al Levante peninsular, lo que podría asemejarse a la conquista del continente americano (Llobregat, 1990, 59, 69-70, 74).

En cuanto a la cuestión del "cartagenismo"⁸⁹, todo estaba ya dicho. La presencia cartaginesa buscada durante décadas no era sino una influencia efectuada mediante el comercio y no por la fuerza de las armas. Sobre la cuestión del supuesto puerto interior de La Albufereta, del cual nadie había hablado durante décadas ni a favor ni en contra, Llobregat lo considera un "malecón" de época moderna, en concreto de los siglos XVI al XVIII (Llobregat, 1990, 86, 116).

F. Rubio publica un nuevo artículo en 1990, esta vez una enumeración de referencias antiguas sobre las costas alicantinas y valencianas, citando notas de autores como Avieno, Artemidoro de Éfeso, Diodoro, Estrabón y Tito Livio, entre otros, a los que se suman otras fuentes como los vasos de Vicarelo, los itinerarios Antoninos y el manuscrito anónimo de Rávena (Rubio, 1990, 93). El autor presenta un escueto resumen sobre algunas de las ciudades mencionadas por estos escritores clásicos, entre las cuales se encuentran *Ilici*, *Lucentum*, *Hemeroskopion*, *Alona* y *Akra Leuka*. Sobre la última, y a partir de las fuentes mencionadas, Rubio considera que no sería fundación massaliota, sino bárquida (Rubio, 1990, 100-105).

La presencia griega en la Península Ibérica entre los siglos VIII y IV a. C. es estudiada por Pierre Rouillard, incluyendo a La Albufereta en el mapa de dispersión de los hallazgos materiales de esta cultura, fundamentalmente en los siglos V y IV a. C., pese a que no es partidario de la asimilación *Akra Leuka*-Alicante (Rouillard, 1991, 12-13, 118-121, 124-125, 283, 362-636). Asimismo, incide en la procedencia marsellesa de gran parte de las producciones venidas a las costas alicantinas, así como la presencia de platos o cuencos de barniz negro en contextos funerarios, como el que tratamos, además de siete cráteras de campana y un vaso de gran tamaño indeterminado (Rouillard, 1991, 162, 164-165). Otro tema comentado es el de las colonias griegas en la península, punto en el cual se hace inevitable hablar de *Akra Leuka*, tradicionalmente identificada con la ciudad de Alicante a partir fundamentalmente de un texto de Estrabón y de los trabajos de autores locales como Figueras o Lafuente, lo que Rouillard no respalda en absoluto (Rouillard, 1991, 283 y ss.).

Abad Casal y Abascal Palazón publican en 1992 una nueva obra de síntesis sobre la Historia Antigua de Alicante, esta vez desde un punto de vista más centrado en las fuentes documentales escritas, partiendo esencialmente de la polémica sobre la reducción de la *Akra Leuka* de Diodoro Sículo a la moderna Alicante o al cercano Tossal de Manises (Abad, Casal, 1992, 24).

Una corriente escéptica inunda la historiografía de nuestros tiempos. Ciertamente investigadores como Lafuente Vidal o Figueras Pacheco se habían dejado llevar por lo obvio, la etimología. Abad y Abascal combaten abiertamente la hegemonía ostentada por las fuentes clásicas durante décadas, cuyo máximo exponente es el momento inicial de la Arqueología alicantina (Abad, Abascal, 1992, 30). Sin embargo, era fundamental la contribución de la Arqueología.

Este fenómeno es el que observamos en Figueras Pacheco tanto como en su antecesor, Lafuente, y en la historiografía que de ambos se desprende las décadas siguientes. La búsqueda obsesiva de toda reliquia púnico-cartaginesa en las costas alicantinas ofusca cualquier intento de objetividad. Si partieron de prejuicios en sus planteamientos, sus conclusiones son parciales. Figueras, por ejemplo, está completamente convencido de la adscripción púnica de la necrópolis de La Albufereta, como hemos visto a lo largo de este trabajo, así como de la presencia de un puerto romano ocupando la zona de la antigua laguna desecada. El resto gira entorno a estas hipótesis, por lo que es ejemplo de subjetividad inconsciente.

Destaca en este momento el encuentro sobre las necrópolis ibéricas celebrado en Madrid en 1991, que funciona como elemento dinamizador de las nuevas investigaciones en cuanto a este tema, participando grupos de investigación muy heterogéneos. Se realiza a su vez un análisis detallado del estado de la cuestión desde ópticas muy distintas y partiendo de ambientes geográficos diversos. En cuanto al tema que nos ocupa, en varias

⁸⁹ Recientemente E. Ferrer Albelda ha analizado la situación historiográfica en que se enmarcan los postulados de Figueras entre otros autores, acusando una "inflación del tema cartaginés en el Levante ibérico" tras la Guerra Civil española (Ferrer, 1996, 110).

ponencias se establecen similitudes con La Albufereta, desde el punto de vista ritual (orientación de las fosas, etc.) o material (broches de cinturón, los *thymiateria*, etc.).

En esta reunión se incluye la comunicación de Abad Casal y Sala Sellés titulada "Las necrópolis ibéricas del área de Levante", que trata de recopilar a grandes rasgos las principales características tanto rituales como materiales de los hallazgos funerarios ibéricos en las provincias valencianas. Los autores destacan el grave inconveniente que suponía disponer para algunos casos de informaciones referidas a excavaciones antiguas. Implícitamente se están refiriendo a excavaciones como las de El Molar o La Albufereta. En cuanto a la necrópolis alicantina, destacan las referencias a su localización, al parecer, típica en los yacimientos costeros de estas características, siendo fundamentales las condiciones geográficas y topográficas del entorno inmediato. Otro aspecto tratado es el de la organización del espacio funerario, que pese a la falta de datos en este sentido, sería denotable a partir de la orientación de las sepulturas, que generaría seguramente espacios intermedios o pasillos. Asimismo, se atiende a que el ritual funerario practicado mayoritariamente fue la incineración *in situ*, ocupando la pira cineraria el mismo lugar que posteriormente serviría para depositar los restos humanos, generalmente sin utilizarse urnas, y otros materiales carbonizados. También destacan la carencia de señalización exterior de las tumbas, así como la importancia de las pequeñas hogueras diseminadas por toda el área de la necrópolis, que sus excavadores interpretaron como "hogueras rituales", aunque hoy no tenemos las suficientes garantías para identificarlas claramente⁹⁰. En cuanto a los ajuares, los autores reseñan la originalidad del repertorio cerámico, que parece responder a nuevos usos funerarios, tales como las libaciones de aceites o perfumes, no constatadas claramente hasta el momento, y para las cuales se utilizarían los más que frecuentes ungüentarios, asociados a numerosas tumbas (Abad, Sala, 1992, 145, 147-148, 150-151, 158, 160).

Regresando a los análisis sectoriales o temáticos, requiere especial mención el estudio tipológico-funcional aplicado a cerámica planteado por Mata y Bonet en 1992, en el que destacan las referencias a La Albufereta, reproduciéndose algunas formas tales como una tinajilla, dos *lebetes*, un *kalathos*, dos botellas, una jarra, un vaso caliciforme, dos platos de borde reentrante, una botellita y un ungüentario globular, un plato doble o "diábolo" y varias de las imitaciones indígenas de formas griegas (Mata, Bonet, 1992, figs. 4, 7, 9, 10, 11, 12, 16, 20, 22 y 23). Quedan clasificados estos ejemplos en un moderno sistema en que hay cabida para piezas precedentes de un amplio conjunto de yacimientos.

Las investigaciones emprendidas por Fernando Quesada Sanz tienen entre sus primeros frutos la obra de 1992 sobre la falcata ibérica. La necrópolis de La Albufereta queda incluida, así como otros yacimientos del sur valenciano, en un "horizonte ibérico clásico" al que también pertenecerían Cabezo Lucero, El Cigarralejo, etc. (Quesada, 1992, 15, 77), resultado en mayor o menor medida del influjo comercial y cultural griego. Especial atención requiere el tema de las decoraciones mediante damasquinados en plata sobre la superficie de las falcatas. Quesada reflexiona acerca de la semejanza de las combinaciones de motivos decorativos frente a la distancia existente entre lugares como Almedinilla (Córdoba), Cabecico del Tesoro y La Albufereta (Quesada, 1992, 159, fig. 38, 161).

Un año después se publica un artículo de este mismo autor sobre los *soliferrea*, que supone un análisis global de la presencia de estas armas en todo el territorio peninsular, al que adjunta un interesante catálogo de piezas en dos tablas, la segunda de las cuales agrupa los ejemplares dudosos, incluyendo los de la excavación Lafuente en La Albufereta (Quesada, 1993, 161-164). En su tesis doctoral sobre el armamento ibérico tampoco prestará atención a la campaña Figueras. Data la necrópolis entre el 400 y el 175 a. C., con un *floruit* en el siglo IV a. C. (Quesada, 1997, 45, 97, 116, fig. 53, 729).

A. Ruiz y M. Molinos publican en 1993 un libro que será punto de referencia durante la década siguiente por sintetizar en un mismo volumen el conocimiento alcanzado sobre el mundo ibérico hasta el momento, realizando escuetas referencias a La Albufereta⁹¹. Asimismo, también se señala al hablar de los ajuares de las sepulturas, que en este lugar el 24% de las sepulturas contaba con armas, y de éstas, el 38% disponía de falcatas (Ruiz, Molinos, 1993, 109, fig. 81), lo que no dejaban de ser porcentajes reducidos frente a la gran cantidad de piezas de armamento halladas en necrópolis ibéricas como El Cigarralejo, Baza o La Guardia.

También en este momento una de las principales necrópolis del sureste peninsular, Cabezo Lucero, es publicada adecuadamente en una obra conjunta en que colaboran diversos autores, entre ellos Carmen Aranegui y Enrique Llobregat. Son varios los aspectos interesantes desde el punto de vista del estudio de las necrópolis ibéricas tratados en esta publicación, así como los lazos de conexión con La Albufereta, que se establecen fundamentalmente desde un punto de vista material, destacando el tema de las imitaciones cerámicas indígenas

⁹⁰ Como hemos podido comprobar en el capítulo IV.

⁹¹ Cabe destacar que este yacimiento es citado como "Albufereta de Benidorm", lo que sin duda supone un error de copia significativo.

de tipos clásicos y los broches de cinturón. No obstante, la cercanía geográfica de El Molar posibilita una mayor atención a este segundo emplazamiento (Aranegui, *et alii*, 1993, 110, 132).

El denominado "collar oriental" de cuentas de pasta vítrea hallado en la sepultura 33⁹² es objeto de estudio por E. Ruano, que concreta que sería una importación púnica o el adorno de un personaje cartaginés que murió en estas tierras (Ruano, 1995, 193-197).

García Cano publica en 1997 la primera parte de su tesis doctoral sobre *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*, en cuyo estudio material hace uso de diversas obras para establecer paralelos, entre las cuales están los escritos de Figueras Pacheco sobre La Albufereta. Tipos que se constatan en ambos emplazamientos serían las cráteras de campana, los pequeños pebeteros campanienses del "Taller de las Pequeñas Estampillas", las botellas piriformes, los caliciformes, las fibulas anulares hispánicas, los amuletos egipcios y los pebeteros en forma de cabeza femenina, básicamente.

Jesús Moratalla realiza un interesante estudio sobre los útiles agrarios en la Contestania ibérica presentado en 1993 como memoria de licenciatura, en el cual describe dos piezas procedentes de La Albufereta. En primer lugar, fragmentos de un cuchillo de hierro no inventariado y fechado entre el siglo IV y mediados del III a. C. y una alcotana procedente de las ruinas superiores de la necrópolis, del I a. C. (Moratalla, 1993, 199-201). Un año más tarde presenta un artículo en que amplía estos datos con cuestiones relacionadas con la explotación agropecuaria de los suelos, los estudios carpológicos y la tipología de los materiales, esta vez centrándose en las comarcas de L'Alcoià i El Comtat (Moratalla, 1994, 121 y ss.).

En cuanto al llamado "grupo escultórico", Aranegui interpreta en 1994 su composición en relación con nuevas formas artísticas propias del Ibérico Pleno y con el nuevo papel representado por la mujer en éstas (Aranegui, 1994, 130). Dos años después la misma autora publica el más interesante estudio hasta el momento sobre la iconografía presentada por el "grupo escultórico" de La Albufereta, centrándose en los rasgos de la figura masculina tales como la tonsura. Aranegui define esta pieza como una "metopa" en que se representa una escena de despedida. Asimismo, también destaca la asociación entre la actitud de hilar y el carácter noble de las vestiduras del personaje femenino (Aranegui, 1996, 93-94, fig. 2, 114).

Pilar León, por su parte, en su catálogo sobre escultura ibérica, describe el altorrelieve de La Albufereta, pieza en la cual se reunirían rasgos indígenas, orientalizantes y helénicos, puntualizando su carácter de estela funeraria en miniatura, la *única copia ibérica conocida del estilo de las estelas funerarias griegas de fines del IV a. C.* Fija su cronología entre fines del siglo IV e inicios del III a. C. En cuanto a los representados, recuerda la semejanza entre la mujer con algunos exvotos del Cerro de los Santos. El hecho de ir descalza la figura masculina y el gesto sencillo de la dama, sugerirían que el primero era el difunto (León, 1998, 37, 61).

En la XXIII edición de los Congresos Nacionales de Arqueología es presentado un breve artículo sobre dos pequeños fragmentos cerámicos de figuras negras correspondientes con toda probabilidad a una crátera de columnas de la necrópolis de La Albufereta (figura 43), partiendo de los estudios de Llobregat, Rubio, Rouillard o Trías. La determinación como crátera de columnas vendría dada por el elevado diámetro que revelarían los fragmentos, así como por la inclinación de las líneas de torno, mal interpretadas tanto por Trías como por Rubio⁹³. Los autores datan estos fragmentos hacia el último cuarto del siglo VI a. C. (García, Llopis, 1995, 473-475).

En su estudio sobre la Cultura Ibérica al sur de la Contestania, F. Sala también presta la justa atención a las excavaciones antiguas de La Albufereta, punto de referencia en la bibliografía arqueológica sobre la Cultura Ibérica, valorando la labor divulgadora e intelectual de Figueras Pacheco, así como la importancia de este yacimiento, clave para entender la llegada de importaciones cerámicas a la Contestania durante el Ibérico Pleno (Sala, 1995, 35, 36, 203-204, 206).

En la publicación de *La ciudad ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento arqueológico y su recuperación como espacio público* se presentan los últimos resultados de excavación en este yacimiento, aunque también se atiende especialmente a las distintas actuaciones antiguas emprendidas tanto en la necrópolis de La Albufereta, como sobre todo, en el cerro del Tossal de Manises, y a la transformación urbana contemporánea que ha modificado radicalmente el paisaje (Olcina, Pérez, 1998, 21-23, 35-39, 90; Sala, 1998).

Desgraciadamente los materiales más antiguos de la acrópolis, fechados en los siglos IV y III a. C., contemporáneos según lo aceptado tradicionalmente a la necrópolis, no habían aparecido relacionados con estructuras arquitectónicas. El tema se complica con el descubrimiento y primeras exploraciones de un poblado ibérico fortificado cercano, situado sobre una pequeña elevación al lado occidental de la antigua albufera, el Cerro de las Balsas, con una cronología también de los siglos IV y III a. C., con lo que serían dos los núcleos de hábitat

⁹² Ver III.5. y figura 35.

⁹³ De hecho, ambos autores orientan al revés los fragmentos (Rubio, 1986, fig. 123; García, Llopis, 1995, 474).



Figura 43. Reconstrucción ideal de la crátera de columnas de figuras negras de La Albufereta. Tomado de García, Llopis (1995, 478).

que controlaban el supuesto puerto interior. Lo más sorprendente es la amplia variedad de producciones de barniz negro campaniense, ánforas púnicas y cerámica común púnica hallada en las últimas campañas en el Tossal (Olcina, Pérez, 1998, 35-36), materiales que cuando alcancen publicación, supondrán un nuevo giro en la investigación.

El artículo de J. Talavera titulado "Las destrucciones de la estatuaria ibérica en el Levante peninsular", supone una nueva vuelta de tuerca sobre este fenómeno, constatado en un área muy amplia de esta cultura. El autor comenta que una población dedicada exclusivamente a las labores agrícolas y ganaderas no podría hacerse con los servicios de artistas ambulantes, idea con la cual estamos en desacuerdo. Estos personajes se relacionaban, recordemos, con la autoría del "grupo escultórico" de La Albufereta y se debía a ellos los rasgos arcaizantes que presentaba la pieza (Talavera, 1998-99, 118-120). Talavera destaca como una de las obras talladas de cronología más avanzada el "grupo escultórico", así como el toro también descubierto en este lugar, ambos fechados a lo largo del siglo III a. C., con lo que establece que el proceso de destrucción no sería simultáneo en todo el mundo ibérico, sino un fenómeno discontinuo (Talavera, 1998-99, 126-127).

Sin abandonar el tema de la escultura ibérica hemos de reseñar también un interesante artículo de M. I. Izquierdo (1998-99), que plantea un estudio iconográfico sobre la imagen femenina en la estatuaria ibérica hallada en las necrópolis. En este sentido insiste en que estas imágenes son autorepresentaciones de la sociedad, caso del denominado *pinax* o placa de la sepultura 100 de La Albufereta (Izquierdo, 1998-99, 132, 140, lám. IV). En el año 2000 Izquierdo publica otra de las obras clave en la bibliografía reciente, tratando en esta ocasión de forma monográfica la cuestión de los denominados pilares-estela ibéricos. En este sentido, destaca para la provincia de Alicante los hallazgos escultóricos en necrópolis como Cabezo Lucero, El Molar o La Albufereta (Izquierdo, 2000, 136-137, 15-155).

Con motivo de la exposición titulada *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo*, se publicaron tres volúmenes, uno de los cuales se centró en el litoral mediterráneo. Cabe destacar el artículo de M. Olcina sobre las primeras excavaciones en el Tossal de Manises, desde las primeras noticias de Lumiares hasta las campañas organizadas por la Comisión Provincial de Monumentos (Olcina, 2000, 109 y ss.). En este breve artículo por primera vez y tras varias décadas, se rinde justo homenaje al personaje de Francisco Figueras en cuanto a su gran ímpetu investigador (Olcina, 2000, 114).

En la reciente publicación homenaje a E. A. Llobregat bajo el título *Scripta in honorem*, hemos de destacar un interesante artículo de R. Pérez Jiménez y M. Olcina Doménech, en donde se plantea un recorrido por la planimetría de la zona de La Albufereta a través de los siglos, centrándose en los restos antiguos atestiguados en el cerro del Tossal de Manises, pero también atendiendo a las referencias de la necrópolis cercana. En cuanto al tema del "Mollet" identificado por Figueras, estos autores consideran que más bien sería un azud de época moderna (Olcina, Pérez, 1998, 89; Pérez, Olcina, 2000, 265).

Uno de los más recientes trabajos sobre necrópolis ibéricas es el publicado en el 2001 sobre Hacienda Botella, un *ustrinum* múltiple aparecido cerca del yacimiento ilicitano de La Alcedia, y con el cual guarda claras semejanzas la llamada "gran sepultura" de la excavación Lafuente o algunas de las concentraciones de "hogueras" citadas por Figueras. También se halló un *thymiaterion* de cabeza femenina del tipo A de Muñoz Amilibia, similar a los ejemplares de La Albufereta (Tortosa, 2001, 35). En el caso ilicitano destaca la enorme concentración de restos óseos carbonizados. Uno de los temas más interesantes tratados es el de la función del *ustrinum*, que debería situarse en una zona segura y suficientemente amplia para evitar incendios. La pira, para la cual se dispondrían maderos en disposición cruzada, sería avivada por matorrales para la combustión inicial. Los autosres incluyen además dentro de los "actos rituales de carácter simbólico", tanto ofrendas alimentarias -semillas, cereales, frutos, aves, mamíferos-, libaciones -vino, néctar, leche, aceite-, cánticos, danzas, etc., todo ello en honor al difunto o a los dioses (Guardiola, 2001, 17; Tortosa, 2001, 32).

Cabe destacar el interés creciente por los análisis de tipo osteológico aplicados a las cremaciones ibéricas, una de las disciplinas que se han revelado como más interesantes para el estudio de estas necrópolis, debido sobre todo al carácter elevadamente destructivo de estos actos. Estos estudios pueden arrojar valiosa información sobre la edad, sexo y patologías del difunto, las temperaturas alcanzadas en la pira cineraria, la colocación del cuerpo sobre ella, así como del tipo de recogida y lavado o no de los huesos humanos carbonizados (De Miguel, 2001a, 47-51).

Sobre la necrópolis de La Albufereta destaca el trabajo de M. P. de Miguel, en que se estudian los restos carbonizados del interior de 20 urnas cerámicas. Contando con escasísimas referencias de los excavadores, que ni mantuvieron precaución a la hora de recoger y mantener estos restos, ni realizaron estudio alguno sobre ellos, y con alguna mención de la obra de Rubio (1986), la autora trata de analizar los pequeños restos óseos que sorprendentemente se conservaron en el interior de dichas urnas, en las cuales aún se encontraban además restos de tierra, metal, etc. Una vez identificados y pesados todos los huesos se emprenden estudios de tipo estadístico referidos a la edad y sexo de los individuos incinerados, e incluso sobre cuestiones como la probable existencia de enterramientos dobles, como parece constatarse en la urna NA-5825, patologías, etc. (De Miguel, 2001b, 73-76).

Vemos pues a partir de estudios como éste la interesante información que pueden ofrecer al aplicarse a la Arqueología funeraria ibérica. Desgraciadamente, y como hemos comentado, el sistema de excavación no facilitó la recuperación y conservación de gran cantidad de huesos humanos, los cuales han llegado hasta hoy en un estado muy lamentable.

VI.2.3. Perspectivas de futuro

La moderna investigación arqueológica experimenta hoy por hoy un cambio radical en planteamientos y métodos, apoyándose en nuevas técnicas y enfoques teóricos y multidisciplinarios. De este modo, la producción bibliográfica busca aproximarse cada vez más al ideal de objetividad científico que esta disciplina requiere.

En cuanto a la necrópolis de La Albufereta, el estado de conocimiento actual sobre el yacimiento es producto de un intenso debate desarrollado durante décadas, y plasmado en papel en forma de numerosos artículos y publicaciones. No obstante, y pese a esta actividad investigadora, son múltiples las cuestiones que aún hoy quedan en el aire, incluyéndose este yacimiento en un debate todavía más amplio.

Las revisiones de excavaciones antiguas raramente no ofrecen sorpresas, aunque como hemos intentado demostrar en este trabajo, hay mucho trabajo por hacer al respecto. Las necrópolis y hallazgos funerarios castellanenses, por ejemplo, requieren un estudio a fondo pues adolecen de un abandono generalizado arrastrado desde los años 80, contrastando con la mayor cantidad de estudios publicados en las provincias de Alicante, Albacete o Murcia.

Como también hemos tenido oportunidad de comprobar, E. Llobregat ha sido uno de los investigadores más pendientes del estudio acerca de la Arqueología alicantina, y especialmente del Tossal de Manises y La Albufereta. En cuanto a este yacimiento defiende incluso que *en el entorno del Tossal de Manises había más necrópolis*, aunque arrasadas en gran medida por la edificación intensiva y descontrolada (Llobregat, 1990, 93, 96), lo que no deja de resultar inquietante. La zona de La Albufereta estaría densamente poblada (Olcina, Pérez, 1998, 87), tal y como han demostrado las numerosas excavaciones de urgencia practicadas en los últimos años en distintos puntos de este lugar. El propio Figueras Pacheco señaló constantemente que la necrópolis continuaba por debajo de la carretera del Cabo Huertas (Figueras, 1932a, 42; 1933a, 21; 1935, 37; 1943c, 26; 1956a, 11), lo que fue corroborado por Martínez Morellá posteriormente (Martínez Morellá, 1965, 1).

En la actualidad, las construcciones han proliferado por doquier, con lo que el rastreo de indicios arqueológicos ha aumentado en dificultad de un modo más que alarmante. Los barrios suburbanos, villas, talleres y necrópolis relacionados con la ciudad del Tossal de Manises han desaparecido bajo los cimientos de nuevos edificios construidos desde hace décadas (Olcina, Pérez, 1998, 19; Pérez, Olcina, 2000, 266, 277; Olcina, Ra-

món, 2000, 391). Sin embargo, y pese al terrible obstáculo para el conocimiento arqueológico de la zona que supone el proceso urbanizador que afecta especialmente la franja costera alicantina, las excavaciones de salvamento desarrolladas han ayudado a crear una conciencia y un respeto por las huellas materiales de nuestros antepasados, aunque por lo general este sentimiento únicamente afecta a los propios arqueólogos y no a la administración ni a gran parte de la población.

Uno de los mayores desafíos para la investigación moderna en cuanto a la necrópolis de La Albufereta es la completa reconstrucción de sus ajuares. Gran cantidad de material obtenido durante las excavaciones se desechó, no recibiendo incluso ni número de inventario, por lo que no tenemos constancia alguna de su existencia. Ni siquiera cabe la posibilidad de una "excavación en la excavación". Únicamente contamos con las palabras de Lafuente y Figueras.

Existe una gran cantidad de vasos cerámicos importados en La Albufereta, cuyas cronologías parecen ahora estar más claras. Sabemos que estas piezas gozarían de una elevada consideración dentro de la sociedad ibérica, suponiendo su amortización en tumbas un importante desembolso. En los poblados, contrariamente, su uso sería más frecuente y no se desecharían hasta romperse, siendo utilizadas incluso por varias generaciones (Aranegui, 1997b, 24), lo que relativiza en parte su valor como elementos de cronología.

En cuanto a las imitaciones vasculares, los trabajos sobre este tema desarrollados a finales del siglo XX (Page, 1984; Mata, Bonet, 1988; Aranegui, Pérez, 1990) han proporcionado un nuevo instrumento de datación. La necesidad de identificar talleres alfareros y de establecer tipologías, abren nuevas perspectivas a la investigación.

Figueras ya planteó un tema interesante derivado de los objetos de armamento hallados en las fosas de la necrópolis. Si bien este yacimiento era ibero-púnico, ¿cómo se explicaba que en otras necrópolis púnicas como las de Cartago o Cerceña no se encontraran armas? (Figueras, 1940c, 26). Faltaría confirmar ciertamente si estos objetos bélicos respondían al ajuar de un auténtico guerrero. Además, cabría estudiar si estas armas poseerían una función práctica a la vez que un sentido simbólico (Aranegui, 1997b, 83), o si serían traducción literal de los cambios gestados en la sociedad que las utilizó (Almagro-Gorbea, 1992).

Sobre el altorrelieve escultórico, hoy desaparecido, se ha escrito mucho y actualmente se encuentra inmerso en una problemática tan compleja como apasionante, gozando de numerosas interpretaciones, generalmente derivadas de la creencia en que la escena representada es una despedida. Pero ¿realmente la imagen pretendía reflejar este hecho? ¿A partir de qué criterios no nos podríamos decantar más hacia un reencuentro? El huso y el ovillo de lana, tal y como aparecen en el altorrelieve de La Albufereta, así como el espejo o el abanico, son atributos de la esposa urbana, y motivos representados por todo el Mediterráneo (Aranegui, 1997b, 17-18, 109). Según estas consideraciones, la esposa del "grupo escultórico" sería noble, y la pieza pertenecería a algún miembro de la élite ciudadana.

Entender el ritual funerario dentro de un marco económico, político y cultural más amplio es un requerimiento cada vez mayor de la moderna investigación arqueológica. Rastrear paralelos, posibles influencias más allá de lo estrictamente material, y en definitiva, indagar en el mundo de las creencias ibéricas, del cual aún hay un gran desconocimiento general, suponen un enorme reto. El ritual ni es homogéneo ni uniforme, como se había considerado durante mucho tiempo, sino que difiere ligeramente dependiendo del territorio, época, categoría social del difunto, riqueza, etc. (Guardiola, 2001, 16). A partir de lo conocido en diversas necrópolis ibéricas del sureste peninsular, podemos denotar la existencia de una especie de "hilo argumental", un planteamiento modélico del ceremonial, al que se sumarían los gustos y condicionantes personales, teniendo como resultado una puesta en escena muy distinta en cada caso.

En las sepulturas ibéricas hay una relación entre vida y muerte, no tanto material sino simbólica. La sociedad interactúa con lo funerario y gran parte de sus creencias se encaminan a plasmar sus inquietudes hacia el "Más Allá". Esta sociedad, a través de lo visto en el resto de necrópolis conocidas, se encuentra altamente jerarquizada (Tortosa, 2001, 41).

Otro tema interesante es el relacionado con el "paisaje funerario", al cual no se ha prestado suficiente atención en las últimas décadas (Almagro-Gorbea, 1983). En este sentido destaca la localización de las necrópolis púnicas en laderas o promontorios cercanos al mar, o bien separadas del poblado por un curso de agua, considerado como elemento purificador, separación simbólica entre los vivos y los muertos (Ramos Sáinz, 1986, 27). La Albufereta aprovecha una ligerísima pendiente frente al mar y junto a una laguna. Estas cuestiones podrían abrir novedosas vías a la investigación en el futuro.

Un nuevo aspecto a señalar en la reconstrucción del ritual ibérico es el procedimiento de cierre y bloqueo ritual de las sepulturas, fenómeno doble difícilmente observable en La Albufereta por lo antiguo de las excavaciones y por no contar seguramente con superestructuras destacadas. Sin embargo, hay que deducir también el seguimiento de una serie de pasos normalizados en la clausura de cada sepultura.

Finalmente, cabe indicar también la importancia de los modernos enfoques multidisciplinares en el estudio del ritual funerario ibérico, destacando tanto los estudios osteológicos como los antracológicos, análisis que

deberían ponerse en relación con los ajuares de las sepulturas, lo que sin duda serviría para determinar con la mayor seguridad posible cuestiones como el sexo o la edad del incinerado (De Miguel, 2001b, 74).

El estudio de La Albufereta revela además un destacado interés por desarrollar un análisis diacrónico del entorno arqueológico de la necrópolis y el Tossal de Manises, a la luz de la moderna investigación y los más recientes hallazgos descubiertos en régimen de urgencia en las últimas décadas.

En este sentido, cabe destacar que el tema de La Albufereta revive hoy gracias a los trabajos arqueológicos de urgencia practicados en esta zona con motivo de la construcción de una nueva rambla de 35 m. que sustituirá al antiguo barranco como elemento de encauzamiento -dentro del Plan Parcial 1/4 de La Albufereta- y que han revelado que el núcleo poblacional del Cerro de las Balsas era mucho más extenso de lo que se creía hasta ahora⁹⁴, así como los restos de lo que Figueras consideró el puerto romano, a la luz de lo descubierto más bien un lugar de amarre de pequeñas embarcaciones, debido a su escaso calado, alrededor de 1'20 m. en época romana y unos 2 m. en época ibérica⁹⁵. El hallazgo de este reducido embarcadero se efectuó a fines del año 2001 y ha suscitado en la actualidad un debate sobre la posibilidad de musealizar el lugar o trasladar sus restos a un lugar más seguro (Información, 2002a; 2002b, 2002c) (figura 44).

A todo esto se suma la moderna propuesta expositiva del recién inaugurado Museo Arqueológico Provincial de Alicante (MARQ), que supone una nueva presentación al público de los principales materiales hallados en la necrópolis de La Albufereta, los cuales conforman uno de los conjuntos más valiosos y celosamente guardados de entre los disponibles en los fondos de esta institución.

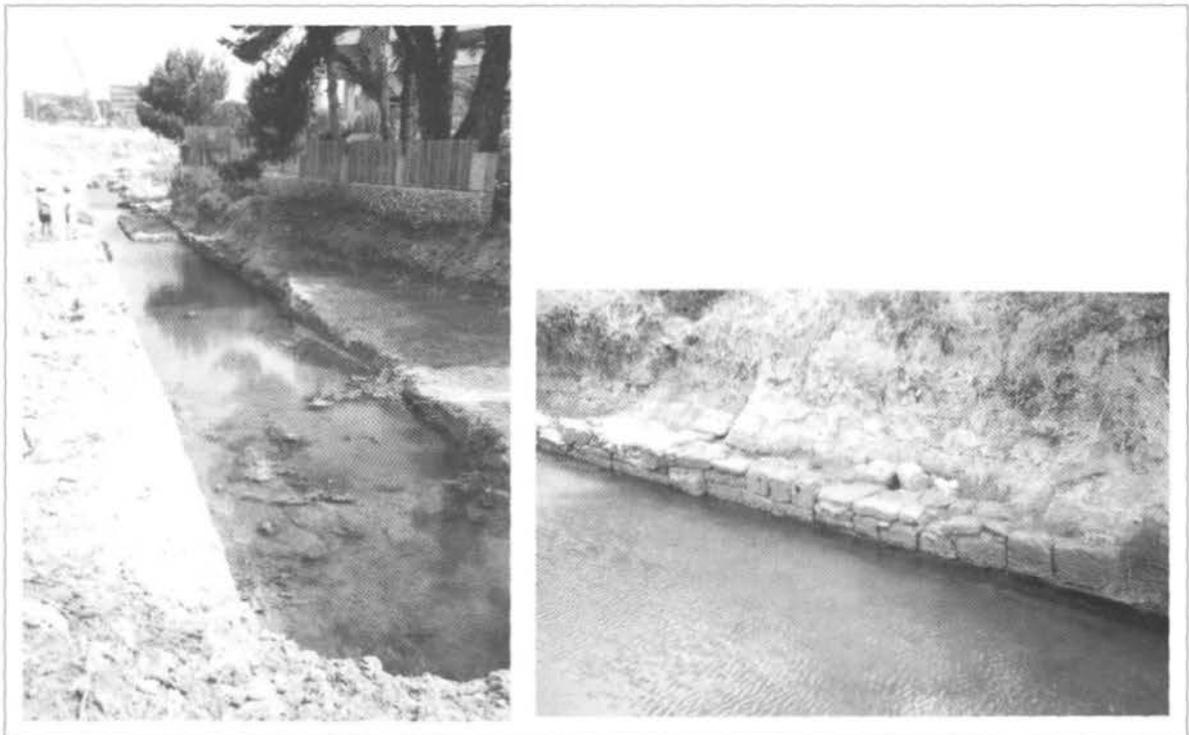


Figura 44. Fotografía general del área del embarcadero y detalle del muelle de amarre.

⁹⁴ Así como el único poblado del siglo IV a. C. constatado en la zona, puesto que el Tossal de Manises parece arrancar en la centuria siguiente.

⁹⁵ Agradecemos toda la información recabada sobre las recientes excavaciones de urgencia en la Albufereta así como que se nos permitiese tomar diversas fotografías sobre el estado de los trabajos a J. R. Ortega, director de los mismos.

CONSIDERACIONES FINALES

Como ya anunciábamos en el prólogo de este trabajo, a partir fundamentalmente del análisis crítico detallado de una documentación tanto inédita como publicada, hemos intentado rescatar una serie de temas que habían sido pasados por alto en obras más recientes.

En cuanto a la metodología utilizada en La Albufereta durante las excavaciones a inicios de la década de los años 30 del siglo XX, las escasas referencias nos hacen desconfiar de antemano, pese a la profunda y constante preocupación de Figueras Pacheco por hacer un buen uso de la técnica arqueológica. Más escrupuloso que Belda o que Lafuente, este personaje consiguió aunar en una misma figura dos épocas muy distintas: por un lado, los postulados arqueológicos tradicionales, que partían básicamente de intereses esteticistas, y por otro, las incipientes tendencias en arqueología comparativa y el análisis de contextos. Su afán por constatar, registrar, fotografiar y describir nos lleva a disponer en la actualidad de un rico surtido de documentos originales, susceptibles de ser explorados desde un punto de vista crítico.

Figueras puso en práctica de una serie de planteamientos metodológicos propios, algunos sorprendentemente novedosos en su momento, como el interés por la reversibilidad del proceso arqueológico -idea aplicada fundamentalmente a la excavación de una necrópolis de cremación, enormemente destructiva-, la planificación de las excavaciones en un sistema de retícula, el registro de materiales por estratos, el recurso a un sistema de inventario, la aplicación de técnicas estadísticas y análisis contrastados de datos, etc. En cuanto a los trabajos de campo, y pese a que Figueras se vio obligado a ejercer más bien como "arqueólogo de gabinete" debido a su ceguera, cabe destacar también la insistente búsqueda de una delimitación clara para la necrópolis, pese a que no encontró sus límites propiamente dichos. El sistema de "calicatas" y sondeos que puso ya en práctica en estas campañas sirven en la actualidad como método de rastreo en excavaciones con carácter de urgencia.

Destaca pese a las carencias un interés por los contextos en que aparecieron los materiales. Es en este punto donde se constata la importancia que Francisco Figueras concedió al registro: fichas, inventarios, dibujos y fotografías se orientan esencialmente a identificar, definir y catalogar cada pieza material. Asimismo, insistió en un interés por la contrastación, por el análisis comparativo, a raíz de la confección de numerosas tablas o cuadros.

Uno de los puntos clave en la argumentación de Figueras es el tema de la estratigrafía de La Albufereta, tratado por éste de un modo extremadamente confuso, si bien de nuevo vuelve a ser certero en el plano teórico. Problemas como la superposición deliberada de sepulturas en La Albufereta, o la relación de ésta con la estratigrafía del lugar, que articula de un modo esquemático bajo los conceptos de "estrato rojo" y "estrato ordinario", son los principales pilares del armazón teórico de Figueras sobre La Albufereta. Directamente relacionada con esta cuestión se encuentra la hipótesis que ya apunta este investigador sobre una disposición de las sepulturas en dos momentos, lo que supondría sendos usos de la necrópolis relativamente próximos en el tiempo. Por un lado, existiría una necrópolis del siglo IV a. C., plenamente ibérica, y otra más tardía fechada en el siglo siguiente, testimonio de una convivencia entre iberos y cartagineses en el marco de las Guerras Púnicas.

Figueras Pacheco emprendió un análisis detenido para averiguar el origen y el significado ritual de cada una de las "especies" materiales procedentes de las tumbas de La Albufereta, interesado en establecer el modo

en que determinadas piezas llegaron a nuestras costas. Plenamente convencido de la existencia de un yacimiento púnico sobre el cerro del Tossal de Manises, la abrumadora cantidad de material ibérico descubierto en su necrópolis fue dejada a un lado por atender seriamente contra la argumentación "cartagenista", pese a que Figueras se molestó en buscar centros de producción artesanal para estos vasos, así como en establecer una secuencia estratigráfica basada en los cambios en los estilos pictóricos de la decoración vascular, lo que supone una importante novedad en un momento en el que el conocimiento sobre esta cultura aún se encuentra en una etapa formativa. Figueras se mostrará muy cauto a la hora de detectar el iberismo, aunque es consciente de las limitaciones intelectuales personales y de la necesidad de estudios químicos de pastas y pigmentos, lo que añadiría al tradicional interés tipológico que empezaba entonces y ha dominado la historiografía arqueológica hasta prácticamente nuestros días.

Dentro del estudio de los materiales requiere una mención especial el interesante fenómeno de la aparición masiva de ungüentarios de tipo panzudo y de "bustos de Tanit" o *thymiateria*, reveladores de una *koiné* cultural mediterránea, así como de un "carácter de unidad" para el yacimiento alicantino. El hallazgo de este tipo concreto de piezas en otros yacimientos costeros peninsulares hacía pensar más bien en un comercio plenamente establecido con las poblaciones indígenas de distintas regiones.

En cuanto a los objetos metálicos, Figueras señaló repetidamente el delicado estado de conservación de la mayoría de ejemplares, aludiendo además al valor documental de éstos. Pero si la necrópolis era cartaginesa -como parecían indicar también los hallazgos de braserillos de bronce-, existían demasiadas armas.

Interesante resulta también el tema de la escultura pétreo, y fundamentalmente el debate sobre la autoría de estas obras. Figueras constató una clara dependencia cultural y sobre todo artística. El denominado "grupo escultórico" comprende una problemática de interpretación apasionante, no sólo por su aparición en el interior de una sepultura, sino también desde el punto de vista iconográfico, reuniendo en una misma pieza rasgos griegos arcaizantes e ibéricos.

Otros indicios de orientalismo serían vistos por Figueras tanto en el collar de cuentas vítreas policromas, como en los idolillos egipcios, reflejo de un ambiente cultural complejo. Estos objetos llegarían a estas tierras por medio de intermediarios púnicos, enriqueciendo el panorama cultural y material indígena. Helenismo, orientalismo e iberismo se entremezclarían en este enclave según la concepción del excavador. Más problemático resultaría esclarecer el componente predominante.

Contrariamente a lo denotado para el apartado de descripción y catalogación de materiales, Figueras no prestó excesiva atención a las consideraciones rituales de La Albufereta, como así revelan las escuetas anotaciones de que disponemos en la actualidad. Sin embargo, resulta muy curioso el empeño en estudiar las fosas de la necrópolis desde el punto de vista tanto del continente como del contenido de cada una de ellas, practicando un análisis lógico y ordenado.

En cuanto a los actos rituales partiría en un principio de las ideas de Lafuente Vidal, que seguidamente simplificó y razonó, basando su argumentación en los conceptos de *ustrina* -como hemos visto, realmente serían *busta*- y "piras de rito" u hogueras rituales. Cabe destacar la preocupación de Figueras por determinar la función ceremonial de algunos de los materiales previamente descritos, destacando en este sentido la propuesta de interpretación referida a determinados platos cerámicos, cuya utilización podría relacionarse con la contención de esencias o aceites olorosos dentro de las fosas.

Figueras se planteó también cuestiones como la distinción de géneros para las sepulturas, adelantándose a la Nueva Arqueología, estableciendo una determinación de tumbas masculinas y femeninas a partir de los ajuares, como hemos indicado, pero atendiendo a otros aspectos como el tamaño de los hoyos, en vistas a establecer tanto el sexo como la edad de los individuos enterrados en este lugar. Es aquí donde se manifiesta esencialmente su interés estadístico, de contrastación, en forma de numerosos cálculos dentro de una misma necrópolis, puesto que 170 fosas proporcionaban muchos datos.

Tras las excavaciones en La Albufereta, numerosas obras a lo largo de todo un siglo han tomado este yacimiento como claro referente a la hora de estudiar las necrópolis ibéricas, destacando sobre todo la labor de Enrique Llobregat, que muy acertadamente supo justificar el carácter plenamente ibérico del yacimiento, desterrando por el momento las ideas "cartagenistas".

Las excavaciones recientes en la zona de La Albufereta han hecho revivir una polémica en hibernación. Si realmente el Cerro de las Balsas fuera el único núcleo de población durante el siglo IV a. C. en este lugar, habría participado de un comercio intenso con intermediarios que intercambiarían productos del Mediterráneo central y oriental. Las sepulturas de La Albufereta más antiguas datarían de este momento y deberían corresponder a individuos que habitaron este poblado fortificado, siendo, por tanto, plenamente ibéricos. Por otro lado, las sepulturas más tardías ya corresponderían a la población del Tossal de Manises, cuyo componente semita se encuentra en la actualidad en redefinición y se prevén conclusiones revolucionarias.

En este sentido, destaca la propuesta de modernidad de la necrópolis dentro del período ibérico. Figueras ya determinó una cronología de los siglos III y II a. C. (Figueras, 1935, 89-90). Sin embargo, una vez asegurado

el iberismo del yacimiento, las investigaciones practicadas por Rubio y otros autores, revelaron una antigüedad mayor. Hoy por hoy se evidencia más que nunca la necesidad de revisar las cronologías de La Albufereta a partir de un nuevo análisis del material procedente de las antiguas excavaciones, intentando establecer contextos y referencias cruzadas entre ellos para desentramar de una vez por todas las innumerables incógnitas que aún comprende el yacimiento.

La investigación actual debe a Francisco Figueras y a su obra la apertura de una nueva vía a la Arqueología alicantina, un giro de la tradición hacia nuevos planteamientos y hacia el rigor científico. Fiel reflejo de las inquietudes de una época, destaca en este personaje una continua preocupación divulgadora y un interés por aplicar una metodología práctica y eficaz.

Figueras representa en su persona una de las últimas grandes figuras de nuestra Arqueología, con los pies firmemente asentados en la modernidad, y contando con un bagaje bibliográfico abrumador, que tomó las riendas de una tarea realmente complicada, para la cual su minusvalía significaba un impedimento esencial. Desde muy pronto percibió la enorme problemática que encerraba La Albufereta, cuyas excavaciones afrontó desde la templanza y la lógica. Resultado de esta intensa actividad intelectual es la ingente cantidad de documentación de la cual hemos partido como principal materia prima en esta investigación.

Nuevos desafíos se presentan para la moderna Arqueología en un momento en que el paraje de La Albufereta experimenta graves cambios paisajísticos, mientras que el personaje de Figueras Pacheco no es suficientemente conocido por las nuevas generaciones de arqueólogos. El comprender las actitudes de éste es comprender el sentir de una época.

El lirismo que embriaga gran parte de la obra de Figueras Pacheco no es más que la plasmación física de un profundo amor por su tierra y por hacer llegar a sus gentes el conocimiento sobre los pueblos que habitaron estos lugares hace siglos.

Observad su emplazamiento. Pronto descubriréis reunidas, cuantas condiciones pudiera apetecer el genio del caudillo púnico: en la espaciosa bahía, puerto seguro; junto a él, alturas inexpugnables; en las cercanías, ciudades ricas; a pocas millas, colonias griegas; a las expaldas, camino breve para comunicar la costa con las tierras del corazón de Iberia; y al frente, dilatado y honorable, el clásico mar de la cultura por cuyas rutas azules lo mismo podía irse a Cartago en busca de refuerzos que a las riberas de Italia para marchar sobre Roma (Figueras, 1932a, 46).

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. 1983: "Un conjunto de materiales de la Serreta de Alcoy" *Lucentum*, II. pp. 173-197.
- ABAD CASAL, L. 1984: *Los orígenes de la ciudad de Alicante*. Alicante.
- ABAD CASAL, L. 1986: "Castillo de Guardamar". *Arqueología en Alicante, 1976-86*.
- ABAD CASAL, L. 1992: "Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar". *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Hom. a E. Pla Ballester. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 89. pp. 225-238.
- ABAD CASAL, L. 1993: "Benalúa, Tossal de Manises y el emplazamiento de la ciudad de Lucentum". *LQNT. Patrimonio Cultural de la Ciudad de Alicante*, 1. pp. 153-155.
- ABAD CASAL, L. 2000: "Enrique A. Llobregat: Treinta años de Arqueología alicantina". *Scripta in honorem. Homenaje a E. A. Llobregat Conesa*, I. pp. 39-52.
- ABAD CASAL, L.; ABASCAL PALAZÓN, J. M. 1992: *Textos para la Historia de Alicante. Edad Antigua*. Alicante.
- ABAD CASAL, L.; SALA SELLÉS, F. 1992: "Las necrópolis ibéricas del área de Levante". *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Serie Varia, 1. pp. 145-167.
- ABAD CASAL, L.; SALA SELLÉS, F. 1993: *El poblado ibérico de El Oral*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 90. Valencia.
- ALFARO GINER, C. 1984: Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la romanización. *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XXI. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1983: "Paisaje y sociedad de las necrópolis ibéricas". *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 1982)*. pp. 725-740.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1992: "Las necrópolis ibéricas en su contexto mediterráneo". *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Serie Varia, 1. pp. 37-75.
- APARICIO PÉREZ, J. 1988: "La tumba ibérica del Camí del Bosquet (Mogente, Valencia)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII. pp. 405-424.
- ARANEGUI GASCÓ, C. 1979: "Hallazgo de una necrópolis ibérica en La Mina (Gátova)". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 9. pp. 269-286.
- ARANEGUI GASCÓ, C. 1992a: "La necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)". *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Serie Varia, 1. pp. 169-188.
- ARANEGUI GASCÓ, C. 1992b: "Una falcata decorada con inscripción ibérica. Juegos gladiatorios y venaciones". *Homenaje a E. Pla Ballester. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 89. pp. 319-330.
- ARANEGUI GASCÓ, C. 1994: "Iberica sacra loca. Entre el Cabo de la Nao, Cartagena y el Cerro de los Santos". *Revista de Estudios Ibéricos*, 1. pp. 115-138.
- ARANEGUI GASCÓ, C. 1996: "Signos de rango en la sociedad ibérica. Distintivos de carácter civil o religioso". *Revista de Estudios Ibéricos*, 2. pp. 91-121.
- ARANEGUI GASCÓ, C. 1997a: *Escenas de la ciudad ibérica*. Colección eutopías. Documentos de trabajo, 151. Valencia.
- ARANEGUI GASCÓ, C. 1997b: *Damas y caballeros en la ciudad ibérica*. Madrid.
- ARANEGUI GASCÓ, C.; PÉREZ BALLESTER, J. 1990: "Imitaciones de formas clásicas en cerámica ibérica, siglos V a III a. C." *XXIX Convegno di Studi sulla Magna Grecia (Tarento, 6-11 de octubre de 1989)*. pp. 217-246.
- ARANEGUI GASCÓ, C.; JODIN, A.; LLOBREGAT CONESA, E.; ROUILLARD, P.; UROZ SÁEZ, J. 1993: *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*. Collection de la Casa de Velázquez, 41. Colección Patrimonio, 17. Madrid-Alicante.

- ARRIBAS, M. 1965: *Los iberos*. Barcelona.
- ASTRUC, M. 1951: *La necrópolis de Villaricos*. Ministerio de Educación Nacional. Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Informes y Memorias, nº 25. Madrid.
- AUBET SEMMLER, M. E. 1968: "La cueva d'Es Cuyram (Ibiza). *Pyrenae*, 4. pp. 1-66.
- BALIL, A. 1957: "Los hallazgos monetarios y la influencia púnica en el Levante español". *Caesaraugusta*, 7-8. pp. 111-114.
- BARBERÀ I FARRÀS, J. 2000: *El poblat ibèric de la Peña del Moro de Sant Just Desvern (Baix Llobregat). Les excavacions realitzades desde el 12 d'abril de 1972 fins al 31 de desembre de 1990*.
- BARRIAL I JOVE, O. 1990: "El paradigma de les inhumacions infantils i la necessitat d'un enfocament teòric". *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a. E. al II d. E.)*. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense, 14. pp. 9-17.
- BELDA DOMÍNGUEZ, J. 1929: *Excavaciones en el "Monte de la Barsella", término de Torremanzanas (Alicante)*. Memoria de los trabajos y hallazgos arqueológicos en las excavaciones practicadas en 1928. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 100. Madrid.
- BELDA DOMÍNGUEZ, J. 1931: *Excavaciones en el "Monte de la Barsella", término de Torremanzanas (Alicante)*. Memoria de los trabajos y hallazgos arqueológicos en las excavaciones practicadas en 1929. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 112. Madrid.
- BELDA DOMÍNGUEZ, J. 1936: "Las figuras femeniles de la necrópolis de La Albufereta (Alicante)". *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, IX, 25. pp. 6-12.
- BELDA DOMÍNGUEZ, J. 1947: "Algunos restos del antiguo culto a la diosa religioso-funeraria". *II Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Albacete, 1946)*. pp. 236-259.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. 1999: "Los Congresos Arqueológicos del Sudeste Español". *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. pp. 49-52.
- BENDICHO, V. 1960: *Crónica de la muy ilustre, noble y leal ciudad de Alicante, acabada en la misma ciudad, el año del Señor 1640. Resumida y anotada por D. Francisco Figueras Pacheco*. Instituto de Estudios Alicantinos, nº XXI. Alicante.
- BENDICHO, V. 1991a: *Chronica de la muy ilustre, noble y leal ciudad de Alicante*. Edición de M^a Luisa Cabanes Catalá, vol. III. Alicante.
- BENDICHO, V. 1991b: *Chronica de la muy ilustre, noble y leal ciudad de Alicante*. Edición de M^a Luisa Cabanes Catalá, vol. III, I. Alicante.
- BENOIT, F. 1949: "La estatuaria provenzal en sus relaciones con la estatuaria ibérica de la época prerromana". *Archivo Español de Arqueología*, XXII. pp. 113-145.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. J. 1990: *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta*. Albacete.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. J. 1999: "La necrópolis ibérica de Hoya de Santa Ana. Nuevos documentos". *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. (153-160)
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. 1988: "Iberian art with greek influence: The funerary monument of Jumilla (Murcia, Spain)". *American Journal of Archaeology*, 92. pp. 503-508.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. 1989: "Los Bárquidas en la Península Ibérica". *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Roma, 9-14 de noviembre de 1987)*, I. Instituto per la Civiltà Fenicia e Punica. Consiglio Nazionale delle Ricerche. Collezione di Studi Fenici, 30. pp. 27-50.
- BONET ROSADO, H. 1999: "El Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia: De Isidro Ballester a Domingo Fletcher". *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. pp. 117-123.
- BONET ROSADO, H.; MATA PARREÑO, C. 1988: "Imitaciones de cerámicas campanienses en la Edetania y la Contestania". *Archivo Español de Arqueología*, 61. pp. 5-38.
- BONSOR, A. 1899: *Les colonies agricoles préromaines de la vallée du Betis*. Revue Archéologique, XXXV. París.
- BONSOR, A. 1997: *Las colonias agrícolas prerromanas del valle del Guadalquivir*. Sevilla.
- BOSCH GIMPERA, P. 1915: *El problema de la cerámica ibérica*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, 7. Madrid.
- BOSCH GIMPERA, P. 1921: "Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica". *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXIX.
- BOSCH GIMPERA, P. 1929: *El estado actual de la investigación de la cultura ibérica*. Madrid.
- BOSCH GIMPERA, P. 1932: *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona.
- BOX AMORÓS, M. 1984: "El saneamiento del Barranco de la Albufereta: tentativas en el siglo XX". *Investigaciones geográficas*, II.
- BOX AMORÓS, M. 1987: *Humedales y áreas lacustres de la provincia de Alicante*. Alicante.
- CABRÉ AGUILÓ, J. 1921: "La necrópoli de Tútuqi. Objetos exóticos o de influencia oriental en las necrópolis turdetanas". *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXIX. pp. 13-25.
- CABRÉ AGUILÓ, J. 1922: "La tonsura ibérica". *Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Actas y Memorias*, I. pp. 162-170.
- CABRÉ AGUILÓ, J. 1926: "La cerámica pintada de Azaila". *Archivo Español de Arqueología*, 2.
- CABRÉ AGUILÓ, J. 1932: *Excavaciones de las Cogotas. Candeñosa (Ávila), II. La necrópoli*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 120. Madrid.
- CABRÉ AGUILÓ, J. 1935: "Un alto-relieve hispánico de la Albufereta (Alicante)". *Las Ciencias*, II, 2.
- CARPENTER, R. 1925: *The Greeks in Spain*. Bryn Mawr Notes and Monographs, VI. Pennsylvania.

- CAVANILLES, A. J. 1958: *Observación sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia*, II. 2ª edición. Zaragoza.
- CERRALBO, Marqués de, 1916: *Las necrópolis ibéricas*. Madrid.
- CORTELL PÉREZ, E.; JUAN MOLTÓ, J.; LLOBREGAT CONESA, E. A.; REIG SEGUÍ, C.; SALA SELLÉS, F.; SEGUERA MARTÍ, J. M. 1992: "La necrópolis ibérica de La Serreta: resumen de la campaña de 1987". *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a E. Pla Ballester. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 89, pp. 83-116.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1952: "Una interesante tumba ibérica de la Necrópolis del Cigarralejo". *Archivo de Prehistoria Levantina*, III, pp. 117-132.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1957: "Braserillos metálicos del mundo ibérico". *IV Congreso Arqueológico Nacional (Zaragoza, 1957)*, pp. 149-163.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1961: "El momento actual de la cerámica de barniz rojo". *VI Congreso Nacional de Arqueología (Oviedo, 1959)*, pp. 177-196.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1963: "Cerámica ática de barniz negro de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, X, pp. 97-164.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1966: *Repertorio de los recipientes rituales metálicos con asas de manos de la Península Ibérica*. Trabajos de Prehistoria, XXI. Madrid.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1968: "Tumbas principescas de El Cigarralejo". *Madrider Mitteilungen*, 9, pp. 148-185.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1975: "Los iberos y la muerte". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 4, pp. 16-21.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1977-78: "Ungüentarios cerámicos en el mundo ibérico. Aportación cronológica". *Archivo Español de Arqueología*, 50-51, pp. 389-404.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1981: "Las necrópolis peninsulares en la Baja Época de la Cultura Ibérica". *La Baja Época de la Cultura Ibérica. Actas de la mesa redonda celebrada en conmemoración del 10º aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología (Madrid, 1979)*, pp. 51-69.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1987: *La necrópolis ibérica de "El Cigarralejo" (Mula, Murcia)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXIII. Madrid.
- CHABÁS, R. 1889: "Etimología de Alicante". *El Archivo*, III, XI.
- CHAPA BRUNET, T. 1985: *La escultura ibérica zoomorfa*. Madrid.
- CHAPA BRUNET, T.; MADRIGAL BELINCHÓN, A. 1997: "El sacerdocio en época ibérica". *Spal*, 6, pp. 187-203.
- DE MIGUEL IBÁÑEZ, M. P. 2001a: *Estudio antropológico de los individuos cremados*. En Pérez García, C. et alii: *En el umbral del Más Allá. Una tumba ibérica d'Elx*. Elche.
- DE MIGUEL IBÁÑEZ, M. P. 2001b: "Estudio paleopatológico de las cremaciones procedentes de la necrópolis ibérica de La Albufereta (Alicante). *V Congreso Nacional de Paleopatología (Alcalá la Real, 29 de abril al 2 de mayo de 1999)*, pp. 72-79.
- DE MIGUEL IBÁÑEZ, M. P. (2003): "Antropología de una sepultura singular de cremación (Elche, Alicante)". *XII Congreso Nacional de Antropología biológica (Barcelona, 2001)*.
- ENGUIX, R. 1980: "Avance de una evolución de la historiografía ibérica". *Iº Congreso de Historia del País Valenciano (Valencia, 1971)*, II, pp. 221-227.
- ESTEVE GÁLVEZ, F. 1966: "La necrópolis ibérica de El Bovalar (Benicarló, Castellón de la Plana)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, XI, pp. 125-148.
- FERNÁNDEZ, J. H. 1992a: *Excavaciones en la necrópolis del Puig des Molins (Eivissa). Las campañas de D. Carlos Román Ferrer: 1921-1929*, I. Ibiza.
- FERNÁNDEZ, J. H. 1992b: *Excavaciones en la necrópolis del Puig des Molins (Eivissa). Las campañas de D. Carlos Román Ferrer: 1921-1929*, II. Ibiza.
- FERRER ALBELDA, E. 1996: *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la Historia de España*. Sevilla.
- FIGUERAS PACHECO, F. s. a. a: *La Albufereta. Notas y observaciones*. Alicante. Manuscrito original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. s. a. b: *El seno ilicitano en la Historia naval de España*. Mecanografiado original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1914: *Geografía general del Reino de Valencia. Provincia de Alicante*. Barcelona.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1924a: *Fundación de Alicante*. Discurso pronunciado en el Ateneo de Alicante el 18 de diciembre de 1923. Mecanografiado original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1924b: *Topografía de Acra-Leuca. Investigación del lugar concreto en que debió hallarse la ciudad*. Alicante. Mecanografiado original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1927: *La Albufereta de Alicante. Reseña de las obras de su desecación y relación de las mismas con la Arqueología del lugar*. Alicante. Mecanografiado original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1928: *Excursión de la Comisión Provincial de Monumentos al Tosal de Manises*. Alicante. Mecanografiado inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1932a: *Acra Leuca. La ciudad de Amílcar*. Ensayos de Geografía Antigua. Alicante.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1932b: *La necrópolis ibero-púnica de Alicante*. Manuscrito original.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1933a: "La necrópolis ibero-púnica de Alicante". *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, VI, 15, pp. 19-27.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1933b: "Los problemas geográfico-históricos de la Albufereta de Alicante". *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, VI, 17, pp. 121-128.

- FIGUERAS PACHECO, F. 1934: *Excavaciones en la Isla del Campello (Alicante), 1931-1933*. Junta Superior del Tesoro Artístico. Sección de Excavaciones, 132. Madrid.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1934-35a: *Excavaciones en la Albufereta de Alicante. El Puerto*. Alicante. Manuscrito original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1934-35b: *Excavaciones en la Albufereta de Alicante. Descripción y estudio de los hallazgos*. Alicante. Manuscrito original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1935: *La necrópolis de la Albufereta de Alicante. Avance de los trabajos de 1934*. Alicante. Mecanografiado original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1936a: "Arqueología levantina. Las excavaciones de Alicante". *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, IX, 25. pp. 1-5.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1936b: "El alto-relieve de la Albufereta de Alicante". *Las Ciencias*, III, 2. pp. 1-13.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1939a: *Excavaciones de 1934 y 1935 en la Albufereta*. Alicante. Manuscrito original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1939b: *Excavaciones de 1934 y 1935 en la Albufereta de Alicante. Inventario*. Alicante. Manuscrito original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1939c: *Arqueología del litoral alicantino. Avance de datos para la Comisaría de Excavaciones*. Alicante. Mecanografiado original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1940a: "Datos para la cronología de la cerámica ibérica". *Atlantis*, XV. pp. 177-180.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1940b: *Comisión Provincial de Monumentos de Alicante. Resumen de las sesiones celebradas desde el año 1922 al de 1936*. Alicante. Manuscrito original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1940c: *La sede de los Bárquidas en las playas de Alicante*. Alicante. Mecanografiado inédito original.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1943a: "Las piras funerales de la Albufereta de Alicante". *Saitabi*, 7-8. pp. 13-18.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1943b: "Los alfares alicantinos". *Saitabi*, 9-10. pp. 49-50.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1943c: *Las antiguas ciudades del Tosal de Manises. Resumen de las excavaciones de Alicante*. Alicante. Manuscrito original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1943d: *Carta de F. Figueras Pacheco al Marqués de Rafal*. Alicante, 9-VI.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1945a: "Panorama arqueológico de Jávea y sus cercanías". *Archivo Español de Arqueología*, XVIII. pp. 1-33.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1945b: *Los dioses de Cartago en el seno ilicitano*. Alicante. Mecanografiado original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1946: "El grupo escultórico de Alicante". *Archivo Español de Arqueología*, 65. pp. 309-333.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1947: "Las excavaciones de Alicante y su transcendencia regional". *II Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Albacete, 1946)*. pp. 207-236.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1948a: "Griegos y púnicos en el Sudeste de España. Proceso geográfico-histórico de la colonización". *III Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Murcia, 1947)*. pp. 187-201.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1948b: "Estratigrafía cerámica de La Albufereta de Alicante. Las pinturas ibéricas". *Saitabi*, VI, 28. pp. 138-146.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1949a: "Los barros y los alfares del Sudeste". *IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Elche, 1948)*. pp. 248-261.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1949b: "Las ruinas de Akra Leuka". *IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Elche, 1948)*. pp. 323-325.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1950a: "La cerámica en los ritos de la necrópolis púnica de Alicante". *V Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Almería, 1949)*. pp. 197-204.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1950b: *Las piras de la necrópolis cartaginesa de Alicante*. Alicante. Manuscrito original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1950c: *Historia del Puerto de Alicante. Fondeaderos y diques*. Valencia. Mecanografiado original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1950d: "La Isleta del Campello del litoral de Alicante. Un yacimiento síntesis de las antiguas culturas del Mediterráneo". *Archivo Español de Arqueología*, 78. pp. 13-37.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1951: "Las pinturas de la cerámica ibérica". *VI Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Alcoy, 1950)*. pp. 172-186.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1952a: "Los cartagineses en el iberismo del Sudeste". *II Congreso Nacional de Arqueología (Madrid, 1951)*. pp. 421-433.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1952b: "Esquema de la necrópolis cartaginesa de Alicante". *Archivo de Prehistoria Levantina*, III. pp. 179-194.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1952c: *Evolución histórica del antiguo puerto de la Albufereta*. Alicante. Manuscrito original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1953: *Los griegos en Alicante y su comarca*. Alicante. Manuscrito original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1954a: *Las ruinas de Akra Leuka. Explicación del Director de las excavaciones ante el IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español, reunido el 17 de Mayo de 1948, en la Acrópolis del Tosal de Manises de Alicante*. Alicante.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1954b: *Los ajuares de la necrópolis cartaginesa de Alicante*. Valencia. Mecanografiado original.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1955a: *El antiguo puerto interior de la Albufereta de Alicante. Descubrimiento y descripción*. Alicante.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1955b: "La policromía de las terracotas y esculturas del Seno Ilicitano". *III Congreso Nacional de Arqueología (Galicia, 1953)*. pp. 148-158.

- FIGUERAS PACHECO, F. 1956a: *La necrópolis iberopúnica de la Albufereta de Alicante*. Estudios Ibéricos, 4. Valencia.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1956b: *Los griegos en el litoral alicantino*. Alicante. Original inédito.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1957a: *Compendio histórico de Alicante*. Alicante.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1957b: *El Consulado Marítimo y Terrestre de Alicante y pueblos del Obispado de Orihuela*. Instituto de Estudios Alicantinos, V. Alicante.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1957c: "Cronología de la Dama de Elche. El busto de la Alcudía es cartaginés". *IV Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza, 1957)*. pp. 163-174.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1957d: *Carta de F. Figueras Pacheco a D. Fletcher Valls*. Alicante, 16-IV-1957.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1959: *Dos mil años atrás. Las ciudades, el puerto y la necrópolis de la Albufereta*. Instituto de Estudios Alicantinos, XIV. Alicante.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1963: *Resumen histórico de la ciudad de Alicante*. Alicante.
- FIGUERAS PACHECO, F. 1971: *Relación de hallazgos arqueológicos en el Tosal de Manises (Alicante). 1933-1935*. Alicante.
- FIGUERAS PACHECO, F.; JÁUREGUI, J. J. 1948: "El puerto de la Albufereta". *III Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Murcia, 1947)*. pp. 210-223.
- FLETCHER VALLS, D. 1949: "Defensa del iberismo". *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, XVII, 24. pp. 168-187.
- FLETCHER VALLS, D. 1951: "¿Existieron los iberos?". *VI Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Alcoy, 1950)*. pp. 119-127.
- FLETCHER VALLS, D. 1960: "Estado actual del conocimiento de la cultura ibérica". *Iº Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Pamplona. pp. 195-210.
- FLETCHER VALLS, D. 1977: *La necrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia)*. Valencia.
- FLETCHER VALLS, D. 1983: *Els ibers*. Valencia.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1935a: "Contactos y relaciones entre la Magna Grecia y la Península Ibérica, según la Arqueología y los textos clásicos". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CVI, cuaderno I. pp. 7-29.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1935b: "Figuras griegas de bronce y de barro halladas en las Islas Baleares". *Anales de la Universidad de Madrid*, tomo IV, fasc. 3.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1943a: "La Dama de Elche". *Revista de la Universidad de Madrid*, III.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1943b: "Problemas de arte y cronología ibéricos". *Archivo Español de Arqueología*, 16.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1944: "Problemas de cronología ibérica". *Saitabi*, 12. pp. 109-118.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1976: "Los mercenarios españoles en Cerdeña, Sicilia, Grecia, Italia y N. de África". *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal*, I, 2. Madrid.
- GARCÍA CANO, J. M. 1985: "Cerámicas áticas de figuras rojas en el sureste peninsular". *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica. Taula rodona amb motiu del 75é aniversari de les excavacions d'Empúries (Empúries, 1983)*. pp. 59-70.
- GARCÍA CANO, J. M. 1996: "Los kalathoi de cuello estrangulado de las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)". *Anales de Arqueología Cordobesa*, 7. pp. 33-43.
- GARCÍA CANO, J. M. 1997: *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Murcia.
- GARCÍA CANO, J. M. 1999: *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), II. Análisis de los enterramientos, catálogo de materiales y apéndices antropológico, arqueozoológico y paleobotánico*. Murcia.
- GARCÍA GANDÍA, J. R. 2002: "La necrópolis orientalizante de Les Casetes". *Revista de Arqueología*, 249. pp. 36-47.
- GARCÍA I MARTÍN, J. M.; LLOPIS I GARCIA, T. M. 1996: "Una cràtera de columnes de figures negres a la necrópolis de l'Albufereta d'Alacante (L'Alacantí)". *XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*, I. pp. 473-478.
- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M. P.; BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. 1997: "Carácter sacro y funerario del toro en el mundo ibérico". *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18. pp. 417-442.
- GIL-MASCARELL, M. 1973: "Restos funerarios ibéricos en las provincias de Castellón y Valencia". *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 9. pp. 29-47.
- GÓMEZ BELLARD, C. 1984: *La necrópolis del Puig d'Es Molins (Ibiza). Campaña de 1946*. Excavaciones Arqueológicas en España, 132. Madrid.
- GÓMEZ MORENO, M. 1949: *Misceláneas. Historia-Arte-Arqueología. La Antigüedad*. Madrid.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J. 1997: "Simbología de la diosa Tanit en representaciones cerámicas ibéricas". *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18. pp. 329-343.
- GRACIA ALONSO, F.; MUNILLA CABRILLANA, G.; RIART I JOU, F.; GARCIA I QUERA, O. 2000: *El llibre dels ibers. Viatge il·lustrat a la cultura ibèrica*. Barcelona.
- GUARDIOLA MARTÍNEZ, A. 2001: *La tumba: descripció i anàlisi*. En Pérez García, C. et alii: *En el umbral del Más Allá. Una tumba ibérica d'Elx*. Elche.
- GUÉRIN, P.; MARTÍNEZ VALLE, R. 1987-88: "Inhumaciones infantiles en poblados ibéricos del área valenciana". *Saguntum*, 21. pp. 231-265.
- GUÉRIN, P.; CALVO GÁLVEZ, M.; GRAU ALMERO, E.; GUILLÉN CALATAYUD, P. M. 1990: "Tumbas infantiles en el Castellet de Bernabé (Liria, Valencia)". *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a. E. al II d. E.) Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 14. pp. 63-93.
- GUILLÉN TATO, J. 1935: "¿Restos de embarcación cartaginesa?". *Asociación Española de Arte y Arqueología*, XI. pp. 223-224.

- HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. 1997: "La necrópolis ibérica del Peñón del Rey (Villena, Alicante)". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 6. pp. 99-107.
- INFORMACIÓN 2002a: "Preparan las excavaciones de los restos del presunto puerto romano de la Albufereta". *Información*, 5-I-2002.
- INFORMACIÓN 2002b: "El puerto romano de la Albufereta data del siglo I y tenía amarres para barcazas". *Información*, 20-III-2002.
- INFORMACIÓN 2002c: "Hallan instalaciones y estancias anexas al puerto de origen romano". *Información*, 25-V-2002.
- IZQUIERDO PERAILE, M. I. 1998-99: "Las damitas de Moixent en el contexto de la plástica y la sociedad ibérica". *Lucentum*, XVII-XVIII. pp. 131-147.
- IZQUIERDO PERAILE, M. I. 2000: *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares estela*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 98. Valencia.
- LAFUENTE, M. 1930: *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*. Barcelona.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1928a: "Importante hallazgo arqueológico. ¿Una necrópolis cartaginesa?. Primeras impresiones". *Noticiero del Lunes*, 5-III-1928.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1928b: "El Molar de Guardamar". *Noticiero del Lunes*, 2-IV-1928.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1929: "La necrópolis ibérica de El Molar (Provincia de Alicante)". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XCIV. pp. 617-632.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1932: *Alicante en la Antigüedad*. Alicante.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1934: *Excavaciones en la Albufereta de Alicante (antigua Lucentum)*. Junta Superior del Tesoro Artístico. Sección de Excavaciones, 126. Madrid.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1935: "Un alto-relieve en la necrópolis cartaginesa de la Albufereta". *Las Ciencias*, II, 4.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1944: "Algunos datos concretos de la provincia de Alicante sobre el problema cronológico de la cerámica ibérica". *Archivo Español de Arqueología*, XVIII. (68-87)
- LAFUENTE VIDAL, J. 1949: "Sobre el poema de Avieno *Ora Marítima*". *Estudios geográficos*, año X, 35.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1952: "Influencia de los cultos religiosos cartagineses en los motivos artísticos de los iberos del S. E. español". *Archivo de Prehistoria Levantina*, III. pp. 159-177.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1955: "Sobre el poema de Avieno. La primitiva población de nuestras tierras". *Puntal*, año II, 13. pp. 20-23.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1957: *Alicante en la Edad Antigua*. 2ª edición. Alicante.
- LAMBOGLIA, N. 1952: "Per una classificazione preliminare della ceramica campana". *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Liguri (Bordighera, 10-17 de abril de 1950)*. pp. 139-206.
- LATORRE NUÉVALOS, F. 1979: "Aproximación al estudio del armamento ibérico levantino". *Serie arqueológica*, 6. *Varia*, I. pp. 153-182.
- LENERZ-DE WILDE, M. 1986: "Art celtique et armes ibériques". *Aquitania*, suppl. 1.
- LENERZ-DE WILDE, M. 1991: *Iberia celtica. Archäologische Zeugnisse keltischer Kulturen auf der Pyrenäenhalbinsel*. 2 vols. Stuttgart.
- LEÓN, P. 1998: *La sculpture des ibères*. París.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G. 1977-78: "Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica". *Archivo Español de Arqueología*, 50-51.
- LUCAS PELLICER, M. R. 1992: "Sociedad y religión a través de las necrópolis ibéricas". *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis. Serie Varia*, 1. pp. 189-205.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1966: "La escultura ibérica en piedra del país valenciano. Bases para un estudio crítico contemporáneo del arte ibérico". *Archivo de Arte Valenciano*, XXXVII. pp. 41-57.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1969: "Hacia una desmitificación de la Historia Antigua de Alicante. Nuevas perspectivas sobre algunos problemas". *Instituto de Estudios Alicantinos*, I. pp. 35-55
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1972: *Contestania ibérica*. Alicante.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1973: "Hallazgo de una moneda bárkida en La Albufereta (Alicante)". *Gaceta numismática*, 31. Barcelona. pp. 10-11.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1974a: "Las relaciones con Ibiza en la Protohistoria valenciana". *VI Symposium de Prehistoria*. Barcelona. pp. 291-320.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1974b: "El toro ibérico de Villajoyosa (Alicante)". *Zephyrus*, XXV. pp. 335-342.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1980: "Revisión del papel de los cartagineses en la Historia Antigua del País Valenciano". *Iº Congreso de Historia del País Valenciano (Valencia, 1971)*, II. pp. 283-290.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1981: "Toros y agua en los cultos funerarios ibéricos". *Saguntum*, 16. pp. 149-164.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1982: "Una nueva inscripción romana del Tossal de Manises y la localización del topónimo Lucentum". *Instituto de Estudios Alicantinos*, 33. pp. 23-38.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1989: "La arqueología en Alicante". *Información*, 4-V-1989.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. 1990: *Alicante ibérico*. En Moreno Sáez, F. (dir.): *Historia de la ciudad de Alicante*, I: *Edad Antigua*. Alicante.
- MADOZ E IBÁÑEZ, P. 1982: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Alicante, Castellón y Valencia*, I. Valencia.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1954: "Pueblos celtas". *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal*, I, 3. Madrid.
- MAÑÁ, J. M. 1948: "Excavaciones arqueológicas en el Puig des Molins (Ibiza). Campaña de 1946". *III Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Murcia, 1947)*. pp. 202-209.

- MAÑÁ, J. M. 1951: "Sobre tipología de ánforas púnicas". *IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Alcoy, 1950)*, pp. 203-212.
- MARÍN CEBALLOS, M. C. 1987: "¿Tanit en España?". *Lucentum*, VI, pp. 43-79.
- MARTÍN CANTARINOS, C. 1993: "La vegetación antigua de la comarca de Alicante y el impacto histórico del hombre sobre la misma: algunas reflexiones". *LQNT. Patrimonio Arqueológico de la Ciudad de Alicante*, 1, pp. 91-104.
- MARTÍNEZ GARCÍA, J. M. 1989: "La necrópolis ibérica de Las Peñas (Zarra, Valencia)". *Hom. a Don. D. Fletcher. Archivo de Prehistoria Levantina*, XIX, pp. 7-76.
- MARTÍNEZ MORELLÁ, V. 1963a: "Historiógrafos alicantinos. El deán Bendicho y su Crónica de Alicante". *Información*, 17-IV-1963.
- MARTÍNEZ MORELLÁ, V. 1963b: "Alicante arqueológico. Excavaciones en el castillo de Santa Bárbara en 1928 dirigidas por el Dr. Lafuente Vidal". *Información*, 23-VI-1963.
- MARTÍNEZ MORELLÁ, V. 1965: "Alicante arqueológico. La necrópolis ibero-púnica de la Albufereta". *Información*, 24-X-1965.
- MARTÍNEZ MORELLÁ, V. 1966a: "Alicante arqueológico. El deán Izquierdo, excavador setecentista". *Información*, 23-X-1966.
- MARTÍNEZ MORELLÁ, V. 1966b: "In memoriam. El profesor Lafuente Vidal". *Información*, 4-XI-1966.
- MARTÍNEZ MORELLÁ, V. 1967a: "Hallazgos paleocristianos en Alicante. Una ciudad romana en Benalúa". *Información*, 7-V-1967.
- MARTÍNEZ MORELLÁ, V. 1967b: "Efemérides benaluenses. La lápida lucentina y Chabás". *Información*, 30-VII-1967.
- MARTÍNEZ MORELLÁ, V. 1969: "Padre Belda, investigador de todo lo alicantino". *Información*, 14-III-1969.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. 1946: *Esquema paleontológico de la Península Ibérica*. Madrid.
- MATA PARREÑO, C. 1993: "Aproximación al estudio de las necrópolis ibéricas valencianas". *Hom. a M. Tarradell. Estudis Universitaris Catalans*, XXIX, pp. 429-448.
- MATA PARREÑO, C.; BONET ROSADO, H. 1992: "La cerámica ibérica: ensayo de tipología". *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Hom. a E. Pla Ballester. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 89, pp. 117-173.
- MÉLIDA, J. R. 1921: "Tesoro de Aliseda. Noticia del tesoro en particular y de la joyería fenicia en general". *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXIX.
- MÉLIDA, J. R. 1929: *Arqueología española*. Barcelona.
- MOLTÓ GISBERT, S.; REIG SEGUÍ, C. 1996: "La sepultura 53 de la necrópolis ibérica de la Serreta". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 5, pp. 121-135.
- MONRAVAL SAPIÑA, J. M. 1992: *La necrópolis ibérica de El Molar (San Fulgencio-Guardamar del Segura, Alicante)*. Catálogo de Fondos del Museo Arqueológico, V. Alicante.
- MONRAVAL SAPIÑA, J. M.; LÓPEZ PIÑOL, M. 1984: "Restos de un silicernio en la necrópolis ibérica de El Molar". *Saguntum*, 18, pp. 145-162.
- MORATALLA JÁVEGA, J. 1993: *Útiles agrarios de la Contestania ibérica*. Tesis de licenciatura inédita. Universidad de Alicante.
- MORATALLA JÁVEGA, J. 1994: "La agricultura de L'Alcoià-Comtat en época ibérica: datos para su estudio". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 3, pp. 121-133.
- MOREL, J. P. 1981: *Céramique campanienne: les formes*. Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 244. 2 vols. Roma.
- MULA ROS, M. J.; ROSSER LIMIÑANA, P. 1993: "El poblado ibérico amurallado del Cerro de las Balsas (Albufereta. Alicante): resultados preliminares de los sondeos practicados por el COPHAM (1990-1991)". *LQNT. Patrimonio Cultural de la Ciudad de Alicante*, 1, pp. 105-117.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1963: *Pebeteros ibéricos en forma de cabeza femenina. De coroplastia ibérica*, I. Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona. Publicaciones eventuales, 5. Barcelona.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1968: "Sobre el comercio cartaginés en España". *Pyrenae*, 4, pp. 129-140.
- NICOLINI, G. 1973: *L'art et la civilisation de l'Espagne Antique. Les ibères*. París.
- NICOLINI, G. 1990: *Techniques des ors antiques. La bijouterie ibérique du VIIe au IVe siècle*. 2 vols. Poitiers.
- NIETO GALLO, G. 1947: "La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)". *III Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Murcia, 1947)*, pp. 176-183.
- NORDSTRÖM, S. 1961a: *Los cartagineses en la costa alicantina*. Alicante.
- NORDSTRÖM, S. 1961b: "De la historia de Lucentum". *La Marina*, 4-XI-1961.
- NORDSTRÖM, S. 1962: "La diosa Tanit". *La Marina*, 6-I-1962.
- NORDSTRÖM, S. 1969: *La céramique peinte ibérique de la province d'Alicante*, vol. I. Acta Universitatis Stockholmiensis. Stockholm Studies in Classical Archaeology, VI. Estocolmo.
- NORDSTRÖM, S. 1973: *La céramique peinte ibérique de la province d'Alicante*, vol. II. Acta Universitatis Stockholmiensis. Stockholm Studies in Classical Archaeology, VIII. Estocolmo.
- OLCINA DOMÉNECH, M. 1990: *El Tossal de Manises en época romana*. En Moreno Sáez, F. (dir.): *Historia de la ciudad de Alicante*, I: *Edad Antigua*. Alicante.
- OLCINA DOMÉNECH, M. (ed.) 1997: *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. *Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*. Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Serie Maior, 1. Alicante.
- OLCINA DOMÉNECH, M. 2000: "Las primeras excavaciones en Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante)". *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. El litoral mediterráneo*. Madrid, pp. 109-117.

- OLCINA DOMÉNECH, M.; PÉREZ JIMÉNEZ, R. 1998: *La ciudad ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento arqueológico y su recuperación como espacio público*. Alicante.
- OLCINA DOMÉNECH, M.; RAMÓN SÁNCHEZ, J. 2000: "Las cerámicas africanas de *Lucentum* (Tossal de Manises, Alicante): Los fondos antiguos del Museo Arqueológico Provincial y consideraciones en torno a la decadencia de la ciudad romana". *Scripta in honorem. Homenaje a E. A. Llobregat Conesa*, I. pp. 391-431.
- OLIVA MEYER, J. 2000: [http://www.via.arquitectura.net], Alicante.
- OLIVER FOIX, A. 1981: "Incineraciones entre el río Ebro y el Palancia. Nuevas aportaciones para el estudio de los enterramientos ibéricos". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 8. pp. 189-256.
- OLIVER FOIX, A.; GÓMEZ BELLARD, F. 1990: "Nuevos enterramientos infantiles ibéricos de inhumación". *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a. E. al II d. E.)*. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 14. pp. 51-62.
- OLMOS ROMERA, R. 1987: "Iconografía griega, iconografía ibérica: una aproximación metodológica". *Grecs et ibères au IV^e siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie (Bordeaux, 16-18 de diciembre de 1986)*. *Revue des Études Anciennes*, 89. pp. 283-296.
- OLMOS ROMERA, R. 1994: "Algunos problemas historiográficos de cerámica e iconografía ibéricas: de los pioneros a 1950". *Revista de Estudios Ibéricos*, I. pp. 311-333.
- PAGE del POZO, V. 1984: *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia*. Iberia graeca. Serie arqueológica, nº 1. Madrid.
- PARIS, P. 1903-04: *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive*, 2 vols. París.
- PELLICER CATALÁN, M. 1964: "Relaciones de la necrópolis púnica del Cerro de San Cristóbal, de Almuñécar, en el Mediterráneo occidental". *VIII Congreso Nacional de Arqueología (Sevilla-Málaga, 1963)*. pp. 393-403.
- PENA, M. J. 1989: "Los thymiateria en forma de cabeza femenina hallados en el N.E. de la Península Ibérica". *Grecs et ibères au IV^e siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie (Bordeaux, 16-18 diciembre 1986)*. *Revue des Études Anciennes*, 89. pp. 349-358.
- PEÑA LIGERO, Á.: 2003: *La necrópolis ibérica de El Molar (San Fulgencio-Alicante)*. *Revisión de las excavaciones realizadas en 1928 y 1929*. Villena.
- PÉREZ BURGOS, J. M. 1994: "Memoria preliminar sobre la excavación arqueológica llevada a cabo por el COPHAM en la calle Rómulo (Albufereta, Alicante)". *LQNT. Patrimonio Cultural de la Ciudad de Alicante*, 2. pp. 45-68.
- PÉREZ JIMÉNEZ, R.; OLCINA DOMÉNECH, M. 2000: "Lucentum y la Albufereta: Ciudad antigua y ciudad contemporánea a través del análisis de la planimetría". *Scripta in honorem. Homenaje a E. A. Llobregat Conesa*, II. pp. 263-294.
- PLA BALLESTER, E. 1973: "Notas sobre el poblado y la necrópolis de 'El Castellar' de Oliva (Provincia de Valencia)". *XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971)*. pp. 483-494.
- PLA CARGOL, J. 1949: "Probable influencia griega en el arte de la Cultura del Levante Español". *IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Elche, 1948)*. pp. 243-247.
- QUESADA SANZ, F. 1992: *Arma y símbolo: la falcata ibérica*. Alicante.
- QUESADA SANZ, F. 1993: "Soliferea de la Edad del Hierro en la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria*, 50. pp. 159-183.
- QUESADA SANZ, F. 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a. C.)*. *Monographies instrumentum*, 3. 2 vols. Montagnac.
- RAFEL FONTANALS, N. 1985: "El ritual d'enterrament ibèric. Un assaig de reconstrucció". *Fonaments*, 5. pp. 13-31.
- RAMÓN, J. 1981: *Ibiza y la circulación de ánforas fenicias y púnicas en el Mediterráneo occidental*. Ibiza.
- RAMÓN, J. 1991: *Las ánforas púnicas de Ibiza*. Ibiza.
- RAMOS FOLQUÉS, A. 1973: "El nivel ibero-púnico en La Alcudía de Elche". *Rivista di Studi Liguri*, XXXIV, 1-3. pp. 363-386.
- RAMOS FOLQUÉS, A. 1977: "Tabas y dados". *XIV Congreso Nacional de Arqueología (Vitoria, 1975)*. pp. 767-768.
- RAMOS FOLQUÉS, A. 1981: "Francisco Figueras Pacheco". *Instituto de Estudios Alicantinos*, 31. pp. 121-122.
- RAMOS PÉREZ, V. 1970: *Francisco Figueras Pacheco (1880-1960)*. Alicante.
- RAMOS SÁINZ, M. L. 1986: *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*. Madrid.
- RIBERA LACOMBA, A. 1982: *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*. *Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 73. Valencia.
- RICO GARCÍA, M. 1892: "Arqueología alicantina. Nuevos descubrimientos". *El Archivo*, VI, IV. pp. 159-166.
- RICO GARCÍA, M. 1958: *Memoria relativa a los nuevos descubrimientos de la antigua Lucentum, 1892*. Edición y estudio de Vicente Martínez Morellá. Alicante.
- ROMÁN Y CALVET, C. 1913: *Antigüedades ebusitanas*. Barcelona.
- ROMÁN FERRER, C. 1921: *Excavaciones en diversos lugares de la Isla de Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en 1919 y 1920*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 43. Madrid.
- ROMÁN FERRER, C. 1922: *Excavaciones en diversos lugares de la Isla de Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en 1921*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 46. Madrid.
- ROMÁN FERRER, C. 1923: *Excavaciones en Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en 1922*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Sección de Excavaciones, nº 58. Madrid.
- ROMÁN FERRER, C. 1924: *Excavaciones en Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en 1923*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 68. Madrid.

- ROMÁN FERRER, C. 1926: *Excavaciones en Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en 1924*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 80. Madrid
- ROMÁN FERRER, C. 1927: *Excavaciones en Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en 1925*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Sección de Excavaciones, nº 91. Madrid
- RONDA FEMENÍA, A.; SALA SELLÉS, F. 2000: "El asentamiento tardorromano del barrio de Benalúa (Alicante): Las actuaciones arqueológicas de 1989". *Scripta in honorem. Homenaje a E. A. Llobregat Conesa*. pp. 443-458.
- ROSSER LIMIÑANA, P. 1990: *Nuevos descubrimientos arqueológicos de época romana en el término municipal de Alicante*. En Moreno Sáez, F. (dir.): *Historia de la ciudad de Alicante, I: Edad Antigua*. Alicante.
- ROSSER LIMIÑANA, P. 1990-91: "La necrópolis romana altoimperial del Parque de las Naciones (La Albufereta, Alicante): Estudio de algunos de sus materiales". *Lucentum*, IX-X. pp. 85-101.
- ROSSER LIMIÑANA, P. 1993a: "El COPHIAM: seis años de actividad arqueológica". *LQNT. Patrimonio Cultural de la Ciudad de Alicante*, 1. pp. 9-74.
- ROSSER LIMIÑANA, P. 1993b: "La Arqueología urbana en la ciudad de Alicante: un intento de la Comisión Provincial de Monumentos en los años cincuenta". *LQNT. Patrimonio Cultural de la Ciudad de Alicante*, 1. pp. 77-89.
- ROSSER LIMIÑANA, P. 1994: "Nuevas aportaciones a la problemática de la Antigüedad tardía en Alicante". *LQNT. Patrimonio Cultural de la Ciudad de Alicante*, 2. pp. 69-110.
- ROSSER LIMIÑANA, P.; HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. 1990: "Avda. de la Condomina, 36. Alacant. L'Alacantí". *Excavacions arqueològiques de salvament a la Comunitat Valenciana, 1984-1988, I. Intervencions urbanes*. pp. 20-21.
- ROSSER LIMIÑANA, P.; ELAYI, J.; PÉREZ BURGOS, J. M. 2003: *El Cerro de las Balsas y El Chinchorro: una aproximación a la Arqueología del poblamiento prehistórico e ibérico de La Albufereta de Alicante*. LQNT Monografías, 2. Alicante.
- ROUILLARD, P. 1991: *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIII^e siècle avant Jésus-Christ*. París.
- ROUILLARD, P. 1999: "Arthur Engel, Pierre Paris y los pioneros en los Estudios Ibéricos". *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. pp. 25-32.
- RUANO RUIZ, E. 1987: *La escultura humana de piedra en el mundo ibérico*, 3 vols. Madrid.
- RUANO RUIZ, E. 1995: "El collar de cuentas y colgantes de vidrio de la tumba nº 33 de La Albufereta (Alicante). *Hom. a H. Schubart. Boletín de la Academia Española de Amigos de la Arqueología*, 35. pp. 193-203.
- RUBIO GOMIS, F. 1975: "La cerámica de importación de la necrópolis de La Albufereta (Alicante)" *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 2. pp. 105-106.
- RUBIO GOMIS, F. 1982: "Acerca de la cronología y otros datos de la necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante". *Helike*, 1. pp. 145-152.
- RUBIO GOMIS, F. 1986: *La necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante (Valencia, España)*. Academia de Cultura Valenciana, serie arqueológica, nº 11. Valencia.
- RUBIO GOMIS, F. 1990: "Las fuentes clásicas y la costa valenciana. Las ciudades litorales en la Antigüedad". *II Seminari sobre el Mediterrani: El Mare Nostrum. "Les Costes Valencianes: geografia física i humana" (Gandia, 1987)*. Academia de Cultura Valenciana. Aula de Humanidades y Ciencias. Serie histórica, nº 5. pp. 93-109.
- RUIZ DE ARBULO, J. 1994: "Los cernos figurados con cabeza de Core. Nuevas propuestas en torno a su denominación, función y origen". *Saguntum*, 27. pp. 155-171.
- RUIZ MATA, A. 1989: "El túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres". *IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1989)*. pp. 207-216.
- RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C. J. 1988: "La necrópolis tumular de Las Cumbres (Puerto de Santa María)". *Revista de Arqueología*, 87. pp. 38-47.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS MOLINOS, M. 1993: *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.
- RUIZ, A.; BELLÓN, J. P.; SÁNCHEZ, A.; RUIZ, A. 2000: *Proyecto Área. Los archivos de la Arqueología Ibérica: una Arqueología para dos Españas*. [http://www.ujaen.es/centros/caai/informe_area1]. Jaén.
- SALA SELLÉS, F. 1995: *La cultura ibérica en las comarcas meridionales de la Contestania entre los siglos VI y III a. de C.* Alicante.
- SALA SELLÉS, F. 1998: *La necrópolis ibérica de la Albufereta*. En Olcina, M.; Pérez, R.: *La ciudad ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento arqueológico y su recuperación como espacio público*. Alicante.
- SALA SELLÉS, F.; HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. 1998: "La necrópolis de El Puntal (Salinas, Alicante): aspectos funerarios ibéricos del siglo IV a. C. en el corredor del Vinalopó". *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 19. pp. 221-266.
- SALVÁ, A. 1967: "Nuevas formas de la cerámica precampaniense en la necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante". *X Congreso Nacional de Arqueología (Mahón, 1967)*. pp. 363-365.
- SALVÁ, A. 1969: "Las importaciones de cerámica ática lisa en La Albufereta de Alicante". *Miscelánea Pericot. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 6. pp. 133-136.
- SANMARTÍ GREGO, J. 1992: "Las necrópolis ibéricas del área catalana". *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Serie Varia, 1. pp. 77-108.
- SAN NICOLÁS PEDRAZ, M. P. 1975: "Las cáscaras de huevo de avestruz fenicio-púnico en la Península Ibérica y Baleares". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 2. pp. 75-100.

- SANTONJA ALONSO, M. 1985: "Necrópolis de "El Cigarralejo". Mula (Murcia). Estudio osteológico y paleopatológico". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 21. pp. 46-57.
- SANZ GAMO, R. 1997: *La cultura ibérica y la romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición*. Albacete.
- SEGURA MARTÍ, J. M. et alii 2000: *La falcata ibérica de la Serreta*. Alicante.
- SENENT IBÁÑEZ, J. J. 1930: *Excavaciones en la necrópolis del Molar*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Sección de Excavaciones, nº 107. Madrid.
- SENENT IBÁÑEZ, J. J. 1942: *Carta de J. J. Senent a F. Figueras Pacheco*. Valencia, 30-XII-1942.
- SERRA-RÁFOLS, J. de C. 1929: "Las Islas Baleares (restos arqueológicos antiguos)". *IV Congreso Internacional de Arqueología (Barcelona, 1929)*.
- SIGNES, M. 1962: "Un libro de Solveig Nordström". *La Marina*, 13-I-1962.
- SOLER DÍAZ, J. A. 2000: "Síntesis de la Historia del Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Una crónica en seis actos". *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. El litoral mediterráneo*. pp. 83-91.
- TALAVERA COSTA, J. 1998-1999: "Las destrucciones de la estatuaria ibérica en el Levante peninsular". *Lucentum*, XVII-XVIII. pp. 117-130.
- TARRADELL, M. 1965: "Enterramientos infantiles en el interior de habitaciones ibéricas". *Pyrenae*, 1. pp. 174-175.
- TARRADELL, M.; LLOBREGAT, E. A. 1966-68: "Avance de los resultados de las excavaciones arqueológicas en curso en el Tossal de Manises". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, X-XII. pp. 141-146.
- TARRADELL, M.; MARTÍN, G. 1970: *Els Antigons-Lucentum. Una ciudad romana en el casco urbano de Alicante*. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 8. Valencia.
- TORTOSA ROCAMORA, T. 2001: "La dialéctica con el Más Allá a través de una tumba ilicitana". En Pérez García, C. et alii: *En el umbral del Más Allá. Una tumba ibérica d'Elx*. Elche.
- TRELLISÓ CARREÑO, L. 2001: "La acción del fuego sobre el cuerpo humano: la antropología física y el análisis de las cremaciones antiguas". *Cypsela*, 13. pp. 87-98.
- TRÍAS DE ARRIBAS, G. 1967: *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*. 2 vols. Valencia.
- UROZ SÁEZ, J. 1981: *Economía y sociedad de Contestánea Ibérica*. Instituto de Estudios Alicantinos, 72. Alicante.
- VALCÁRCEL PÍO DE SABOYA Y MOURA, A., Conde de Lumiares 1780: *Lucentum, o la ciudad de Alicante en el Reino de Valencia*. Valencia.
- VERDÚ PARRA, E. (en prensa): "Las excavaciones en la necrópolis de La Albufereta. La metodología de campo en una excavación antigua". *La Contestania ibérica treinta años después (Alicante, 24-26 de octubre de 2002)*. Alicante.
- VICENS PETIT, J. M. 1990: "Tossal de Manises. Alacant. L'Alacantí". *Excavacions arqueològiques de salvament a la Comunitat Valenciana, 1984-1988, I. Intervencions urbanes*. pp. 26-28.
- VIVES ESCUDERO, A. 1917: *Estudio de arqueología cartaginesa. La necrópoli de Ibiza*. Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Madrid.



DIPUTACIÓN
DE ALICANTE

MARQ
MUSEO ARQUEOLÓGICO DE ALICANTE

U
EXP